

ARENA ABIERTA

MANUEL
VÁZQUEZ MONTALBÁN

FÚTBOL

Una religión en busca de un Dios



Lectulandia

¿Qué ha ocurrido en el fútbol, en los equipos, en las aficiones, para que este noble deporte se haya convertido en un espectáculo trascendente? ¿Son las grandes estrellas del balón reencarnaciones de los antiguos dioses olímpicos? ¿Es el fútbol la nueva religión del siglo XXI? Como explica con ironía Manuel Vázquez Montalbán, los estadios parecen catedrales, los aficionados «adoran» los colores de su equipo y los protagonistas del espectáculo, condicionados por el mercado, se han convertido en portadores de mensajes publicitarios, en auténticos iconos mediáticos. Este libro póstumo, cuya edición final ha estado al cuidado de Daniel Vázquez Sallés, explora los peligros, la gloria y el futuro del «más bello deporte del mundo» en un análisis lúcido y mordaz como sólo podría salir de la pluma de uno de los más inteligentes observadores del mundo contemporáneo.

En la primera parte Vázquez Montalbán presenta la evolución del deporte que él jugaba en las calles y admiraba en los carteles de su barrio al fútbol como mercadotecnia y expone una sociología del balompié diseñado por la FIFA como nueva «religión» laica organizada para beneficio de las multinacionales y las televisiones. En este recorrido examina la trayectoria de ídolos como Pelé, Di Stéfano, Cruyff o «el ángel caído», Diego Armando Maradona, hasta el papel de nuevos mitos como Ronaldo o Zidane. A continuación presenta una selección de sus mejores artículos sobre fútbol publicados en la prensa (1969-2003) que ofrecen la posibilidad de disfrutar con sus reflexiones sobre el Fútbol Club Barcelona («El Barça es más que un club o más que una inmobiliaria»), el Real Madrid («White is beautiful»), la confrontación entre ambos o sobre otros protagonistas del mundo del balón como José María García, Jesús Gil y Gil o Silvio Berlusconi.

Manuel Vázquez Montalbán

Fútbol. Una religión en busca de un Dios

ePub r1.0

Titivillus 24.03.2025

Título original: *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*
Manuel Vázquez Montalbán, 2005
Preparación de la obra: Daniel Vázquez Sallés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE

NOTA A ESTA EDICIÓN

1. UNA RELIGIÓN EN BUSCA DE UN DIOS

Antes de que el milenio nos separara • Mercado e identidad • Esperando a los vándalos • Todo tiene su literatura y su filosofía • Esperando el primer Dios global • La mano de Dios • Un maldito «imbroglio» • Maradona y el poder • Esperando a Maradona desesperadamente • Estados Unidos todavía no • Boca, algo más que un club • Ronaldo, un Dios de la ingeniería futbolística • Ronaldo o la rodilla de Dios • Ronaldo: el retorno del Dios remendado • De Beckham a Ronaldinho, el espectro de jugadores mediáticos • La Liga de los mediáticos

2. BARÇA-REAL MADRID: ENEMIGOS NECESARIOS

I. El Barça: más que un club o más que una inmobiliaria

Desarmado ejército simbólico • El Barça: de la Guerra Civil a la Casa Real • «Barça! Barça! Barça!» • «Joan Martínez Gonsales» • Pan y fútbol • Crónica de un partido • Fatalidad • Estrategas • El Núñez de los peines • La mascota y el día de Sant Jordi • Como si la directiva y el Real Madrid no existieran • No sé, no sé • La banda es suya • Esplendor en la hierba • Cruyff, 18 de mayo de 1996 • El poscruyffismo • Cruyff • La misa • Núñez, el bolero del desamor • Elogio desmesurado de Van Gaal • La globalización y los problemas de identidad del Club de Fútbol Barcelona • Elogio desmesurado de la desidentificación • El Barça del desencuentro • El cruzado • Cien años y un día • Kubala entre Gamper y Cruyff • Adiós Guardiola, adiós Joan Gamper • Barça 2001, en busca del tiempo perdido • En el principio fue el verbo • El Barça: interpretación marxista de una hegemonía • Elogio desmesurado de Joan Gaspart • La doble Liga • De Pujole a Puyolet • Elogio desmesurado del motín del *Caine* • Elogio

desmesurado del barcelonismo lúcido • Elogio desmesurado de la hora de la verdad

II. White Is Beautiful

White Is Beautiful • Mendoza • El aura de Butragueño • Morir de éxito • Salvemos al Real Madrid • Real Madrid: treinta y dos años de nostalgia • Juventus 0 - España 1 • Zidane

III. Barça-Real Madrid: por los siglos de los siglos

Noche de amor y de guerra en el Nou Camp • Herrera y Fromm • Real Madrid y Barcelona: enemigos necesarios • Factor Gil • Nada hay más triste • Un respeto • El tripartidismo • Adiós, Barça, adiós • ¿Para eso hicimos la guerra? • Si no existieran los Barcelona-Real Madrid • La esquizofrenia no es lo que era • Eulogio Martínez, Evaristo, Di Stéfano, Kubala y Luis Suárez • Desde la melancolía • Barcelona: fútbol, política y caos • Ligas opuestas por el vértice • Barça-Real Madrid: por los siglos de los siglos • Figo: traidor, inconfeso y mártir • Elogio desmesurado de Figo • Elogio desmesurado de Figo (II) • ¿Tú también, Figo? • Elogio desmesurado de Luis Enrique

3. FENÓMENOS Y FENOMENOLOGÍAS

I. Fenómenos

Porta y García • Berluscónez • Rebeca • La Almudena • Jesús Gil y Gil y Gil y Gil y Gil y Gil... • El fútbol cambia de galaxia • Gol • Retrato del árbitro adolescente • La locura del delantero centro • Schumacher • Chilavert • Hamburguesía

II. Fenomenologías

Entró, entró • La reparación • La patria no es lo que era, • ¡Viva el fútbol sala! • Oriamendi • Domingo 16 • Elogio desmesurado de las selecciones de fútbol • Nada será igual después de París • La Copa • La Copa (II) • Godos, suevos, vándalos y alanos • Moción • Cuenta atrás • Catástrofes • La Liga de los Traficantes • Populistas

EPÍLOGO DESDE EL NEOLIBERALISMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

Nota a esta edición

Meses antes de emprender su viaje a Australia, Manuel Vázquez Montalbán empezó a seleccionar los artículos que había escrito a lo largo de su vida periodística dedicados al mundo del fútbol con la intención de publicarlos en un libro. La recopilación de escritos que se presenta en *Fútbol. Una religión en busca de un dios* es fiel a la que él dejó en su ordenador portátil, devuelto por las autoridades tailandesas tras su fallecimiento en el aeropuerto de Bangkok. La colección iba precedida, por disposición suya, del largo ensayo que da nombre al volumen y que sólo había sido publicado, en parte y en una versión anterior, en Italia. Mi padre dejó preparada la selección completa de sus escritos y marcó el criterio general de su ordenación, una pauta que he seguido tal como él hubiera deseado. El resultado es este recorrido ágil por la evolución del fútbol bajo la mirada atenta del observador inteligente e irónico que fue Manuel Vázquez Montalbán. Los artículos aparecen reunidos por capítulos de acuerdo con su temática y según un orden cronológico subordinado a la materia que conforma las tres extensas divisiones. Esta ordenación permite al lector avanzar por las páginas del libro como si se tratara de un ensayo. De sus primeros escritos publicados en la revista *Triunfo* a los últimos han pasado treinta y cinco años, más de tres decenios en los cuales el fútbol ha vagado o errado por múltiples caminos hasta convertirse en lo que parece que es y será en el transcurso de este milenio: una religión en manos de grandes multinacionales.

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS

1

Una religión en busca de un Dios

ANTES DE QUE EL MILENIO NOS SEPARARA

Los campeonatos del mundo de fútbol de 1998 marcaron el antes y el después del diseño del fútbol del siglo XXI. Llegaron como llegan las fechas obligatorias y fueron a la vez espectáculo, exhibición y mercado de jugadores en un momento de grave crisis de las individualidades en el fútbol europeo y sin otras divinidades conocidas —un Olimpo completo— que las que aportaba la selección brasileña o las divinidades por conocer de los equipos africanos. Del fútbol europeo, sólo el italiano Del Piero llegaba con el aura de excepción, aunque en todos los campeonatos anteriores habían aparecido jugadores en estado de gracia que o bien fueron flor de un campeonato (caso de Prosinecki en los de Italia de 1990) o utilizaron tan magnífica plataforma para sacar lo mejor de sí mismos (como Hagi y Stoichkov en los de Estados Unidos). De esos jugadores de excepción depende la adicción futbolística de cada uno de nosotros y de las masas. Nadie se ha hecho aficionado a causa del prestigio de un entrenador o de un presidente de club, y afortunadamente los mundiales de 1998 nos descubrieron a Zidane.

Por aquellas fechas, en un encuentro en un teatro de Madrid entre el director teatral argentino Jorge Eanes, el gran actor español Juan Echanove, el entrenador argentino Ángel Cappa y el que esto suscribe sostuvimos una conversación sobre el porqué de nuestra afición, a veces irracional, por un deporte que nos permite una vivencia religiosa indispensable para nuestro ecosistema emocional. Llegamos a la conclusión de que en algún momento de nuestra infancia percibimos el *instante mágico* en el que un artista del balón consigue ese prodigio inolvidable que relatarán los que lo presenciaron, luego los que no lo presenciaron y finalmente entrará en la memoria convencional de las generaciones futuras. A veces ese instante mágico se modifica e incluso se falsifica en el transcurso del tiempo; por ejemplo, una magnífica jugada de Pelé en los mundiales de México de 1970 se conoce como *el gol de Pelé*, aunque en aquella ocasión Pelé lo hizo todo menos marcar. Los deportes se han convertido en fenómenos de masas porque han tenido divinidades

prodigiosas capaces de convertirse en mitos contemporáneos que, a diferencia de los mitos clásicos, han sido seres comprobables, de los que nos llega su aura, pero también su fotografía. Pertenezco a la era de dos drogas duras, el fútbol y el alcohol, pero así como el alcohol sigue siendo lo que era, el fútbol ha perdido la lógica interna inicial que le acompañó hasta los años setenta y cada vez se acerca más a la condición de droga de diseño. Los clubes se remodelan según los cánones de poderosos centros financieros y mediáticos, el juego ya no depende del talento coordinado de jugadores capaces de propiciar *instantes mágicos* memorables, mitificables, sino de sistemas que llevan el nombre o el apellido del entrenador. Es como si se hubiera trasladado al fútbol la tendencia teatral de que el director sea más determinante que el comediógrafo o el dramaturgo.

Los jugadores ya no son los sacerdotes fundamentales, como tampoco los feligreses son los dueños de la iglesia: la llenan, pero el poder condicionante del dinero pasa por las exclusivas de televisión y la publicidad. Ni siquiera Ronaldo es un jugador de fútbol real: es un diseño de la FIFA y de las multinacionales de prendas deportivas. Los dirigentes fichan para satisfacer el afán consumista de las masas y los entrenadores diseñan estrategias y piden jugadores que se adecúen al esquema previo. Casi siempre el esquema previo de los *grandes* entrenadores depende del que les dio éxito, y toda la vida estarán pendientes de repetir el modelo buscando las piezas que se adapten al esquema. A los entrenadores de fútbol les pasa lo que a muchos críticos literarios o de las artes plásticas: aprenden a leer o a ver una sola vez en su vida.

Cuando pasó del Milan al Real Madrid, Capello quería un portero tan alto como el que tenía en el Milan, y pasó por encima de los cadáveres de los porteros indígenas titulares: Buyo y Cañizares. Le faltaba un lateral espigado y de ojos castaños y se lo trajo de Italia. Cuando Van Gaal llegó al Barcelona desde el Ajax, quería defensas como los de su equipo anterior y no paró hasta conseguir fichar a Reiziger y Bogarde, a pesar de que el Barcelona contaba con la defensa titular de la selección nacional española. Su modelo de delantero en punta era Kluivert o Anderson, y Pizzi no encajaba, por lo que el gran diseñador consiguió aburrir al jugador hispano-argentino, que al final de la temporada se fue en busca no de un club, sino de un diseño en el que encajara. Cuando se ficha a un entrenador-diseñador se debe asumir que su talento no consiste en sacar partido a los jugadores de la plantilla, sino en construir plantillas a la medida de su talento. Vamos, pues, a presenciar un fútbol de diseño en el que la emoción de la comunión de los santos será cada

vez más teleconducida. Cuando comienza la Liga, los feligreses esperamos hasta diciembre para ver si nos gusta el rito diseñado, a sabiendas de que, si no nos gusta, en diciembre habrá más fichajes y nuevos gladiadores se pondrán *nuestros colores* y nos representarán en el auto sacramental de la derrota o la victoria bajo los vigilantes ojos de los diseñadores. Y es que interesa que estemos contentos, porque ni la Vida será como la esperábamos ni la Historia como nos la merecemos, y al poder le interesa que deleguemos en toda clase de médiums nuestra percepción de la derrota o la victoria.

Los campeonatos de 1998 cerraron la era del fútbol espectáculo e iniciaron la del fútbol como religión de una parte importante del capitalismo multinacional.

MERCADO E IDENTIDAD

La sentencia Bosman significó la caída definitiva del proteccionismo en el mercado del fútbol, pero también la relativización del papel que habrían de jugar las *canteras*, es decir, el cultivo de jóvenes jugadores autóctonos. Los clubes quieren hacer negocio, y los directivos no pueden invertir en canteranos, así que reclaman cuanto antes resultados que los ratifiquen; en consecuencia, fichan jugadores ya hechos, generalmente procedentes de mercados baratos y de países insuficientemente desarrollados a nivel económico que tienen en el fútbol un campo de expresión y emancipación para la juventud. Si Nietzsche dijo que hay países que han nacido para hacer la Historia y otros que lo han hecho para padecerla, en el actual fútbol globalizado habría que parafrasearle y llegar a la conclusión de que hay países que han nacido para exportar jugadores y otros que lo han hecho para comprarlos.

Las consecuencias inmediatas de la aplicación de la ley Bosman en España llevaron a una situación en la que se podía hacer una selección nacional de fútbol sólo con los jugadores argentinos que jugaban en España, una selección con portero titular y reserva, después de la llegada de Navarro Montoya al Extremadura, luego al Mérida, y de la espléndida ejecutoria de Ojeda en el Tenerife. Algunos jugadores buscaron la nacionalidad española para figurar como ciudadanos con todos los derechos y así no ocupar plaza de jugador foráneo dentro del mercado europeo. Del total de veintiséis jugadores argentinos en primera división a finales del siglo xx diríase que el balance era

bueno no sólo si tenemos en cuenta el prestigio original, sino el papel real que desempeñaban en cada equipo. Redondo había superado tiempos de zozobra o de incompreensión, herido por las lesiones y la frialdad crítica de parte del público madrileño; superado incluso el padrinaje original de Valdano, fue adoptado sucesivamente por Capello y Heynckes. Esnaider, el argentino errante, pasó del Madrid al Zaragoza, y otra vez al Madrid, al Atlético de Madrid; luego, en el Espanyol, siempre estuvo a medio camino entre lo que pudo haber sido y no fue. Pocchetino era entonces imprescindible en el esquema defensivo del Espanyol de Barcelona, y Gabriel Schurrer en el del Santander. Algún jugador había pasado por días mejores, como el nacionalizado español Pizzi, delantero centro de la selección, postergado en el Barcelona tanto por Robson como por Van Gaal.

Otros habían llegado en mal momento a clubes en crisis deportiva o económica y a veces deportiva y económica a la vez, como les ocurrió a Matías Almeyda en el Sevilla y a Gustavo López y Kily González en el Zaragoza. Cáceres y Claudio «Piojo» López triunfaron en el Valencia desde la llegada del entrenador italiano Ranieri, pero no le ocurrió lo mismo a Burrito Ortega, un jugador idolatrado en Argentina. Simeone salió del fútbol español demonizado por una fea entrada al jugador vasco Julen Guerrero y llegó al Inter con la función de respaldar con su tenacidad las alegrías creativas de Ronaldo. A veces los entrenadores han construido equipos según su sistema de juego y luego las directivas los destituyen y se encuentran con una colección de jugadores de gran renombre que no encajan con los planes de juego del nuevo entrenador. El fútbol-negocio ha propiciado la aparición de juntas directivas surrealistas en las que a la condición advenediza se suma la de nuevos ricos caprichosamente derrochadores estimulados por la aportación televisivo-publicitaria. Algunos presidentes de clubes parecían Calígulas nombrando todos los días procónsules a sus caballos y sometiendo a sus prepotencias y a sus miedos al fracaso el sentido lógico emocional de jugadores, entrenadores e incluso de la propia afición. El fútbol es una religión laica en la Europa posmoderna, y los feligreses son bombas sociales de explosión retardada en manos de dirigentes que no han superado lo que los psicólogos llamaban «edad prelógica».

El miedo a no poder justificar la cuenta de resultados ante juntas de accionistas, cuando no de socios, ha hecho que, acogándose a la ley Bosman y con el dinero de la publicidad en mano, los clubes fichen jugadores comunitarios en agosto, prescindan de ellos en diciembre y en enero incorporen a la plantilla jugadores que sólo durarán hasta el verano. Aparte de

los jugadores comunitarios, en España cada plantilla podía contar con seis futbolistas *extranjeros*, y así se podían formar alineaciones sin ningún jugador español, como ya ha ocurrido a veces en el Deportivo de La Coruña. La desmesura del mercadeo, activado por los intereses creados de los traficantes de futbolistas y una compleja gama de comisionistas, no provocó la esperada reacción nacionalista en los jugadores y los espectadores. Los clubes están prescindiendo de jugadores que han formado en su propia cantera, y es previsible que con el tiempo ni siquiera mantengan la infraestructura formativa de nuevos futbolistas, habida cuenta de que les sale más barato comprarlos ya formados, muy jóvenes, en el gran mercado persa globalizado. Se producirá así una curiosa variante en la División Internacional del Trabajo y de la Moral de la Historia.

La situación presentaba el aspecto positivo que conlleva toda apertura de fronteras y la creación de ciudadanías supranacionales. Pero la inversión en jugadores extranjeros y la escandalosa postergación de los del país llevan a una peligrosa consecuencia desidentificadora en tiempos en que se debilitan los elementos de identificación e integración social. El feligrés del fútbol se identificaba con su equipo a través de una compleja trama de complicidades, entre las que se encontraba la del paisanaje. Cuando se le ofrece un equipo que es puro cosmopolitismo, una legión extranjera, el factor de identificación que queda es la victoria, si se produce. De lo contrario, ¿para qué los mercenarios que conducen a la derrota? Tras este período de enfebrecida caída del proteccionismo, es posible que vuelvan a aparecer las aduanas, si los dueños del mercado perciben que se han pasado y han destruido el ecosistema emocional religioso del fútbol de masas.

España e Italia van a la cabeza de los mercados más neuróticos del fútbol mundial, y todos los años hay que demostrar si ha valido la pena convertir a tantos equipos en auténticas legiones mercenarias, con resultados deportivos y económicos mínimos. El fútbol español vive año tras año la Liga más comprometida de su historia: a mayor inversión, mayores expectativas y la posibilidad de mayores fracasos. Si en el inmediato pasado se compraron ex yugoslavos a la baja, condicionado el mercado por la catástrofe bélica, año tras año se ha pagado a precio de mercado sobreexcitado ya sea el jugador croata, serbio, bosnio o brasileño. El milagro económico lo había propiciado la entrada de los canales de televisión privada en la puja de la retransmisión de partidos y las compensaciones económicas que esperan ofrecer a los clubes gracias a las esperanzas publicitarias. Hay algo de cuento de la lechera en este asunto, pero los hinchas se preparaban para contemplar el mayor espectáculo

del mundo y el desfile triunfal de sus carísimos ídolos. Las esperanzas no se han cumplido: hemos asistido a muy malas ligas en cuanto al nivel de juego desarrollado.

Asumidos ya los posyugoslavos como Mijatovic y Suker, las dos estrellas del Madrid, la curiosidad se trasladó a la portuguesización lingüística del fútbol español: Baia, Figo, Giovanni, Ronaldo, Roberto Carlos, Secretario, Rivaldo y tantos otros. De todos los fichajes destacó la efímera recuperación de Romario para el Valencia y la marcha de Ronaldo al fútbol italiano; Romario el pasado y Ronaldo el presente de un fútbol mágico. Cuando Romario marcaba un gol y levantaba un dedo hacia el cielo, yo interpretaba el gesto chabacanamente, desde mi nunca superada cultura barriobajera de posguerra, y pensaba que Romario decía «¡Por aquí!», a todos a los que no les había gustado el gol. Reconozco que también se hacía cruces y que el gesto del dedito era demasiado melódico para ser interpretado exactamente como un exabrupto, pero los exabruptos con la vaselina de la samba son más llevaderos, y no olvidemos que Romario parece una criatura de dibujos animados, como bien supo ver el Benedetto Croce del fútbol universal, Jorge Valdano. Comprendo ahora cuán equivocado estaba. El dedito de Romario alzado al cielo señalaba a la Santísima Trinidad y la ponía por testigo y garante de su genialidad. Casi todos los futbolistas brasileños que nos han llegado se han confesado creyentes hasta extremos a lo san Tarsicio, que es el mártir que siempre me ha impresionado más por sí mismo, así como santa Eulalia me ha conmovido por las perrerías que le hicieron, como duro ejemplo de que un cristiano, si quiere ser mártir, ha de pasarlo mal, muy mal, prestarse a mil sufrimientos, y en cambio a un mártir islámico le basta con morir en combate durante una guerra santa.

Un jugador brasileño de éxito en España a finales de siglo, Baltasar, casi había fundado una Iglesia, Bebeto no pasaba día que no hiciera un auto de fe, Donato pertenece a una secta cristiana muy apostólica, Giovanni se pasaba el partido besando la medallita que cuelga de su cuello y Romario llegaba al más allá del más allá cuando se considera «el elegido» para ocupar el lugar de símbolo representante de Dios en Brasil, vacante desde la desaparición del piloto automovilístico Ayrton Senna. En estos tiempos de materialismo grosero (que ya no dialéctico) en el que todo lo puede el dinero y salir en los programas de Raffaella Carrà, merece un elogio desmesurado la actitud de Romario, que ha invertido su crédito deportivo, épico, de Dios menor con pies tan pequeños como mágicos, en una empresa espiritual cual es liderar a un pueblo y llevarlo a un nuevo Jordán, lejos de los escuadrones de la muerte,

lejos de esas calles donde la vida de un niño vale menos que la de una rata. Hijo de esas calles, Romario no conoce otra garantía de su supervivencia y de su gloria que sentirse agradecido con el Dios de los delanteros centro, enemigo implacable del Dios de los guardametas.

Ronaldo parecía todavía muy joven para endiosarse, y los que le conocían asumían que era una caja cerrada llena de misterios. Roberto Carlos tiene fama de duro fajador y milagroso subidor de pelotas por la banda, sin que se le conozcan veleidades irracionales. Tampoco de Rivaldo se tienen noticias teológicas, pero los jugadores brasileños son acogidos en el mercado con la entrega que merece su genialidad combinada con el recelo que suscitan sus imprevistos. Incluso un Bebeto mucho más centrado que Romario (desde una perspectiva de centrismo emocional), de vez en cuando experimentaba la pulsión de regreso a Brasil, y en más de una ocasión estuvo sin vivir en sí. No hay rosa sin espinas y, como decían los latinos, hasta la luna tiene manchas.

La espléndida legión extranjera que forma parte de las plantillas del fútbol europeo ha aportado otro factor de inquietud: el hecho de que todos estos jugadores sean internacionales significa que han sido repetidamente convocados por sus países en el momento en que lo han requerido los compromisos y sin tener en cuenta las circunstancias competitivas de las ligas europeas. Si bien los clubes pueden programar teniendo en cuenta los calendarios internacionales de competiciones oficiales, no pueden controlar los amistosos o las concentraciones para entrenamiento, así que algunos clubes españoles pueden verse privados de cinco o seis jugadores extranjeros ante partidos trascendentales de la Liga. Parece un contrasentido que en tiempos de internacionalización de las competiciones entre clubes y de suprema dictadura del mercado las federaciones nacionales estén en condiciones de hacer valer los derechos y los sentimientos patrióticos. Y de hacerlos valer a la fuerza, porque en el caso de que el jugador no quiera acudir a la convocatoria de su país puede caer sobre él un castigo material y moral casi equivalente al destierro a las tinieblas exteriores.

Es de suponer que, ante la cantidad de dinero que está en juego, los empresarios, los clubes, no tardarán en hacer valer la razón suprema de que son propietarios de lo que han pagado y no tienen por qué compartirlo caprichosamente con la poética nacionalista de los países. Ante este ultimátum, ¿cuántos jugadores estarían dispuestos a renunciar a un buen contrato en el extranjero para poder seguir defendiendo, simbólicamente, la bandera de su país? Todos estos interrogantes necesitan tiempo para obtener una respuesta y para pasar la prueba suprema de la realidad. Sobre el papel, la

Liga de Fútbol reúne cada año todos los requisitos para el aprovechamiento vario: como gran espectáculo y como fenómeno social y mercantil que implica también la relación de identificación entre el público y su equipo. La presencia de jugadores extranjeros aislados no ha significado un obstáculo para que los públicos sigan identificados con unos colores que defienden auténticas legiones extranjeras, salvo en aquellas entidades que han pregonado históricamente *ser algo más que un club de fútbol*, como el Barcelona, brazo desarmado de la reivindicación nacionalista catalana, cuyo público exige, impone, que al menos algún jugador carismático sea *de la casa*. En el momento en que muchos equipos puedan sumar hasta un sesenta o un ochenta por ciento de efectivos extranjeros, ¿va a seguir el público *sintiendo sus colores*? Si el equipo arrolla, probablemente sí, pero si el equipo simplemente va tirando o ni siquiera eso, la desidentificación puede aparecer, así como actitudes de rechazo que tendrán como punto de mira los palcos donde se sientan los urdidores de la operación.

La sentencia Bosman nos demuestra que cada vez somos más universales y más locales. A medida que se mundializan la economía y los seriales televisivos, nos asalta el miedo a perder la identidad y tendemos a recurrir a los fundamentalismos patrióticos que nos quedan. Ser partidarios de un club de fútbol reporta la intensidad emocional de una militancia político-religiosa, y hoy podría decirse que todos los clubes de fútbol son algo más que clubes de fútbol: representan la reserva patriótica en un mundo en el que cada vez tendrán menos sentido las patrias y las banderas.

El diseño de la esperanza para el próximo milenio ya parecía ultimado: incluía la casa-madriguera convertida en terminal receptor y emisor de mensajes y, durante dos horas a la semana, el oficio religioso en los estadios practicando la comunión de los santos y de los ángeles contra los pecadores y los demonios. Pero el diablo conspira contra los finales felices, y el Anticristo se encarnó en un futbolista no muy relevante, Bosman, que con su victoria contra el orden establecido amenazó nuestro equilibrio psicosomático.

Cualquier equipo puede ya estar mayoritariamente compuesto por jugadores en otro tiempo llamados extranjeros. ¿Cómo podrá entonces identificarse el feligrés local con sacerdotes mercenarios que sólo balbucean su lengua y lo ignoran todo sobre el vino que tiene Asunción, que no es claro ni es tinto ni tiene color? ¿Acaso la perplejidad cosmogónica descenderá sobre las gradas paralizando los alientos y esos geniales cantos guturales que los patriotas han ideado cual intelectual orgánico colectivo? ¿Seguirá siendo el Barcelona el ejército desarmado simbólico de la catalanidad cuando una de

sus alineaciones pueda componerse de diez europeos y un defensa-escoba de Bermudillo del Condado? ¿Podrá el Madrid cumplir su mandato histórico de postrimería de los tercios de Flandes si tiene una plantilla copada por jugadores flamencos, más algún hijo de viuda de Dos Hermanas?

Sí. Rotundamente sí. Hemos de alejar de nosotros el cáliz de la duda histórica, porque en un pasado no muy remoto equipos como el Barça y el Madrid contaban con una auténtica legión extranjera y no por eso perdieron su carácter patriótico emblemático. Franco se sabía de memoria una alineación del Madrid en la que figuraban extranjeros como Santamaría, Kopa, Rial y Di Stéfano, por más que luego los latinoamericanos se nacionalizaran, y el Barcelona llegó a tener a medio Honved de Budapest fugitivo del terror de países rojos sin mercado ni coches de importación. El feligrés del fútbol es como esas plantas crasas que crecen en las tierras desérticas y se afanan en buscar el agua a grandes profundidades para sobrevivir. Si sus equipos se llenan de extranjeros, tratarán de encontrarles alguna afinidad local o se agarrarán como líquenes a la supervivencia de un jugador de la tierra, aunque sea uno, pero el fútbol seguirá siendo su única posibilidad de carga de la Brigada Ligera de todos los domingos.

Recuerdo que el público del Barça, en una época en que no veía a demasiados jugadores nacidos en Cataluña, traducía el apellido de Pereda y le llamaban «Perera»; estrategias de este tipo se multiplicarán para salvar ese cordón umbilical que comunica al buen salvaje de la civilización Mad Max con las catedrales donde se rinde culto a los dioses de las victorias y las derrotas.

También hay quien se plantea el desmadre del mercado futbolístico español desde una posición ética condenatoria: el valor del jugador cotizado alcanza cifras por encima de los mil millones de pesetas, y ningún trabajo, ninguno, produce unos beneficios materiales o sociales que merezcan ese precio. Más vejatorio es comparar esos ingresos con los que tienen la inmensa mayoría de los trabajadores y con los que no tienen los parados. ¿Cuántos puestos de trabajo social podrían crearse con lo que se ha invertido en fichar superestrellas del fútbol? Presumo que esta reflexión ética llega tarde y se equivoca de espacio, es decir, no acierta con la relación espacio-tiempo. Aquí se ha consagrado una economía de mercado y se ha otorgado al fútbol el mismo papel que tuvo bajo el franquismo: válvula de escape de las furias abstractas y concretas de la población. Se ha facilitado que llegue a la dirección de los clubes una parte de la nómina más impresentable de los empresarios de este país, verdaderas víctimas de una pandilla de jibaros que a

su vez se aplican día tras día a achicar la cabeza del sujeto colectivo sobre el que mandan: la masa social de cada club. Esto es lo fundamentalmente dramático, y partir de esta situación —que para consolidar sus culos en las poltronas y sus declaraciones trascendentales en la televisión o sus negocios futbolísticos o indirectos cubran de dólares y diamantes a una cincuentena de muchachos asombrados y obnubilados—, no me parece condenable. La condena va al origen de la siniestra composición del poder real del fútbol español y del mercado del espectáculo futbolístico, sobre todo si tenemos en cuenta que el fútbol en Europa es la religión taifal laica dominante y uno de los pocos mecanismos de participación subcultural activa asumidos por la población. Felicidades a los jugadores neomultimillonarios. Y a los comparsas cómplices de esta historia, que les den muchas satisfacciones sus jugadores de oro, y si fracasan, que les den morcilla malagueña o comunitaria, a ser posible elaborada sin carnes locas, de vaca, borrega o cerda.

A pesar de la impresentabilidad de buena parte de los dirigentes deportivos, a veces, con la impresentabilidad a cuestas, son capaces incluso de llegar a jefes de gobierno y a presidentes de la Comunidad Europea. Probablemente Berlusconi jamás habría conseguido presidir el gobierno de Italia sin la ayuda del Milan de Van Basten, Gullit y Rijkaard. Es cierto que contaba con la propiedad de poderosos medios de comunicación y con la telegenia exigida al aventurero posmoderno, pero especialmente los jóvenes al votar a Berlusconi optaban por un triunfador en los negocios y sobre todo por el médium de las victorias del club de fútbol Milan, el médium de la única dialéctica entre victoria y derrota que un colectivo puede plantearse todas las semanas. Berlusconi representaba a gran altura a esa raza de empresarios rápidamente enriquecidos que buscan en la presidencia de un club de fútbol la plataforma para tener presencia social. En España, buena parte de los directivos del fútbol proceden de la construcción, terreno propicio para hacer dinero rápido desde las estrategias más bárbaras, servidas por inteligencias a la altura de dichas estrategias. El constructor enriquecido que ha puesto en marcha empresas que funcionan casi solas dispone de mucho dinero, de muchos contactos con el poder y de mucho tiempo libre. En el pasado, cuando el presidente de un club debía asumir que por encima de él estaban los mandos institucionales, económicos y religiosos e incluso el rector de la universidad, las satisfacciones que aportaba ser presidente del Milan o del Madrid o del Barcelona o del Marsella eran mensurables. Hoy son inmensurables porque cualquier responsable de un club de fútbol tiene más presencia social y más capacidad de movilizar masas que los demás

representantes del orden establecido. Un antropólogo diría más: ya está diciendo algún antropólogo que los jefes institucionales sólo sirven para regular lo que está ordenado y que, en cambio, un líder de fútbol representa el orden secreto del caos, la lógica interna de la voluntad de las masas que sólo las religiones pueden encauzar. Las instituciones convencionales cada vez se atreven menos a enfrentarse con los clubes de fútbol porque significa enfrentarse con el electorado organizado y enfervorizado. El problema del paro de momento no provocaría un asalto a la Bastilla o cualquier sucedáneo simbólico, pero un agravio de cualquier poder contra los seguidores de cualquier club socialmente arraigado podría poner en marcha el asalto al Palacio de Invierno. Un conflicto étnico-futbolístico actuó como uno de los detonadores iniciales de las guerras yugoslavas, y la amenaza de descenso a segunda división por problemas administrativos puso en pie de guerra a la población de Sevilla a finales de la temporada 1995-1996.

Desde un racionalismo hoy día condenado a muerte por la lógica de las cosas se suele justificar que cualquier asunto se convierta en un fenómeno religioso aglutinante como la prueba de la dejación de otras posibilidades de participación. Los teólogos más independientes aseguran que el siglo XXI vivirá el nacimiento de poderosas religiones de diseño que harán la competencia a las hoy hegemónicas. Es probable que el fútbol adquiera estatuto de religión de diseño; de momento ocupa el lugar simbólico que han dejado la política o las religiones mejor vertebradas, desde la esperanza de que *la política* o las religiones hasta ahora más solventes estén en condiciones, si se portan bien, de recuperar la hegemonía simbólica. Todos los agentes del fútbol asisten a lo que Baudrillard llamaría «metástasis» del fenómeno, sin recursos para aprehender su gigantismo. Empresarios o directivos amateur no pueden calcular qué va a representar el apoyo de la publicidad vía televisión para la elephantiasis de la criatura. Igual ocurre con los técnicos, jugadores, periodistas y políticos, mientras los sociólogos parecen solamente alarmados por la violencia ejercida por las vanguardias de fans constituidas en fuerzas de choque de cada comunión de los santos. Todo club de fútbol tiene un carácter interclasista, pero ello no evita que haya una división de funciones entre sus feligreses. El palco presidencial programa, la masa (generalmente de extracción pequeñoburguesa) secunda, y una vanguardia de origen social marginal o sumergido es la que forma las escuadras violentas disuasorias o directamente agresoras. Los sociólogos sólo se fijan en esas vanguardias porque tratan de significarse como tales incluso en el atuendo, pero es el resto del colectivo el que asume la responsabilidad

de la violencia a la que no se entrega directamente debido a filtros culturales o de estatus social. Algunos directivos de clubes incluso financian a los grupos violentos para que actúen como estimulante, excitando las hormonas combatientes de los jugadores.

ESPERANDO A LOS VÁNDALOS

En plena reordenación de este libro me entero, desde Australia, de que han salido a relucir las navajas como consecuencia de un partido de fútbol en el campo del Langreo y un hinchista del Depor ha matado a patadas a otro coruñés que trataba de impedir que cometiese actos brutales. El vandalismo en el fútbol de este fin de milenio prolongado que ya es siglo XXI ha suscitado una literatura clínica excelente y perfectamente inútil. Es obligada la referencia a Bill Buford, el escritor norteamericano, hasta hace poco editor de la revista literaria *Granta*, que escribió *Entre los vándalos (Among the Thugs)*, sobre su experiencia como intruso entre los *hooligans* que acaba fascinado por la violencia de sus compañeros e incluso secundándola. Presenté el libro de Buford en el Instituto Británico de Barcelona y he hablado frecuentemente de él como una escritura desveladora de las claves profundas de la barbarie de los fanáticos futbolísticos. Sobre Buford pesa el síndrome del escritor norteamericano en busca de fascinantes barbaries simbólicas ajenas, desde la aburrida evidencia de que después del exterminio de los indios la única barbarie simbólica propia es el *rodeo*. A partir de este mismo espíritu, Hemingway se acercó a los toros, a las guerras civiles, a las revoluciones o a la caza mayor. Pero sobre el vandalismo en el fútbol se han aplicado diferentes teóricos de lo subcultural, como Taylor y Clarke. Taylor (*Football Mad: A Speculative Sociology of Football Hooliganism*) razonaba ya en 1971 que la violencia en el fútbol la ejercían sobre todo los sectores más marginales como respuesta al progresivo aburguesamiento y comercialización de lo que había nacido como una práctica popular. A Taylor y Clarke (*Football Hooliganism and the Skinheads*) se les reconoce el haber sido los primeros sociólogos que reflexionaron sobre la violencia sin considerarla una muestra de la irracionalidad por la irracionalidad, pero tras ellos han aparecido análisis concienzudos, adscritos a la psicología social etnogénica, que ven en esa violencia una muestra del comportamiento agresivo ritualizado. Peter Marsh (*Aggro: The Illusion of Violence*) llega a sostener que la violencia de los

hooligans es sobre todo simbólica, ritualista y evita violencias más contundentes suscitadas por el malestar social. Hasta Konrad Lorenz (*Consideraciones sobre las conductas animal y humana*) ha sido convocado por los augures para que respalde desde la etología que el instinto agresivo animal pasó a formar parte de la naturaleza del hombre y el fanático futbolístico reúne en sí mismo la fiereza y la ternura, la fiereza supuesta al lobo contra los otros y la ternura extraordinaria que los lobos manifiestan entre sí. Los sociólogos comprueban día a día que la única violencia espontánea, cuyo monopolio no está en poder del Estado o de las tropas de intervención global norteamericanas, es la que emerge de los fervores deportivos. Normalmente, en tiempos de pensamiento y discurso único los científicos sociales contemplan esta violencia ilegítimada como un ruido intolerable introducido en el canal de comunicación. Pero también los hay que contemplan esta evidencia con curiosidad e incluso con entusiasmo, porque creen haber visto una quiebra incontrolada en la Teología de la Seguridad. Tal vez las masas, desde una relativa espontaneidad, se hayan inventado una manera de participar y comulgar que implica rituales semejantes e incluso más atractivos que el de las religiones o las formaciones políticas *verdaderas* y que pertenecen exclusivamente a la esfera de lo cotidiano, definitivamente deshistorificada la esperanza. Instalados en la dictadura inquisitorial del presente, como la denominó Sciascia, tal vez sólo se alcance consuelo en el estadio-catedral y en el club-formación política, seguros de que todos los seguidores de un club, independientemente de su estatus social, forman parte de una etnia especial.

Como la nueva cultura determinista ha inculcado en los últimos veinte años que las cosas son tal como son e incluso las perversas no tienen culpables, no hay posibilidad alguna de ir a la contra de las nuevas religiones civiles alienantes. Estamos asistiendo a la inyección de dinero en las religiones civiles, dinero proveniente de multinacionales de prendas deportivas, de los más diversos anunciantes de televisión, de los multimedia, de las grandes cadenas televisivas. El feligrés de cualquier deporte es un consumidor doblemente atrapado por su tendencia social al consumo y por los reclamos que puedan ir acompañados de su querencia religiosa. Los más poderosos clubes del mundo tienen presupuestos en torno a los diez mil millones de pesetas anuales, pero esos presupuestos quedarán rebasados en cuanto se acentúe la lucha por la hegemonía emblemática en el mercado, en una búsqueda cada vez más ansiosa de espórsors y soportes mediáticos. Esa hegemonía necesita que los agentes del nuevo gran negocio del fútbol global

tengan una dimensión extradeportiva, una dimensión épica y lírica de héroes de un tiempo sin héroes, sin épica y sin lírica. ¿Está el fútbol preparado para eso?

TODO TIENE SU LITERATURA Y SU FILOSOFÍA

Gracias a los argentinos, el fútbol tiene literatura y filosofía, aunque a veces obtengan la colaboración de grandes escritores uruguayos como Benedetti o Eduardo Galeano. El ex jugador y entrenador Jorge Valdano publicó en España en 1995 una recopilación de cuentos sobre fútbol escritos por autores de envergadura: Bernardo Atxaga, Javier Marías, Bryce Echenique, Miguel Delibes, Eduardo Galeano, Augusto Roa Bastos, Mario Benedetti, Juan García Hortelano, Osvaldo Soriano, por citar unas cuantas flores de un ramillete de Literatura con mayúscula. De la lectura de los relatos se deducía que el fútbol había desempeñado una función importante en la educación sentimental de escritores latinoamericanos y españoles, pero eran los latinoamericanos quienes más lejos habían llevado la relación fútbol-literatura. Eduardo Galeano es incluso responsable de un libro titulado *El fútbol a sol y a sombra*. No se trata sólo de una veleidad latinoamericana. Henry de Montherlant dedicó un poema al *garde-but* titulado «Les émotions du solitaire»:

*Garde-but, garde-but,
ça valait le jus quand tu faisais la culbute.*

Umberto Saba, el gran poeta italiano, escribió un canto al gol:

*La folla —unita ebbrezza— per trabocchi
nel campo. Intorno al vincitore stanno,
al suo collo si gettano i fratelli.*

Rafael Alberti compuso en los años veinte una famosísima «Oda a Platko», el portero del Barcelona F. C.:

*Nadie te olvida, Platko, no, nadie, nadie, nadie,
oso rubio de Hungría.*

Y el extraordinario Vinicius de Morães se responsabilizó de una samba dedicada a Garrincha:

*A um passe de Didi, Garrincha avança
colado o couro aos pés, o olhar atento*

*dribla um, dribla dois, depois descansa
como a medir o lance do momento.*

Los poetas se acercaron al fútbol o al boxeo (Prévert, Marinetti) atraídos por la belleza del litigio y la habilidad de los contendientes mágicos. En Europa la mayoría de intelectuales teorizadores pensaron de espaldas al fútbol o a lo sumo lo demonizaban como un moderno opio del pueblo, mientras el fenómeno iba creciendo hasta convertirse hoy día en objeto de reflexión sobre el signo posmoderno de la participación de las masas y la neurotización de esa participación. En Europa se aborda apocalípticamente la omnipresencia del fútbol como un síntoma alarmante de la banalización de la rebelión de las masas. En América Latina, en cambio, una reunión entre Menotti, Valdano, Ángel Cappa y Benedetti o Galeano puede convertirse en un debate filosófico. Menotti fue el iniciador de la filosofía del fútbol, un motivador socrático a la espera de Valdano, de Platón y de Ángel Cappa, que ha dado un salto desde Feuerbach a Habermas. Pero estamos hablando de poetas del fútbol, de inofensivos poetas del fútbol que buscan incluso el sexo y la ideología de la pelota. Esa misma reunión puede centrarse en la cuestión de si existe un fútbol de izquierdas y un fútbol de derechas. Según ellos, existe, y Valdano me lo razonó un día muy cabalmente: el fútbol creativo es de izquierdas y el fútbol meramente de fuerza, marrullería y patadón es de derechas. Sin duda, esta toma de posición añade más confusión a la sustancia de la derecha y de la izquierda, pero traduce una filosofía a favor del fútbol que hay que tener en cuenta porque corren tiempos de milenarismo y los psicólogos sociales no tienen más remedio que pronunciarse ante la irrupción de los deportes de masas como religiones civiles que proporcionan a los feligreses los más fervorosos estatutos de militancia política y de identificación étnica.

Pero ¿puede existir una religión, aunque sea civil, sin Dios?

ESPERANDO EL PRIMER DIOS GLOBAL

Los campeonatos mundiales de 1950 desarrollados en Brasil marcaron una gran diferencia entre los países que habían vivido la guerra mundial y los que no. Cinco años después del final de la guerra, Inglaterra había dejado de ser un referente hegemónico, Italia también pagaba las consecuencias de la posguerra más el accidente aéreo que costó la vida a una parte importante de

sus internacionales, Alemania se movía entre escombros, y Holanda no existía futbolísticamente. Así pues, Brasil y Uruguay marcaron la diferencia y hasta España se permitió el lujo de vencer a Inglaterra y conseguir su mejor clasificación en unos mundiales: el cuarto lugar.

El año 1950 no dejó prácticamente mitos, pero a lo largo de los cincuenta aparecerían los primeros dioses futbolísticos de larga duración: Di Stéfano y Pelé, el argentino perfectamente cuajado y Pelé como promesa a confirmar a lo largo de la década de los sesenta. De la Centroeuropa comunista emergió una promoción de jugadores iniciada por el checo-húngaro Kubala, primer futbolista mitificado perteneciente a la categoría de los *fugitivos del terror rojo*, y a continuación el equipo húngaro Honved, base de una espléndida selección húngara, exportó nuevos fugitivos del terror rojo que acabaron casi todos en España, refugio seguro de todo lo que llevara marca anticomunista. Así acabaron en el Real Madrid de Di Stéfano o en el Barcelona de Kubala, Puskas, Czibor y Kocsis. Di Stéfano patentó el prototipo del jugador total, capaz de urdir el juego de todo el equipo, de atrás hacia delante y con poder suficiente como para tener llegada y ser un buen goleador. En torno a Di Stéfano se desarrolló un esquema de juego que el Madrid respetó más allá de la era del argentino, buscando a aquellas piezas que encajaran en el esquema predibujado. Por eso el Real Madrid ganó cinco copas de Europa con Di Stéfano y una más cuando ya no contaba con el fenómeno.

Si Di Stéfano era el jugador total, Pelé aparecía como el jugador genial en el que técnica y creatividad se convertían en una síntesis excepcional, e incluso cuando no terminaba las jugadas parecía como si las terminara y pasaban al recuerdo colectivo como éxitos totales. Recuperadas las sociedades civiles de los países desarrollados, ya en los años sesenta aparecen grandes escuadras y jugadores en Alemania, Italia e Inglaterra; incluso a veces un solo jugador puede dar sentido a un club o al equipo nacional de su país, como en el caso del portugués Eusebio, pero ninguno de los grandes de los años sesenta, incluidos los excepcionales jugadores del Manchester, consiguieron jamás eclipsar la luminaria de Pelé, que siguió en el trono hasta que le fallaron las fuerzas y ya estaba preparado el relevo, el holandés Johan Cruyff.

He aquí un curioso caso de hegemonía deportiva basada fundamentalmente en la inteligencia. Hay jugadores escasamente inteligentes en la vida real, pero de una gran inteligencia futbolística en el espacio-territorio de su praxis, el campo de fútbol. Los hay incluso que tienen una inteligencia especial en una zona concreta de ese campo, como ocurre con los

delanteros centro especialistas, ya sean del modelo delantero torpedo a lo Müller o Vieri, o del modelo ágil y estratégico como Rossi. Pero pocas veces un jugador es totalmente inteligente y juega tan perfectamente a partir de la alianza entre cerebro y musculatura de la ligereza como Johan Cruyff. Bien es cierto que no estaba solo, que encabezaba una brillante promoción de jugadores holandeses que se quedaron siempre a las puertas de la victoria final, ya fuera en los campeonatos de Europa de los setenta o en el mundial de Argentina de 1978; Cruyff alcanzó el aura de los grandes en unos tiempos en que el negocio todavía no estaba preparado para transmitir el imaginario de la globalidad y la FIFA tampoco estaba aún capacitada para entronizar dioses mundiales que prestigiaran un negocio en crecimiento. Hubo que esperar a que naciera Maradona, nacimiento mítico como en las leyendas primeras, el de un niño nacido lumpen que alcanzará la condición todavía no de Dios, pero sí de *la mano de Dios*.

LA MANO DE DIOS

La quinta Moreno está en las afueras de Buenos Aires. Es un lugar recoleto, pero no tanto como para que los periodistas no fueran a acosar el reposo del guerrero argentino más famoso: Diego Armando Maradona. El guerrero reposaba en el fondo de una de esas depresiones que jalonan sus crisis de cohabitación con los diferentes clubes de fútbol en que ha jugado: Argentinos Juniors, Barcelona, Nápoles, Sevilla, y Newell's Old Boys de Rosario, el último en el momento de producirse la secuencia de la quinta Moreno. Fotógrafos y periodistas esperan captar ese rostro patético de niño asustado que se le pone a Maradona en cada una de sus depresiones. Pero esta vez Maradona no está para metáforas ni para fotografías: se echa una escopeta de perdigones a la cara y lanza varias descargas contra los informadores; el enviado del diario *La Nación* es alcanzado de lleno, otros tres de refilón y varios coches reciben la perdigonada en el parabrisas. Luego Maradona argumentaría que el cerco de los periodistas impide que sus hijas puedan jugar tranquilamente en el parque privado: «Entiendo su trabajo, como espero que me entiendan a mí, incluso cuando les tiro un balde de agua».

Una vez más, Maradona pasó por un juzgado de instrucción, lo que no le impidió dar otro escándalo pocos días después, cuando, acompañado de seis amigos, agredió a un periodista de *Clarín*, y causó destrozos en un bar.

Maradona tiene una cierta conciencia de impunidad, de que todo le está permitido, tal vez desde aquel momento en que marcó un decisivo gol con la mano en los campeonatos mundiales de México de 1986 y sin la menor mala conciencia proclamó: «Mi mano ha sido la mano de Dios».

Si se conoce Buenos Aires, esa «capital de un imperio que nunca existió» (André Malraux), y sobre todo ese Buenos Aires Sur, rigurosamente pobre, entre El Riachuelo y Palermo, con el Boca como centro popular y Barracas como un barrio proletario crecido al otro lado de El Riachuelo, se comprenderá mejor el paisaje urbano y humano donde creció el mito Diego Armando Maradona, nacido en Lanús el 30 de octubre de 1960, quinto hijo de Dalma y Diego Maradona. El padre, nada más verlo, dijo: «Éste es un macho, es puro músculo». Por esos barrios de Buenos Aires se ven miles de muchachitos como Maradona, los «cebollitas», bajitos, cuadrados, fuertes, musculados, con una poderosa cabellera negra y con un look de cuarto mundo dentro del primero, opuesto radicalmente al look de los muchachos del norte de la ciudad.

Por los descampados de su «Buenos Aires querido», como dice la letra del tango, Maradona el Pelusa demostró desde niño que era un superdotado para el fútbol; llegaría a ser considerado por la crítica como el jugador más rápido de todos los tiempos a la hora de concebir un gol. Cuando jugaba con los juveniles ya tenía reputación de fenómeno, y los *tifosi* argentinos se enfadaron con Menotti porque no le seleccionó para los campeonatos mundiales de 1978. Para entonces Maradona, de dieciocho años, era un niño mimado del público y de su clan (padres, hermanos, su novia, Claudia) y pronto contaría con los servicios de un manager que se le parecía social y físicamente, Jorge Cysterpillar, la primera prueba de que el joven Dios iba a necesitar siempre a su lado la presencia de un hombre fuerte que le impidiera sentirse alguna vez «Dieguito», ese niño desvalido, perdido en una selva llena de periodistas, políticos y directivos de fútbol.

Jugador del Argentinos Juniors, necesita espacio más amplio para sus hazañas y ficha por el club español Barcelona F.C., presidido por el *condotiero* de la construcción José Luis Núñez, que quiere comprar, cueste lo que cueste, a los mejores jugadores del mercado para construir un gran equipo. Lo consigue parcialmente. Maradona pasa por una grave lesión a causa de una patada alevosa de Goikoetxea (un defensa del Bilbao) y de una infección vírica. Su rendimiento es brillante pero intermitente. Consigue a Menotti como entrenador y que se cumplan todos sus caprichos, por ejemplo entrenar por la tarde y no por la mañana. El motivo real es que sale de noche

y no puede madrugar, pero Menotti, un filósofo que habla de fútbol como hablaría Immanuel Kant, encuentra una explicación-silogismo ante la junta del Barcelona: «¿Se juega por la mañana o por la tarde? Por la tarde. Luego entrenamos por la tarde».

Maradona quiere marcharse de España, o tal vez simplemente huir, porque junto a su primera crisis deportiva le asalta la crisis económica. En Barcelona ensaya el calvario a la vez controlado e incontrolado de sus sadomasoquistas relaciones con los clubes y consigo mismo. Se siente a disgusto, hace lo imposible para sentirse más a disgusto, para provocar una situación sin salida y finalmente huir. El clan familiar protege de sí mismo al ídolo, del vértigo ante el abismo, pero esta vez tras la angustia depresiva aparece la angustia económica. Buena parte de su crisis barcelonesa, de su depresión, de su forcejeo para marchar al Nápoles, se debió a que para mantener el tren de vida de su clan había tenido pérdidas económicas inasumibles. El fracaso de Czysterpiller como intermediario de negocios llevó a Maradona a las puertas de la ruina, hasta el punto de que el entrenador Menotti tuvo que prestarle dinero alguna vez y el contrato del Nápoles fue sobre todo una huida económica hacia delante.

En su marcha a Italia, Maradona contó con un nuevo apoderado, Guillermo Esteban Coppola, otro *self-made man* a la argentina, de orígenes casi tan humildes como los de Maradona, bien relacionado con el poder en los tiempos de la Junta Militar, luego con el gobierno democrático de Alfonsín y finalmente explícitamente menemista bajo Menem. Coppola sucedió a Czysterpiller y liquidó el montaje económico del anterior hombre de confianza. Creó la empresa Diarma (palabra compuesta con las primeras sílabas de Diego, Armando y Maradona) en Vaduz y aprovechó el aumento de la cotización de Maradona tras el mundial de México de 1986 para elevar los ingresos por uso de imagen y la expansión de negocios de nueva planta. Tenía la confianza total de Maradona: «Con Diego lo único que nos faltó fue ir a la cama», confiesa a quien quiera oírle en sus tertulias en el boliche El Cielo, en la Costanera Norte de Buenos Aires. Coppola fue el protector en los años triunfales en Nápoles, coincidentes con la conquista de los *scudettos* en las temporadas 1986-1987 y 1989-1990... y salió del lance con los bolsillos bien llenos: el filón Maradona le había proporcionado 880.000 dólares en cuatro años. Coppola cuenta que seis meses después de su retirada comienza el declive italiano del jugador. El 17 de marzo de 1991, tras el partido Nápoles-Bari, el análisis de control antidoping de Maradona da positivo: ha tomado cocaína, y cuarenta días después Diego es detenido en un apartamento de la

calle Franklin acusado de consumo de drogas. Se dijo que Coppola era el responsable de haber metido a Maradona en el subsuelo de la Camorra y la mala vida napolitana, pero él señalaba a otros inductores de la Camorra, ahora perseguidora de Maradona por haber contribuido a la eliminación de Italia en los mundiales de 1990. Coppola declaraba a un periodista bonaerense que cuando encontró a Maradona en 1985 estaba a cero: «Hoy siento una gran satisfacción cuando le oigo decir que sus hijas comerán caviar toda la vida».

UN MALDITO «IMBROGLIO»

Maradona y san Gennaro eran los dos santos de Nápoles. ¿Qué ocurrió para que el jugador argentino pasara de ser adorado como un santo a perseguido como un criminal ligado al narcotráfico y a las redes de prostitución? La prensa del mundo entero ofreció ese rostro de Maradona, barbado, angustiado, con los ojos hundidos y enviando mensajes de socorro, recién detenido en Nápoles y convertido en un Dieguito abandonado por toda clase de dioses. El acusador más terrible de Maradona fue Pietro Pugliese, miembro del clan napolitano del jugador hasta el punto de haber sido uno de los invitados a su fastuosa boda con Claudia en Buenos Aires. A partir de la detención en 1991, Pugliese acusa a Maradona no sólo de consumir drogas, sino también de narcotraficante y de utilizar a miembros de su clan napolitano como «camellos». Relaciona a Maradona con el clan Giuliano y le atribuye haber establecido un pacto con la Camorra para que el Nápoles no ganara la Liga 1987-1988. Es más, llegó a acusar a Maradona de haber celebrado la derrota del Nápoles en un nightclub de Berna propiedad de un camorrista. Pugliese era un arrepentido, ex miembro de la Camorra, implicado en cinco asesinatos, que pactó un trato de favor a cambio de desvelar secretos sobre el subsuelo de la vida napolitana: y allí estaba Maradona. Las relaciones con el club se deterioraron y el jugador recurrió otra vez a la huida hacia delante, volver a su «Buenos Aires querido», donde le esperaba su buen amigo el presidente Menem, obligado en primera instancia a abrir los brazos a aquel Dios caído que seguía contando con el cariño de las masas. A partir de esa huida, el presidente del Nápoles, Corrado Ferlaino, se convirtió en su implacable perseguidor y trató de borrar para siempre al Maradona jugador de los estadios del mundo. Es curioso que dicho presidente estuvo implicado

posteriormente en la «catarsis» política y económica italiana impulsada por los jueces de Manos Limpias.

MARADONA Y EL PODER

Maradona lamentó no haber sido seleccionado para el mundial de 1978, ganado por Argentina en Buenos Aires, bajo una truculenta Junta Militar que hizo de aquella victoria una operación de lavado de imagen y desmemoria de cara al mundo, que no quería tener presente el exterminio de opositores políticos perpetrado por los militares. La derrota de la guerra de las Malvinas contra los ingleses significó la caída del poder militar, el desvelamiento de sus masacres y torturas, la llegada de la democracia y una visita expresa de Maradona al presidente Alfonsín, del Partido Radical, para agradecerle la instauración de la democracia. Más agradecido quedaba Alfonsín: acababa de recibir el espaldarazo del Dios Maradona. Tras Alfonsín, subió al poder el posperonista Menem, y Maradona se sintió más a gusto con él, porque, como oriundo de las capas populares argentinas, Maradona era peronista. Menem tenía el continente y el contenido del eclecticismo ideológico y gestual del peronismo: dispone de un peluquero de cámara y de un Porsche, pero le gusta mezclarse con el pueblo, jugar al fútbol con la camiseta de Maradona y comerse una pizza ante las cámaras de la televisión mientras ve jugar a Diego en el mundial de Italia de 1990.

El Dieguito acusado de drogadicto, narcotraficante y cliente de las redes de prostitución espera y obtiene el abrazo del amigo presidente. Pero lo que no esperaba Maradona era que la policía bonaerense siguiera sus pasos y le volviera a detener, esta vez en su «Buenos Aires querido», con la misma crudeza y falta de respeto a los dioses, aunque sean menores, experimentada en Nápoles. Otra vez el rostro de Dieguito perdido en una selva llena de periodistas, jueces, políticos caníbales, otra depresión, otra reacción de amparo del pueblo y de odio de Maradona contra su falso amigo Menem. El jugador confiesa su admiración por el Che Guevara, por Fidel Castro, su desprecio a las grandes potencias capitalistas que han abandonado a Argentina en la guerra de las Malvinas, y cuando el gobierno de Estados Unidos le niega el visado, viaja hasta La Habana para entregarle a Fidel Castro una de sus camisetas. Lejos del Poder y de la Gloria, ¿estaba definitivamente caído Maradona?

Bilardo, uno de los mejores y más duros entrenadores argentinos, ficha por el equipo español Sevilla C. F. y se dispone a recuperar a Maradona para el fútbol, obviando el veto impuesto por el presidente del Nápoles ante la FIFA. La Federación Argentina y los abogados del jugador negocian con el Sevilla para que contrate a Maradona y obtenga el permiso del Nápoles para volver al fútbol activo. Cuesta dinero, presión política, acoso al presidente napolitano Ferlaino (en mala situación política y económica), pero la FIFA está interesada en que Maradona sea recuperado para el mundial de 1994: sabe que el negocio puede globalizarse definitivamente y que Estados Unidos será la plataforma fundamental para conseguir un mercado mundial futbolístico, auspiciado por la industria, los medios de comunicación, la publicidad. Se necesita al Dios del fútbol, y no ha surgido otro capaz de sustituir a Maradona. El jugador ficha por el Sevilla, se pasea más que juega por los campos de fútbol de España, y recupera una mínima forma física y un quebradizo equilibrio psicológico que no le impide ser detenido por conducir algo bebido y no respetar semáforos, meterse en peleas con otros jugadores y merecer sanciones federativas. Se le plantea de nuevo la necesidad de una huida hacia delante: se libera del compromiso con el Sevilla y vuelve a Argentina para jugar en un equipo secundario de la ciudad de Rosario, el Newell's Old Boys. En noviembre de 1993 presencié su reaparición en Buenos Aires jugando contra el Independiente, y pude ver a un Maradona venido a menos, aún con rasgos de gran jugador, protegido entre algodones por el árbitro, los jugadores contrarios y el público. Seguía siendo un Dios, uno de esos dioses menores necesarios para suplir la muerte, la huida o el silencio de los dioses verdaderos.

Nada aportó a su nuevo equipo. Quien ha sido uno de los dioses del Olimpo, ¿a qué otro cargo puede aspirar? Salvado del pozo italiano, sólo le quedaba el objetivo de acabar su dramática carrera en una instancia futbolística por encima de lo vulgar: la selección nacional argentina... La Patria. Dios y la Patria. Maradona necesitaba, necesita ese *happy end*, pero ¿la selección necesita a Maradona? Las dificultades experimentadas por Argentina en la clasificación para la ronda final de la Copa del Mundo de Estados Unidos explican la ansiedad popular por recuperar al único jugador argentino talismán. Más allá de su estado físico, de sus reflejos de hombre treintañero y demasiado pesado, Maradona es un mito que impresiona a los jugadores contrarios y establece una relación mágica con los deseos del espectador. Aunque Basile, el seleccionador, no confíe demasiado en lo que pueda aportar Maradona, sabe que no debe oponerse a la presión del público.

Desde su salida del Newell's Old Boys, el jugador alterna una preparación física acelerada con explosiones de cólera contra la prensa que traducen su propia inseguridad. Médicos, preparadores físicos y el propio Basile opinan que Maradona debe prepararse lo justo para poder jugar el mundial como último desafío de su vida y al día siguiente retirarse al Olimpo tras haber cumplido el papel otorgado por Dios a los otros dos elegidos del pueblo argentino: el dictador Perón y el automovilista Juan Manuel Fangio. No hay día sin noticia de Maradona en los medios de comunicación argentinos, ya sea el seguimiento de su recuperación o aconsejándole lo que debe o no debe hacer, y en ocasiones se especula metafísicamente: «Maradona está buscando a Maradona», según el crítico de *El Gráfico*. El argentino vuelve a ponerse en manos de Signorini o de Juan Marcos Franchi, preparadores y consejeros que no le traicionaron nunca, y piensa convocar un equipo de consultores para que actúen de espejo mágico y le contesten a la pregunta: «¿Estoy en condiciones de participar en el mundial?». Espera el sí. Y no sólo él. Todo el negocio del fútbol mundial espera que Maradona actúe en la Copa del Mundo de Estados Unidos como un inductor para que se cree una Liga de Fútbol en Estados Unidos, un campeonato estable y rico. Por fin el fútbol-dólar que enriquezca por igual a sus promotores y las arcas de la FIFA.

ESPERANDO A MARADONA DESESPERADAMENTE

Entre los años treinta y los setenta, el fútbol tuvo en Estados Unidos una vida mediocre, en parte debido a sus escasos éxitos internacionales, flagrante pecado para un pueblo de triunfadores. Al final de la década de los setenta, varios equipos norteamericanos comenzaron a contratar figuras del fútbol europeo y latinoamericano en su etapa de decadencia, para que sus nombres actuaran como reclamo para el gran público. El éxito fue pequeño en relación con la inversión, y a los norteamericanos aquel fútbol a la europea o a la latinoamericana les pareció un deporte lento y soso. El mundial de 1994 representaba la tercera fase y la tercera oportunidad. Las multinacionales se apuntan a la apuesta y la World Cup USA 94 Inc., entidad organizadora bajo la dirección de la FIFA, consigue diez patrocinadores tan poderosos como Canon, Coca-Cola, Fujifilm, General Motors, Gillette, JVC, Mastercard, McDonald's, Phillips y Snickers. Cada una de estas empresas invierte veinte millones de dólares, y otras empresas asociadas (desde Adidas a Sheraton o

ITT) invierten siete millones. Pero las encuestas demuestran que casi un noventa por ciento de la población de Estados Unidos ignora que se van a celebrar allí los campeonatos, a pesar de que la promoción del acontecimiento ha contado con la presencia física de Clinton y de estrellas del cine y la canción como Faye Dunaway, Rod Stewart o Stevie Wonder. Hay que llenar estadios como el Rose Bowl de Los Ángeles, con aforo para cien mil espectadores, o hacer rentable la retransmisión televisiva a través de la ABC. Los ídolos del fútbol en Europa y en América Latina son desconocidos en Estados Unidos y sólo uno de ellos tiene el valor de referente principal de tan exótico deporte: Maradona. De ahí que la propia FIFA y las multinacionales sean las más interesadas en que juegue o se pasee por el mundial, aun a riesgo de que después de marcar algún gol se lo dedique a Fidel Castro.

Se celebran los campeonatos y Maradona empieza a deslumbrar, pero juega acelerado, como pueden comprobar los espectadores de todo el mundo cuando, tras marcar un gol, corre hacia el objetivo de una cámara y deja allí el impacto de un rostro desencajado y los ojos extraviados. El análisis de orina le encuentra cocaína, y el jugador es expulsado del campeonato y seriamente castigado con una larga inhabilitación. En su libro, Valdano habla de Maradona con una cierta exasperación: uno de los genios del fútbol de todos los tiempos ha sido víctima del encuentro de las ganas de destruirle con las ganas de autodestruirse y ha permanecido en ese juego de construcción y deconstrucción desde 1994 hasta las vísperas de los mundiales de 1998 en París, cuando todavía se especulaba con su retorno a la selección nacional argentina y a los mundiales. Luego anuncia que querría ser presidente nada menos que del Nápoles y volver a jugar en el equipo. Desde su fuga de Nápoles en 1991 ha llovido mucho y se han acumulado nuevas destrucciones sobre el ídolo caído. Se retiró del fútbol por última y enésima vez en noviembre de 1997. Valdano seguirá teniendo motivos para exasperarse, y lo mismo nos sucede a todos aquellos que dependemos de los instantes mágicos de jugadores como Maradona para seguir creyendo que el fútbol no se ha convertido definitivamente en un acuerdo entre mafiosos.

ESTADOS UNIDOS TODAVÍA NO

La concesión a Estados Unidos de los campeonatos del mundo de 1994 tenía el objetivo de globalizar definitivamente un deporte y su mercado. Sólo hay

un producto que no tiene precio fijo en el mercado mundial, la cocaína, y entre los territorios vírgenes que esperan la llegada de la industria y el comercio del fútbol Estados Unidos es el más interesante. Los campeonatos mundiales de 1994 pasarán a la historia como una operación publicitaria para conseguir un nuevo mercado. Ya en los años treinta se intentó convencer a los norteamericanos de que era tan poético llevar hacia delante a patadas una pelota como darle con un palo para que luego se echara a correr un señor algo gordo y con zapatones que se llamaba Joe DiMaggio. Los norteamericanos siguieron drogodependientes del béisbol, del rugby o del baloncesto, y el fútbol también fracasó en el intento de comercialización de los años setenta, cuando se importaron las brillantes figuras residuales del fútbol europeo y latinoamericano por si conseguían un lugar en el *star-system*. No lo consiguieron. Es más, el fútbol le parece a la mayoría de los yanquis un juego poco civilizado, lleno de violencia, origen de banderías entre los aficionados y de juego subterráneo sobre el césped. La conciencia social yanqui ha alcanzado la esquizofrenia perfecta con respecto a la violencia: en los estadios llenos de gente no suele pasar nunca nada, pero en los supermercados llenos de latas de cerveza de vez en cuando algún francotirador bate el récord de asesinados sin motivo.

El campeonato estadounidense creó expectación entre las minorías étnicas que tienen el fútbol en su memoria, pero ha persistido la indiferencia en el yanqui que sólo se considera yanqui, independientemente de sus orígenes. La relativa buena actuación del equipo de Estados Unidos descubrió a algunos ciudadanos la posibilidad de que el fútbol fuese una fuente de satisfacciones patrióticas, como la red universal de McDonald's, Kentucky Fried Chicken o las unidades armadas de intervención especial. Las grandes multinacionales que financiaron los mundiales de 1994 esperan que algún día arranque una Liga norteamericana potente, y la FIFA hace sus cuentas astronómicas sobre lo que podría recaudar en Estados Unidos si cuajara un campeonato estable, con el andamiaje mediático y publicitario consiguiente.

Tampoco ayudó la escasa relevancia del juego realizado o la crisis de nuevos valores, si salimos del pequeño círculo que formaron Baggio, Romario, Stoichkov y Hagi... figuras ya conocidas. Las nuevas reglas han tratado de reforzar el espectáculo y facilitar el trabajo del *triunfador* creativo frente al del jugador destructivo, de cara a fijar la escala de valores de un posible *star-system*. Se utilizó a Maradona como un mito del fútbol que podía sobrevivir a sí mismo, y luego como un demonio culpabilizado sobre el que caía todo el peso del puritanismo ético de un deporte que cree en Dios, en la

familia y en la propiedad privada. Lástima que las presuntas conexiones entre algunos jugadores colombianos y el narcotráfico estuviesen a punto de reforzar el apriorismo moral negativo del inocente espectador yanqui ante un deporte presuntamente de bárbaros.

La excepción no confirma la regla. Maradona castigado por dar positivo en el control antidoping, el asesino del jugador colombiano Escobar detenido y la prueba definitiva de que también en fútbol la norma ordena el caos: se dio en la sanción al defensa italiano Tassoti por su demencial entrada contra el delantero español Luis Enrique. También la estampa del joven *ecce homo* español, sangrante, lloroso de rabia, estuvo a punto de reforzar esa imagen de violencia y barbarie presentida por la mirada civilizada y civilizatoria yanqui. Difícil explicar al espectador norteamericano que buena parte del placer de la comunicación que se establece mediante el fútbol depende de la relación sadomasoquista entre el público y los futbolistas, los árbitros, los directivos. Tal vez sea todavía prematuro introducirles en el placer de dioses que algunos seguidores y jugadores sienten cuando le rompen la pierna a un contrario, porque luego les permite apenarse, tener complejo de culpa, y la víctima les cae mucho más simpática que cuando tenía la pierna en perfectas condiciones, aunque el fútbol nunca haya sido una escuela de asesinos frustrados como el hockey sobre hielo tal como lo entienden norteamericanos y canadienses. Los espectadores norteamericanos sólo vieron la parte más civilizada y cortés de un deporte tan taimado, y sin embargo siguen desconfiando, no asumiéndolo como una oferta de espectáculo conectado con su capacidad de recepción. Si alguna vez se integran en el gran negocio universal, llegará el momento de decirles toda la verdad: que Maradona casi tenía permiso para drogarse, que el deseo de matar jugadores no es sólo colombiano, que en fútbol los codos tienen tanta importancia como los pies y la cabeza, que lo primero que aprende un jugador extranjero en cualquier país es a llamar «hijo de puta» al árbitro en el idioma del país. Pero si se integran algún día, al tiempo que asumen la doble verdad de este deporte, los norteamericanos generarán tal volumen de negocio que estarán en condiciones de modificar las reglas según su gusto, así que tal vez los amantes del fútbol deberían rezar a todos sus dioses menores para que siga siendo un deporte de pueblos no tan desarrollados como Estados Unidos.

Mientras los norteamericanos no procreen grandes futbolistas mitológicos, seguirán a la espera de la Revelación. A no ser que los produzcan valiéndose de la ingeniería deportiva o genética.

BOCA, ALGO MÁS QUE UN CLUB

Durante mi larga estancia por tierras americanas, recibí una invitación privilegiada: asistir a un partido del Boca Juniors desde el palco presidencial. No es un palco presidencial al uso europeo sino acristalado, una ventana protegida abierta al espectáculo de esta *Bombonera* situada en uno de los barrios más populares, y en cierto sentido degradado, de Buenos Aires. Nada que ver este palco presidencial con la magnificencia de los palcos europeos, con moqueta y camareros de esmoquin. Al contrario, es austero, apenas una barra de bar precaria, pocos asientos, la sensación de ser un intruso en la familia que vive los lances del partido con una pasión no reprimida. Sorprende que la directiva, vestida de paisano, descorbatada, y acompañada de sus familiares, reaccione con tanta vehemencia como el público que más allá del cristal se agranda sobre los graderíos casi perpendiculares, acantilados caídos sobre la estricta línea que delimita el campo. Cuando la hinchada del Boca salta junto a las barandillas, o se sienta sobre ellas, el extranjero siente vértigo ajeno y pregunta a los enterados: «Oiga, ¿aquí nunca se ha caído nadie?». Al parecer, no, y si se ha caído nadie se ha dado cuenta, ni siquiera el que se caía.

Para llegar a este campo hay que pasar una infinidad de controles del propio club y de la policía, porque la hinchada del Boca no es una hinchada fácil y para empezar algunos de sus himnos coinciden con himnos peronistas convenientemente adaptados, pero la música sigue siendo aquella música. Y es que un partido del Boca es algo más que un partido de fútbol. En España se dice que el Barcelona F. C. o el Real Madrid son algo más que un club porque asumen valores políticos añadidos. El Barcelona sería algo así como el ejército simbólico desarmado del nacionalismo catalán y el Real Madrid el representante del Estado español, papel que se le atribuyó en los tiempos de Franco y que está resucitando, por una parte, la voluntad aznarista y, por otra, el fenómeno de la dispersión periférica autonómica.

Cualquiera que haya estado en la cancha del Boca percibe también que es algo más que un club, pero al extranjero, por más experto que se crea en argentinidades, le cuesta entender en qué radica esa diferencia. Si ya es un misterio tan complejo como el de la Santísima Trinidad comprender el peronismo, lo del Boca requiere un máster en teología urbana. Por ahí va la cosa. Ser del Boca es una manera de ser de Buenos Aires y en cierto sentido de estar en Buenos Aires como cómplices de un culto sectario gratuito y

absoluto, como un *fumetto* lleno de iconos del imaginario del Buenos Aires de aluvión, de esa argentinidad que se bajó de los barcos, según pregonan los castizos urbanos, para encontrar pequeñas patrias de hormigón cerradas como bomboneras de Pandora. Pandora, el mito de la mujer fatal y necesaria, precio del fuego, pero también vestal del infortunio, porque un partido de fútbol en el campo del Boca es un psicodrama, así en la tierra como en cielo, así en las gradas-acantilado como en el palco presidencial, un psicodrama diríase que exclusivamente preparado para que lo contemple Maradona desde un palco privado.

Porque frente a este palco presidencial modesto, sincero, sin dobles culturas, aparece en la grada enfrentada la línea de los palcos particulares propiedad de la aristocracia del Boca. Y, cómo no, uno de esos palcos es de Maradona. Resulta imposible saber si Maradona está o no está de cuerpo presente en su habitáculo, pero el público quiere creer que el Pelusa siempre está ahí vigilando y protegiendo al equipo que más le ha representado y que más ha representado. Buena química maradoniana en esta temporada. El Boca ha ganado a casi todos y presenta un plantel de jugadores que no tardarán en llegar al fútbol europeo. Adelanto el nombre de Riquelme, un centrocampista con los mismos orígenes sociales de Maradona y al que le falta un año para explotar como gran jugador; también el de Palermo, delantero centro de unos veintiocho años que se ha consagrado esta temporada como un matador del área, un delantero centro que llega a punto para el remate y que además juega sin balón llevándose a los defensas, atraídos, quizá, por el curioso teñido de una cresta de su pelo. Presencié en este campo la amargura de la postración del Boca, pero ahora veo cómo Buenos Aires emerge a través de su banderín de enganche más interclasista. Casi todo el fútbol argentino se cuece en una capital capaz de sostener a diez clubes de primerísima categoría, pero cuando las cosas le van bien al Boca la ciudad lo vive más colectivamente que si le van bien al Independiente o al Racing o al San Lorenzo de Almagro o al River, porque hay una convención secreta que jamás confesará un seguidor de cualquier otro equipo, y es que el Boca ocupa casi el subconsciente colectivo de eso que alguien ha llamado «la argentinidad».

RONALDO: UN DIOS DE LA INGENIERÍA FUTBOLÍSTICA

Partido Barcelona-Deportivo de La Coruña. Mayo de 1997. El Barcelona aún tiene oportunidades de acercarse al líder, el Real Madrid, pero ha de ganar al Depor cueste lo que cueste. Faltan pocos minutos para el final y se mantiene el empate. Un equipo de gala capitaneado por Ronaldo se ha estrellado una y otra vez contra la muralla de la excelente defensa coruñesa. Ronaldo lo ha intentado una vez más y ha caído al suelo. Parece un atleta vencido, con la mirada perdida buscando algo que sólo él ve. Es la pelota. Y de pronto la pelota rebota en un jugador coruñés y pasa ante Ronaldo como si le invitara a levantarse y seguirla para bailar la samba. La pelota le está diciendo: Tú estás el primero en mi carnet de baile. El atleta caído obedece la llamada. Se levanta. Recupera la pelota con la punta de la bota y mira hacia la portería. Es el momento Ronaldo, ese instante técnico en que sabe medir como nadie el pasillo que le lleva hacia el gol. Empieza su carrera y su dribbling a costa de cuantos adversarios se pongan en su camino y, ante la salida del portero del Depor, el gol está servido. La magia de Ronaldo ha funcionado una vez más, y un episodio se suma a la leyenda áurea de un jugador de fútbol prefabricado a la medida del siglo XXI.

Los periodistas deportivos españoles cumplieron y empedraron la vía barcelonista de Ronaldo hacia la gloria de epítetos deslumbrantes para un muchacho de veinte años: «el orgasmo del fútbol» o «poesía en movimiento» son dos muestras suficientes del delirio provocado por el jugador carioca. Dondequiera que vaya, el jugador brasileño está condenado a ser algo más que un jugador de fútbol, está condenado a representar el fútbol de la posmodernidad, el fútbol bicéfalo, por una parte religión laica de masas y por otra negocio multinacional cada vez más interrelacionado con ganancias extradeportivas. Ronaldo Nazario, veinte años cuando fichó por el Barça y ya considerado como el mejor futbolista mundial de 1996, plantea además una duda que sólo el tiempo resolverá: ¿es realmente el mejor futbolista del mundo, o estamos entre todos prefabricando el imaginario del mejor futbolista del mundo? João Havelange, el presidente de la FIFA, lo consagró en los altares más globales: «Ronaldo es un patrimonio del fútbol mundial que todos debemos proteger». Parece una declaración de intenciones de la UNESCO, hasta entonces sólo empleada para parques naturales o para ciudades o monumentos. Y es que la cada vez más compleja y enriquecida industria del fútbol necesita dioses menores que la ayuden a crecer y consolidarse. Di Stéfano, Pelé, Cruyff, Maradona han ocupado cuatro décadas y son ya leyenda, pero toda industria necesita renovar sus mitos. La FIFA ha escogido a Ronaldo como el Dios menor heredero de Maradona capaz de officiar en la

religión del fútbol sin tomar cocaína. Sobre el poderoso y ágil cuerpo de un delantero centro que parece elaborado por la ingeniería genética, descansaba el peso de una de las pocas posibilidades de Absolut que nos quedan, y si no le rompían las piernas o el cerebro, había Dios para una década.

Que Ronaldo fuera excesivamente magnificado por los estrategas de la FIFA, por los periodistas y por los mercaderes de futbolistas no quiere decir que fuera una simple invención mediática. Fornido como un delantero centro a la antigua, rápido como un velocista, difícil de obstaculizar y de derribar, ágil como un bailarín de samba, con la técnica que los niños brasileños aprenden desde que pueden darle a un balón, Ronaldo era en 1996, cuando fue proclamado Dios, un impresionante jugador al que sólo le faltaban dos o tres años de educación de su instinto de territorio dentro del juego de equipo. Había demostrado que se mueve espléndidamente en los veinte metros que preceden al punto de penalti antagónico y que en los momentos decisivos esos veinte metros los corre a diferentes ritmos y superando toda clase de obstáculos. Para merecer el título de mejor jugador de fútbol del mundo le faltaba demostrar la entereza estratégica de un Di Stéfano, un Pelé o un Cruyff, capaces de armar a todo un equipo.

El Barcelona sacó a Ronaldo del *cul de sac* del mercado futbolístico holandés y lo proyectó al mercado mundial, en una operación que desbordó la capacidad imaginativa de los directivos del club catalán. A los dos meses de recalar en Barcelona, Ronaldo ya era objeto del deseo de los clubes más potentes del mundo, y el Barcelona no sabía cómo precintar la propiedad de tan preciado tesoro. Bien sea por falta de habilidad negociadora o porque la operación Ronaldo ya estaba preparada antes, por encima de la capacidad de previsión del Barcelona, el drama de la rescisión del contrato de Ronaldo gravitó sobre la Liga española y provocó casi referéndums a favor de que el joven jugador siguiese en el fútbol español. Este deseo lo expresaban no sólo los seguidores del Barcelona, sino incluso los del Real Madrid, el eterno rival de los barcelonistas. No se trataba de una demostración de masoquismo, sino de mitomanía, de la voluntad de conservar dentro del escenario futbolístico español al considerado mejor futbolista de una década por cumplir.

El fichaje de Ronaldo por el Inter y posteriormente por el Real Madrid obliga a considerar factores que pueden hacer imposible la relación continuada y estable del jugador con cualquier club. Ronaldo depende de sus managers, profesionales implacables que han invertido en él desde la infancia y quieren que la inversión sea rentable. También depende de su empresa espónsor y, por encima de todo, de la selección nacional brasileña y su

prestación a los clubes quedará siempre condicionada a los objetivos de los managers, la empresa anunciante, el equipo nacional brasileño y esas rodillas frágiles que en Italia le obligaron a estar un año de vacaciones futbolísticas. En Barcelona se llegó a acuñar la broma de que Ronaldo era un jugador de la selección brasileña cedido de vez en cuando al Barcelona F. C. Lo mismo va a ocurrir en cualquier otro club al que vaya.

Otro problema por superar es la contradicción entre la madurez futbolística del jugador y la madurez psicológica. El Barcelona facilitó los viajes de la familia Ronaldo a Barcelona, especialmente de su madre, y también se preocupó de arroparle con Susana «Ronaldinha», la fugaz novia rubia que parecía indispensable para la estabilidad emocional del muchacho. A Ronaldo hay que estudiarle como si estuviera perpetuamente en una incubadora para neonatos. Hubo un momento en que se sospechó que se estaba dejando crecer el pelo, y todos los augures reunidos no sabían cómo interpretar la señal, si se trataba de un voluntario cambio de imagen o de que su peluquero habitual no había podido atenderle o de una imposición de la marca espónsor condicionada por un estudio de mercado. ¿Qué otro jugador puede suscitar una vigilancia tan asfixiante de lo que hace y de lo que no hace? No ignoro que hay problemas más serios a escoger en la agenda de los asuntos mundiales, y los europeos estamos seriamente preocupados por el futuro del euro y por el futuro de una cultura del trabajo que nos ha hecho tal como somos.

El hecho de que sobre este fondo babeliano —fin y comienzo de milenio en el que se demostraba que ni hablando, ni escribiendo la gente se entiende— que el principal problema sea si Ronaldo se corta o no el pelo demuestra que el fútbol, llamado opio del pueblo en tiempos de dictaduras, se ha convertido en la droga dura de las democracias para controlar la falta de proyecto de las masas, la paradójica soledad de las masas. De momento, si se confirma que Ronaldo de vez en cuando siente la tentación de recuperar el cabello de su adolescencia, podemos legítimamente mantener la hipótesis de que sus asesores de imagen le han aconsejado modificar su sistema de señales de cara a futuros compromisos comunicacionales. Todos los iconos ronaldescos dejarían de ser válidos desde el momento en que Ronaldo apareciera con el pelo a una altura apreciable, y no digamos ya si se deja la coleta a lo Batistuta, bien por decisión propia, o bien porque en la trastienda del fabuloso negocio ha aparecido algún espónsor de crecepelos japoneses necesitado de que Ronaldo demuestre la eficacia de su producto.

Me temo que Ronaldo pasará por la vida y por la Historia sin haber entendido nada de lo que nos ha pasado y nos pasa. Y es que ni siquiera podemos considerarlo como un inmigrante de lujo. No es ni será nunca un jugador de club. Pertenece a las multinacionales y vive en los aviones que le llevan a y le traen de la samba. Es un mito creado por la FIFA para que sigamos creyendo en la religión futbolística, y no hay religión sin Dios, vacante de la FIFA desde que Maradona empezó a autodestruirse.

Estaba el joven príncipe brasileño dormido en el fútbol holandés cuando una llamada del Barcelona F. C. le desveló y, tras alzarse y borrar el sueño de sus ojos, empezó a correr, ya que el maratón es cosa de sprinters, y nada más llegar a España regateaba jugadores como si se tratara de un fútbol prediseñado. Luego en Italia no consiguió similares éxitos, entre otras cosas porque se lesionó repetida, gravemente. Cuando el Inter de Milán perdió la Liga italiana, una sola fotografía compuso el imaginario de la situación. Cúper, el entrenador del Inter, trataba de consolar a un Ronaldo descompuesto que, tras superar lesiones que sólo padecen los atletas malditos, creía haber llegado a tiempo de ayudar a su equipo a ganar la Liga. Tampoco esta vez, y tanto el jugador brasileño como Cúper, el entrenador, tienen motivos para plantearse si son ganadores o perdedores o... todo lo contrario. Tras su triunfal etapa en el Barcelona, Ronaldo fue proclamado el mejor jugador del mundo, el Dios de una religión laica de diseño, espléndidamente santificado en un anuncio de la Pirelli en la que el cuerpo del jugador se había hecho cruz contrastada por las mejores luces. Pero el joven Dios tenía el talón de Aquiles en la rodilla, y su poderosa estampida de percherón imparable se le rompía una y otra vez en las rótulas para dejarle varado meses y meses en las mejores playas del Olimpo. En numerosas tradiciones clásicas consta que la rodilla es el símbolo del poder tal como lo connotó Plinio el Viejo; de ahí que hincar la rodilla o simplemente arrodillarse sea un acto simbólico de humillación, de rendición. Ninguno de los dioses anteriores —Di Stéfano, Pelé, Cruyff, Maradona— habían sido tan frágiles como Ronaldo, el deslumbrante veinteañero calificado por los periodistas españoles como «el orgasmo del fútbol» o «poesía en movimiento»; dos muestras suficientes del delirio provocado por el jugador carioca.

Sus lesiones han dejado el trono celestial futbolístico en estado de excedencia, aunque ningún otro jugador hasta ahora ose ocuparlo. En cuanto a Cúper, valorado como uno de los mejores entrenadores de fútbol del mundo, no había ganado nunca nada impactante, pese a haber conseguido llevar dos veces consecutivas al Valencia a la final de la Liga europea, la primera vez

vencido por un Madrid mediocre y la segunda por un Bayern de Munich que salió al terreno de juego para pisotear el miedo escénico de los jugadores valencianos, muertos, muertos de éxito. Admirado por la crítica, obedecido por los jugadores, no muy asumido por el público, Cúper es un entrenador distinto y distante que no vende simpatía; me recuerda a veces a esos escritores entusiastas de la literatura que a la vez odian al lector, molestos por la dependencia. Los directivos confían en su carisma autoritario y en la seriedad de su trabajo, pero temen su sistema de señales, poco propicio a sonreír a los socios, a los periodistas e incluso a los niños. Hasta hace pocas semanas, Cúper era un entrenador solicitado por diversos clubes dispuestos a quitárselo al Inter, pero todo indica que esos requerimientos se han debilitado y que ya son demasiadas las ocasiones perdidas por un presunto ganador.

De la foto que reunía a Cúper y Ronaldo tras la confirmación de la derrota salían caminos inmediatos que llevaron a Ronaldo a la victoria en los campeonatos del mundo de Corea y Japón y, finalmente al Real Madrid, y a Cúper a un largo período de descanso en el que tuvo tiempo de plantearse si entre la condición de perdedor y la de ganador existe alguna dimensión no suficientemente connotada ni evaluada. La cuestión excede una reflexión sobre la victoria y la derrota, y, dada la divinidad amenazada de Ronaldo, se inscribe decididamente en el territorio de la teología o, en su defecto, en el de la serie televisiva *Expediente X*.

Cúper siguió en el Inter sin ganar nada. Ronaldo se marchó al Real Madrid y ganó una liga. Los cielos siempre serán los cielos. Los dioses siempre serán los dioses, y los entrenadores jamás pasarán de la condición de ángeles de la guarda.

RONALDO O LA RODILLA DE DIOS

Primero Stendhal y Dostoievski, luego Sartre y finalmente Pelé, han dudado de la existencia de Dios a la vista del sufrimiento humano. ¿Cómo es posible que el creador de todo lo existente haya aportado crueldad, enfermedad y muerte? Iván Karamazov se explica: «Yo admito a Dios, compréndelo, pero no admito el mundo que ha creado; el mundo de Dios, yo no puedo admitirlo». Stendhal llegó a escribir: «Lo único que excusa a Dios es que no existe», y por ese camino iba Pelé cuando, conmovido por la enésima lesión

de Ronaldo, amenazó con dejar de creer en Dios si la lesión apartaba de los campos de juego al considerado Dios menor del fútbol mundial.

Cuando apenas tenía dieciocho años, Ronaldo, entonces en el PSV Eindhoven, fue operado de los tendones de la rodilla derecha; durante su estancia en el Barcelona padecía problemas de tendones y músculos que le impidieron jugar partidos decisivos; en el mundial de 1998 sufrió una tendinitis en la rodilla izquierda y algo parecido a un ataque de epilepsia que no impidió que le alinearan contra Francia; ya en el Inter padeció inflamaciones en las dos rodillas, las más graves en enero de 1999, y en noviembre del mismo año sufrió una rotura parcial de los tendones rotulianos en la rodilla derecha. Ronaldo pasó por una baja de cinco meses y en abril del 2000 apenas pudo permanecer seis minutos en el partido de su reaparición contra el Lazio. Los tendones volvieron a romperse.

Los expertos sostienen que las rodillas de Ronaldo son frágiles porque soportan a un atleta excesivo, dotado de una gran capacidad de cambios de ritmo y de una prodigiosa combinación de peso y ligereza. El peso le ayuda a avanzar, como si abriera un pasillo entre los defensas y a mantener la velocidad como un corredor de los cien metros lisos, pero las rodillas no soportan esa combinación. Las viejas culturas veían en la rodilla el principal factor de la fuerza corporal, el símbolo de la autoridad del hombre y de su poder social, y por eso expresiones comunes a todas las lenguas como «doblar la rodilla», «arrodillarse», «de rodillas» o «hincar la rodilla» traducen la imposición o la voluntad de humillación. ¿Habrá querido Dios *doblar la rodilla* de Ronaldo, irritado por su precipitado ascenso al Olimpo?

La afición del fútbol global vive una situación de orfandad, lógica si tenemos en cuenta que Dios murió en el siglo XIX, y Marx y Marilyn Monroe en el XX, y sería ya demasiado que el mito Ronaldo se arruinara apenas nacer. Pero tan huérfano como los espectadores se puede quedar el tinglado comercial que rodea a Ronaldo, un tinglado dirigido por unos managers, confiados en que la juventud del ídolo prometía largos años de ganancias, algunas de por vida, como el contrato vitalicio firmado con Nike. La emoción humana sentida por los espectadores sin distinción de colores reconcilia con el fútbol contemporáneo, una industria telemática en la que el espectador ya no tiene soberanía. Se reabre la esperanza de que el fútbol siga siendo un ritual mágico dependiente de la paciencia y la impaciencia del corazón. Otra cosa es el recelo de las instituciones futbolísticas internacionales, la UEFA o la FIFA, inquietas porque la operación de entronizar a Ronaldo para sustituir

a Maradona puede ser un fracaso y frenar las expectativas de la globalización futbolística.

Lástima que la Divina Providencia disfrute poniéndole a Aquiles un talón frágil y a Ronaldo una rodilla de terracota. Tenía razón Pelé al estar algo mosca, y sería cuestión urgente que los teólogos vaticanos dieran una explicación consoladora antes de que la rodilla de Ronaldo se convierta en un argumento ontológico para la inexistencia de Dios.

RONALDO: EL RETORNO DEL DIOS REMENDADO

La lesión de Zidane desestabilizó el campeonato del mundo de fútbol que repitió en Corea y Japón el intento de globalización buscado en el mundial de Estados Unidos. Religión civil de diseño, hegemónica en América Latina y en Europa, el fútbol puede extenderse por África y Asia y quedarse merodeando en torno al núcleo del Imperio del Bien, poco más o menos como estaba el cristianismo con respecto a Roma en tiempos de Constantino. Que de un bereber como Zidane dependiera la esperanza de juego de una competición desarrollada en Corea y Japón demuestra lo importante que fue, en su día, la primera vuelta al mundo de Magallanes, completada por las declaraciones de Johan Cruyff al comienzo de los mundiales de 2002, cuando señalaba a Zidane, Owen y Raúl como los tres solistas del mundial. En los tiempos en que escasean los dioses indiscutibles, renqueante Rivaldo y con rodillas de cupletista fina el gigantón Ronaldo, Cruyff apostaba por dioses de refresco.

Medio año después de los campeonatos, Ronaldo recibe el Balón de Oro y el reconocimiento como mejor jugador del año según la FIFA, tal vez como consecuencia de que ayudó a Brasil a proclamarse campeón del mundo y ahora juega en el Real Madrid, actual campeón de Europa y ganador de la Copa Intercontinental. Eso es casi todo. Los públicos de fútbol de España contemplan a un Ronaldo a media forma, se dice que está gordo, que va de éxtasis en éxtasis por los principales restaurantes de Madrid y se especula sobre qué dietista vendrá a hacerle adelgazar. Por otra parte, Ronaldo no ha acabado de entenderse con la plantilla del Real Madrid llena de estrellas, un tanto molestas ahora porque el resplandor del brasileño se trueca en un trato de favor por parte de la directiva y de los medios de comunicación. La cohabitación es más difícil en el Real Madrid que en la Francia de Mitterrand y Chirac. Un equipo en el que coexisten Zidane, Roberto Carlos, Raúl y Figo

tuvo que asumir la llegada del mismísimo Dios remendado del fútbol del siglo XXI, aquel muchacho redescubierto por el Barcelona de Bobby Robson, proclamado Dios de una religión descabezada desde todas las caídas de Maradona y urgentemente necesitada de un Dios como todos los dioses, a la vez uno y trino.

Como si las modernas religiones de diseño estuvieran hechas de materiales menos consistentes que las religiones reveladas sobrenaturalmente a los hombres, Ronaldo se rompió, nada más llegar al fútbol italiano y gravemente, una, dos, tres veces, sus frágiles rodillas, que no pudieron soportar el peso y el vuelo de un cuerpo de atleta privilegiado. Apenas recompuesto para poder participar en los mundiales de 2002, quienes le vimos jugar pensamos que o bien nunca volvería a ser el que había sido o bien que todavía estaba muy lejos de lo que había sido.

Fugitivo del fútbol italiano o de sí mismo o de los dos, estuvo a punto de fichar otra vez por el Barcelona, pero lo hizo por el Real Madrid, dotado de un presidente rigurosamente posmoderno y por lo tanto partidario de la cultura del collage. Para Florentino Pérez, nuevo rico muy rico y hombre de civilizados comportamientos, unir a Ronaldo a la constelación de estrellas del Real Madrid era precisamente eso, sumar un resplandor más y cegar así a todos los rivales. ¿Cómo se puede ganar a un equipo en el que juegan Raúl, Zidane, Roberto Carlos, Figo y Ronaldo?

Si en los mundiales Ronaldo jugó a medio gas, en el Real Madrid lo está haciendo casi sin resuello, aunque de vez en cuando le vuelva a salir un ramalazo genial sólo al alcance de los dioses, aunque estén algo remendados. Lo curioso es que a la hora de elegir el mejor jugador de fútbol del mundo en 2002 todos coincidan en que ha sido Ronaldo, a pesar de que todos sabemos que este reconocimiento enmascara una crisis de grandes jugadores, así como una lamentable decadencia del fútbol, manifestada por ejemplo en la Liga de Campeones, donde las mejores escuadras italianas, francesas o alemanas parecen haber perdido el favor de la pelota como el marino de Mishima perdió el favor del mar. Esta decadencia ha permitido un aumento del nivel de competitividad de los clubes españoles, que en los últimos años copan plazas entre los semifinalistas europeos y tampoco ofrecen un avance en el fútbol como escenificación de tantas armonías terrestres y celestes. El Real Madrid ha conseguido llegar a las nueve copas de Europa utilizando para ello las genialidades de sus líderes y un sistema de juego que se mueve entre el caos y la abulia.

A pesar de que la religión del fútbol progresa en buena parte del mundo como una alternativa laica dentro del marketing religioso, que se tenga que elegir a un Dios remendado como cabeza y símbolo supremo o bien indica una debilidad transicional o bien una crisis más profunda que plantea una pregunta inquietante. Pensemos en uno, en un solo jugador que pueda ser anunciado como el Dios futuro, de la misma manera que en el pasado lo fueron Di Stéfano, Pelé, Cruyff y Maradona. Difícil respuesta a tan angustiada demanda. Tal vez por eso, antes que poner en peligro tan fabuloso negocio espiritual, mediático y comercial no haya más remedio que recurrir otra vez a un Dios lesionado, algo gordo y excesivamente partidario de la felicidad.

DE BECKHAM A RONALDINHO, EL ESPECTRO DE JUGADORES MEDIÁTICOS

Así como Carrillo abjuró del marxismo-leninismo aprovechando un viaje a Estados Unidos y Aznar promulgó la persecución jurídica de Jarrai desde Nueva York, nadie crea que el talante épico de la España del curso 2003-2004 nos lo estamos jugando en Irak con la presencia de soldados españoles, sino en Estados Unidos y en China o Japón, donde el Barcelona y el Madrid inician el duelo de la próxima Liga. El nuevo Barcelona se construye en torno al imaginario Ronaldinho, y el Madrid, sin Del Bosque, tiene en Beckham su sistema de señales privilegiado. Del Bosque era un eslabón con el Real Madrid heredado de Di Stéfano por aquella quinta yeyé antecesora de la del Buitre, y más o menos esa imagen se ha sucedido a sí misma hasta que la llegada del nuevo presidente significó tiempo de marketing y globalización.

Si ya el cuarteto Roberto Carlos, Zidane, Raúl y Figo era un exceso comunicacional, el añadido de Ronaldo y Beckham convierte al club madrileño en algo más que un club de fútbol, en una superestructura mediática equivalente a la CNN. Ignoro si con los años la valoración de este Real Madrid se deberá a su balance deportivo o al impresionante balance comercial que se espera de jugadores pertenecientes al *star-system* del mercado deportivo, pero el espectáculo está asegurado. En la pretemporada, Beckham se escinde en el jugador que da el espectáculo entre partido y partido y que además, sorprendentemente, ha de salir a jugar al fútbol. ¿Es

necesario que juegue al fútbol, o sólo seguirá haciéndolo para poder acumular todos los valores añadidos que conlleva su presencia?

Si Beckham se convierte en el gran valor añadido de este Madrid posmoderno y casi posthistórico, Ronaldinho lo es en el Barcelona, pero dadas las circunstancias regenerativas del club catalán, aparte de su valor mediático, Ronaldinho tendrá que jugar al fútbol, porque de él se esperan esas asistencias de gol que devuelvan al club a la Liga de Campeones. Si en el Madrid asistimos a una *globalización* del equipo, en el Barcelona debe hablarse de una refundación.

Melena rizada acharolada el brasileño, rubio pelo lacio con coleta el inglés, el concepto «jugadores mediáticos» acaba de entrar en los medios de comunicación españoles, y así como en los años sesenta los clubes de fútbol buscaban jugadores *oriundos*, es decir, descendientes de antepasados españoles, hasta en Nepal, no hay y no habrá club español que se precie de moderno si no cuenta con un *mediático*, venga de donde venga. Y aquí empiezan los problemas, porque no es tan fácil conseguir ese rango ni esa doble capacidad de jugar bien y al mismo tiempo vender imagen. ¿Quién es el jugador mediático del Depor? ¿Y el del Valencia? ¿Tiene jugador mediático la Real Sociedad? El Betis dispone de Denilson y también del inimitable presidente del club, pero será difícil que en plena crisis económica los restantes clubes de fútbol españoles estén en condiciones de fichar a tan caros y aparentemente esquizofrénicos especialistas. Es indudable que se va a introducir un sistema de doble valoración de las grandes estrellas del fútbol: por su contribución a los resultados deportivos y por su contribución a la venta de productos relacionados con su imagen. Que nadie se extrañe si en los diarios deportivos o las páginas o espacios dedicados al deporte de cualquier medio de comunicación se incluye la clasificación según éxitos comerciales, cohabitante con la clasificación según los deportivos.

Ya en el ámbito del tenis, una jugadora rusa físicamente muy agraciada que nunca ha ganado ningún gran torneo ha conseguido hacerse supermillonaria gracias a la comercialización de su imagen. No sería del todo rechazable, pues, la profecía de que llegará el día en que los clubes de fútbol incorporen a grandes monstruos mediáticos que futbolísticamente sólo sepan atarse las botas y lanzar córners o correr sin el balón hacia los espacios libres. Durante toda una liga, en España podremos observar a Ronaldinho y Beckham en su doble cometido, más acuciado el brasileño a asumir su doble condición y, en cambio, más libre de responsabilidades estrictamente futbolísticas el inglés. Hace muchos, muchos años, Alfredo Di Stéfano, en su

etapa de genial conductor del Real Madrid, dio un escándalo cuando prestó su figura a la propaganda de una marca de medias. Vestido de jugador, de cintura para abajo lucía unas excelentes piernas femeninas con medias, y una España recién salida de la autarquía le obligó a quitárselas, impidiendo así que pudiera quedar como *primer jugador mediático* de la historia del fútbol. Pelé lo fue, pero ya retirado o casi retirado, y ha tenido que llegar el siglo XXI para que progrese esa propuesta de jugador mutante, más destacado por el sistema de señales que emite que por los goles que marca.

LA LIGA DE LOS MEDIÁTICOS

La autarquía fecundó futbolistas oriundos en los vientres más insospechados o mediante una avanzadísima ingeniería genético-burocrática, coincidente con el empeño de las editoriales por hacerse con escritores latinoamericanos en la estela del boom de los Vargas Llosa, García Márquez, Donoso, Fuentes o Cabrera Infante. Ahora los clubes buscan jugadores mediáticos dentro de la medida de sus arruinadas contabilidades.

El Real Madrid ha alterado la lógica del mercado con el fichaje de Beckham, valorado jugador a balón parado e inspiradísimo lanzador de córners, pero sobre todo hombre portador de valores mediáticos, que no es lo mismo que ser portador de valores eternos. Mediático por parte de señora esposa, mediático por hábitos que lo convierten en una mercancía difícilmente repetible, Beckham mercantiliza lo que toca y es en sí mismo un valor añadido al equipo del Real Madrid. Ni siquiera sería necesario que jugara al fútbol, o lo sería sólo lo indispensable para justificar su cualidad de *jugador mediático*, porque los Zidane, Raúl, Figo, Ronaldo y Roberto Carlos se bastan y se sobran para ganar o perder partidos dentro de la estricta lógica futbolística. Beckham está en otra dimensión; al acabar la temporada, junto a la clasificación deportiva de la Liga, convendría tener en cuenta la *mediática*, es decir, la clasificación de jugadores según los ingresos obtenidos por su condición de hombres-anuncio. También Ronaldinho ha sido definido como un jugador mediático, pero los cuatro años de crisis de resultados del Barça exigen que además juegue al fútbol y marque la diferencia deportiva. Valencia, Depor, Atlético de Madrid y Betis buscan al jugador mediático que les aporte imagen y les permita obtener ingresos anunciando lo que sea. Beckham, el modelo a imitar, se ha lacado las uñas de los pies o se ha puesto

las bragas de su señora, con lo que ha conseguido que todos, absolutamente todos, nos laquemos las uñas de los pies y tratemos de hacernos con las mejores bragas deshabitadas. Que sea buen futbolista es lo de menos. «El medio es el mensaje», dictaminó Marshall McLuhan hace cuarenta años, y Hans Magnus Enzensberger respondió: «Cuando la burguesía dice que el medio es el mensaje es que no tiene nada que decir». Entonces, Hans Magnus era de izquierdas, y además un ingenuo.

2

Barça-Real Madrid: enemigos necesarios

I

El Barça: más que un club o más que una inmobiliaria

DESARMADO EJÉRCITO SIMBÓLICO

*Fundado por Joan Gamper
el Noi del Sucre puso las masas
la patronal la tribuna de diseño
una nieta de Torroja cantaría al niño
de la luna desde Madrid
el corazón tan blanco
la tribuna de Torroja fue profecía
de arquitecturas férreas ahumadas
vegueros del textil inmobiliarias brevas
las masas abuchean la Real Marcha visca Macià
que és català mori Cambó que és un cabró
Primo de Rivera ordena la carga policíaca Franco
—el corazón tan blanco— forma el pelotón
de fusilamiento para Josep Sunyol presidente
de algo más que un club presidente de una religión
republicana catalana y laica
cautivas
fusiladas masas
de azul la patronal textil
o inmobiliaria de azul el brazo en alto
la patronal pedía perdón al Moloch de las batallas africanas
y consagraba el club a las vírgenes vernáculos
moreneta de día merced de noche escindidas gentes
dioses
paganos en el césped
Basora César Kubala Moreno y Manchón
se iban de vírgenes Di Stéfano al Madrid
el corazón tan blanco de Les Corts al Camp Nou las catedrales
siempre sumergidas las masas construyeron
domingo tras domingo razones democráticas
consagraron médiums de victorias y derrotas
azulgranas contra el Estado de corazón tan blanco
extrañas parejas los dioses menores siempre
de dos en dos los mitos necesarios sol
y sombra*

*para construir la religión de la memoria cultos
binarios para el octavo día de la semana banderas
del escondite al apogeo de una rebelión sin causa
los dioses se suceden del todo a la nada Samitier
y Alcántara Sunyol y Companys Kubala y Suárez
Rexach
y Marcial Cruyff y Puig Antich Dafnis y Cloe Gasset
y Ortega Núñez y Navarro Núñez y Núñez Núñez y Van Gaal Tristán
e Isolda una historia de amor como no hay otra igual
en el escaparate de una razón social pasteurizada
mercenario
simbólico desarmado ejército de una memoria desarmada
el Barça*

EL BARÇA: DE LA GUERRA CIVIL A LA CASA REAL

Cuando tienes que explicarle a un extranjero por qué «el Barça es algo más que un club», es necesario remontarse a Adán y Eva, y no por un vicio historicista, sino porque la significación del Barcelona se debe a las desgracias históricas de Cataluña desde el siglo XVII, en perpetua guerra civil armada o metafórica con el Estado español. Mientras España tiene la sensación de que Cataluña quiere separarse del Estado, los catalanes se consideran incomprendidos y oprimidos o rechazados por el resto de España, al mismo tiempo que explotados como una de las comunidades que más contribuyen en las recaudaciones de los tesoros nacionales. Cuando, tras la extinción progresiva del franquismo, Cataluña recuperó parte de sus derechos civiles como pueblo, el pleno uso de la lengua por ejemplo, se acentuó el recelo español, y más todavía cuando los nacionalistas catalanes, personalizados en la figura del presidente de la comunidad autónoma, el señor Pujol, prestaba su apoyo al gobierno de España, primero a los socialistas y luego a los populares. ¿Qué favores especiales quería conseguir Cataluña? Durante la alianza entre los nacionalistas y los socialistas, los medios de comunicación de la derecha lanzaron una campaña de insultos y acusaciones contra los bastardos intereses del nacionalismo catalán. Lo peor que le puede ocurrir a un paranoico es que le persigan de verdad, así que, ante este frente anticatalán, los catalanes reaccionaron recordando antiguos agravios, es decir, se remontaron a Adán y Eva.

Pues bien, el Barça tiene su papel en la construcción y deconstrucción del agravio colectivo catalán. En los años veinte, el campo de Les Corts fue

clausurado por el dictador Primo de Rivera porque el público silbó la marcha real, y en los primeros días de la Guerra Civil, en un alto del camino de la sierra de Guadarrama, fue fusilado el presidente del Barcelona, el señor Sunyol, por una partida franquista. Nada más acabar la guerra, ocupada militarmente Barcelona, las tropas franquistas quisieron convertir el campo de Les Corts en un almacén de tanques, luego pretendieron cambiarle el nombre al club y que se llamara «España», y finalmente vigilaron el nombramiento de sus presidentes y directivos durante toda la dictadura. Todos debían ser o claramente franquistas o franquistamente correctos. Ante la total prohibición de militancias políticas, muchos catalanes se hicieron del Barça para expresar su antifranquismo, y cuando mermó la dictadura y una sociedad civil parademocrática empezó a emerger incontenible fue en el campo del Barcelona donde se manifestaron masivamente las banderas nacionalistas y se escucharon himnos prohibidos durante más de treinta años. Fue a partir del comienzo de los años setenta, bajo la presidencia de un antiguo colaborador del franquismo pero de latencias democráticas, Narcís de Carreras, cuando el Barça recuperó o no perdió del todo sensibilidades democráticas, liberalizado finalmente el club (con gran esfuerzo) por la directiva de Montal hijo. Luego llegaron estos directivos actuales, posmodernos ahistoricistas que se proponían destruir la imagen del Barça como más que un club (propósito explicitado por el presidente Núñez en numerosas ocasiones), hasta que se dieron cuenta de que era la única manera de justificar que el Madrid ganara más ligas por culpa del centralismo arbitral.

La actual directiva del Barcelona, presidida por un constructor de obras que hizo su fortuna bajo el franquismo, se empeñó en combatir la idea de que el Barcelona era algo más que un club de fútbol, pero no pudo contra una fijación muy instalada en las masas. A la tozudez del nacionalismo barcelonista se debió el reciente homenaje al presidente del Barcelona F. C., Josep Sunyol i Garriga, diputado de Esquerra Republicana asesinado por las tropas franquistas al comienzo de la Guerra Civil, cuando el coche que lo transportaba por la sierra madrileña fue interceptado. En aquellos años, el Barça estaba dirigido por republicanos nacionalistas, desde la figura de Sunyol hasta la de un Antoni Cabestany, personaje olvidado y al que tuve el gusto de conocer y oír. El Barça formó un equipo de fútbol para que viajara por el extranjero haciendo propaganda de la República, al igual que el Athletic de Bilbao en el que jugaban Balmanya o Escola y un jovencísimo Artigas, con el tiempo entrenador del primer equipo.

Cuando los miembros de la Asociación de Amigos de Josep Sunyol escribieron a Núñez pidiéndole que la directiva respaldara el homenaje, la respuesta fue proponer que olvidaran a tan incómodo personaje. *Lo mejor es olvidarlo*. Me imagino a la mayor parte de los directivos procedentes de la burguesía engordada bajo el franquismo teniendo que reivindicar a un mártir republicano, teniendo que rendir pleitesía a un rojo separatista. La mayor parte de los directivos debieron de pensar que si Franco había fusilado a Sunyol alguna cosa debía de haber hecho, que es lo que pensaba casi toda la burguesía catalana parafranquista. Por fin, el presidente Núñez representó al Barça en la inauguración del memorial Sunyol, sin duda asesorado el presidente por el sector inteligente de sus asesores, una vez tranquilizado en el sentido de que es muy poco probable que, de producirse otra guerra civil, a él le pegaran un tiro en cualquier cuneta, como a Sunyol, por el hecho de haber contribuido al homenaje: «Siempre podrá alegar usted que lo hizo como un servicio al socio, porque el Barça es interclasista e interideológico».

De la Guerra Civil a la Casa Real. El Barça no sólo ha conseguido emparentar simbólicamente con la monarquía española mediante la boda de uno de sus mejores jugadores de balonmano con la hija del rey de España, Cristina de Borbón, sino que estuvo a punto de meter una pelota de fútbol en el escudo de la participación de boda. En *El banquete*, Platón sostiene que el ser humano original, antes de padecer la división de los sexos, era esférico y autosuficiente, de ahí que en todas las culturas arcaicas la esfera haya simbolizado la perfección, la totalidad. Desde el punto de vista simbólico, la rosa es la flor más utilizada en Occidente y representa sobre todo la regeneración y el amor puro, por eso en *La divina comedia* Beatriz le entrega una rosa amarilla a su amante en el último círculo del Paraíso. Acertaba, pues, plenamente el diseñador Enric Satué cuando plasmaba el enlace entre Cristina de Borbón e Iñaki Urdangarin como el encuentro de la rosa y la esfera, en este caso la pelota y, para concretar más, la pelota de reglamento de balonmano. Una misteriosa conjura, ni siquiera palaciega, arruinó la sutileza simbólica de Satué, pero hay que retomarla para entender el secreto lenguaje de esta boda atípica en la que por primera vez en la Historia una princesa real se casa por la Iglesia con un jugador de balonmano, y además del Barça.

Sin saber cómo, la infanta Cristina se presentó un día en Barcelona y se puso a trabajar en La Caixa, es decir, actuaba como una inmigrante de clase media bien orientada, porque La Caixa es de lo más sólido que hay en Cataluña. Lo que podía haber sido interpretado como una operación de expansión monárquica no pasó de suspicacia, porque la muchacha hizo su

vida, a su aire dentro de lo que cabe, y se dejaba fotografiar con cara de sueño cuando llegaba al trabajo o departía desde la reserva y la timidez con toda clase de ciudadanos. De vez en cuando volvía a Madrid para salir en alguna foto de familia, pero pronto regresaba a Barcelona, donde tenía *su vida*, algo muy difícil de tener. Así como los amores de su hermano Felipe han tenido a veces acentos de Enigma de Mayerling, y el noviazgo de su hermana Elena parecía relacionado con el Concordato con la Santa Sede o con el Concilio de Trento (es una metáfora), el encuentro de la princesa con el jugador del Barça forma parte de la lógica de la vida cotidiana, está hecho a la medida del Palau Blaugrana, sin otra liturgia que la de las modernas religiones deportivas: «Barça, Barça, Barça» en vez de «Sanctus, Sanctus, Sanctus». Sin duda, Iñaki le gustó porque era rubio como su padre, pero más alto, y además jugaba mejor a balonmano. Luego llegó el protocolo y convirtió un enlace de *Caixa y Barça* en un acontecimiento de Gold Gotha retransmitido por televisión.

Mientras lady Di, convertida en fúnebre Dama del Lago, concentró las lágrimas de una humanidad desahuciada por el materialismo histórico, el sida, el Papa y el grado cero del desarrollo, Cristina e Iñaki, o Iñaki y Cristina, rosa y esfera, esfera y rosa, aparecen ante la aldea global como príncipes vitales y periféricos, que ni pintados para esta irreversible Europa de las regiones, primer paso para un nuevo Orden Internacional al que el Barça contribuirá desde la tenacidad demostrada para ser algo más que un club: el ejército simbólico desarmado de Cataluña. Importante seña de identidad que Burns Marañón ha conseguido retratar en la que hasta ahora podría ser considerada la mejor aproximación a la metafísica barcelonista, sobre todo si consideramos que se trata de una mirada externa, de una conciencia externa. En el capítulo final, «Hacia el milenio», el autor esboza un Barça marcado por la fenomenología del fútbol de mercado, esclavo de las marcas y los medios de comunicación. Plantea, sin duda, un enigma para la supervivencia del imaginario de este Barcelona que fue el sueño de un pueblo por tantas cosas frustrado y que se resiste a aceptar que conviertan su sueño en una simple mercancía.

«BARÇA! BARÇA! BARÇA!»

Es un rumor inicial que culmina en estrépito. Las gentes salen a los balcones a presenciar el espectáculo de cincuenta, setenta, noventa mil personas que

inundan todas las calles y avenidas que llevan al Nou Camp. Primero han ido llegando de uno en uno, de cinco en cinco. Ahora es un olear de cabezas agitadas por la prisa de los pies. La gente de los balcones mantiene una sutil sonrisa en los labios: tal vez se burlen de los que van al fútbol, tal vez los envidien. De momento, la sonrisa les sirve para mantener una máscara de espectadores en su palco de renta limitada, una máscara llena de civilización, de inviolabilidad de territorio soleado y digestivo, el territorio de una hogareña tarde de domingo.

En la calle, los coches encallados por las gentes y las gentes encalladas por los coches componen una fotografía. Sus movimientos se han detenido y en sus rostros puede leerse qué esperan de esta propicia tarde de fútbol. El anciano que asiste todos los domingos para confirmarse a sí mismo que nadie ha conseguido superar a Piera, Sancho o Samitier; la señora casada que lamenta el corte de patillas de Fusté; la joven emancipada que tiene incluso una teoría freudiana-heideggeriana sobre el estar-en-el-campo de Gallego; el oficinista con cuatro años de bachillerato que acude al campo para dar una lección crítica a los espectadores de las cercanías; el niño que utiliza la camiseta azulgrana como atuendo para estar por casa y tiene en su habitación un póster del equipo (ese póster que siempre se deja a uno u otro de los preferidos, ese injusto póster que traicionó la circunstancial lesión de Fulanito); el acuarentado hombre que acude al campo para reñir a los jugadores y compensar lo reacios que son sus propios hijos a las broncas... Tópico, podrá decirse. Tipología espectadora de esta clase se ve en todos los campos de fútbol de España. Pero aguarden. No sean impacientes. En los ojales de muchas de estas personas que avanzan hacia el Nou Camp hay un escudo con cuatro barras rojas sobre fondo amarillo. ¿A que esto no lo han visto en otros campos de España? Incluso algunos niños agitan banderitas triangulares con idénticos colores. Las gentes hablan mayoritariamente el catalán en una ciudad en que, según últimas y cultas estadísticas, hay un cuarenta por ciento de castellanohablantes. Aunque ese cuarenta por ciento sea engañoso, porque precisamente ahí, junto al quiosco, entre el grupo que espera la señal del guardia urbano para cruzar, surgen extrañas voces de lengua no menos extraña:

Ecorta tú, avui chuga el Fucté.

Es la versión «charnega» de: «Escolta tú. Avui juga el Fusté» («Oye tú, hoy juega Fusté»). También este público sería insólito en cualquier otro campo de España. Como serían insólitos esos coches que pugnan por pasar

entre el alud de cuerpos humanos impenetrables y que, en el cristal trasero, sostienen el reclamo: «Parleu català» («Hablad catalán»). En muchos de estos coches tiemblan lentamente (la marcha es lenta) la bandera del Barça y la de Cataluña. Pregunten al público. Casi todos sabrán contestar que Wifredo el Velloso —en fin (dejémonos de bromas vertebrales), Guifré el Pilós— fue quien diseñó esta bandera. Aquel heroico grafismo, tan distante de los que disfrazan Tuset Street, se hizo a base de cuatro dedos entintados en la sangre del Pilós y después pasados, con empaque histórico, sobre la pulimentada cara de un escudo. Les sorprendería la capacidad de recuerdo de estas gentes que comentan que Pujol no es extremo, que Rexach no es extremo, que no tenemos extremos, que Zabalza no es medio defensivo, que Ramoní está por estrenar, que no tenemos medio defensivo. Todos los públicos normales y corrientes utilizan a su equipo como un médium en el juego espiritista de trabar relación con la victoria o la derrota. Es un juego sadomasoquista que está en la entraña misma de toda competición, en la que hay un vencedor o un vencido. Y este deporte-espectáculo exige vencedores o vencidos. La prueba es que ante el recurso coexistente del empate se inventaron los puntos positivos, para que siempre hubiera un vencedor moral. El equipo del Club de Fútbol Barcelona, del Barça, también actúa como médium. Pero me atrevería a decir que, después del contacto espiritista con la victoria o la derrota, queda un ulterior contacto, tan sutil que permanece al nivel del presentimiento, pero sin duda evidente para cualquiera que haya estado en Cataluña no sólo de paso. El médium establece contacto nada más y nada menos que con la propia historia del pueblo catalán. Creo que el temple moral de este espectador incondicional del Barça, y aunque él no lo sepa e incluso Espriu ni siquiera se lo haya planteado, es calcado al del hombre del poema de Espriu «Assaig de càntic en el temple». El hombre empieza a decir que está cansado de su tierra, que le gustaría alejarse hacia el norte, donde dicen que la gente es limpia, noble, culta, rica, libre, despierta y feliz. Pero si así hiciera, su pueblo le diría: «Como el pájaro que deja el nido, así es el hombre que marcha de su lugar». El hombre nunca se irá, nunca traicionará el pacto entrañable:

*Mas no he de seguir jamás mi sueño
y aquí me quedaré hasta la muerte.
Pues yo también soy cobarde y salvaje
y amo además, con un desesperado dolor,
esta mi pobre,
sucía, triste, desdichada patria.*

Este espectador catalán está muy castigado por la historia. En la supervivencia del Barça se ha consumado uno de los escasos salvamentos del

naufragio. Es el Barça la única institución legal que une al hombre de la calle con la Cataluña que pudo haber sido y no fue. Y con ese médium mantiene una relación ambivalente de amor y rechazo, de fanatismo y crítica despiadada, aunque una y otra vez vuelva, domingo tras domingo, al Nou Camp:

*Mas no he de seguir jamás mi sueño
y aquí me quedaré hasta la muerte.*

Así dice el cantor de Espriu, e igual podría decir el socio barcelonista, porque también él ama, precisamente con dolor, a este equipo en el que ha delegado su derecho a la épica.

«JOAN MARTINES GONSALES»

«Elàstics blaus subjectats amb candaus porta el meu enamorat» («Tirantes azules sujetos con candados lleva mi enamorado»), cantaban las cupletistas de la época cuando el fútbol en Barcelona empezaba a ser un deporte de cierta multitud. Vilà Reyes, no hace mucho, se quejaba de la identidad entre la ciudad y el Barça, ¡equipo que, al fin y al cabo, había fundado un suizo y tenido como primer presidente a un inglés! Y, sin embargo, esa identidad es exacta. Gamper es uno de los mitos de la Cataluña actual, no tanto por haber fundado el Barça como por representar como nadie la estampa del inmigrado que se arraiga en lo más hondo del país. Tomás Acarreta, profesor de la Escuela de Periodismo, nos contaba una anécdota ocurrida en los tiempos en que las anécdotas políticas eran legales. Hubo una manifestación catalanista durante la dictadura, y al frente de la misma marchaba un mocetón encorajinado, portador de bandera, vociferador, impresionante. Fue aislado por la fuerza pública y detenido. Cuando el comisario le preguntó su nombre contestó: «Joan Martines Gonsales». «¿Natural?». «De Lorca, Murcia». El poder de asimilación del país era extremo. Éste es un país lleno de trampas sentimentales, en las que cayó Joan Gamper, cuya catalanidad nadie podía discutir ya en los años veinte. El Barça fue ante todo un pasatiempo de extranjeros y de algún catalán de la órbita de los amigos de Gamper. Primero jugaba en campos improvisados, a los que incluso había que llevar a cuestras los palos de las porterías. Gamper había sido el fundador del Zurich, y empezó a jugar en Barcelona por los descampados y solares urbanos. Una vez constituido el club en 1898 se jugaron... ¡tres partidos!, y en 1900 el número

de espectadores ya se contaba por miles. El crecimiento posterior del Barça, sus gestas, pertenecen a la cultura deportiva del país y, por lo tanto, son tema de revista especializada. En este reportaje, que busca clarificar qué hay detrás del triple grito: «Barça! Barça! Barça!», nos basta la levedad del dato que subraya una mínima evolución histórica. El club fue creciendo hasta un punto culminante: 1924. Entonces contaba con 12.000 socios. Curiosamente, la etapa de máxima politización del país (1931-1939) señala el descenso de socios activos: de 9.000 en 1931, a 3.500 en 1939. Y desde este fondo de pozo hasta los 55.000 socios actuales han pasado treinta años de crecimiento constante, a pesar de las alternancias de época de derrota con época de victoria. El público del Real Madrid ha experimentado más alegrías que tristezas en estos últimos quince años. En cambio, el Barça posterior al de las Cinco Copas, el Barça posterior al esplendor de Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón, ha dado más de arena que de cal. Pero la fidelidad del público ha sido constante, porque el público era consciente de lo que representaba el club mucho antes de que esa conciencia la manifestara públicamente Narcís de Carreras; el público era consciente desde el primer momento en que fue necesario salvar los restos del naufragio. Un presidente del Barça, Josep Sunyol Garriga, murió en el frente del Jarama. Un equipo del Barça hizo una gira americana en 1937, una gira que se instrumentó políticamente y que dio lugar a una serie de escaramuzas a lo James Bond para que los jugadores no volvieran a la zona republicana, sino a la otra. Muchos jugadores se quedaron en América; otros, como Balmanya, se quedaron en Francia. Otros volvieron a Barcelona. El equipo permaneció relativamente en activo durante toda la Guerra Civil; en cambio, el Espanyol fue prohibido y sus locales clausurados. ¿Es de extrañar que al acabar la guerra no faltaran maniobras para que el Barça desapareciera? Sin embargo, la bomba emotiva de efecto retardado que podía representar la supresión del club no estalló, y el Barça reanudó sus actividades en 1940, bajo la presidencia, fonéticamente tan extraña, del excelentísimo señor marqués de la Mesa de Asta. Aquel salvamento contó con la participación, un poco en sordina, de los catalanes que habían estado en Burgos con los pies o con las intenciones.

Y de 1940 a 1942 el público dio una respuesta clara al planteamiento de la cuestión: de 3.000 socios se pasó a 12.000. Primero resultó imposible recuperar a la mayor parte de los jugadores (voluntariamente o no) exiliados, entre otras cosas por la prohibición oficial de hacerlo. Cuando se levantó la prohibición se recuperó a alguno, como el propio Balmanya, pero su carrera

deportiva ya estaba casi vencida. El Barça empezaba a proporcionar las escasas alegrías cívicas al alcance del público catalán. El triunfo en las ligas de 1945, 1948 y 1949 dio lugar a sendas manifestaciones públicas de barcelonismo, en especial el de 1949, año de las bodas de oro del club. Y lo más grande aún estaba por llegar. Lo más grande serían las dos temporadas de las Cinco Copas, dirigido el equipo por Daucik y dirigido el festival futbolístico por el gran Ladislao. Sobre las evoluciones mágicas del gran Ladislao se concentraba la atención entusiasmada del público del viejo campo de Les Corts, de un público que soportaba «avalanchas», cortes de digestión y tempestades familiares para justificar la laguna de la patria y potestad de un domingo por la tarde. Junto al mito del jugador «de casa», trabajador y honrado como Pujol, el barcelonista también ha cultivado el del exótico jugador extranjero, cuyo extraño perfume de ser de otro mundo parece hipnotizar a las gradas.

Así describió el surrealista Alberti de los años veinte un partido entre el Barça y...

*Camisetas azules y blancas, sobre el aire,
camisetas reales,
contrarias, contra ti, volando y arrastrándose,
Platko, Platko, lejano,
rubio Platko tronchado...*

Y más adelante la epopeya barcelonista llega a tener incluso los colores tradicionales...

*Volvió su espalda al cielo.
Camisetas azules y granas flamearon,
apagadas, sin viento.*

Pero, según Alberti, la cosa pudo remontarse, y finalmente...

*Azul heroico y grana,
mandó el aire en las venas.
Altas, alas celestes y blancas, rotas alas,
combatidas, sin plumas, encalaron la yerba.
...
¡Y todo por ti, Platko,
rubio Platko de Hungría!*

El Kubala de los años cincuenta hubiera merecido su Alberti. Pero los Alberti de la época estaban muy preocupados buscando sinónimos de la palabra «libertad», elípticos sinónimos que pudieran rimar con las palabras «calle» o «pueblo», imposibles sinónimos.

PAN Y FÚTBOL

Es muy probable que la fórmula «pan y circo» tuviera como heredera, entre nosotros, la de «pan y toros», y ésta, a su vez, la de «pan y fútbol», y, finalmente, la de «pan y televisión». Pero la fórmula «pan y fútbol» ha sido aplicada un tanto mecánicamente. Ha padecido el desdén intelectual de los que, inconscientemente, más han hecho para crear el abismo entre cultura popular y cultura de élite. Inconscientemente, los que más han hecho por ese divorcio han sido los que más predispuestos estaban moralmente a evitarlo. El fútbol ha sido el derecho a la épica, ejercido a tontas y a locas por el pueblo. Ha sido, y es, un instrumento de desviación de la agresividad colectiva hacia un cauce no político. Pero también ha servido, juzgado desde otra perspectiva, como válvula de escape de las frustraciones del hombre de la calle y, por lo tanto, ha cumplido un papel higiénico sobre la prenatal conciencia social del país. E incluso, en casos como el Barcelona, el fútbol ha conseguido efectos completamente contrarios a los propósitos. Hay una irritabilidad a flor de piel en todo seguidor barcelonista, una irritabilidad que se concreta de pronto en eczemas, producidos, por ejemplo, por el caso Di Stéfano, por las declaraciones de Bernabéu sobre una supuesta Cataluña paradisíaca, despoblada de catalanes (¿y repoblada por quién?), por la prohibición de vender bebidas embotelladas cuando ni en Les Corts ni en el Nou Camp se ha practicado jamás el riesgo del botellazo rabietero, o por el caso de los paraguayos. En general, éste es un público tolerante que no se ceba con el equipo visitante. Salvo una excepción: el Real Madrid. La recepción que se dispensó al Real Madrid en la segunda vuelta de la pasada Liga fue memorable. Una recepción que no hubiera conseguido adulterar ni el mismísimo Miguel Ors. Un griterío constante, sirenas de gas butano, pitos, bocinas. ¿Empecinamiento antimadrileño? Ni hablar. Es algo más profundo, que tampoco se circunscribe a una política actual y concreta, sino que se remonta a una conciencia histórica de los finales del centralismo. Habría que declarar libro de texto en todas las escuelas de España la *Historia de Cataluña* de Ferran Soldevila. Tal vez entonces no hubiera sido necesario este reportaje para que el público entendiera qué hay detrás del grito «Barça! Barça! Barça!», y tal vez, de paso, se conseguiría comprobar de una vez cuántos españoles del interior están dispuestos a dar un paso para entender qué pasa en la «periferia». Desde que Fernández Flórez dejara escrito que: «Cataluña es la única metrópoli que desea independizarse de sus colonias», la frase ha

tenido tiempo de llegar a la conciencia pública del resto de España. A veces la Cultura, con mayúscula, llega al pueblo, ya sin firma de prestigio. Y no es de extrañar que el público de cualquier otra provincia española acoja al Barça con la prevención con que se puede acoger a alguien que sólo trata para vendernos algo. Existe la prevención de que Cataluña es un almacén del que periódicamente salen comandos de viajeros de comercio. Y esta prevención no es actual. A algunos viajeros de comercio catalanes esta prevención le costó la vida en 1936, cuando ser catalán era una categoría política casi tan nefasta como ser del Partido Comunista. O así lo interpretaban los incontrolados de siempre. Esos incontrolados que en el otro bando mataban curas a base de inyectarles aire por el ano.

Y así, cuando un viejecito que ronda los ochenta, con tez campesina, ojos sin pestañas, con costras de avitaminosis, boca sin dientes, gorra parda y bufanda tejida por su no menos ochocentista compañera de moño blanco y toquilla negra, se levanta en el transcurso de un Barcelona-Real Madrid e increpa a los madridistas gritando «¡Eso no es un equipo, eso es un tercio!», nos atreveríamos a decir que hay que eximirle de toda responsabilidad y que ésta hay que colgarla sobre espaldas más anchas; la del conde-duque de Olivares, la primera. Y si seguimos cavando en la Historia tal vez tendríamos que conceder su parte de responsabilidad al compromisario san Vicente Ferrer. Y tampoco escapa a su ración de responsabilidad todo ese verbo poético-imperial de la radio y la televisión.

Los jugadores del Barça, mientras hacen doce kilómetros de *footing* a las órdenes de Seguer, son anglosajones con las piernas, pero con la cabeza y con las manos son bien catalanes. Hacen *footing*, pero cogen *rovellons* (la seta más popular en Cataluña), y, de regreso al Nou Camp, asan *butifarra*, *costelles de be* y *rovellons*. Al público esto le gusta, porque el perfume predilecto del país es el humo impregnado de grasa de costillas de cordero y de humedad de seta recién arrancada. Y es que no hay duda: ésta es una institución tan importante como pueda serlo el monasterio de Montserrat, el Omnim Cultural, el Institut d'Estudis Catalans o L'Orfeó Gracienc: «Debemos luchar contra todo y contra todos porque somos los mejores y representamos lo que representamos».

Hasta estas frases yo no sabía muy bien qué representaba el señor De Carreras. Antes de la guerra se presentaba a diputado por la Lliga; era secretario de Cambó. Después de la guerra ha sido el representante supremo en Cataluña del Instituto de Cultura Hispánica, y más tarde procurador en Cortes por el tercio familiar de Gerona. Es un procurador tranquilo; muy

político, dirían elogiosamente los que siguen creyendo que la política es el arte de la medida, y cuanto más silenciosa mejor, más medida. No es un *emprenyador* (más o menos traducible por «incordiador») como Eduardo Tarragona. Tal vez la medida del señor De Carreras, sorprendentemente truncada por sus vibrantes declaraciones, proceda del riesgo y oficio de conducir una asociación legal de más de cincuenta y cinco mil militantes. Los directivos del Barça siempre han tendido a ser gentes de orden, como el propio gerente, señor Gich Bech de Careda, distinguido ex funcionario del Ministerio de Educación Nacional que tomó parte activa en la terapéutica de la epidemia revolucionaria de la Universidad de Barcelona cuando se declaró la cuarentena del Paraninfo en el curso 1956-1957.

Y es que representar, en plan de vanguardia dirigente, a un símbolo tan multitudinario y abstracto como es el Barça requiere un tiralíneas de precisión. ¡Una institución que incluso consigue que los mudos hablen! Porque poco antes de que Pujol, Pujolet, protagonizara el partido Barcelona-Bilbao, en el palco presidencial le fue impuesta una medalla del club a un joven sordomudo de la provincia. Un buen día, en el transcurso de la final de la Copa de 1968, Barcelona-Real Madrid, cuando la victoria barcelonista se confirmaba, el joven sordomudo se levantó emocionado y gritó: «Visca el Barça!». No había hablado antes ni volvió a hablar después. Nadie sabe, y tal vez nadie lo sabrá nunca, por qué mecanismos de defensa llegó aquel grito a aquellas paralizadas cuerdas vocales, qué río oculto provocó la maravilla de la palabra en el desierto de silencio de un joven catalán. Aunque yo sospecho que en parte los causantes fueron motivos que he dejado implícitos o explícitos en este reportaje. Motivos que también provocan el que un público tan sordomudo, tan voluntariamente sordomudo, grite de vez en cuando: «Barça! Barça! Barça!».

CRÓNICA DE UN PARTIDO

Cuando Pujol corre, se para, hace caer al defensa que le marca, salta para evitar la subterránea tarascada y centra sobre puerta con una precisión que sólo puede provenir de una pasión que enrojece la punta de su bota, el público está plenamente colmado. Hay jugadores que encarnan perfectamente una determinada parcela de las necesidades mitológicas del público. Pujol es honrado («Aquest sí que va de cara a la barraca», «Este sí que va

directamente a marcar gol»), Pujol es trabajador («No dóna mai una pilota per perduda», «No da nunca una pelota por perdida»), es sencillo, modesto e inspirado. También como La Ventafocs (Cenicienta) ha tenido que sufrir humillaciones sin cuento antes de que el príncipe lo emancipara. De Pujol, un técnico azulgrana llegó a decir: «Es una invención de la prensa». Además, resulta que el príncipe liberador de Pujol ha sido el propio público. Ha sido la presión de la opinión pública la que ha obligado a la repesca de Pujol del Sabadell. De ahí que el público vea en Pujol una afortunada inversión de afecto. Y este partido lo protagoniza Pujol, que «se zafa una y otra vez» (para decirlo en lenguaje periodístico especializado) del marcaje alternante de Igartua, Zugazaga y Estéfano. No importa que Marcial esté realizando su mejor partido de la temporada, ni que Rexach se autolimite lo suficiente como para no perder la pelota tras el tercer regate, ni que Reina se lance en palomitas poéticas a parar pelotas que Sadurní detendría levantando un dedo. El héroe preestablecido es Pujol, como en la temporada anterior lo era Gallego. Y nos atreveríamos a decir que Pujol es representativo de la imagen que el catalán medio se forja de sí mismo y que pocos jugadores llegan a alcanzar esta plenitud representativa: Samitier, Sancho, Escolà, Basora, Gonzalvo III, Biosca, Ramallets, Segarra y Olivella agotarían prontamente la lista. Y de los pies de Pujol llega casi la victoria. Marca un gol, facilita otro a Rexach y, aunque ausente del gol que marca Zaldúa, también estaba allí, muy cerca, por si acaso. Este público es un público duro. Tal vez sea el público de España más crítico con su propio equipo, y sus entusiasmos sólo acompañan las victorias más decantadas. El Barça va ganando al Bilbao por tres a cero; los gritos de «Barça! Barça! Barça!» crearon una especie de espuma aplastante que sirve de techumbre al más hermoso estadio de España.

Pero, de pronto, la inspiración poética de Reina parece haber cesado. Le han magullado las piernas, y no hay duda de que la inspiración poética de un futbolista nace en las células de sus pantorrillas. Y esto se contagia. Se le contagia a Torres, a Gallego, al propio Eladio, hasta ahora el defensa más seguro de la presente Liga. El Bilbao marca dos goles. Tres a dos. El talante del público ya ha cambiado nuevamente. El equipo vuelve a dolerle, vuelve a ser...

*esta mi pobre,
sucía, triste, desdichada patria.*

Y cuando el árbitro pita el final un minuto después, se descompone el gesto de la expectación y los cuerpos relajados protagonizan la odisea de la salida, los comentarios vuelven a recoger la ambivalencia de la fiesta. Sí pero

no. Marcial ha estado muy bien. Marcial es un paquete. Gallego vuelve a estar en forma. Gallego es un colador. Fusté, muy bien. A Fusté que le jubilen. Reina lo para todo. Reina siempre ha puesto nervioso a Gallego. Sólo Pujol está fuera de discusión, Pujol. ¡Pujolet! Él encarna mejor que nadie la tipología del jugador que el público del Barça quiere. El público siempre se ha mostrado reservón ante jugadores con clase que no unieran a esta cualidad el requisito indispensable de la combatividad. El caso Suárez fue una demostración; sin duda el mejor jugador español desde los tiempos de Samitier, y, sin embargo, nunca contó con un público incondicional como Kubala o Pujol. Eran sus maneras unas maneras que el público no compartía, como no compartió posteriormente las de Pereda, jugador de temperamento similar, y como muy probablemente no tarde en disentir del estar-en-el-campo de Marcial o Rexach. Este público admira más las buenas intenciones que los logros, y es muy capaz de redimir las torpezas bienintencionadas del incansable Zaldúa, pero no la pelota que perdía Suárez por no correr, o al menos por no hacer el amago de correr. Un análisis del lenguaje convencional empleado por el público daría una traducción exacta de lo que espera de un jugador: «sudar la camiseta», el mejor elogio; «gandules», el más rápido y peor insulto; «a pico y pala los pondría yo», un deseo; «juegan cuando quieren», una acusación... Cincuenta y cinco mil socios respaldan esta manera de ver las cosas, aunque hay dos sectores bien delimitados y definidos en el momento de expresarlas: el público de tribuna, correcto, adinerado a secas o muy adinerado, educado en la parsimonia contemplativa de un partido de tenis, y el público del resto del campo, cáustico, agresivo, emocionado, básicamente popular. Un público social, como diría un joven católico progresista de nuevo cuño.

FATALIDAD

«Si Núñez tuviera un circo le crecerían los enanos». Esta frase sintetizaba el pesimismo general ante las distintas oportunidades que el Barça tenía de ganar la Liga. O le secuestraban a Quini, o Goikoetxea segaba a las grandes figuras del Barcelona, Schuster y Maradona por orden de cosecha. Incluso el Barça estuvo en cierta ocasión a dos puntos de ganar la Liga con cinco partidos por delante y... no la ganó. Un fatalismo histórico difícil de racionalizar establecía que el Barcelona tuviera que dejar pasar diez u once

años entre título liguero y título liguero. Núñez trató de luchar contra la fatalidad, primero por el procedimiento de quitarle la significación nacional al equipo. «Que el Barça ha dejado de ser más que un club». Pero ni por esas. El público no se dejó desnacionalizar y el centralismo no se creyó la desnacionalización.

Además, inmediatamente Núñez tuvo que resucitar el fantasma del centralismo para poner en pie las viejas banderas a manera de cortina de símbolos que ocultara el fracaso de su gestión deportiva. Esa gestión tocó fondo en aquellos momentos en que el Barça se convirtió en la imagen de un odioso nuevo rico que quería comprarlo todo a golpe de talonario. Esa estampa fue la coartada para la formación de un antibarcelonismo generalizado en casi todos los campos de España. En plena crisis económica y social, el Barça exhibía todos los dedos de sus manos llenos de anillos de oro cuajados de brillantes, pero tampoco conseguía atraer a los grandes *cracks* mundiales, ya estuviesen asustados por la leyenda gafe del equipo o desdeñosos ante los acentos horteriles que en ocasiones transmitía la política del club. Núñez aprendió sucesivas lecciones y *de motu proprio*, o mejor aconsejado, cambió de talante: dejó que el público agitara las eternas banderas, se infiltró en el búnker federativo de Porta, y, curado de maradonitis, confió nuevamente en la cantera y en un técnico tan serio como poco vedette que en pocos meses convirtió un equipo de perdedores en un comando de ganadores. Y se anuncia que Núñez completará la jugada fichando a algún socialista y a algún convergente para su futura junta *trionfant*. Es decir, casi, casi el bloque histórico que pedía Gramsci y el compromiso histórico que propuso Berlinguer. Y es que los hechos son más tozudos que las malas ideas.

ESTRATEGAS

Para cuando el Barça llegue a la próxima final de la Copa de Europa, es decir, en el año 2011, sería conveniente que los estrategas hubiesen retenido las enseñanzas aportadas por esta final de 1986. Me he sentado ante la máquina de escribir con esta idea, pero inmediatamente descubro que no tengo otra. Mi cabeza está en blanco, ese color horroroso que a estas horas embadurna los forros cerebrales del barcelonismo universal, obligado a asumir una evidencia

que ha gravitado sobre el equipo del Barça durante toda la temporada 1985-1986: el F. C. Barcelona es un equipo sin goleadores.

Hace veinticinco años, la derrota frente al Benfica en otra final de la Copa de Europa sumió al club en una época de pesimismo histórico de la que no saldría hasta 1974, tras el fichaje de Cruyff. No fue entonces la ilusión de un día, pero sí la de una Liga, para penetrar de nuevo en otro largo limbo de segundones enriquecidos. El Barcelona ganó la Liga en 1985 gracias a la novedad de un esquema de juego que hoy día practican en España hasta los equipos que descienden a segunda división y ha mantenido el tipo durante la presente temporada gracias al pundonor de sus profesionales lugareños, empeñados en ocupar los inmensos vacíos dejados por el inapetente Schuster y el lesionadísimo Archibald. Segundo en la Liga. Finalista en la Copa del Rey. Finalista en la Copa de Europa. Demasiado, creo, para un equipo en el que sus máximos goleadores son un defensa, Alexanco, y un centrocampista que ha jugado toda la temporada con una pierna, medio cerebro y una cuarta parte del corazón. Hablo de Schuster.

Un hincha del Madrid dijo no hace mucho en mi presencia: «Vosotros, los del Barça, segundos y quejándoos, ése es vuestro sino». Profecía incompleta. El repetido segundón no tiene este año motivo para quejarse como no sea de sí mismo, de ese gigantismo aterrador que convierte las piernas de sus futbolistas en morcillas lentas en las ocasiones más definitivas. El Barça necesita cinco delanteros centro de esos que sólo conocen veinte metros cuadrados del universo, los veinte metros cuadrados del área pequeña, y se mueven allí como ugandeses ciegos en una noche de apagón. Y superar rápidamente la tentación de instalarse en el desastre hasta que, dentro de veinticinco años, las constelaciones y los dioses propicien otra oportunidad. Cantera, paracaidistas del gol y rebajar un poco la estatura de la exigencia social. Al fin y al cabo, esta temporada, a pesar de sus muchos pesares, no ha sido tan mala.

EL NÚÑEZ DE LOS PEINES

En todo quehacer humano se verifica una lógica interna difícil de captar desde fuera. Por ejemplo, ¿qué proceso lógico ha llevado al escriba sentado egipcio a convertirse en pope literario, capaz incluso de actuar como profeta no siempre laico? Por eso hay que tener mucho cuidado con la lógica interna

cuando desde fuera se trata de explicar algo cuyas claves no controlas. Ésta es mi humilde disposición de partida ante el proceloso panorama del fútbol español, aquel deporte que llegó a España a manera de polen retenido en los pelos de las piernas de marinos ingleses y que hoy forma parte de nuestras obsesiones afirmativas o negativas. El fútbol ha recorrido en cien años las mismas fases que otros procesos culturales han tardado varios siglos en cubrir. En el principio, la hegemonía del espectáculo la tenían los futbolistas, luego pasó a los técnicos, a los estrategas de victorias y derrotas, y ahora los verdaderos protagonistas de la fiesta son los empresarios, los presidentes de club.

Cuando se inició la Liga 1987-1988, en realidad no se presumía un combate deportivo por la victoria entre el Madrid, el Barcelona y el Atlético de Madrid, sino que las buenas y malas gentes del lugar se aprestaban a ver un combate a muerte entre Ramón Mendoza, José Luis Núñez y Jesús Gil. Los directivos habían conseguido, por fin, el liderazgo soñado y dotaban a sus clubes de los signos más externos de su propia personalidad. Los tres presidentes aludidos tienen algo en común: son triunfadores en sus profesiones, que además vienen de abajo y se lo deben casi todo a sí mismos. Insisto en el casi porque nadie se lo debe absolutamente todo a sí mismo, ni el Lute ni Bibi Andersen, que son los españoles que más se han hecho a sí mismos. Mendoza reúne un doble aplomo, el del aventurero que negoció con los países del Este cuando eso era casi metafísicamente imposible y el de propietario de cuadras de caballos. Tinieblas de subsuelo histórico y claridades de hipódromo. José Luis Núñez es tan astuto como aparentemente inseguro, es decir, la inseguridad aparente es una de sus astucias, y consigue poner a prueba aquella afirmación ético-geométrica: la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Y en cuanto a Jesús Gil, con él llegó la posmodernidad al fútbol español, a manera de solución ecléctica entre el protagonista de la zarzuela *El cantar del arriero* y Kashogui.

Todas las apuestas apuntaban a que sería Jesús Gil el protagonista del curso. «¿De dónde saca pa' tanto como destaca? ¿Dónde se mete la chica del diecisiete?». Si en el pasado al señor Gil se le caían las construcciones reales, en el presente son muchos los que esperan que se derrumben los castillos futbolísticos que según ellos ha construido en el aire. Pero no siempre las expectativas se cumplen, y José Luis Núñez le ha robado a Jesús Gil el papel de primer perdedor del año. Ha bastado que el Barcelona perdiera demasiado y que el Madrid ganara por demasiado para que el gigantesco edificio del barcelonismo (más de cien mil socios, estadios que parecen rascacielos, un

banco, una compañía de seguros en puerta, etcétera) se tambaleara y con él Núñez, en el sobreático, más mareado que un periquito enjaulado durante un terremoto. Pero mientras Núñez ponía un ojo de mareo, con el otro estudiaba la situación y buscaba dónde agarrarse. Él sabe que esos cien mil socios constituyen hoy día un sujeto primario e inerte que sólo tiene un deseo claro: ganar al Madrid cuando juega en el Camp Nou (y si es posible, ganarle en el Bernabéu) o, en el caso infausto de perder el partido, que sea por culpa de un penalti discutible. Luego, ese sujeto milenario y expectante sale del estadio y se siente respaldado por el esplendor colosalista de las edificaciones, por «el patrimonio del club más rico del mundo», y en el fondo eso le basta para seguir esperando el próximo partido con el Real Madrid, el próximo penalti discutible, la próxima esperanza de Liga, el próximo fichaje que en cuanto llegue al aeropuerto del Prat, alertado por el intermediario de turno, declare que comprende perfectamente que «el Barça es algo más que un club». Y mucho mejor si, meses después, el fichaje tiene un niño o una niña y los bautiza como Jordi o Núria. En el fondo, el público, como sujeto colectivo (de uno en uno es otra cosa), se entretiene con un peine. Núñez ha demostrado saber sacar el peine oportuno en el momento oportuno para que el público se entretenga.

Cuidado que el personaje se ha sacado peines importantes de la manga. Llegó a reunir en un solo equipo a Schuster y Maradona, considerados como los mejores futbolistas del mundo, y a pesar de que Schuster y Maradona se enfrentaron a él y le combatieron, Núñez ha sabido sobrevivirles y romper el invisible hilo de respeto reverencial que une al público con los ídolos. Toda la habilidad que Núñez tiene para, a los ojos de la multitud, convertir las derrotas en victorias o desentenderse de las derrotas como si no fueran también suyas, se convierte en torpeza en su relación con las grandes figuras que contrata. No es presumible que se trate de una mala predisposición del presidente ante liderazgos competitivos, al menos en los primeros tiempos, pero sí es evidente que hay una química negativa en esa relación y que en esa mala química intervienen factores caracterológicos: el líder futbolístico está en condiciones de prepotencia y el presidente del Barcelona no le inspira ni confianza ni respeto. Algo de eso ocurre para que Núñez haya tenido que pasar por encima de tanto cadáver exquisito.

Tras el nefasto comienzo de la Liga 1987-1988, Núñez anticipó quién sería el muerto de la novela y quién no lo sería sin antes pasar por encima de su propio cadáver. Núñez insistió en que Schuster, al que se había visto obligado a reponer en el equipo, más tarde o más temprano caería por su

propia ineficacia, voluntaria o involuntaria. En cambio, el entrenador, Venables, no estaba ni en discusión ni en almoneda. «Para que se vaya Venables —dijo Núñez—, primero me tendrán que echar a mí». En parte cumplió su palabra. Ante el coro de voces directivas que le pedían la cabeza del entrenador inglés, Núñez respondió presentando la dimisión. No le fue aceptada, pero él había cumplido. Se había autoinmolado por Venables, pero luego, y mucho antes del tercer día, había resucitado. «He descubierto que tengo grandes amigos en la junta directiva». Esos amigos le resucitaron, y ¿quién puede resistirse a una propuesta de resurrección? Y no ha resucitado desnudo, sino que, aunque evidentemente está casi en cueros, Núñez ha salido de la tumba con otro peine en la mano. Se trata de un entrenador manchego que difícilmente está en condiciones ideológicas de aceptar que el Barça es algo más que un club, pero que reúne cualidades muy apreciadas por el público del Barça: es trabajador, es honrado, se ha peleado con Jesús Gil, le dijo que no a Ramón Mendoza y además entrenará acompañado por un producto del país, Charlie Rexach. Rexach pone el pan con tomate, la Moreneta, la *escudella amb carn d'olla*, las Núrias y los Jordis, *el tortell*, la *mona de Pascua*, la sardana, la barretina... En fin, todos los signos externos de cierta catalanidad. Luis Aragonés, todo lo demás.

¿Será suficiente este peine? ¿Conseguirán sus reflejos hipnotizar una vez más a la masa de socios de club más numerosa de la Tierra? Todo dependerá de los próximos resultados y, en última instancia, de cómo termine el primer Barcelona-Real Madrid de la temporada y de si el penalti que piten a favor del Real Madrid es discutible o no. Si Núñez llega hasta ese penalti discutible, estará salvado. Lo que más nos gusta de este mundo a los catalanes es que los penaltis que nos pitan, sean futbolísticos o sean históricos, al menos sean discutibles y sospechosos.

LA MASCOTA Y EL DÍA DE SANT JORDI

Lean cuanto sigue desde la presunción de que analizo una obra abierta, de esas que proponen tantas interpretaciones posibles que sería majadero encastillarse en una de ellas. No puede ser de otra manera en esta historia interactiva, en la que el narrador parte de ingredientes tan disgregados como un dibujante contracultural, un perro semiótico, un club de fútbol que es más que un club, un país lleno de catalanes, una convocatoria de elecciones

autonómicas, un presidente de Generalitat que se sube y se baja al caballo de sant Jordi con la facilidad que le otorga tenerlo en la plantilla y una oposición que, reducida al papel de buscar caracoles y setas, de vez en cuando se siente heroína de rodeo y trata de derribar al caballo de sant Jordi no con el lazo justo, sino sentenciando primero que el caballo no es tal caballo, sino un pollino agrandado por el maquillaje. Olvidaba un ingrediente principal, y es que la enumeración ya era de por sí excesivamente desorientadora: el presidente del F. C. Barcelona, José Luis Núñez, taxidermista de futbolistas importantes. El mejor taxidermista del mundo en su género.

Tal vez si la crisis de la mascota olímpica y la del Barça no se dieran en el marco de unas próximas elecciones autonómicas no se hubieran convertido en crisis de la catalanidad, afectada esta seña de identidad total por los valencianos insultos del dibujante Mariscal y por la quiebra del Barça como representación simbólica de la dolorida épica catalana. Todos los pueblos hermanos, primos hermanos o simplemente vecinos reservan sus mejores mordiscos para dárselos entre sí, y cuando Mariscal dice, en una sobremesa relajadamente ética, que Cataluña está muy bien, lástima que esté llena de catalanes, lo dice a la valenciana manera, no según el estilo en su día utilizado por don Santiago Bernabéu al decir lo mismo. Al fin y al cabo, Mariscal vive y trabaja en Cataluña, tiene un relativo derecho de residente a decir tonterías sobre los catalanes. Bernabéu, en cambio, había sido miembro del ejército de liberación de Cataluña, y los liberadores han de ser más cautos en el empleo de la energía espiritual de irritación. La reacción de los catalanes de a pie fue inicialmente comprensible: a nadie le gusta que le quieran borrar del mapa, y mucho menos del mapa concreto al que más se pertenece. La reacción del presidente Pujol ya no fue tan comprensible, aunque fue personal y electoralmente lógica. Un presidente no puede bajar a la calle a propiciar un clima de linchamiento moral de un hombre solo, ni puede subirse al caballo de sant Jordi a encabezar una cruzada nacional contra el enemigo interior, que en este caso es un hombre solo que se representa a sí mismo y a su descontrol de sobremesa, no como cuando Pujol en la clandestinidad se subió al caballo de sant Jordi para combatir a Galinsoga, que era el representante de un poder ocupante, de un ensayo programado de usurpación de identidad. Ahora bien, no lo olvidemos, estamos en período preelectoral y todo vale, incluso desmedir un agravio y convertirlo en el agravio de una filosofía olímpica y sus gestores más evidentes: la oposición socialista.

Los criterios de rentabilidad electoral utilizados por Pujol tenían un talón de Aquiles que el presidente descubrió a las pocas horas de haberse subido al

caballo. Mariscal no sólo había agraviado a los catalanes en general, sino que le había agraviado a él en particular utilizando el argumento racista descalificador de que Pujol sólo mide metro cuarenta. Falso. Pujol debe de estar en torno del metro sesenta y cinco, como yo, y ha de hacer oídos sordos a estas argumentaciones racistas menores, sobre todo en un país que aún sigue siendo bajito en relación con la media mundial y que en el pasado se inventó una frase genial para defender su estatura: «En el pot petit hi ha la bona confitura» («El bote pequeño contiene la buena confitura»). Consciente de que había desencadenado un clima de linchamiento y de que podía hacer personalmente el ridículo del bajito agraviado, Pujol se ha dado por satisfecho con las disculpas de Mariscal y quiere ahora capitalizar tanto su capacidad de ofensa como su capacidad de perdón.

En el correlato de esta historia de mascotas, cruzadas y olimpiadas, la crisis más seria, la del Barça, lo es porque nada hay más triste que un estadio de fútbol para cien mil espectadores cuando sólo concurren a él veinte mil o treinta mil, y además, desgastados, convertidos en enterradores de su propia capacidad de pasión. Si el Barça no existiera o no se diera ese carácter extradeportivo que ha hecho de él algo más que un club, habría que inventar el uno y el otro. El club cumplía perfectamente el papel de ejército simbólico subordinado al querer y no querer, poder y no poder de una voluntad nacional que se ha acostumbrado a perder por culpa del árbitro, a contar con la inestimable ayuda del poder arbitral, que históricamente ha alternado el silbato infame y el bombardeo alevoso. Mientras el Barça ha mantenido su condición de ejército simbólico subordinado, los políticos nacionalistas han podido dedicarse al alpinismo sagrado, en un país lleno de montañas sagradas, bien sea por la especial manía de Vírgenes escaladoras, bien por esa condición de mirador de país usurpado que tienen algunas de las montañas catalanas con mayor y mejor estatura. Pero si el Barça deja de cumplir su papel, los políticos tendrán que bajar precipitadamente de las montañas sagradas y aprestarse a dar batallas en el llano. Es decir, y tómenselo como una metáfora: si el desastre del Barça se confirma, Pujol puede verse empujado a convertirse en Ho Chi Minh, y los demás políticos del retablo a resituarse incómodamente, perdiendo el confort que hasta ahora representaba discutir generalidades mientras el Barça se batía en el frente del Oeste.

Ante la convocatoria electoral, tomar posición sobre la crisis del Barça, precisamente porque es más que un club, tiene más relevancia social que hacerlo ante las sobremesas y las mascotas de Mariscal. ¿Conviene hostigar a Núñez o no conviene? ¿Qué es más rentable electoralmente? Los

convergentes vacilan y, como la rosa de Alejandría, son coloradas de noche y blancas de día. Los socialistas, hasta ahora, insisto en que nos movemos dentro de una obra abierta, no defienden a Núñez, pero lo defienden, porque notan que lo atacan los convergentes. Pasión barcelonista, cálculo electoral y también la sospecha de que el Barça cumplía unas funciones simbólicas que ninguna formación política catalana está en condiciones de asumir. Progresivamente, la lucha encarnizada por la túnica sagrada se convierte en pánico ante el presumible vacío de representación que implicaría la destrucción de la túnica y cómo un paisaje sin banderas barcelonistas obligaría a un replanteamiento de banderas. El aire huele a pacto, y el presidente Núñez ha salido de su mutismo para dar explicaciones y jugar la carta de la *salvación del Barça*, precisamente en el país que más campañas de salvación tiene en marcha por kilómetro cuadrado.

Coletearán estas dos grandes cuestiones nacionales hasta el estallido explícito de la campaña electoral, y habrán dejado su huella. La *cuestión Mariscal* nos ha renacionalizado; la del Barça nos ha desnacionalizado, a no ser que de aquí a las elecciones se gane alguna copa, se sufra una gran injusticia arbitral, se llegue a un pacto a lo Gran Interregno y la actual directiva sume algún gran fichaje a su impresionante colección de futbolistas disecados. Los nacionalistas puros tienen la impresión de que acontecimientos tan pasionales e intensos han alertado necesariamente sobre el enemigo interior, aunque los desastres del Barça hayan relativizado un tanto la figura del enemigo exterior. Pero, me pregunto, ¿existirían enemigos interiores de no existir los exteriores? En cuanto a los otros, a los que han regalado hasta ahora casi todas las bazas nacionales a los nacionalistas puros, piensan que los nacionalistas, al ir demasiado lejos, se han desorientado y que esa desorientación habrá sido finalmente captada por las masas electorales.

Podemos sonreírnos ante tanto espectáculo. Pero no demasiado. No hay pueblos listos y pueblos tontos. Ni todos los pueblos listos lo son siempre o a todas horas. Tanto los individuos como los pueblos necesitan un poco de irracionalidad de cuando en cuando, y divinidades cotidianas que ayuden a compensar el definitivo exilio de los dioses mayores. Si Hölderlin dijo «Los dioses se han marchado, nos queda el pan y el vino», los catalanes tenemos el derecho a salir de esta historia con la mascota de Mariscal, el Barça y sant Jordi en el lugar justo que les corresponde. Y sólo cuando los demás pueblos del Estado y del mundo se desmitifiquen estaremos en condiciones de desmitificarnos. El desarme unilateral de mitos es más improbable que el desarme unilateral de misiles.

COMO SI LA DIRECTIVA Y EL REAL MADRID NO EXISTIERAN

Mea culpa. Empecé el actual curso futbolístico ironizando sobre las ganas que tenían algunos jugadores barcelonistas de marcharse del club. Después de la diáspora que siguió al genocidio de la plantilla de Luis Aragonés, el injerto de jugadores vascos urdido entre la directiva y Clemente, cuando Clemente era el posible entrenador, no entusiasmó al personal ni parecía gozar de la confianza de Cruyff. El holandés se encontró la plantilla hecha y apenas pudo introducir modificaciones que fueran corrigiéndola y acercándola a su patrón de juego. Los entrenadores son como algunos críticos literarios: aprenden a entrenar una vez en la vida y luego repiten el esquema. Algunos críticos literarios aprenden a leer una vez en la vida y la literatura debe apañárselas para responder a su esquema. No. No había buen clima a comienzos de temporada, y las huidas de Milla y Roberto renovaban el camino del escepticismo.

Pero algo ha pasado. Por una parte, el pundonor de una plantilla dispuesta a demostrar su clase y, por otra, la crisis del Real Madrid, que ha imposibilitado nerviosismos, agravios, sospechas... esa corriente neurótica invisible que se establece entre público, jugadores, directiva y prensa cuando el Real Madrid se convierte en el odioso punto de referencia. También ha contribuido positivamente la dejación de protagonismo de los señores Núñez y Gaspart, aparentemente sometidos a un tratamiento de Valium (es un decir) para que sus nervios no contagien a ese sujeto colectivo tan delicado, tan puñetero, al que llamamos «barcelonismo». El barcelonismo es como una mayonesa a la que basta que la mires de reojo para que se desligue la emulsión y se convierta en una papilla grasienta e incomible. La táctica de hacer poco, de hablar poco y de llorar menos seguida últimamente por Núñez ha demostrado su efectividad. Se ha lesionado Koeman, han sancionado a Stoichkov, han operado del corazón a Cruyff, pero allí estaba la plantilla, con el mejor banquillo de reservas de España, para afrontar cada contrariedad con una naturalidad en otro tiempo desconocida.

El invento de que el Barça es más que un club se atribuye maliciosamente a una serie de intelectuales de izquierda que en el tránsito de los sesenta a los setenta sublimamos frustraciones y apetencias convirtiendo al Barça en el ejército simbólico de una Cataluña popular. Falso. Fueron dos dirigentes de orden, como los señores Narcís de Carreras y Agustín Montal, los que

primero hablaron de que el Barça era «lo que era y representaba lo que representaba» o «más qu'un club». Tampoco se lo inventaban del todo. Desde 1939 muchos catalanistas habían cubierto su cuota de patriotismo afiliándose al Barça, y ganarle un partido al Madrid era como dar la vuelta al Decreto de Nueva Planta.

Eso estaba allí cuando nosotros empezamos a teorizar sobre la cuestión dentro de la estética pop del final de la década de los sesenta, y buena parte de ese barcelonismo simbólico se sintió agredido cuando llegó el nuñismo y empezó a desideologizar el club y a convertirlo en una inmobiliaria. Pero con los años las relaciones se han modificado y, si bien es cierto que el nuñismo ha conseguido que buena parte del público de tribuna tenga mentalidad de inversor en una inmobiliaria, el propio Núñez y sus junteros se han ideologizado y no ha habido fracaso deportivo que no haya tenido su correspondiente coartada victimista.

El primer Núñez quería prescindir del argumento ontológico nacionalista, el segundo Núñez consideró que era muy inteligente recurrir a él cuando los resultados no eran los esperados, y yo creo que el tercer Núñez pasa de lo uno y de lo otro y descubre, sabiamente asombrado, que cuanto menos se meten en el club él y Gaspart mejor va todo. El silencio de Núñez es sintomático, casi tanto como el de Gaspart, personaje irrepetible, un Doctor Jekyll en los negocios de hostelería y un Míster Hyde en cuanto se mete en el palco del Camp Nou. Pero últimamente se le nota más aplacado, y desde el caso Milla parece como si hubiera llegado a la conclusión de que su reino no es de este mundo, o quizá se reserve como solución de continuidad para cuando Núñez se retire a cualquier oasis Núñez y Navarro.

Los maliciosos dicen que Cruyff es el primer sorprendido por el éxito de su plantilla. A lo largo de toda la Liga, los jugadores han salido al campo aparentemente relajados, jugando a su aire y con la confianza en sí mismos que suelen tener los buenos profesionales. Ahí está el caso de Salinas, un hombre de psicología indestructible que, le silben o le aplaudan, lo alineen o lo archiven, él siempre sale a su ritmo, mete su golito trascendental y luego se va a su casa o al banquillo sin alterarse. Este equipo ha encontrado su tranquilo y aún tiene cuerda para defender su hegemonía durante un par de años más. Siempre y cuando le dejen en paz y se consiga seguir superando el miedo a hacerlo peor que el Real Madrid. Hay que seguir jugando como si la directiva y el Real Madrid no existieran.

NO SÉ, NO SÉ

Si perdemos, malo, porque ni a la tercera va la vencida y comenzarán los teóricos a decir que lo nuestro no son las copas de Europa, de la misma manera que jamás se ha visto un cantaor de flamenco chino. Mal asunto si la representación simbólica de un pueblo en teoría tan europeísta como Cataluña tiene que reconocer tamaña impotencia o, a lo sumo, resignarse al título de club que más veces ha llegado a la final de la Copa de Europa sin conseguir ganarla. Es cierto que otros clubes tienen un historial menos presentable, y el San Gervasio, por ejemplo, ni siquiera ha participado nunca, nunca, pero es que nunca, en la Copa de la UEFA.

Ahora bien, ¿será bueno que ganemos? ¿Acaso la naturaleza, la Providencia y el cálculo de probabilidades no nos habían señalado nuestro justo lugar, segundos, segundos y a punto de ganar, pero perdiendo por un penalti, un mal viento, un mal rollo? ¿Estaremos psicológica y nacionalmente preparados para ganar sin que se produzcan como consecuencia desequilibrios en el espíritu colectivo que pueden conducir a situaciones impensables?

El miedo a ganar en el momento decisivo ha sido una rémora constante en la conducta del Barça, así en la Liga española como en la otra, tal vez como consecuencia de una larga educación en el no pasarse y el disimulo de los propios atributos que algunos filósofos señalan como características del talante catalán. Últimamente estamos muy mal de metafísicos de lo nacional, pero la simple evolución de la Liga de este año nos indica que sigue pesando sobre nuestro ejército simbólico desarmado el miedo a ganar, incluso en circunstancias en las que quedaba muy demostrado que tanto el Real Madrid como el Atlético tenían los cables mentales tan cruzados como los de sus respectivos presidentes. No sé, no sé... Por primera vez en la historia de nuestras heroicas finales, me gustaría *presenciar* este partido con los ojos cerrados, y al abrirlos, si hemos perdido, ¡psé!, lo natural... Pero ¿y si hemos ganado? ¿No nos subirán el IVA?

LA BANDA ES SUYA

Tal vez recuerde mal, pero el uso del defensa lateral total, capaz de marcar bien al extremo contrario para convertirse en un buen centrador, quedó definitivamente establecido en los campeonatos mundiales de Inglaterra de

1966. Los ingleses patentaron el invento, pero la selección española ya aportaba un excelente y fogoso lateral valenciano formado en el Condal, filial del Barça, antecedente del Barça Atlético y luego jugador del Real Madrid: hablo de Sanchís, padre del actual defensa del Real Madrid. En el caso de Sanchís sénior, más que coincidencia técnica con las innovaciones extranjeras había que tener en cuenta sus condiciones físicas y su coraje, hasta el punto de que Franco, al comentar el comportamiento de la selección española en aquel campeonato del mundo, dijo que parecía un «equipo de señoritas» (¡jugaba Gallego!) y que el único que había demostrado tener cojones era Sanchís padre.

Más allá de esta visión orgánica del fútbol, lógica en tan orgánico personaje creador de la democracia orgánica, hay que decir que Sergi parte del modelo original de defensa con la suficiente fuerza como para convertirse en atacante por los espacios que él mismo sabe crearse y ganar por velocidad, y al mismo tiempo dotado de una capacidad de contener esa velocidad con la frialdad de un extremo especialista. El Barcelona ha tenido una excelente tradición de laterales desde los tiempos en que Daucik trató de adaptar el puesto a extremos que luego pudieran actuar como defensas-atacantes, y hay que recordar la técnica casi romarística de un Benítez, la fogosidad de un Eladio, la velocidad de Rifé... Cuando apareció Sergi en el primer equipo se le asoció al prototipo Ferrer, marcador correoso y al mismo tiempo excelente ganador de terreno capaz de romper situaciones de bloqueo. Sergi mismo contribuyó a establecer la asociación porque se declaró admirador de Ferrer, además tenían esqueletos y cuerpos parecidos y todos creímos que el Barça había encontrado otro excelente marcador. Meses después, Sergi ha demostrado que es un complejísimo jugador que marca bien, sube, rompe el uno a uno y además centra como el mejor de los extremos. Su estructura física le permite soportar el choque, ser un velocista y controlar su propia velocidad, pero además posee una frialdad psicológica que le capacita para pensar la jugada a una velocidad de mirada superior a la de los que le marcan, y ahí están esos centros hacia el área lejos de los defensas adversarios, directos al espacio por donde llegarán los delanteros del Barcelona. La seriedad de registros y la concentración parecen especialmente sorprendentes en un jugador de veintidós años que se ha convertido en el propietario de su banda. Ignoro qué consta en su ficha técnica desde que el Barcelona se fijó en él como aprendiz de futbolista hasta ahora, pero creo que Sergi es la clásica demostración de que la responsabilización provoca el salto cualitativo que lleva a la genialidad. En el momento oportuno le ofrecieron la condición de

jugador creativo, y aprovechó sus condiciones básicas para conseguirlo, cuando todo parecía indicar que íbamos a asistir al nacimiento sólo de un buen, buenísimo defensa. Sergi es un futbolista-espectáculo.

ESPLENDOR EN LA HIERBA

Voy de curtido por la vida y por los campos de fútbol. Yo, que he visto regatear a Kubala con las caderas, driblar de costado a Eulogio Martínez, a Di Stéfano reinventarse el campo de fútbol con la imaginación o disfrazarse de poste, a Cruyff marcar goles con el flequillo, lamenté el otro día no llevar nunca —pero es que nunca— sombrero para quitármelo cuando vi a Romario dejando cubierto de vaselina y soledad al portero del Osasuna.

Llamándose Romario, no podía esperarse otra cosa que goles sureños, del sur más profundo del mundo, con un estilo de samba con seriedad de macumba, de la misma manera que llamándose Van Basten los goles han de ser nórdicos y de metro noventa de estatura. Romario marca goles y después levanta el dedo hacia los cielos y se santigua hacia los infiernos, con una seriedad de samba trascendente, como si los goles le vinieran de fuera, cual la gracia santificante y las ayuditas del Espíritu Santo.

Cualquier otro delantero centro que se llevara la pelota al tacto, con los pies tan sensibles y blandos como los relojes de Dalí, para rematarla a continuación con pies de piedra excitaría el sentido del ridículo y el odio de los defensas y porteros. Pero Romario les despierta un sentimiento religioso y, si no estuviese en pleno campo de fútbol delante de tantos desconocidos y si no tuviesen todos tan metido dentro el sentido del ridículo, estoy seguro de que después de cada gol de Romario sus antagonistas se arrodillarían y darían gracias a un Dios —no por menor y pagano menos considerable—, por haber sido escogidos para el acontecimiento. Y que nadie se extrañe si de ahora en adelante los porteros de fútbol de España llevan encima una libretita y un bolígrafo y, una vez encajado el gol de Romario, le piden un autógrafo y su bendición.

Otro valor añadido a este jugador es su misteriosa gestualidad, hierático como un dioscecillo preocupado por la deforestación del Paraíso e inalterable al paso de las estaciones, porque cuando Romario está en ellos los campos de fútbol adquieren una dimensión de prado planetario, y los noventa minutos una parsimonia de estaciones, de vez en cuando precipitadas por las

decisiones geniales del Dios reconcentrado. Romario crea un espacio y un tiempo, o así nos lo parece mientras dura la magia.

Pero si algún día, como le ocurrió al marino que perdió la gracia del mar, él pierde la gracia del gol, no olvidemos que gracias a él volvimos a vivir tiempos de esplendor en la hierba, sin la suerte de tener a mano un poeta como William Wordsworth para contarlo.

CRUIFF, 18 DE MAYO DE 1996

Cuando a finales de abril la directiva del Barcelona acordó prolongar el contrato de Cruyff un año más, utilizamos toda la pequeña filosofía barcelonista que nos quedaba para llegar a la siguiente hipótesis: como no ha habido batalla del pañuelo contra Cruyff, Núñez no se atreve a asumir la responsabilidad de la destitución. Aún quedaba la esperanza de ganar la Liga, una de esas esperanzas matemáticas que, como las malas mujeres, suelen irse con otro. Pero durante las pocas semanas que mediaron entre el milagroso arreglo entre Núñez y Cruyff y la destitución del 18 de mayo de 1996 la esperanza matemática se había ido con el Valencia y había continuado un exasperante pulso entre Cruyff y la directiva del Barcelona, buscando unos y otros la rendición sin condiciones. Si la directiva pretendía rendir a Cruyff sin condiciones es que de hecho aspiraba a echarle después de haber dado la impresión pública de cargarse de razones, y Cruyff se dio cuenta ya el 25 de abril de que le habían obsequiado con una falsa prolongación de contrato. A cualquier otro se le prolonga el contrato poniéndole condiciones, a Cruyff no, y eso lo sabían tanto el entrenador como Núñez y esos directivos que se han encargado de repartir la leña mientras Núñez ponía la paciencia.

Jugaban, pues, los unos y los otros a dejar desairado al antagonista cuando tuvieran que enseñar las verdaderas cartas. Y esa voluntad de jaque mate sólo se habría ocultado en caso de que el equipo hubiera ganado la Liga; es decir, en caso de que se hubiera reanimado la flor glútea del holandés. Cruyff ha planteado un jaque con visión de futuro a la directiva porque conoce lo difícil que va a ser conseguir un próximo año triunfal y lo fácilmente que saltará la grada ante cualquier catástrofe, recordando aquellos tiempos de las cuatro ligas. En situaciones de catástrofe, las masas recuerdan los días más felices y olvidan las frustraciones. La urgencia de logros y el talante de que habían dado muestras las directivas de Núñez y el propio Núñez hasta la llegada de

Cruyff y los triunfos permiten profetizar tiempos azarosos. Tiempos que Cruyff contemplará desde su casa de la Bonanova o desde su finca del Vallés a la espera de que el fracaso de Núñez aumente la nostalgia del holandés nada errante y que esa nostalgia le devuelva, si no al banquillo, sí a la dirección técnica, flanqueando a un nuevo presidente del Barcelona.

Anoten esta fecha: 18 de mayo de 1996. Ya tiene un sitio dentro de la historia del barcelonismo, pero también puede ser un referente para el futuro. A la junta no le queda otra salida que atraerse a los cruyffistas a base de talonario, fichando todo lo fichable para que la grada renueve su esperanza mitómana. De momento, no sólo coloca sobre la bandeja la cabeza de Cruyff, sino también la de Jordi y la de Angoy, como una demostración de que se ha sacado de encima una hidra de tres cabezas, el clan holandés. Pero todo cuanto haga está a prueba, y no por mucho tiempo. Por ejemplo, darle la libertad a Jordi Cruyff va a tener como inmediato contrapunto la actuación de Jordi en el Campeonato de Europa y su proyección futura como posible gran figura internacional, fraguada en Barcelona y entregada gratis al mercado europeo. Que tiemblen los directivos si antes del centenario no han ingresado en las vitrinas del Barça trofeos sustanciales, con Johan Cruyff en la Bonanova y Jordi en la Gloria.

EL POSCRUYFFISMO

Me piden desde Holanda mi opinión sobre Cruyff con motivo de su cincuenta cumpleaños. Un gran jugador de fútbol, calculador en el campo y en la vida privada, orgulloso de su condición de haber sido uno de los cuatro mejores jugadores del siglo y capaz de convertir su práctica en un saber, lo que le ha permitido ser también un buen entrenador. Los holandeses me preguntan por el misterioso vínculo que une a Cruyff con Cataluña y, desconocedor de lazos personales e intransferibles, se me ocurre que para un holandés como Cruyff Cataluña tiene algo de país norteño, según las claves convencionales que marcan las pautas diferenciales del Norte con respecto al Sur. Pero al mismo tiempo se beneficia de una latitud sureña con más sol, calor e imprevisibilidad que en la Europa del Norte, la Europa de la primera velocidad.

Tal vez no sea la única verdad del porqué de la permanencia en Cataluña del holandés en el pasado errante, y se me ocurre que un motivo importante es la espera de cómo se resuelve el poscruyffismo en el universo barcelonista.

Tal como se ha planteado el pulso entre Cruyff y Núñez, el sueño del holandés de volver a ser el líder del Barça, así en el campo como en la calle, ha de pasar por encima del cadáver del nuñismo. Sin embargo, la buena racha de juego del equipo que se percibe entre la derrota en Tenerife y la de Valladolid ha obedecido a esquemas de juego más cruyffistas que robsonianos, como si los jugadores y el público hubieran conectado en la sintonía de la añoranza de los mejores tiempos de Cruyff en el banquillo. Y es que el fantasma del holandés se pasea por las gradas, por el césped, habita en el Espíritu del Barça, por esa comunión de los santos que forman miles, millones de barcelonistas que tienden a mitificar a Cruyff como el rey Arturo que un día volverá a conquistar otras cuatro ligas y una Copa de Europa.

Fue difícil la deskubalización, término frecuentemente empleado al final de la década de los cincuenta, y será muy difícil la descruyfficación, porque han sido Kubala y Cruyff los dos referentes emblemáticos de los grandes saltos cualitativos del Barcelona en los últimos cincuenta años. Por si acaso, el holandés espera en su casa de la calle Escolles Pies, con una actitud menos holandesa que árabe, ver pasar el cadáver de su enemigo.

CRUYFF

La convocatoria del homenaje a Cruyff ha sido como un referéndum en el que se ha puesto en juego una vez más la dialéctica entre la memoria y el deseo. El público asocia a Cruyff a una edad de oro que a veces no lo fue, pero que consta como tal en el imaginario colectivo. Cruyff dejó una memoria dorada de jugador excepcional y la esperanza de que un día volvería, promesa tan próxima al rey Arturo como al general MacArthur. Y volvió, para instalar su estilo poético de juego, en contraste con una junta directiva llena de constructores de obras, abogados en claroscuro, algún ex jerarca del Movimiento Nacional Sindicalista y de las JONS o las COJONS, más algún que otro adorno socialista y nacionalista y el inefable Nicolau Casaús, que es algo más que un directivo y algo más que un puro.

A su aire, arbitrario y genial, poemático y cardiópata, Cruyff creó un equipo todavía hoy admirado por sus rivales. Equipo mítico para siempre cuyas hazañas se exagerarán en los años futuros, cuando ya sean memoria indemostrable. A pesar de la guerra sucia que siguió al cese de Cruyff, la presencia del holandés gravita sobre el complicado tejido social del

barcelonismo, creando expectativas como si de él dependiera que un día volvieran los signos de las mejores victorias. Así se construyen los mitos, desde Aquiles a Sharon Stone, pasando por Cruyff y María Goretti. Los mitos son *fumetti* que subliman las necesidades más ateridas de las gentes.

De Cruyff se dice que nació con una flor en el culo, y el éxito popular del homenaje confirma su condición de elegido. La larga sombra del holandés sobre el estadio, sobre el barcelonismo, sobre Cataluña, le señalarían como el aspirante a compartir algún día la presidencia del Barça y de la Generalitat. No en balde ha sido general en jefe de un ejército simbólico desarmado que habita en la memoria, pero también en el deseo, de las gentes.

LA MISA

Los jugadores del Legia de Varsovia escucharon devotamente la santa misa y consiguieron empatar con un F.C. Barcelona lleno de estrellas del fútbol mundial. Una auténtica constelación. Los jugadores del Legia de Varsovia viajan en compañía de un entrenador y un masajista, como todos los equipos de fútbol, pero también de un sacerdote que se santigua de vez en cuando en el transcurso de los partidos, y así les va. Curiosa gente estos polacos. Casi paralelamente a esta exhibición de catolicismo deportivo, el primer ministro de Polonia reafirmaba su seguridad en el éxito de su gestión porque, dijo, «nos protege la Divina Providencia».

Esta utilización de la Divina Providencia la veo tan conmovedora como peligrosa. Obliga continuamente a la Divina Providencia a elegir, tan condescendiente con los polacos y tan poco con los etíopes o los libaneses; tan propicia con el sistema de juego del Legia y tan de espaldas a la voluntad de exhibición del F.C. Barcelona. Tal vez se pueda llegar a la conclusión de que la Divina Providencia no puede atenderlo todo, como el Estado asistencial, y hoy les da a unos lo que mañana tendrá que quitarles para dárselo a otros. Creo que, teológicamente hablando, lo que acabo de decir es casi motivo de excomunión, pero es que cuando se juzga la historia a la luz de la Divina Providencia es inevitable una cierta sensación de angustia y desorientación. Ya sé que es cuestión de fe, ya. Asumo aquel bailable preapertura, creo que de Los Mustang, en el que se afirmaba: «Nos falta fe».

Ahora, de producirse la eliminación del Barcelona, no faltará quien aconseje a Núñez cambiar de entrenador y de sistema defensivo. Aunque mejor le aconsejaría aquel que le indicara la conveniencia de fichar un capellán, a ser posible un capellán polaco y, como cunda el ejemplo, por fin los estadios podrán ser llamados propiamente «catedrales del fútbol». Y es que vamos hacia la catedralización de la vida y de la historia.

NÚÑEZ, EL BOLERO DEL DESAMOR

Todos los candidatos a suceder a Josep Lluís Núñez caminan sobre su estela con pies de plomo, sin atreverse a criticar a fondo su gestión, a la manera de la transición política, en la que izquierdas y derechas decidieron no tirarse la memoria histórica a la cabeza. La desnuñización del Barcelona será lenta porque se teme la persistencia de un nuñismo sociológico, ya hoy por hoy organizado y potencialmente beligerante. La memoria del nuñismo es un bolero del desamor en tres estrofas. En la primera, los tozudos balbuceos del nuevo presidente eran los balbuceos del equipo y el *Barça triomfant* sólo conseguía la Recopa de Neeskens, la Liga de Venables y éxitos europeos que no conseguían emular las copas de Europa y las ligas del Madrid, ni el compensador cinco a cero de la etapa de Montal. No. Núñez no recibía amor por parte de las masas, sino resignación. Y es que el nuñismo alumbró a partir de dos misterios teológicos: la retirada del candidato Sagi y la trashumancia del republicano Nicolau Casaus a la causa nuñista y de la Virgen de la Mercè. También ayudó el apoyo de los dos jugadores más carismáticos en activo, Cruyff y Rexach, que pasaron por encima del cadáver de Ariño y Sagi sin pestañear, a pesar de que Núñez prometía acabar con el lema politizador de que el Barça era más que un club. Acorralado por el motín del Hesperia, se salvó sacándose de la manga a Cruyff y a media docena de excelentes jugadores vascos que le propuso Clemente, base aborigen del *dream team*.

La segunda estrofa del bolero coincide con la segunda colaboración con Cruyff. El nuñismo y el club viven una gran época y el presidente inaugura su mejor estilo, por fin dueño de sus silencios y no esclavo de sus palabras, asumiendo la politización del Barça hasta el punto de integrar en la junta a varios directivos de CiU y a un socialista. Lucidez de Núñez, mérito de su asesor de imagen o achicamiento de espacios de Cruyff, los resultados fueron reforzando la hegemonía del holandés y el presidente volvió a tener la

sensación de que su gestión no era valorada. La conflictiva ruptura entre Núñez y Cruyff ha condicionado la desgraciada tercera estrofa del bolero, con un Núñez convertido en orador y en demiurgo, dispuesto a gastarse el dinero que hiciera falta para hacer olvidar el *dream team* y sus apéndices, aquella quinta de Lo Pelat, cuya liquidación, en mi opinión, ha sido el factor fundamental del distanciamiento de la afición en estos últimos años. La quinta creó expectativas y, aunque se diga que sus miembros, individualmente y por separado, no han alcanzado las dimensiones previstas, ¿qué les hubiera ocurrido a los Ramallets, Seguer, Biosca, Segarra, Gonzalvo III, Bosch, Basora y Manchón, los canteranos del primer gran Barcelona, si hubieran sido traspasados o cedidos con el propósito de desarticularlos? El barcelonismo no perdonó esta limpieza étnica y agravó su sensación de desarraigo ante las maneras y las prerrogativas de Van Gaal, entrenador de ingeniería genética, dispuesto a triunfar libreta en mano y reproduciendo clónicamente el equipo de su pueblo. Van Gaal acabó asumiendo su condición de caricatura de cabo de reenganche. Pero Núñez se sentía querido y admirado por él y Núñez es un sentimental autoritario al que, como a todos, le gusta que le quieran, y frente a la última pañolada no podía salvarse ni salvar a Van Gaal porque no había ningún título futbolístico que sirviera de desquite, y si permanecía como presidente, la pesadilla y la amargura se reproducirían cada vez que el público tuviera la sospecha de que estaba ante un equipo cuya alma se había marchitado entre las páginas de una libreta. Demasiado bolero. Había que terminar con tanto desencuentro, a pesar de lo fácil que la sociedad civil barcelonista puso que Núñez no tuviera alternativa. Tal vez le gustaba conservarlo para sacarle el pañuelo o mirar por la cerradura, a lo Gran Hermano, las relaciones peligrosas entre Núñez y sus entrenadores, especialmente la última que...

*Es la historia de un amor como no hay otro igual
que me hizo comprender todo el bien todo el mal
que le dio luz a mi vida, apagándola después.
¡Ay qué vida tan oscura, sin tu amor no viviré!
Ya no estás más a mi lado, corazón,
y en el alma sólo tengo soledad...*

ELOGIO DESMESURADO DE VAN GAAL

La estampa del aficionado espontáneo y bajito que trata de comunicarle a Van Gaal su rechazo y termina diciéndole «¡Qué feo eres!», no debería ser desdeñada por los analistas de la situación barcelonista. Todo lo que existe en la tierra, desde una piedra hasta Jesús Gil y Gil, es un sistema de señales. Van Gaal también emite señales, a pesar de que intente hacerse el invisible por un pasillo que abre con el machete de su mirada disuasoria: «Yo de ti no lo haría forastero, yo de ti ni me miraría forastero, yo de ti ni me preguntaría forastero». Tiene razón la directiva cuando recuerda que era el entrenador deseado por la afición barcelonista, como tiene razón la directiva cuando reclama su legitimidad porque Núñez ganó las elecciones el verano pasado y por amplia mayoría. Pero se equivoca la directiva pensando que las actitudes y las decisiones pueden durar en Can Barça más de seis meses, a poco que varíen las condiciones subjetivas y objetivas que las han condicionado.

Van Gaal se ha gastado en seis meses el cheque en blanco mediante una política de fichajes contradictoria con su proclamada filosofía de trabajo a largo plazo. Su voluntad de perpetuidad se contradice con el fichaje precipitado de jugadores holandeses que le ayuden a urdir su sistema de juego, en detrimento de jugadores locales internacionales y que la afición necesita para no perder esa complicidad étnica sin la cual el Barça deja de ser algo más que un club. Recordemos que la tranquilidad volvió al estadio en tiempos de Robson cuando consintió el tándem De la Peña-Guardiola, mínimo indispensable que el público necesitaba para legitimar la legión extranjera con dos jugadores de la cantera. Temamos lo peor a partir del fichaje de Cocu, excelente jugador por cierto, pero que se presenta como una amenaza para otro canterano emblemático, Sergi Barjuán. Ya a Michels se le reprochó en su tiempo que el fichaje de Neeskens había significado el ostracismo de Sotil, y ha sido una torpeza anunciar el fichaje de Cocu en pleno cuestionamiento de Van Gaal. Se reprocha a los jugadores que no se avisen en el campo de fútbol cuando les van a quitar la pelota por detrás, pero, según parece, a Van Gaal nadie le avisa de que él mismo se está regateando con una incomprensible holandización que hasta ahora no ha mejorado el equipo autogestionario que aparentemente dirigía Robson.

Cuando se celebraron las elecciones presidenciales del verano sólo participó un veinte por ciento de socios, y ese veinte por ciento dio una aplastante mayoría a Núñez. Pero, por los más variados motivos, un ochenta por ciento no votó, y supongo que la causa más extendida fue que no votando se reservaba el derecho a sacar el pañuelo cuando quisiera. Ese ochenta por ciento es el ejército de reserva crítico que reaparece cuando la directiva

menos se lo espera. Ésa es la espada que ha pendido constantemente sobre la cabeza de Núñez, desde el primer día de su presidencia. No ha habido nadie ni nada capaz de derrotarle, pero ha contado con una inmensa mayoría de socios en situación de reserva expectante o crítica que jamás le ha dado un cheque, ni en blanco, ni en negro, sino todo lo contrario.

La versallesca Liga que están encabezando el Madrid y el Barcelona, en la que a las gentilezas del Barça responde el Madrid con una caballerosidad que me recuerda aquellos tiempos en que los señores cedían los asientos en los tranvías a las preñadas, evita la definitiva conformación del héroe negativo de los malos humores barcelonistas. Pero Van Gaal, con su sistema de señales adusto y su imaginación calcómana del fútbol holandés, merece elogio desmesurado como chivo expiatorio cuya vida depende de que Núñez se sienta más o menos amenazado por los elefantes y de que Raúl deje de salir por la noche o se le complique la osteopatía de pubis.

LA GLOBALIZACIÓN Y LOS PROBLEMAS DE IDENTIDAD DEL CLUB DE FÚTBOL BARCELONA

Ya se sabe incluso en Europa, donde hasta hace poco no sabían nada de España, que el Barcelona Fútbol Club, *Barça*, es algo más que un club, es el ejército simbólico desarmado de la catalanidad. Durante la dictadura militar de Primo de Rivera en los años veinte, clausuraron el campo del Barça por el comportamiento catalanista de su público; un presidente del Barça fue fusilado por los franquistas al inicio de la Guerra Civil; un equipo del Barça viajó por Europa y América haciendo propaganda de la II República española; después de la guerra, los franquistas quisieron convertir el campo de fútbol barcelonista en un garaje de tanques; los presidentes sucesivos fueron escogidos todos por el franquismo, y, a medida que se descomponía el régimen, los seguidores del Barcelona acentuaban su capacidad de manifestación y en el estadio desaparecieron las banderas españolas: desde 1975 sólo ondean las catalanas.

La actual junta directiva es de derechas, con algunos adornos de centro o de centro izquierda, pero sobre todo es una junta de hombres de negocios que manejan el club como una inmobiliaria. Cuando el dinero de las televisiones entró en las arcas de los clubes de fútbol, muchas de ellas estaban llenas de telarañas y de pronto adquirieron categoría de caja fuerte de casino de Las

Vegas. Entre la llegada del padrino tele, la ley Bosman y el especialísimo coeficiente intelectual y moral de los dirigentes de los clubes, el fútbol español entró en la época de las vacas gordas pero locas. Por una parte, había dinero largo y ancho para comprar en el mercado internacional y, por otra, se fijaron cláusulas de retención para los mejores jugadores españoles que traducían el viejo espíritu de amores populares y trágicos: serás mío o no serás de nadie. Consecuencia de lo uno y lo otro ha sido el extrañamiento de los jugadores indígenas, que no han saltado todavía al mercado internacional y que se han quedado mayoritariamente como segundones en el mercado español, salvo honrosas excepciones: Raúl, Guardiola, Hierro.

Si como compensación hubiéramos visto un fútbol de calidad extraordinaria, cabría resignarse. Quedaba un cierto dolor de corazón al ver cómo se traficaba con los jóvenes jugadores nativos y se frustraban sus esperanzas, obligados a no crecer, a quedarse en la condición de Peter Pan o de cedidos o de culos de banquillo o de grada. Es fácil imaginar el clima que debe reinar en las categorías juveniles y antes llamadas amateur ante la evidencia de que vas a acabar de reserva o de retenido. Pero no, no hemos visto buen fútbol. Hemos visto fútbol de marca de entrenador, esos señores que se pasan el partido apuntando aforismos en una libretita o de pie metiéndose con el cuarto árbitro y cabeceando negativamente como diciéndole al público: «Estos catetos no han sabido interpretar bien mis genialidades».

Casi todos los equipos parecen los Harlem Globe Trotters o la Legión Extranjera, con lo que se corre el riesgo de desidentificación con el público. Este problema se ha resuelto creando la imagen del *Jugador étnico*: en el Madrid, Raúl, y en el Barcelona, Guardiola; son el *agnus dei qui tollis pecata mundi*. Basta verlos en el campo para que el espectador reconozca a su tribu. Habría que pagarles su precio en oro y deberían estar subvencionados por la comunidad autónoma respectiva y por los departamentos de antropología y etnología de las universidades antropológica y étnicamente afines. De veinte equipos que juegan en la primera división española, unos siete u ocho consiguen la superior identidad de la victoria y la competitividad internacional, pero los demás han de recurrir a otros procesos identificatorios, y no está mal la solución de que uno, al menos uno de los componentes, represente el canon convencional de la etnia. El presidente del Barcelona, Núñez, sabe que su relativo talón de Aquiles lo tiene en la extranjerización del club, al que el entrenador Van Gaal ha convertido en un clónico del Ajax de Amsterdam. Por eso Núñez, inteligentísimo hombre de negocios no dotado

de razón dialéctica ni del don de palabra, se lanzó al abismo de afirmar que nada hay más catalán que parir hijos en Cataluña y que, por lo tanto, los hijos de jugadores extranjeros nacidos en Cataluña catalanizan a sus padres y al club. Ya sea imaginativa o desesperada, la propuesta es étnicamente peligrosa y puede crear un conflicto internacional. Gozaremos de esos *catalanets* mientras sus padres tengan contrato en vigor, pero, una vez finalizado, ¿qué será de esos niños catalanes? La tendencia egoísta pero muy extendida de los padres es llevarse a sus hijos cuando dejan un país extranjero, con lo que perderíamos parte de nuestro patrimonio nacional. He aquí un problema, no para la OTAN, socorro, por favor, sino para la UNICEF y la ONU. El derecho de retención de los jugadores extranjeros ¿se aplica sobre sus hijos? ¿Se extenderá a estos neonatos una cláusula de rescisión de contrato proporcional a la que tienen sus padres? ¿Serán autorizados a abandonar Cataluña cuando termine el contrato paterno? ¿Llegaremos a situaciones de secuestro de hijos de jugadores extranjeros a cargo de los servicios secretos del gobierno catalán o del propio Barça? Podríamos llegar a un pacto. Los jugadores cobrarán la ficha, el plus de imagen y además una importante compensación por fertilidad si tienen uno, dos o tres hijos catalanes y otro plus si les llaman Núria o Jordi. Especial importancia tendría el nombre porque, una vez alejados de nuestras entrañas, esos niños catalanizarían el mundo por el simple hecho de llevar nombres tan sagrados para los catalanes, como es el caso de Núria, la hija del compositor Schönberg, y de Jordi, hijo de Johan Cruyff. Bastaría este requisito para permitirles marcharse, porque una vez lejos de Cataluña seguirán «catalaneando» por el mundo. Pero si no se llaman Núria o Jordi, o los padres devuelven el plus de fertilidad con la rebaja del tiempo en que sus hijos fueron utilizados por la propaganda étnica o a quedarse en Cataluña, si la OTAN no dice lo contrario.

ELOGIO DESMESURADO DE LA DESIDENTIFICACIÓN

Entre los «privilegios de la edad» a los que aludió Eduardo Mendoza en un momento de locura transitoria coincidente con el cumplimiento de sus cincuenta años debe figurar el del miedo a no ser suficientemente reconocido por las genialidades personales que, generosamente, se han vertido en los oídos ajenos como oro fundido, no siempre apreciado. Yo, sólo yo, nadie más que yo llamé la atención sobre las consecuencias contractuales de la ley

Bosman, especialmente sobre los problemas de desidentificación de los seguidores de los clubes de fútbol. Insuficientemente dotados para la eurofilia, seguimos prefiriendo que nuestros paisanos, aunque sean minoría, nos recuerden que nuestro equipo está formado de carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, y lleven los colores de nuestras banderas hasta en la ropa interior. ¿Con qué autoridad emocional podría dedicar el señor Casaus cualquier copa ganada por el Barcelona a la Virgen de la Mercè? ¿Por qué no a la de Czestochowa o a la de la Teta, polaca y gallega respectivamente? Ya es una ridiculez que en plena separación de la Iglesia y del Estado, habida cuenta de que los clubes de fútbol son connaturalmente laicos, se tengan que ofrendar los trofeos a las Vírgenes. A la vista de cómo jugaron la temporada pasada, tanto el Barça como el Real Madrid deberían dedicar sus victorias en España y en Europa a la de Lourdes.

Pero no es de Vírgenes de lo que quiero hablar, sino de la crisis de identidad de la que se habla en toda Europa, y muy especialmente en España. Como las inversiones en jugadores extranjeros no han dado el fruto deportivo o épico esperado, es decir, ni hemos visto buen fútbol ni todos los equipos han podido ganar algo, los intelectuales orgánicos de las masas deportivas, los periodistas, han empezado a hablar de *desidentificación*. Problema especialmente complicado para un club como el Barcelona, que ha instrumentalizado el ser «algo más que un club» y que de la mano de la filosofía Van Gaal va camino de convertirse en un equivalente de la Volkswagen a la hora de plantear una remodelación industrial con el consiguiente reajuste de plantilla. El caso Amor no debería ocultar la dramática evidencia de que de aquellos siete u ocho magníficos de la cantera, tan fotografiados en la prensa deportiva en 1995-1996, una vez liquidados Óscar e Iván, sólo van a quedar Celades y Roger de suplentes. Imaginemos que Guardiola, el buque insignia de la catalanidad barcelonista, continuara lesionado para llegar al espectáculo surrealista de que el Barça fuera una deslumbrante coalición holandesa y brasileña, más algún asturiano, un catalán y un mallorquín en la fase espléndidamente terminal de su carrera. ¿Caerá sobre Nadal y Sergi la responsabilidad de que ondee en el alma de los espectadores la bandera de los países catalanes, desgarrada porque faltará la aportación valenciana de Amor para ofrecer el pleno de tan metafísica reivindicación?

Observo que Iván, por el hecho de no ser congénitamente canterano y de haber incorporado tarde el pan con tomate a su vida, no ha sido tan defendido del peligro del reajuste de cantera. El público sabe que Iván puede ser el

jugador de la década si consigue superar la manía que suelen dispensarle los sucesivos entrenadores del Barcelona aliados con Clemente, irritado porque el chico se ha comprado un Porsche cuando él a su edad iba en Seiscientos o a pie. Esperemos ese día en que Iván vuelva al Camp Nou formando parte de cualquier equipo enemigo y se repita la esquizofrenia del público que había permitido que Luis Suárez se marchase. Pero tal vez vayamos hacia otro concepto de identidad más europeo y las notas que repetidamente escribe Van Gaal durante los partidos no sean otra cosa que informes al gobierno central de la UE sobre la venturosa desnacionalización del Barça F. C.

EL BARÇA DEL DESENCUENTRO

Imposible olvidar que empieza la celebración del Centenario del Barcelona F. C., institución de la que me declaro partidario por los mismos motivos que Joan Manuel Serrat. Los dos somos de barrio y nos hicimos del Barça porque en las tiendas del país de nuestra infancia aparecían carteles en los que Samitier regateaba a un jugador, cualquiera, del Espanyol. Los dos nos hicimos del Barça por obra y gracia de Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. Y lo seguimos siendo porque el Barça era el ejército simbólico de una idea de catalanidad popular, laica, sin necesidad de peregrinar a otra montaña sagrada que no sea la grada del Camp de Les Corts o del Camp Nou. Y, desde la cuota de irracionalidad que todo ser humano debe autopermiitirse, de ese impulso mitológico venimos, en ese impulso mitológico permanecemos a pesar de que éste no es mi Barça, que me lo han cambiado.

Cada vez que escucho la alineación del Barcelona por los altavoces del Camp Nou tengo la sensación de que me han cambiado de estadio, de país, de ropa interior y de piel. Cada vez que veo la cara de iceberg de Van Gaal emergiendo sobre el horizonte barcelonista pienso que este *Titanic* no se hundirá por el choque, sino del susto ante ese rostro que riñe a los cuatro horizontes que crucifican el mundo, que incluso parece reñirse a sí mismo. Cada vez que recuerdo aquella alineación de insolentes imberbes canteranos capitaneada por Iván de la Peña, que derrotó al Betis en su campo sembrando la esperanza de que la Masía había servido para algo, me echaría al monte. Tal vez bajo el peso del Centenario el Barça recupere parte de su identidad, de la que hoy sólo conserva los colores de las camisetas y la complicidad de sus seguidores con un imaginario a todas luces desvirtuado. Qué importa un

autoengaño más. Al fin y al cabo, Serrat canta el himno del Centenario y ahí está la delantera representativa, heredera de Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. Recítenla de carrerilla: Figo, Giovanni, Anderson o Kluivert, Rivaldo y Zenden. No les invito a que reciten de carrerilla el resto del equipo para que no se echen a llorar, porque hay motivos más serios para las lágrimas: por ejemplo, la flexibilización del mercado de trabajo o que a Pinochet le haya salido un hijo con esa voz.

A la vista de la política de fichajes y descartes de este año, la premonición de catástrofe no necesitó de sibila alguna. Se había prefabricado un equipo de profesionales honestos, pero un equipo sin alma, es decir, sin mentalidad institucional. Sin duda alguna, esta institución ha sido más que un club, pero en las actuales circunstancias el valor añadido ha cambiado. El Barça sigue siendo algo más que un club: es un desencanto, un desencuentro, un desamor, un despropósito.

EL CRUZADO

Lo ocurrido ayer en el Camp Nou es para unos la más impresentable charlotada (en el caso de que haya charlotadas impresentables) y para otros una hazaña de la junta directiva del Barcelona contra el despotismo poco ilustrado de la Federación Española de Fútbol. Con todos mis respetos para el victimismo, convencido desde siempre de que lo peor que le puede ocurrir a un paranoico es que le persigan de verdad, la decisión tomada por la junta directiva del Barcelona ha de integrarse con todos los honores en una posible Historia Futura del sentido del ridículo, en el capítulo especialmente dedicado a los que carecen de sentido del ridículo.

Los argumentos que apuntan a soluciones técnicas como la de haber jugado el partido a media tarde para que los holandeses hubieran podido incorporarse a su selección por la noche, y que incluso Figo hubiera podido hacer lo mismo, poco peso tienen ante la decisión mística de Núñez de enfrentarse a los elementos y hacer el ridículo para evitar el ridículo de una eliminación a pies de un equipo casi descendido a segunda división. Tampoco los argumentos que reprochan a la directiva no haberse quejado antes del trato de favor obtenido por el Real Madrid a raíz del mundialito y de haberse retirado en consecuencia tienen otro destino que la papelera de los argumentos muertos de inutilidad.

Supongo que no hace muchos días una bombilla se iluminó de pronto en la cabeza del presidente Núñez y él lo interpretó como una lengua de fuego que la providencia había hecho descender sobre su cabeza para iluminarle, como en un anticipado Pentecostés. E incluso oyó una voz que decía: «Tú eres Núñez y estás destinado a dirigir una cruzada contra la Real Federación Española de Fútbol de España». Alertado por tan alta voz y asesorado por su jefe de personal, Van Gaal, Núñez tomó la sublime decisión y la junta directiva se vio obligada a pasar por el aro y por el vía crucis del ridículo. Al fin y al cabo, estábamos en Semana Santa y algo de penitencia siempre hay que hacer. Quien esté libre de pecado, que tire la segunda piedra.

Ignoro quién ha quedado satisfecho con esta farsa. Creo que ni siquiera el propio Núñez, expuesto a que el sábado el Barcelona pierda en el campo del Atlético de Madrid y no sólo pueda respaldarse así la tesis de que se retiró el lunes por miedo a la derrota, sino que la derrota del sábado significa el adiós a la Liga después del adiós a la Copa.

Así, Núñez se quedará solo ante el peligro. Solo ante el Valencia. Pendiente de una Copa de Europa para salvar la temporada y para seguir confiando en las voces que le llaman desde los cielos más incontrolables.

CIEN AÑOS Y UN DÍA

Creo haber sido el responsable de haber llamado al Barcelona «ejército desarmado simbólico de Cataluña», y al hacer balance de cien años de barcelonismo lo hago iluminado por el pensamiento último del presidente Núñez, un personaje que merecerá en el futuro tesis doctorales sobre las diversas formas del complejo napoleónico, es decir, la megalomanía de creerse Napoleón. Después de ser un ejército simbólico desarmado de la Cataluña aplazada (a pesar de ser un club regido por la derecha franquista desde 1939 hasta Agustín Montal hijo, si creemos a Núñez), el Barça es depositario ahora de una identidad ensimismada y muy por encima de la que pueda tener Barcelona como ciudad y Cataluña como nación. Militar en el barcelonismo se concibe como la forma superior de militancia, y en este sentido me parece que Núñez es el directivo europeo mejor situado para comprender el futuro que nos espera.

Es previsible que en el próximo siglo uno de los mercados más activos sea el de las religiones, y frente a las religiones tradicionales, obsoletas, plastas,

ya se alzan sectas de muy diversos tipos que proponen espiritualidades *prêt-à-porter*, y entre esas religiones laicas en Europa el fútbol tiene un porvenir inmenso, dotado como está de catedrales, feligresía y tramas mediáticas y comerciales dispuestas a que el apostolado futbolístico prospere. Al colocar al Barça por encima de Cataluña como unidad de destino en la globalización, Núñez prefigura una instalación esencialmente religiosa de momento aliada a la Moreneta o a la Virgen de la Mercè, pero cuando falte Casaus (los dioses no lo quieran), va a costar mucho encontrar un directivo con tantas tablas para salir airoso de estas pruebas sin cálculos renales o sin graves destrozos psicósomáticos.

No hay que ver, pues, a Núñez como un dictador a la vieja usanza, defendiendo como gato panza arriba su pedestal civil, sino como un profeta de una nueva cosmovisión barcelonista en la que la vinculación nacional será un simple paisaje emocional para el 11 de septiembre, ni un minuto más. El Barça del futuro podrá estar formado por jugadores apátridas que en estos momentos ya deben de estar incubándose en laboratorios holandeses de ingeniería genética, alimentados, eso sí, con sueros aromatizados con pan con tomate artificial para que el globalizado público del futuro perciba el olor a pan con tomate nada más salir los jugadores al césped y se sienta por ello zoológicamente ratificado. Rafael Ribó ha anunciado el posnacionalismo, pero Núñez ha ido más allá al instalar al Barça en el mercado de los imaginarios sin fronteras. El día siguiente ha comenzado.

KUBALA ENTRE GAMPER Y CRUYFF

Es curioso que la historia del F.C. Barcelona tenga como referentes principales a tres extranjeros: el fundador, el hacedor principal de la grandeza deportiva y económica del club en los años de penitencia y Cruyff, especialmente en su etapa de entrenador, el gran conseguidor del éxtasis azulgrana. Gamper no pudo darle nombre al estadio que construyó Kubala, y Cruyff vive en el exilio interior a la espera de la resurrección de la carne, el perdón de los pecados, la vida perdurable. Amén.

Descubrí el barcelonismo mediante un cartelillo de la panadería situada en la calle de Botella, frente al portal de mi casa. Un Samitier dibujado regateaba a un jugador del Espanyol no reconocible y una columna de letras alertaba sobre el próximo partido del Barcelona. En un barrio que ahora se llama

Raval (hasta tiene rambla propia), y que entonces se llamaba chino o distrito V, era imposible cantar *La Internacional* o *La varsovia* o *Els segadors*, canciones para tiempos republicanos. Pero sí cantábamos en riguroso charnego:

*Si a tu ventana llega una paloma
trátala con cariño que es del Barcelona.
Si a tu ventana llega un mussol
fot-li cop d'estaca que és del Espanyol.*

O recitábamos:

*Seis cosas hay en la tierra que relucen más que el sol:
las cinco copas del Barcelona y la mierda del Espanyol.*

Este glorioso poema fue posible gracias a Kubala, el futbolista que llegó del frío, fugitivo del terror rojo, escapado de un campo de concentración para montar un equipo de exiliados, el Hungaria; fichado por Samitier... un Kubala tuberculoso y pobre como lo eran todos los tuberculosos de entonces, curado con butifarra, pan con tomate y estreptomycin en una población naturalmente muy cercana a la montaña más sagrada de los catalanes, Montserrat. Ya sano, Kubala nos enseñó a ver el fútbol como una sucesión de instantes mágicos, y todos los futbolistas trataron de imitar su manera de proteger la pelota con el cuerpo o de exhibirla como si fuera un apéndice de su dedo gordo del pie o de jugar sin balón, especialidad que Kubala y el No-Do pusieron al alcance de todos los españoles.

Actor de cine al servicio de la guerra fría en *Los ases buscan la paz*, la mejor aportación de la película fue Irán Eory, una espléndida muchacha dorada que iluminó nuestra adolescencia sensible. Kubala también era un espectáculo dorado, un atleta rubio y musculado, es decir, de los mejores atletas, de la misma manera que Rita Hayworth era la mejor de las muchachas doradas de nuestros sueños. El esplendor del equipo de los Ramallets, Biosca, Seguer, Gonzalvo III, Bosch, Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón hizo necesario el Camp Nou y nos puso luces solares en las peores calles de nuestra vida tanto a Serrat como a mí.

Hace poco murió Balmanya, connotado como el *deskubalizador* del Barcelona, paso necesario habida cuenta de que un club no puede depender de un jugador, y ya estaban por aquí Suárez, Villaverde, Evaristo, Kocsis, Gensana, Vergés, Eulogio Martínez, la tira... Pero los que conservamos a Kubala como la causa última de una sentimentalidad barcelonista sabemos que era algo más que un jugador de fútbol. Era ese hombre alto y rubio como la cerveza que suele llegar en un barco de nombre extranjero y lleva el pecho

tatuado con un corazón. Las mujeres se enamoraban de él y para los hombres era como el primo de Zumosol.

ADIÓS GUARDIOLA, ADIÓS JOAN GAMPER

Arteta, Gerard, Iniesta, Iván de la Peña, Xavi y Riquelme, como cabeza de una larga lista de aspirantes a centrocampistas del Barça, presagiaban un mal final para la renovación de Josep Guardiola, renovación en el inmediato pasado necesaria porque significaba un respiro para Núñez recién despedido Cruyff, pero que ahora dependía de algo tan sutil como el imaginario de la catalanidad del club. Sin Guardiola, de momento, era como si una bebida catalana tan carismática como Aromas de Montserrat dejara de ser de Montserrat o perdiera los aromas, una catástrofe equivalente a la de hacer una tortilla de patatas sin huevos o a una canción de Quintero, León y Quiroga sin Rafael de León. Convertido en una institución, Guardiola había asumido muy inteligentemente su papel de emblema de la catalanidad del equipo en tiempos de excesos de comunitarios y extranjerías, de la misma manera que Raúl ha sido la exclusiva coartada étnica del Real Madrid hasta la llegada de Casillas. El nuñismo estaba dividido ante un jugador demasiado potente para tenerle miedo a la directiva y al mismo tiempo necesario para compensar la holandización de la plantilla acometida por Van Gaal en uno de esos momentos en que todavía se le reducía más su escasa capacidad e imaginación.

Guardiola pagó un elevado precio por esta relación de dependencia, porque salieron de paniaguados de la directiva campañas de desprestigio e incluso rumores sobre su vida privada, sin otra base que haber actuado ocasionalmente como modelo de moda masculina o como recitador público de poemas de Martí i Pol. Defendido a ultranza por el barcelonismo más profundo y por Santiago Seguro, el profeta guardiolesco de *El País*, las calumnias de los paniaguados no consiguieron erosionarle, y ahí está Guardiola, reciente padre de familia en condiciones de iniciar una nueva vida deportiva lejos de la madriguera y un tanto aliviado de la obligación de asumir tanta representatividad. Sólo las montañas sagradas no se cansan de ser sagradas.

El futbolista no ha querido decir a qué club extranjero se va y ha agradecido el trato recibido por presidentes, directivos y entrenadores en un

ejercicio de blanqueado de cerebros —el propio y los ajenos— que se corresponde con su papel de portavoz equilibrado o inteligente que guarda para sus adentros y sus íntimos lo que realmente piensa de presidentes, directivos y entrenadores. Hace pocos días se especulaba sobre la necesidad de que Guardiola renovara el contrato para cumplir con su papel de futbolista de excepción y además líder de un vestuario babélico frente a directivas de aluvión, pero podía percibirse en el jugador una cierta voluntad de salir de su propio papel y vivir sus últimos tres o cuatro años de futbolista embutido en otra personalidad: la del superclase extranjero que ha de reinventar su mirada de estrategia.

Los barcelonistas no sólo han de empezar a decir adiós a Guardiola, sino también a la vieja promesa de que el Camp Nou había nacido para llamarse Joan Gamper, promesa aplazada bajo el franquismo porque Gamper era de origen suizo, protestante, enemigo de la dictadura de Primo de Rivera y suicida, y luego nuevamente aplazada bajo el nuñismo, supongo que por los mismos motivos y porque los pelotas de Núñez aspiraban a que el estadio algún día llevara su nombre. Obligados a elegir los socios entre Camp Nou o Estadi del Club de Fútbol Barcelona, sería conveniente que llenaran las papeletas con el nombre de Gamper o de Sharon Stone, a ver qué pasa, porque elegir entre las dos propuestas de la actual directiva significa decidir entre una imprecisión cronológica (¿hasta cuándo será un Camp Nou, es decir, un Campo Nuevo?) y una obviedad equivalente a las obviedades boskovianas: el fútbol es el fútbol.

Costará llenar el vacío de Guardiola, habida cuenta del retraso con que la ingeniería genética se mueve en relación con el mercado, y muy especialmente con el futbolístico. El Barcelona necesita un futbolista superclase catalán, telegénico, con don de palabras y de gentes, capaz de recitar a poetas nacionales y de tener el sentido del humor necesario para ser portavoz de una olla de grillos.

BARÇA 2001, EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Las elecciones de julio marcaron la profundidad del divorcio interior de los electores del Barcelona, capaces de votar significativamente a un candidato sin vinculaciones futbolísticas decisivas, el señor Bassat. La victoria de Gaspart no fue del todo la del nuñismo, ya que había tenido que sumar a su

candidatura disidencias de cierta trayectoria, a disidencia por vicepresidencia, y Gaspart modificó su lenguaje y su estilo hasta tal punto que se duda de que sea la misma persona o si el cambio es fruto del trabajo del psicoesteta que cuida de Ana García Obregón. Las medidas tomadas por la nueva junta directiva demuestran que sabían lo que quería el socio: la *desvangaalización* del equipo y la conservación o recuperación de jugadores que ayudan a sentirse miembro de una comunión casi sagrada. Gerard fue la traca y De la Peña ha sido la torna, pero hay paz en una junta directiva llena de presidentes *in pectore*, junta que si se presentase a los Juegos Olímpicos batiría el récord mundial de número de directivos. Es el precio de la paz, y también está en paz, de momento, una oposición retirada a sus cuarteles de invierno. Hacía años que no empezaba una Liga con tanta paz en las gradas, en la calle, en las conciencias, en el césped... Paz en parte financiada gracias a la traición de Figo, que ha representado un excelente negocio económico para el Barcelona.

Tan apacibles estaban las cosas que era lógico que ocurriera algo negativo, y ahí está la lesión de Guardiola, pero ha propiciado una capacidad de reacción de Gaspart realmente sorprendente al fichar a De la Peña de bote pronto. Dure lo que dure la lesión de Guardiola, ahí está, ahí está la Puerta de Alcalá, y Lo Pelat, ratificando al socio su impresión de que se cometió una estupidez estratégica desarmando la quinta de Lo Pelat.

Todas las acciones de la nueva junta han dado la razón a los que no les votaron, porque no podían hacerlo o porque votaron en contra. Hasta ahora, Gaspart ha ido al encuentro del público perdido y queda a la espera de los resultados. Posiblemente haya más paciencia que en las últimas temporadas, beneficiada la salud pública del barcelonismo con el simple factor desintoxicante de la ausencia de Van Gaal en las ruedas de prensa y por la extinción de Núñez como una llamita votiva que ya nadie necesita. Si se gana, todo estará preparado para el éxtasis. Pero ¿y si se pierde?

EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO

En el principio fue el verbo, y además Cruyff y Rexach respaldaron la candidatura de Núñez frente a Ariño y se convirtieron en elementos determinantes de su primera victoria. A cambio, se dijo, recibieron un piso de Núñez y Navarro. Más de veinte años después, Rexach forma ahora tándem con Gaspart y para algunos están destinados a terminar el ciclo nuñista,

aunque ellos traten de iniciar una nueva etapa. Su suerte está unida y echada: o han fichado bien esta vez o el Camp Nou se convertirá en una mezcla de asientos vacíos y pañuelos al viento.

Sobre el ámbito azulgrana se ciernen antiguos y nuevos candidatos a la presidencia y la dirección técnica que esperan diciembre como se espera la prueba del algodón y el toque de degüello para el que Gaspart podría ofrecer su excelente, modiglianesco, cuello.

La Liga 2001-2002 empieza marcada por las dudas sobre los equipos hegemónicos en la anterior. ¿Qué será del Valencia sin Cúper ni Mendieta? ¿Y del Mallorca sin Luis? ¿Del Madrid con Zidane? ¿Del Barcelona con medio equipo renovado y con casi un niño, Saviola, como fetiche fundamental? ¿Y el Deportivo, que envejece como si se tratara de la fracción futbolística del Inverso?

La cultura de mercado pasa factura, y lo que está en juego es la bondad o maldad de inversiones multimillonarias que escapan incluso a la comprensión de los productos adquiridos. Los clubes fichan pensando tanto en lo que les cuesta un gran jugador como en lo que podrán ganar cuando lo revendan, y esta mentalidad de formar parte de un gran mercado deportivo-mediático-publicitario ha penetrado como una nueva lucidez en todos los protagonistas del fútbol menos en el espectador, todavía refugiado en los campos de fútbol como si fueran madrigueras simbólicas.

¿Saldrá Zidane al campo pensando en lo que le cuesta al Madrid cada patada que da a una pelota? En cuanto a la nueva hornada barcelonista, conocedora del mal final que en el pasado tuvieron los fichajes de Maradona, Schuster o Figo y de la ambigua relación de atracción y despido que suscita Rivaldo por parte de la directiva, tal vez haga cálculos a medio plazo, a la espera del momento en que los pañuelos del Camp Nou o las no verdades de Gaspart les permitan el salto a equipos ingleses o italianos. Para los jugadores destacados, el Barça es un magnífico trampolín hacia el exilio: les propicia botas de oro y los lanza después a las galaxias de los fichajes definitivos y alibabescos.

Un personaje de un poema de Brecht espera a que le cambien la rueda pinchada de su coche.

*No me gusta el lugar de donde vengo.
No me gusta el lugar adonde voy.
¿Por qué miro el cambio de la rueda
con impaciencia?*

Empieza otra Liga. ¿Por qué aguardamos el cambio de la rueda con impaciencia?

EL BARÇA: INTERPRETACIÓN MARXISTA DE UNA HEGEMONÍA

Tal vez se trataba de un barrio poblado por gentes demasiado perdedoras, sobre cuyas ruinas se ha construido la Rambla del Raval o la calle dedicada a Maria Aurèlia Capmany, y dejó de ser mi estanco el resto humillado de la actual capilla románica de San Lázaro, pero lo cierto es que en nuestra infancia estábamos seguros de que si la pierna izquierda de Marilyn Monroe valía un millón de dólares y la derecha también, algún tesoro tendría entre piernas.

El Espanyol, según el presidente Mao, era en aquellos años cuarenta y comienzos de los cincuenta la contradicción de primer plano, a veces más preocupante que la contradicción fundamental, el Real Madrid. El Espanyol se atrevió incluso a oxigenarse en tiempos del entrenador Scopelli y a plantear serios problemas a la hegemonía barcelonista, que era la única hegemonía que les quedaba a los desafectos al régimen y catalanistas en general. No había instrumentos como los actuales para crear mitologías contemporáneas, a veces tan fugaces, y sin embargo Marilyn Monroe y el Barça se autodiseñaban, la primera como caricatura de la *vamp* y el segundo como simbólico ejército desarmado de la Cataluña aplazada. También servía el Barça, al igual que el pan con tomate y la *pilota*, para que los inmigrantes murcianos, gallegos, aragoneses o andaluces se sintieran integrados en su nuevo país, no en balde Marx (Carlos) había escrito: «Nadie conoce un país si no come su pan y bebe su vino». Diez años después de que el franquismo pretendiera convertir el campo de Les Corts en un aparcamiento de tanques de ocupación, Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón desembarcaban en Dunkerque y abrían el segundo frente ansiado, respaldados por una retaguardia tan exquisita como disuasoria: Ramallets, Calvet, Biosca, Seguer, Gonzalvo III, Bosch, Aldecoa, Vila... El equipo de las Cinco Copas. La canción de Serrat ha hecho el resto y explica por qué miles y miles de catalanes siguen empeñados en que el Barça es algo más que un club, sin que nadie se atreva en el año 2002 a decir en qué consiste ese «algo más», a la espera de que no se confirme la premonición de otro marxista, Groucho, el

hermano preferido de Carlos. Decía Groucho que el Barça, algún día, llegaría de la nada a la más absoluta pobreza. Y en eso estamos.

El equipo de las Cinco Copas hizo posible el Camp Nou, que no pudo llamarse Joan Gamper, y el Camp Nou posibilitó los mejores tiempos de Helenio Herrera y perdonó el siniestro desierto atravesado en los años sesenta, entre Basilea y el cero a cinco del Barcelona de Cruyff al Madrid, en el Bernabéu. Cincuenta años después se rinde homenaje a los supervivientes de 1952, no sólo a los que jugaban, sino también a los que aprendíamos el sentido de las mitologías vivas y de consumo épico o erótico o fetichista: las piernas de Marilyn, el Barça o la gabardina incorrupta de Humphrey Bogart.

ELOGIO DESMESURADO DE JOAN GASPART

Yo estaba en Finlandia, asido a uno de los varios Finisterres que concretan la Tierra, y de pronto creí volver a Ítaca por el procedimiento de subirme a un avión y allí, allí me esperaba un avance, el más sorprendente avance del regreso a la lógica de mis compatriotas: Joan Gaspart quiere contratar a Van Gaal como futuro entrenador del Barcelona. Lejos de mí la funesta manía de pensar, y sobre todo lejos de mí la funesta manía de presumir que la aspiración de Joan Gaspart está mal expresada y debería decir así: Joan Gaspart quiere contratar a Van Gaal como futuro entrenador cesante del Barcelona. Y al llegar a esta conclusión estalló mi júbilo porque, así como Dalí medía el tiempo con relojes blandos, Gaspart ya mide el futuro del Barcelona por ceses y derrotas contratados para ser batallas del pañuelo, ceses y derrotas. Penetra de esta manera el señor presidente en la raza de los poetas surrealistas, y a partir de su despegue todo le está permitido: desde emplear el japonés para comunicarse con el público mediante la megafonía o convertir cada partido del Barcelona en una instalación significativa patrocinada por la Fundación La Caixa. Y allí estará Van Gaal asido a los pinceles y a las deshabitaciones y los *boixos nois* dirigidos por el señor Gaspart para conseguir la más perfecta interpretación de «Què li donarem a la pastoreta?», la pastoreta deschirucada por Pau Riba en los mayos del franquismo, y no desentonaría el invicto Parera contratando partidas enteras de jugadores samoyedos tridiestros, no necesariamente vegetarianos y expertos en llegar en patera a cualquier parte.

Tras el siniestro curso deportivo 2001-2002 sufrido por el Barça, sólo a un genio del ensimismamiento se le hubiera podido ocurrir que Van Gaal como entrenador era la solución, habida cuenta de que a Gaspart le consta que Van Gaal se ha convertido en un drogadicto de Sitges, del jamón serrano pata negra y del romesco. Van Gaal asumiría ser el entrenador del Matadepera o del Sant Miquel de Cruilles, es un decir, si a cambio pudiera perpetuar sus vacaciones sensoriales en el Mediterráneo. Más cercano del masoquismo que del sadismo, a pesar de un sistema de señales corporales en sentido inverso, Van Gaal añora aquellos tiempos de las pañoladas. A más pañoladas, más almuerzos privados con Núñez, más jamón pata negra, más romesco, más predisposición a considerar que Sitges es definitivamente una patria, ese lugar del cual ya no se quiere regresar, y que todos buscamos desde el momento mismo de empezar a gatear y que nunca encontramos, ni siquiera en las incineradoras, habida cuenta de las muchas estafas que en este mundo se cometen no sólo con la carne humana, sino también con sus cenizas.

Magnífica elección la de Van Gaal. Yo añoraba sus ruedas de prensa. Insuperables aquellas afirmaciones tan resumidas, tan resumidoras, ¡negativo!, ¡negativo!, respaldadas por una cara de cabreo tan perfecta en su género que no, no la toquéis más, ésa es la cara de cabreo. Sólo la perspicacia que puede llegar a alcanzar un desesperado como Gaspart ha permitido el prodigio de que de pronto se haya dado cuenta de que Van Gaal estaba en Sitges poniéndose morado de jamón y romesco, a la espera de un contrato para dirigir la selección internacional samoyeda o el Katmandú F. C. y al que de pronto se le han abierto los cielos más propicios con la posibilidad de volver a dirigir al Barcelona en el sentido exacto que le pide la afición: sufriendo, a punto de ganarlo todo y no ganando nada, considerando las pañoladas como contribución creativa del público al espectáculo, habida cuenta de que ya Goethe consideraba que toda obra maestra estética es obra de un doble autor: el artista y el público.

Frotémonos las manos. El artista Van Gaal y el artista público pueden construir un curso 2003-2004 que dejará las obras de la Sagrada Familia o las del AVE como aperitivos secundarios de un festín que puede ser caníbal.

LA DOBLE LIGA

De todos los aficionados al fútbol de España, los más afortunados en la próxima Liga serán los seguidores del Barcelona, gozadores de una doble expectativa fundamental: los posibles éxitos o fracasos deportivos y la suerte que corra el entrenador con la muerte más anunciada de todos los entrenadores del mundo. Vencido y desarmado por sus fracasos deportivos en el Barcelona y en la selección holandesa, Van Gaal resucitó de entre los muertos como consecuencia de los misterios de dolor de la más secreta economía azulgrana. La mayor parte del barcelonismo se pronunció en contra de su fichaje, pero Gaspart estaba viviendo uno de esos momentos dulces sólo al alcance de algunos cadáveres exquisitos: pueden hacer lo que quieran porque nada ni nadie alterará la redacción de la necrológica.

Gaspart ha descubierto tarde, y a la desesperada, que su condición de ovni (objeto volante no identificado) le permite una libertad de actuación sin límites. Llegó a decir en chino, en falso chino naturalmente, que Rivaldo no era transferible, y sólo un pacto con el diablo muy superior al de Fausto o al de Dorian Gray le permite acumular no verdades sin que le crezca la nariz. Eso sí, se le tuerce. Sin dinero para fichar a un entrenador de marca y quemado hasta la ceniza su equipo técnico, resucitó a Van Gaal permitiéndole seguir viviendo en Sitges, a este lado del Edén, y más cercano que en cualquier otro país a la fuente de placer que el holandés más desea de la Tierra: el jamón de bellota etiqueta negra. Si Van Gaal no fracasa, Gaspart presumirá de esa intuición que le llevó a confiar en él, y si Van Gaal no consigue ni la Copa Catalana, el culpable será él y a Gaspart siempre le quedará la salida de haber utilizado astutamente a un místico de transición a la espera del entrenador anunciado, Koeman, el único príncipe heredero global que tiene un porvenir claro.

Gaspart ha fichado no sólo sin dinero, sino también sin entusiasmo, y ha sido el público el que ha vuelto a recurrir al autoengaño para vivir un sueño épico en el que Riquelme ocupa el vacío dejado por Rivaldo y es capaz de enfrentarse al Madrid con o sin Ronaldo.

No sólo el Barcelona vive tiempos de crisis económica. La escasez de aquel dinero alegre que hizo de la Liga española el Far West de presidentes pintorescos y de jugadores fugitivos de países arruinados propicia una temporada sublimada de un mercado austero, entre rumores de quiebras anunciadas y de impagados probables. Semana tras semana, el guiñol resucitado será convocado por los barcelonistas para que les divierta, aunque sea a base de humor negro. Sólo en el caso de que el equipo gane la Liga, la Copa del Rey, la Copa de Europa y la Intercontinental, Van Gaal y Gaspart

serían absueltos de su condición de pesadilla y ocuparían un lugar, nunca excesivo, en la memoria de la comunión de los santos barcelonistas.

DE PUJOLET A PUYOLET

A lo largo de los últimos cincuenta años de la historia del Barcelona, a partir de la kubalización y de la llegada de jugadores extranjeros de la categoría de Kocsis, Czibor, Evaristo, Villaverde o Eulogio Martínez, el público ha tratado de localizar entre los jugadores al *xicot de casa*, ese cómplice que sobre el terreno de juego marcaba el punto esencial de la comunión de los santos barcelonistas. Recuerdo que cuando apareció Gensana, el titular de un periódico deportivo decía: «El Barcelona necesita *gent sana*», y años después, al final de la deprimente etapa presidida por el señor Llaudet, dos casi juveniles Pujol y Rexach cumplían con los requisitos de *xicots de casa* y fueron acogidos con entusiasmo y la necesaria religiosidad. Inmediatamente cayeron sobre los dos muchachos tópicos de los que no se librarían en toda su vida. A Rexach se le consideró siempre un señorito de Pedralbes que no necesitaba el fútbol para dar un salto social y que por eso jugaba magníficamente pero cuando quería, y no quería siempre. Pujol, en cambio, ése sí, ése sí sudaba la camiseta, y su estilo de juego se basaba en una combinación de rapidez y empeño; además, siguió teniendo cara y cuerpo de adolescente durante mucho tiempo y todo el público (tal vez menos el de tribuna) lo prohió como si fuera uno de los suyos. Probablemente era uno de los suyos y por eso todos le llamaban «Pujolet», utilizando uno de los diminutivos más tiernos de lengua alguna. Recordemos que el prohiamiento de algunos jugadores alcanzó a Pereda, llamado «Perera» por buena parte del público.

Rexach era un jugador excepcional que por una cuestión de carácter no llegó a ser un referente indiscutible, y en su defensa salieron entrenadores como Buckingham cuando declaró que no tenía por qué ser un legionario, le bastaba con ser un buen futbolista. Se decía que Balmanya le daba un whisky antes de cada partido, sistema que se practicaba también con los soldados pobres cuando les esperaba un ataque a la bayoneta calada. Los soldados ricos disponen de misiles teledirigidos. Pujolet no necesitaba whiskies, pero, castigado por las lesiones y la pérdida de confianza de algún entrenador, el entusiasmante Pujol, *Pujolet*, no tuvo la carrera deportiva que se merecía y

pasó a ese ejército de reserva del barcelonismo crítico y no oficializado por las juntas directivas. Pues bien, más de treinta años después de las gestas de Pujolet aparece un Puyol, un *Puyolet* con cualidades equivalentes a las del que fue interior o extremo del Barcelona, también prohijado Puyol por el público en tiempos de extranjerías múltiples, fugitivo del terror barcelonista Pep Guardiola, el que cumplía el papel de cómplice de campo de esa gran comunión de los santos que constituyen los feligreses futbolísticos.

Puyol corre como Pujol, no da una pelota por perdida como Pujol, suda la camiseta como Pujol y encarna para el público actual la verdad futbolística más entera. Puyol es menos frágil que Pujol, y eso le permite tomarse confianzas con los antagonistas y tener la esperanza de que su carrera deportiva pueda ser más larga. De momento, el defensa ha tenido una enorme ventaja sobre el delantero: ha ganado, gana y ganará muchísimo más dinero, y al mismo tiempo servirá de ejemplo moral para el neoliberalismo, porque Puyol será presentado como clara demostración de que la lógica del mercado no tiene por qué estar reñida con la lógica de los sentimientos patrióticos. *Sentiments y centimets* iba a ser el título de una novela de Juan Marsé que finalmente tituló *El amante bilingüe*, y para que el Barça siga siendo algo más que un club, aparte de las sagaces dimisiones de Gaspart y Van Gaal, necesita que la leyenda «sentiments y centimets» se incorpore a su escudo.

ELOGIO DESMESURADO DEL MOTÍN DEL CAINE

Merece un lugar de privilegio en el archivo de nuestra memoria la estampa de Joan Gaspart de pie, en el palco presidencial del Nou Camp, enfrentado humildemente a la protesta de los espectadores, dedicados a lanzar al viento la bandera que más representa al barcelonismo de los últimos tiempos, la pañolada. Estaba escrito —yo, por ejemplo, lo escribí—, que antes de la Navidad el público habría manifestado una vez más su rechazo de Van Gaal; tal vez Gaspart lo había escogido como entrenador para que recibiera todas las bofetadas, mientras las mejillas del señor presidente se ponían a salvo. Pero no. El público no condenaba el otro día sólo a Van Gaal, sino que expresaba su rechazo a una manera personal e intransferible, una manera de dirigir el club que ya no trata de imitar al nuñismo, aquel despotismo nada ilustrado, sino que representa al gaspartismo, una nueva mística al servicio de

la religión del fútbol que parte de la síntesis de Escrivá de Balaguer y Tomás Kempis: «La vida es dolor, pero no toda la vida».

Porque Gaspart ejercía aquel día de capitán de palco en situación de naufragio, decidido a permanecer a bordo de la nave solo, de ahí que le molestaran tanto los intentos de otros directivos, algunos vicepresidentes, de retirarlo de aquella masacre moral. «No. No. Dejadme solo. Soy yo el culpable y mía es la sangre que se está derramando sobre el césped». En contradicción con esta interpretación humilde de la caída del presidente Gaspart están los modales que exhibió ante el representante del Sevilla. Le saludó de perfil, como dicen que murió José Antonio Primo de Rivera, sin mirarle a la cara, apenas un apretón de manos ladeado, y el otro no sabía qué hacer, si retirarse o quedarse para hacer compañía a aquel capitán de barco hundido.

La reacción posterior del presidente representó una radical superación de su estado de postración en el palco; al contrario, eufóricamente asistía a la dimisión de vicepresidentes, como si fuera consciente de que la única dimisión inaceptable era la propia. Solían padecer un síndrome parecido algunos secretarios generales de partidos políticos, convencidos de que las dimisiones y las expulsiones fortalecían a la organización, siempre que no fuera la dimisión o expulsión del secretario general. Declaró Gaspart que, por respeto a una decisión democrática del barcelonismo, él era el presidente y Van Gaal un entrenador del que esperaba muchos éxitos, pero esta vez no dijo hasta cuándo, ni habló en chino, cuando en ese difícil idioma juró y perjuró que Rivaldo no era transferible.

Las dimisiones se han convertido en un auténtico motín, y me vino a la memoria la peripecia registrada en aquella película de Humphrey Bogart, *El motín del Caine*, en la que el gran actor no hace ni de bueno ni de malo, sino de paranoico. Del Gaspart rígido que expiaba sus pecados de presidencia tal vez con la ayuda de algún cilicio corporal o psicológico o psicosomático al Gaspart que abre las puertas para que se vayan todos, todos los que quieran menos él, media una mutación interesantísima basada en una bajísima valoración de los seguidores del club. El argumento ontológico de Joan Gaspart se basa en la esperanza de que si el Barça gana hoy en Mallorca y, a pesar de todo, Van Gaal es cesado el lunes, la figura del presidente volverá a emerger sobre el más propicio de los pedestales y las masas elogiarán el talento de que hizo gala en situación tan difícil. Gaspart considera tan manipulables a los barcelonistas que en ocho días pueden pasar de la pañolada al «Barça, Barça, Barça» más rendido e incondicional. Al fin y al

cabo, Núñez se tiró años y años ganando sólo una liga y los públicos se lo fueron tragando hasta el motín del *Hesperia*, un motín de jugadores duramente castigado. Ahora el motín es de vicepresidentes. Los oficiales del *Caine* declaran que Humphrey Bogart no está capacitado para dirigir la nave, pero dadle ocho días, sólo ocho días a cualquier perdedor y puede llegar a presidente de Estados Unidos y, por qué no, del Barça.

ELOGIO DESMESURADO DEL BARCELONISMO LÚCIDO

El Barça estuvo a punto de bajar a segunda división nada más terminar la Guerra Civil, y los barcelonistas de entonces lo hubieran asumido como una consecuencia más de la derrota total. Una sublevación de militares terroristas que empieza fusilándote al presidente del club, diputado a Cortes por Esquerra Republicana, y que nada más ocupar Barcelona ya se plantea convertir el campo de Les Corts en un parking de tanques, sólo podía conducir a la desaparición del club o al expiatorio paso por el purgatorio de segunda división. Desde el final de la guerra, el club tuvo dos intelectuales orgánicos cohabitantes: la directiva, elegida entre barcelonistas y figurones que merecieran la confianza del franquismo, y el público, un coro nacional popular interclasista, escorado a la insumisión dentro de lo que cabía. Hasta el gurucetazo, no cabía mucha. Una vez superadas las directivas elegidas a dedo por el ejército de ocupación, se formaron otras vinculadas a la burguesía catalana dedicada al textil y franquistas en casi todo menos en la valoración de los árbitros, considerados como una especie de División Azul, una centuria nacionalsindicalista enemiga, manejada por el centralismo estatal.

Nunca más peligró la supervivencia del Barça en primera división hasta la etapa final de Joan Gaspart como presidente en la temporada 2002-2003. Bastaban cinco o seis resultados perversos para que el equipo se acercara al sumidero del descenso por mala gestión deportiva y económica, no política, si tenemos en cuenta que salvo en el interregno de Sunyol durante la II República y el de Montal hijo y Carabén en el inicio de la transición, el club socialmente más insumiso ha sido dirigido por la derecha económica catalana pura y dura, a veces incluso la más especuladora, insisto, especuladora, no especulativa. Desvanecido el espejismo de que se podía ganar la Copa de Europa de 2003, veinticuatro, cuarenta y ocho horas después del reencuentro con la realidad, la directiva residual se retira y se convocan

unas elecciones presidenciales que van a tener para el barcelonismo una importancia emocional equivalente a las municipales, las autonómicas o incluso las generales en su día. Después de casi un cuarto de siglo de nuñismo, y lo que inicialmente significaba que en plena transición democrática los empresarios de la construcción a la medida del porciolismo se hicieran con las riendas del Barça, la batalla por la presidencia es ahora una obra más o menos abierta, salvo que cuaje ese frente neonuñista que acaricia la posibilidad del retorno de un presidente que duró demasiado y que sólo consiguió la Liga de Venables y lo mucho que le permitió lograr el *dream team* de Cruyff. Núñez sin el *dream team* hubiera representado un largo recorrido por el limbo lleno de esquinas y chaflanes, diseñado según el estilo Núñez y Navarro, de declaración trascendental en declaración trascendental.

Ante todo habría que evitar bajar a segunda división, lo que sería una tragedia porque no se producirían choques epopéyicos como los que propician los encuentros con el Madrid. Por más que a mucho madridista le entusiasme la simple posibilidad de que el Barça baje a segunda, son más, muchos más, los que no podrían entender una Liga sin el Barça-Madrid y viceversa, algo así como si, de pronto, don José Ortega y Gasset hubiera tenido que prescindir del Ortega o del Gasset. El sujeto colectivo más amenazado por ese descenso sería el PP, no ya solamente porque perdería el control político del club tras un cuarto de siglo de ejercerlo, sino porque desaparecidos los Barça-Real Madrid no es fácil encontrar una fórmula sustitutiva equivalente que contribuya tanto a la reafirmación de la razón de Estado. Así como bajo los socialistas el Barça se benefició de la evidencia de que Felipe González era del Betis, ya hemos comprobado el madridismo del actual presidente del gobierno, que, implicado hasta la muerte en la guerra de Irak, estaba más preocupado por el resultado del partido sagrado Madrid-Barça que por los posibles regalos que recibiría de Bush si enviaba al desfile de la victoria a la Legión, cabra incluida.

Unas elecciones abiertas deberían significar el retiro a la oposición del PP y la llegada al club de gentes sensatas y que, sin despertar entusiasmo, sepan expresarse mediante oraciones compuestas y creen un poder deportivo consciente de que el Barça es algo más que un club, pero no sólo cuando el árbitro o el presidente del gobierno están a favor del Real Madrid.

ELOGIO DESMESURADO DE LA HORA DE LA VERDAD

Sin duda, existe el *pánico escénico* trasladado por el filósofo Valdano de su lugar de origen, el escenario de un teatro, a cualquier circunstancia en la que hay que dar la cara e interpretar el papel atribuido o buscado. Ya tenemos alcaides y presidente del Club de Fútbol Barcelona, y nos quedamos a solas con el gran desafío largamente esperado: las elecciones autonómicas de Cataluña. Ha llegado la hora de la verdad para diferentes empeños de pensamiento, palabra, obra u omisión. La retirada de Pujol introduce en el ecosistema catalán corrientes de aire de desconocidos efectos, pero desde luego alteradoras de un equilibrio largamente mantenido por un nacionalismo de centro derecha interpretado casi siempre genialmente por un gran actor, síntesis de Joan Capri y Charles Laughton: Jordi Pujol.

Si la ausencia de Núñez ha provocado tornados directos e indirectos, la anunciada de Pujol ha generado unas expectativas de cambio en buena parte condicionadas por el desmesurado espacio ocupado por el presidente de la Generalitat. Así como se dice del Barça que es algo más que un club, Jordi Pujol ha sido algo más que un presidente de la Generalitat de Cataluña. Ha sido el cómplice de una determinada urdidumbre del Estado español desde la fuerza que le ha dado ayudar a gobernar a UCD, el PSOE y el PP o desde la debilidad de no poder hacerlo según sus deseos. En cualquier caso, Pujol ha interpretado el catalanismo a favor y no a la contra, no sólo educado por las experiencias históricas, sino también convencido de que la transición sólo permitía a los partidos en presencia una correlación de debilidades, no de fuerzas. Por otra parte, Pujol se ha apoderado de la exclusiva del proyecto nacional catalán posible, y a las izquierdas catalanas les ha costado muchos años de brega poder argüir (todavía no demostrar) que ellas tienen otro. Ocupado el vacío de Pujol por Artur Mas, un continuista, la oposición la encabeza Maragall, moderado como socialista y como federalista, pero sin duda el político socialdemócrata periférico que mejor ha podido superar la tendencia a la unidimensionalidad del Estado-nación como sublimación de una clase obrera unitaria.

De todos los partidos socialistas españoles *periféricos*, es el PSC, complementado por Ciutadans pel Canvi, el que más ha sabido o podido presentarse como alternativa nacional al nacionalismo soberanista. En el País Vasco, el PSE no parece poder salir de la estela que le traza el centralismo estatista del PP y los atentados terroristas de ETA, y en Galicia el PSOE gallego no ha podido impedir que el BNG construya el discurso nacionalista frente al regionalismo fraguista. Pero el enfrentamiento entre Mas y Maragall en pro de la túnica sagrada pujolista no puede contemplarse como un duelo a

dos, sino como un primer plano a partir del cual el ojo del espectador puede contemplar diferentes movimientos estratégicos. Al igual que en las películas de Orson Welles, los protagonistas principales recitan o se matan en primer plano, mientras los demás corren, se ocultan, gritan, aparecen y desaparecen sobre un fondo profundísimo que es el decorado real de la situación.

Del PSUC ha heredado Iniciativa per Catalunya el veterano proyecto unificador de reivindicación nacional y reivindicación social, a añadir el componente ecologista que marca el rojiverde del partido. Pero las dos formaciones políticas más implicadas en los movimientos de fondo que se perciben más allá de ese primer plano en el que Mas y Maragall cantan sus arias son Esquerra Republicana y el PP. Los de Esquerra consideran que la ausencia de Pujol desencadenará un desconcierto de los componentes diferenciados de CiU, y una importantísima parte de esos componentes pertenecen objetivamente al republicanismo catalanista. En cuanto al PP, ha pasado del pesimismo asumido en los frentes de Irak al optimismo derivado de la percepción de que hay derechas catalanas pragmáticas, más regionalistas que nacionalistas, que respaldaron a Franco o a Pujol porque eran hegemónicos, pero no tienen por qué respaldar a Mas si deja de serlo. Un muy atractivo espectáculo va a empezar inmediatamente después de que volvamos a tener equipo, entrenador y la Liga asegurada.

Éste, éste puede ser nuestro gran año.

II

White Is Beautiful

WHITE IS BEAUTIFUL

De la noche al día, una mañana, de repente, noté que me gustaba el blanco. Era la primera vez que traspasaba el Rubicón límite de fidelidad a lo azulgrana y experimenté el placer al alcance de todo tráfuga: violar un código demasiado asumido y durante demasiado tiempo. Fue voluptuoso sentirme por primera vez partidario de los ganadores, como si hubiera cambiado de sexo sin necesidad de ir a Marrakech a operarme. Sin agresión de la cirugía ni añadido de la ortopedia, allí estaba yo ante el espejo gritándole a un estúpido con el asombro de cristal: «¡Hala, Madrid! ¡Hala, Madrid! ¡Hala, Madrid!».

He dejado de creer en todo lo que hizo de mí un barcelonista y hasta disculpo la imagen de un Real Madrid en el pasado demasiado vinculado a don Camilo Alonso Vega. La señora del entonces todopoderoso ministro de la Gobernación repartía señas de españolidad desde el palco presidencial del estadio Bernabéu: «¡Mira esos del Barcelona! ¡Bueno, al fin y cabo también son españoles!». También digiero, con cierta dificultad, es cierto, la antigua instrumentalización del Madrid como tercio de Flandes, contratado por el departamento épico del No-Do. Basta ya de memoria histórica. Alguna parcela de posmodernidad debe aceptarse y, como siempre, mi dosis de racionalismo la tomo de mis apetitos futbolísticos. El Madrid, sin historias, es el mejor equipo de España, y yo quiero por primera vez sentirme cómplice de algo o de alguien destinado a ganar. Además, la quinta del Buitre goza de todas mis admiraciones futbolísticas y me encanta que tenga en Michel un depresivo casi literario. En la delantera, el binomio Doctor Jekyll (Butragueño) y Míster Hyde (Hugo Sánchez) es expresión de la dualidad entre bien y mal, cielo e infierno, beso y escupitajo que todos llevamos

dentro. Además, Mendoza es más apuesto que Núñez y liga con señoras que salen en las mejores portadas.

Estoy tan enfebrecido que sólo temo adquirir el mono del transfuguismo, el no saber autolimitarme, y ya descontrolado, verme arrastrado a un viaje a Marrakech para cumplir mi vieja aspiración de ser primera bailarina del Bolshoi antes de que lo privaticen. O incluso, Dios no lo quiera, pedir el ingreso en el PSOE aunque Txiqui Benegas siga siendo el número tres.

MENDOZA

Aún malvivía Franco cuando por las catacumbas circuló que había un empresario madrileño que negociaba con la URSS y tenía una clara visión democrática del futuro. No abundaban todavía mutantes de este tipo, y Mendoza se convirtió en una de las grandes esperanzas blancas. Luego vino lo que vino y emergió como un triunfador imparable, así en las carreras de caballos como en las ferias de amores, así en los negocios como en el fútbol. Carrerón ultimado con la presidencia del Real Madrid, que es, después de El Corte Inglés, el segundo poder cultural fáctico de este país.

De la noche a la mañana, todo lo que eran gracias en el señor Mendoza se vuelven desgracias, y va por los fondos de las columnas periodísticas y las tertulias radiofónicas como aquellos personajes de tonadilla de los años cuarenta que, cual el águila real, al suelo iban a parar, afortunada imagen que aún recuerdo en los labios, entre el moreno y lo violáceo, de Juanita Reina. Ya no le quedan caballos ni feria donde lucirlos, y el Madrid no es lo que era. Y como las desgracias nunca vienen solas, ni siquiera Hugo Sánchez sabe cómo, cuándo, dónde meterla, desorientación reciente que puede interpretarse como expresión psicosomática de una depresión colectiva.

Bernabéu, que tenía mentalidad de cabo de la cruzada, aplicó la estrategia cuartelera de arrestar piscinas, fusilar asnos y llevar las cuentas de la familia en una libreta de hule. Mendoza, tras el período de transición inevitable, ha representado la modernidad, y el equipo está hecho a su imagen y semejanza de Narciso individualista y juguetero que ficha jugadores con el *Gold Gotha* de Vilallonga en la mano y despide entrenadores como los enemigos de James Bond eliminaban a los lugartenientes incapaces. Algo desentona. Un triunfador jamás, jamás, abandona un crucero por el Caribe. Ni por un cuatro a cero.

EL AURA DE BUTRAGUEÑO

Si el Barça es algo más que un club, Emilio Butragueño ha sido algo más que un jugador del Real Madrid. El público del Barça, como el del Madrid, está predispuesto a negar el pan y la sal a las figuras del equipo antagónico y, aun reconociendo el genio de Di Stéfano, Gento, Amancio, Velázquez o Pirri, ha sido inevitable cargarles del valor añadido de la conjura política o de lo demoníaco. Pero esta predisposición negativa ha tenido una excepción, como si la inquina del colectivo azulgrana se estrellara contra la sustancia angélica de Emilio Butragueño, más deseado que odiado, secreta querencia del barcelonismo que hace dos semanas se emocionó cuando el jugador, con traje de paisano, pisó el césped del ya vacío Nou Camp como en pos de una ensoñación de sí mismo o en un acto de homenaje a un antagonismo que le había ayudado a vivir.

¿De qué sustancia está hecho Butragueño? Del mármol de las estatuas de los dioses jóvenes y buenos, que no suelen abundar. A Emilio te lo imaginas pendiente de ayudar a cruzar la calle a los ciegos y a los viejos, aunque sean ex árbitros, o regalando ramitos de violetas a las seguidoras del equipo contrario. No se le conoce un comentario prepotente ni una salida de tono, y sí una voluntad ética que a los delanteros centro frágiles se les nota en el área. Así como aquel extraordinario jugador llamado Amancio hubiera podido ser también un campeón olímpico de salto a la piscina con patada a la luna, cuando Emilio Butragueño se ha caído en el área ha sido generalmente porque le han derribado. Otra cosa es que llevara el regate al borde del abismo, es decir, al borde de la zancadilla y, siendo ligero de carnes y de huesos, haya sido fácil derribarle. Pero la moviola ha demostrado casi siempre que Butragueño era fiel al código de caballería del rey Arturo y sólo ha recurrido a la simulación en casos de defensa propia.

Si éticamente ha sido irreproachable, como jugador estaba dotado de la magia de crearse un espacio propio que le acompañaba como un aura. Ésta es la palabra. Butragueño jugaba envuelto por un aura dorada, y los defensas no sabían, no podían, no querían meter la pata en esa materia improbable que acompaña a los delanteros centro geniales y frágiles. Emilio era un jugador diferencial, y cualquier público sabía apreciar esa diferencia, incluso el público del Barcelona, que, como todos los públicos, padece el sobreesfuerzo de ser madre, madrastra y ogro en el cuento de hadas de casi todos los

domingos y algunos sábados. Butragueño era ese hijo futbolista que hubieran querido tener todas las madres del Estado de las Autonomías.

MORIR DE ÉXITO

Es discutible que el PSOE pueda morir de éxito, como temió Felipe González —ya saben a quién me refiero, ese cowboy del Guadalquivir—, pero es posible que el Real Madrid muera de éxito. Día de elecciones. Las contemplo en compañía de un joven actor madrileño que se apellida Mañas, como su padre, y de nombre Achero, como le llamaba su hermano pequeño. Achero quizá no sería madridista en Madrid, pero lo es en Barcelona y en mi casa, e intercambiamos inquietudes sobre si gana Mendoza o Ussía. Yo hacia Ussía siento la complejidad corporativa del escritor, aunque él sea monárquico y convencionalmente de derechas. Quizá lo que más me gusta de Ussía es lo bien que imita a los entrenadores de fútbol, y lo que menos me gusta es lo que piensa sobre la guerra del Golfo. Pero nadie es perfecto.

Mendoza me parece un Julien Sorel a la española, uno de esos triunfadores que quizá conserven escrúpulos, pero pequeños. Los barcelonistas fundamentalistas están divididos entre los partidarios de Mendoza y los de Ussía, entre los que piensan que el peor presidente para el Real Madrid puede ser Ussía y los que piensan que el peor puede ser Mendoza. Trato de explicárselo a Achero. A mí, en cambio, me molesta que el Madrid esté en horas bajas porque eso minimiza el éxito del Barça. A mí me encantaban los interiores del Real Madrid porque siempre hacían pases en profundidad, la única profundidad permitida en España en los tiempos de Velázquez, Aranguren y Sacristán. Velázquez no era el de *Las meninas*, era el interior izquierda del Real Madrid. No creo que el joven actor Achero entienda mi *fair play*, pero en fútbol el prejuicio es mucho más inocente que en política. Por ejemplo, Achero es del Atlético de Madrid, pero como está en mi casa es del Real Madrid. ¡Joder con la nueva generación! Son como nosotros.

SALVEMOS AL REAL MADRID

La crisis del histórico rival del Barcelona, analizada desde una compasiva atalaya catalana

Maliciosamente se me pide que comente la crisis del Real Madrid, desde el supuesto de que lo voy a hacer babeante de gusto, desde el placer del sectario barcelonista ante el antagonista caído. Para empezar, yo no creo en la crisis del Real Madrid como comunión de jugadores o como colectivo de socios y simpatizantes. Hay una crisis de gestión, es evidente, así en lo económico como en lo deportivo, pero una plantilla que cuenta con los jugadores no puede considerarse negada para la resurrección, y una masa adicta como la realmente existente queda a la espera de la más mínima satisfacción épica para salir del pesimismo histórico que hoy les angustia. Tampoco entiendo cómo ha sido posible que la histeria de una directiva haya magnificado un mal comienzo de la Liga que otras veces han protagonizado otros clubes grandes, el Barcelona sin ir más lejos. El mismo año en que Cruyff se incorporó al club procedente del Ajax, el Barcelona había empezado la Liga por abajo y acabó ganándola.

Y es que los barcelonistas necesitamos un Real Madrid fuerte para sentirnos seguros de nuestras victorias y nuestras derrotas. Nada sería tan tedioso como imaginar un futuro futbolístico español con un Real Madrid a la baja. Yo creo que, si se produjese esta circunstancia, el Barcelona languidecería y acabaría acompañando al Real Madrid en la llamada «zona segura de la clasificación». No quiero pasar por hipócrita y negar que no me disgustan algunos desastres del Real Madrid, pero tampoco quiero que se ignore que admiré al Madrid de Di Stéfano como luego admiré al de los yeyés, con sus genios incómodos para mi barcelonismo, como fueron Pirri, Amancio o el inolvidable Velázquez, un jugador del que aún recuerdo sus cambios de ritmo, sólo comparables a los de Marcial, y su sentido del pase al espacio abierto, que hoy sólo está en condiciones de imitar Guardiola. Como admiré al Buitre, jugador de matices, delicado como una mayonesa, pero imprescindible en cualquier plato basado en sabores macedónicos, e incluso al marrullero Hugo Sánchez, el enemigo público número uno de la serenidad de espíritu de los porteros y de los defensas centrales antagonistas; o al guadianesco Michel, que de vez en cuando vuelve de vacaciones, corre la banda y centra como si fuera una lanzadera de bombas inteligentes.

El adversario conocido

Desde mi más tierna infancia, en el supuesto de que alguna vez haya tenido una infancia tierna, he asumido la sospecha de que más vale antagonista conocido que antagonista por conocer. Recuerdo a mis adversarios de primera, segunda y superior enseñanza como necesarios e insustituibles, porque si los sustituía tenía que buscarme otros. Sin antagonistas, ni la vida, ni la historia, ni la Liga Nacional de Fútbol valen la pena. El Barcelona tenía muy claro su antagonista fundamental hasta que el proceloso defensa del Athletic de Bilbao Andoni Goikoetxea se dedicó a demostrar la blandura racial de las piernas de Schuster o Maradona. Entonces nació un nuevo antagonismo Barcelona-Athletic de Bilbao que nos desorientó a los barcelonistas, obligados a abrir un segundo frente infernal que a nada bueno nos condujo. Afortunadamente, se arregló el pleito futbolístico entre barcelonistas y bilbainistas y de nuevo el Madrid quedó como *l'ennemi à battre*, como casi siempre había sido y deberá ser en el futuro. Sobre todo si tenemos en cuenta que otro antagonismo tradicional, el que sostuvieron el Barça y el Espanyol, ha quedado desvirtuado por las debilidades objetivas y subjetivas del Espanyol.

La plantilla actual del Madrid puede salvar esta Liga, pero evidentemente debe ser remozada con una perspectiva de futuro de dos o tres años por delante. Las hornadas prodigiosas como la de la quinta del Buitre o la que hizo transitoriamente grandes a la Real Sociedad de Ormaechea o al Bilbao de Clemente se fraguan durante años, ocupan la cima durante tres o cuatro temporadas y se gastan a la espera de un nuevo fruto de una siembra en el momento oportuno. Así ha sido tradicionalmente en España y en todas partes hasta que llegó el economicismo, es decir, el berlusconismo, al fútbol, donde ha causado tantas desorientaciones como en la televisión o en la política, territorio donde el señor Berlusconi prepara su desembarco a lomos de la ideologizada tesis de la crisis de las ideologías. En los últimos cinco años, el Barcelona ha fichado mejor que el Madrid y ha promocionado canteranos con mayor fortuna, y sobre esta base afortunada ostenta una hegemonía que espero que sea duradera. Pero sólo un desquiciamiento histérico puede convertir estos hechos objetivos en un desastre madridista, a no ser que los responsables del Real Madrid hayan sido afectados por el virus de la inseguridad estratégica, que en el pasado tanto daño psicológico hizo al Barcelona como comunión de los santos.

Consideración aparte me merece el injusto trato recibido por Robert Prosinecki, croata errante, sobre el que forzosamente tienen que haber

influido la rotura complementaria de su cuerpo y de su Yugoslavia. Me parece admirable que los deportistas ex soviéticos o ex yugoslavos —ya sean serbios, croatas o bosnios— sigan moviendo las piernas por esta insensible Europa que los recluta casi siempre a la baja, con la cabeza desorientada por la conmoción sufrida en los puntos cardinales y el alma atribulada por todas las inseguridades que se les han echado encima.

La imagen rota

A Prosinecki le rompieron al mismo tiempo el cuerpo y el alma, y además ha sido elegido como el jugador más feo de la primera división española, es decir, también le han roto la imagen. Yo, en su lugar, me habría ido a mi cuartel de invierno a tomarme una botella de aguardiente de ciruelas (*slivovica*, creo que se llama) y que le den morcilla a la otredad. Pero el chico se ha esforzado en aguantar la pelota, en zigzag, como la historia, sin aquel sentido de la totalidad y la verticalidad que demostró en el pasado, cuando parecía un Di Stéfano revivido.

La verdad es que no he nacido para sectario, y deseo que el Madrid salga de su crisis. Pero que espere cuatro o cinco semanas, para cuando la distancia que le separe del Barcelona sea difícil de superar. Un *fair play* excesivo por mi parte resultaría insultante para la inteligencia de los lectores.

REAL MADRID: TREINTA Y DOS AÑOS DE NOSTALGIA

El Madrid se jugaba esta noche su última baza para salvar la temporada, y sus dirigentes han puesto en marcha una campaña de concienciación nacional para presentar al equipo como el representante de la nación española, una representatividad que había tenido en tiempos de Franco, cuando era el único emblema victorioso de exportación y el caudillo se preocupaba por sus alineaciones y su sistema de juego. Franco llegó a proponer a sus amigos, afortunadamente muy pocos, un nuevo sistema para resolver empates: en vez de tirar penaltis, recurrir al córner con rematadores. Franco tenía pequeñas ideas para casi todo, incluso financió el proyecto de conseguir gasolina sintética utilizando las plantas de las orillas de los ríos, de qué ríos no importa.

Desde hace varios años, una parte de los seguidores del Real Madrid ha pretendido recuperar el carácter de equipo representativo del Estado, reforzados en el empeño por la simpatía hacia el Real Madrid confesada por el actual jefe de gobierno, José María Aznar. Y dentro de ese sector nacionalista replicante del nacionalismo catalán que respalda al Barcelona o al vasco que anima al Athletic de Bilbao, un sector añora los años del fascismo y acude al estadio portador de la bandera franquista. Durante la desgraciada peripecia de la portería abatida en el estadio madridista, todo el mundo pudo ver que los energúmenos de ultraderecha que consiguieron la proeza lucían la bandera con el águila imperial de los tiempos de Franco, no la bandera monárquica democrática. No quiere esto decir que todos los seguidores del Real Madrid respalden la renacionalización del club y mucho menos que esa renacionalización tenga carácter franquista, pero los dirigentes se aprovechan de esa renacionalización para superar el malestar social generado por la amenazante crisis económica que se cierne sobre la entidad. El Real Madrid debe unos treinta mil millones de pesetas y, como reconocen sus directivos más sensatos, tiene las estructuras anquilosadas y está a punto de ingresar en la modernidad cuando ya se está acabando la posmodernidad.

La indiscutible clase individual de sus jugadores ha permitido que el derrumbamiento padecido en la Liga española no haya afectado a su participación en la Liga de Campeones. Europa ha constituido para los jugadores y para la afición o bien un señuelo o bien una huida hacia delante. Prisioneros del mito del Madrid ganador de seis Copas de Europa, la conquista de la séptima se había convertido en una condición indispensable para ratificar una identidad que siempre ha querido ser hegemónica. Hace treinta y dos años que el Madrid ganó su última Copa de Europa, treinta y dos años tratando de convertir un álbum de fotografías oxidadas en el espejo de la nueva victoria anunciada.

La Liga Española de Fútbol recién terminada se presentó como la Liga de las Estrellas debido a la gran cantidad de jugadores extranjeros de fama internacional contratados por casi todos los equipos españoles. Los beneficios obtenidos por las retransmisiones televisivas han permitido que incluso formaciones modestas hayan podido componer plantillas de extranjeros de cierto renombre, incluso se ha dado el caso de alineaciones en las que no ha figurado ni un jugador español. Pero el público tiene la impresión de haber presenciado el peor fútbol de los últimos años y que buena parte de las estrellas pertenecientes a la constelación han llegado a media luz o apagadas. El irregular, cuando no mediocre, juego del Barcelona, campeón de Copa y de

Liga, no ha conseguido compensar a sus seguidores, a pesar de la doble victoria, y el Real Madrid ha llegado al final de la Liga de Campeones tras una campaña decepcionante. Ni siquiera ha conseguido uno de los dos puestos que le permitan jugar la Liga de Campeones del próximo año, y sólo la victoria sobre la Juve podía darle esa oportunidad.

JUVENTUS 0 - ESPAÑA 1

Nada más acabar el partido, los cielos barceloneses se rompen por los cohetes que lanzan los seguidores del Real Madrid. La minoría étnica madridista reafirma así su presencia en Cataluña tras una semana de soportar las encuestas de diversos medios de información en las que la mayoría de los interrogados preferían la victoria de la Juventus. La pregunta planteada era una facilona provocación de la obviedad: «¿Prefiere usted que gane la Juve o el Real Madrid?». Ignoro qué beneficios de audiencia haya podido producir, o qué morbosos posos de desquite histórico ha removido, pero sin duda ha ayudado a ahondar tontamente el foso más tonto que separa a Barcelona de Madrid.

Frente a la campaña de desafección catalana hacia el representante del Estado español en la final de la Liga de Campeones, los medios de comunicación centrípetos desencadenaron una algarabía compensatoria de rearme de nacionalismo español en la que el Real Madrid volvía a ser una pieza clave. El partido se había convertido en una condición *sine qua non* para que España siguiera yendo bien, y varias veces se ha dicho que la única oportunidad de que la bandera española apareciera en los estadios europeos durante la próxima Liga de Campeones era que el Madrid la jugara, porque a nadie se le ocurre que los seguidores del Bilbao o del Barça la pasearan como un emblema propio.

A pesar de que en el Madrid juegan tantos o tan pocos jugadores españoles como en cualquier otro equipo, sobre sus once pares de botas caía la responsabilidad de rearmar la conciencia nacional futbolística, y en los días venideros se reconstruirá el imaginario de equipo-insignia de la épica deportiva nacional. Los jugadores han conseguido compensar con creces las poquedades de la campaña liguera, demostrando que son excelentes individualmente, algunos de ellos decisivos, y que esa característica ha marcado la diferencia con la Juve, con un sistema de juego frustrado por

fracasos en la boca de gol. Esperemos que los merecidos vencedores no se pongan demasiado epopéyicos, porque un poco más de patriotería nacional-futbolística podría activar la hepatitis vírica, y esperemos igualmente que los urdidores de encuestas pueriles que tratan de ser *algo más* que una encuesta futbolística hayan sacado la inteligente conclusión de preguntar la próxima vez: «¿Prefieren ustedes las pelotas redondas o cuadradas?».

ZIDANE

España saldrá del verano en dirección al otoño sin otros asuntos de interés clamoroso que el caso Gescartera y el caso Zidane. Claro que siempre hay que contar con ETA como materia prima de nuestros desastres y de nuestros toques de silencio, pero de vez en cuando conviene vivir intensamente obsesiones rigurosamente civiles. Salga como salga esa maravilla preconiliar de Gescartera, habría que pensar en una distinción, peyorativa, se entiende, pero especial para genios como el señor Camacho. Algo así como *El hurón de oro* o *El caganer de platino*, diseñados por Chillida y Mariscal, respectivamente, reclamos éticos para todos los españoles, que verían así verificado a qué puede conducir el mal, consecuencia de una mezcla de listeza de tocomochos y de canon secreto de los poderes fácticos más antiguos y determinantes: la Iglesia y los cuerpos militares.

Así como el caso Gescartera tendrá su territorio clarificador en las Cortes españolas, Zidane va a vivir un vía crucis constante, de campo de fútbol en campo de fútbol, pendiente sobre el bereber la duda de si vale lo que juega o no juega lo que vale. Cada vez que se enfrente el Madrid contra quien sea, la valoración de Zidane será un valor añadido y a la vez determinante, algo así como la antigua prueba de los nueve o la televisiva prueba del algodón. Y Zidane no tiene otra alternativa que cerrar las bocas y frustrar las expectativas perversas con su juego, antes de caer en la dramática comprobación objetivable de que le está quitando el sitio a Helguera. Nunca otro jugador fue tan vigilado por la oftalmología paisana como este hombre, que, sobre todo, juega bien en la selección francesa y pasó por Italia como Goethe, de vacaciones, pero sin escribir nada, creo, perteneciente al género de esa literatura de viajes que modifica los paisajes.

Si no triunfa, al presidente del Madrid sólo le queda la salida de fichar a Bush como media punta, pero si triunfa, la gloria espera al equipo directivo,

que con un solo fichaje se hará de oro y dejará tan extasiados a los peatones de la Historia que desde la caverna contemplan las piernas de los jugadores más caros de este mundo como si fueran las nuestras.

III

Barça-Real Madrid: por los siglos de los siglos

NOCHE DE AMOR Y DE GUERRA EN EL NOU CAMP

Marcial y Zabalza, sobre todo Marcial, no conseguían oponer una construcción de juego al que ordenaban Velázquez y Grosso. Cien mil espectadores, el lleno más absoluto de la historia del Nou Camp, habían acogido al Real Madrid con una pitada impresionante, no por el «gol de Zarigulegui», sino porque es el Real Madrid, y desde los tiempos del conde-duque de Olivares Madrid ha quedado en el subconsciente colectivo de Cataluña como un quiste.

Decía que Marcial y Zabalza no conseguían hacerse con el centro del campo, y ahora digo que a Pujol le faltaba el último regate, ese regate que sabía hacer la temporada pasada en el Sabadell e incluso a comienzos de la presente. Tampoco Torres era esta noche el prodigio de regularidad que suele ser, ni a Gallego le salían bien los pases desde atrás, ni a Reina los despejes, que iban a parar, por un extraño magnetismo, a los pies de Velázquez.

«Están nerviosos», decía la gente. Y era cierto. El arbitraje del señor Guruceta era ligeramente anticasero. Sobre todos los árbitros pesa la sombra de Rigo, el mallorquín errante, que después de un arbitraje perjudicial al Atlético de Madrid y al Real Madrid ya no ha vuelto a ser lo que fue y se habla de que este año le descenden a segunda división. Pero no era excesivamente anticasero. El Barcelona jugaba con un gran empuje, pero con un notable desconcierto. En este equipo faltan, por faltar, pulmones, los que tenían Zabalza y Fusté la temporada pasada para subir una y otra vez pelotas. Pero, en cierta manera, ¿para qué van a subir pelotas? ¿Quién las remataría? También faltan rematadores. ¿Qué hay en este equipo? Una media de cincuenta, sesenta mil espectadores incondicionales, eso es el Barça, eso y recuerdos.

Y ya cuando se ultimaba el primer tiempo, Rexach, de un tiro esquinado, crea el breve suspense de la pelota que va de palo a palo y se mete en la portería madridista. Abrazos y cohetes.

Al comienzo del segundo tiempo, el señor Guruceta parece haber cambiado de actitud. Señala unas cuantas faltas exageradas en torno al área del Madrid. «Ay, ay, ay...», dice alguien detrás de mí. Comenta después que, cuando un árbitro es tan amable, algo prepara. El Barça parece que juega mejor en esta segunda parte. De pronto, una pelota adelantada. Velázquez, uno de los pocos jugadores españoles con auténtica clase, la controla y se va en perpendicular hacia el área del Barcelona, se le cruza Rifé y Velázquez cae hacia delante. El cruce ha sido fuera del área. La caída y el revolcón del jugador sitúan a Velázquez dentro. El señor Guruceta extiende el brazo y avanza corriendo hacia el punto de penalti. Unos segundos de silencio y de estupor. Y cuando el penalti es un hecho consumado, el grito nace roto en las gargantas de los espectadores y los ademanes de los jugadores barcelonistas tienen maneras de histeria. Se entabla ese inútil juego de convencimientos en torno al árbitro. Las almohadillas parecen ya amapolas entre los trigales verdes. La Policía Armada se pone en pie para localizar a los lanzadores. De pronto, los jugadores barcelonistas inician un movimiento de retirada hacia los vestuarios. Rifé, Torres, Rexach y Reina parecen los más decididos. Siguen brotando las amapolas nocturnas sobre el césped. La lluvia de almohadillas es impresionante.

Buckingham, pese a sus ligámenes históricos con los mosqueteros, no está para escaramuzas y obliga a los jugadores a que vuelvan al campo. Lanza el penalti Amancio, y gol. Eladio empieza a aplaudirle al árbitro; pocas veces he visto aplaudir tanto a tanta velocidad. La expulsión de Eladio se consuma. De nuevo forcejeos dialécticos, pero ya no hay nada que hacer. Faltan treinta minutos de partido y apenas si se puede jugar por culpa de las amapolas. El público reclama que los jugadores abandonen el terreno. El grito es unánime. Cuando la pelota sale fuera y va a parar a los graderíos, la pelota no vuelve. El público corea: «¡Campeones, campeones!».

«¡Que se metan la Copa en...!». Es el grito más suave de la noche. Guruceta para continuamente el juego para retirar las almohadillas. Pero se hace imposible por momentos. Veinte, treinta mil almohadillas llenan la noche de extrañas coloraciones, y detrás de las almohadillas surgen los primeros espectadores. No saltan para agredir al árbitro, saltan para decir a los jugadores que se vayan. Se mezclan algunos seguidores del Real Madrid con sus gorras blancas, dispuestos a conseguir los calzoncillos de sus jugadores.

Pero la oleada de gente va en aumento. El señor Guruceta empieza a inquietarse. Nadie le tocó ni un pelo en toda la noche, pese a que estuvo rodeado por cinco mil personas, pero alguien le aconseja el pies-para-qué-os-quiero y el hombre, con sus jueces de línea, inicia la lucha contra el cronómetro y corre como John Carlos en sus mejores tiempos y, puesto a correr, igual le da el terreno llano que los escalones que le abren la puerta del vestuario. El campo ya es del pueblo; cinco, seis, diez mil personas pasean banderas del Barça, gritan el nombre del club, avanzan hacia el palco presidencial. El espectáculo supera al mejor partido que ustedes hayan visto en su vida. Los colores del verano y el entusiasmo de los cuerpos, el césped verde, las amapolas-almohadillas, la noche de un azul oscuro, cohetes, banderas azulgranas y una íntima, total satisfacción de las gentes más ecuanímes; incluso los burgueses, con puro de tribuno, gritan «Por fin, por fin...». «Por fin, ¿qué?». La respuesta está en un pozo oscuro, profundo, que tal vez algún día pueda clarificarse. La fiesta, en el césped, la protagonizan los espectadores de las localidades más económicas, que han saltado todas las barreras habidas y por haber y han llegado al ágora verde e iluminada. La Policía Armada permanece concentrada junto a las puertas de los vestuarios, sin intervenir. ¿Para qué tenían que intervenir? La gente se limita a gritar el nombre del equipo y a agitar banderas legales. Tal vez si alguien aspirase con fuerza el aire de aquella increíble noche percibiera una extraña agrura detrás del perfume de fiesta que iban tomando los acontecimientos.

El campo ya está totalmente en poder del público. Los muchachitos juegan a chutar almohadillas, se revuelcan por el césped de parque inglés, alguno hace la vertical, otros se persiguen y se derriban. Hoy es fiesta. Se respira libertad y la noche tiene los colores más propicios. El público grita, aplaude, jalea el «Barça! Barça! Barça!» por encima de la derrota que ya asumen, pero paladeando la victoria estética y moral de una noche en la que el público cree hacer justicia, cree vencer por encima del Comité de Competición, de la Real Federación Española y de unos cuantos etcéteras.

Y de pronto algún clarín secreto debió de avisar de que la cosa iba a cambiar. Se oscurece el rectángulo y empiezan otros ruidos y otros gritos. El griterío del público se uniforma, desde la impunidad de las gradas se presiente lo que está ocurriendo en las negruras del rectángulo. La cosa ha cambiado de color. Aparece el fuego. Las almohadillas rasgadas muestran su paja, que arde para quemar paneles públicos. Los gritos se han vuelto agrios... El público se dispersa... Pero han nacido extrañas indignaciones. Un grupito de veloces charnegos pasa a mi lado y grita: «Barça! Barça! Barça!».

Horas después, grupos espontáneos seguían con sus gritos en distintos puntos de la ciudad. La reunión de contertulios bajo la farola de Canaletas fue disuelta.

El señor Calderón, gerente del club madridista, declaró: «Ha pasado lo que puede pasar en cualquier pueblo. Si en otras ocasiones la prensa ha arremetido contra nosotros de manera tal que acabaron con todos los adjetivos, lo ocurrido esta noche merece la peor calificación para el Barcelona».

Creo que el señor Calderón y otros señores no han entendido nada de nada.

Lo de menos era el detonador. Aquello no era una reacción típica por no saber perder.

HERRERA Y FROMM

Nada más conseguir lo que significaba un inestable empate, el jugador Juanito corrió hacia la banda en busca de la trinchera, desde donde contemplaba el partido el entrenador barcelonista Helenio Herrera. Los que conocen las irascibles reacciones del jugador malagueño temían lo peor. ¿Le hará un corte de mangas? ¿Le pegará un cabezazo? ¿Se limitará a utilizar el rico vocabulario filiobraguetario que la cultura española ha acumulado a lo largo de los siglos? Incluso los que sabíamos que Helenio Herrera está leyendo últimamente a Erich Fromm rechazábamos de plano la posibilidad de que Juanito corriera tanto sin otra intención que intercambiar sensaciones de lector. No sé si me explico. Trato de decir que Juanito y Helenio Herrera no tienen prácticamente nada que decirse. El uno es un futbolista dibujado para la tercera parte de *La guerra de las galaxias*, y Helenio Herrera es el personaje que falta en *El lazarillo* o en *El buscón don Pablos*.

El encuentro entre el jugador de averiada cibernética y el mago de la corte de los milagros futbolísticos concentró la atención de todos los espectadores. Los dos egos más potentes del estadio se miraban de hito en hito y se reconocían mutuamente como miembros de la misma casta de protagonistas, cueste lo que cueste. Juanito ha convertido su egocentrismo en una enfermedad impulsiva, y Helenio la ha culturalizado a un nivel superior y emplea la cabeza no para pegar cabezazos, sino para movilizar la musculatura del lenguaje y hablar, hablar, hablar con la subsoltura y la malicia de un

vendedor de Rolls Royce fabricados por FASA-Renault. Pero esta vez, en el momento de producirse el encuentro bajo la lluvia agri dulce de todas las miradas, el que desenfundó el lenguaje fue Juanito, tal vez porque por la posición teórica y práctica del mago era imposible pegarle un cabezazo, a no ser que el extremo blanco se lanzara como un kamikaze en plancha con la cabeza por delante y que fuera lo que Dios quisiera. Y Juanito dijo: «¿Por qué no te vas a un asilo, que es tu sitio?». Lo dijo o intentó decirlo, sin excesiva ayuda de la respiración entrecortada y de una fonética educadamente gutural. Don Helenio no entendió el mensaje, pero comprendió que ante él estaba un rival, el único rival auténtico de su afán de protagonismo, y pensó para sí «¡Qué joven tan desagradable y entremetido!», aunque horas después, cuando alguien le tradujo al hispano-italiano el mensaje gutural de Juanito, Helenio Herrera se pusiera en línea joven, anticipara la primavera en El Corte Inglés, y contestara: «Si quiere que me vaya al asilo, que me lo pague». Helenio, pico de oro, obtenía así una fácil victoria contra la cabeza más amenazante de Europa, una cabeza en la que nunca entrará Erich Fromm, ni siquiera cuando tenga los años de don Helenio y deba vivir de la lengua y no de las piernas.

Cualquier reflexión sentimental sobre el lugar que ocupan los ancianos y los asilos en la cabeza de Juanito sería excesiva. Yo no sufría por los ancianos de los asilos, ni por Helenio, ni por Juanito. En realidad sufría por Núñez, intrigado el presidente por lo que se estaban diciendo Helenio y Juanito, molesto porque en el contrato con Herrera no figura ninguna cláusula según la cual los litigios entre el Barcelona y el Madrid sean competencia del entrenador. «¡Qué joven tan desagradable y entremetido! —pensaba Núñez—. ¿Por qué no me ha venido a insultar a mí?».

REAL MADRID Y BARCELONA: ENEMIGOS NECESARIOS

El mejor presidente del Real Madrid ha sido un cabo, y el mejor presidente del Barcelona fue su fundador, un suizo. Saquen ustedes conclusiones. Ahora están frente a frente dos curtidos *self-made men* de muy diferentes fondos y formas: el uno es alto y cría caballos y no se le ha visto llorar en público desde la victoria en la Copa de Europa del Madrid de los yeyés; el otro es bajito, es el rey del chaflán y llora, llora sin distinción de sexo ni estado, así de día como de noche, a poco que le afecte la victoria o la desgracia. Aporto estos datos objetivos para los especialistas en el estudio de los dos bloques.

Primera escaramuza tras la caída de Jimmy Carter de Carlos. El presidente Mendoza despliega los Pershing por las zonas madridistas del territorio nacional, y Núñez juega a la contra amenazando el fichaje de Hugo Sánchez casi dentro de las filas enemigas. Mendoza trata de reconstruir la política de alianzas bernabeuianas, aprovechándose de la ventaja de la concepción radial del centralista sistema de comunicaciones español. Núñez tratará de mantener la táctica de la infiltración federativa, auxiliada por el oro catalán y una dura lucha ideológica contra el imperialismo.

El presidente Tarradellas insistirá en que es necesaria una reconciliación y trabajará para que se reanuden las conversaciones de Calatayud. Ciudad equidistante entre los dos bloques, en Calatayud no sólo hay excelentes alubias y ternasco, sino que además están dispuestos a acoger unas conversaciones en la cumbre, para que Mendoza y Núñez, o Núñez y Mendoza, trabajen en pro de la distensión nacional. Queda la duda sobre la actitud del gobierno. Se especula con la posibilidad de que la conocida división entre barcelonistas y partidarios del Betis haya sido urgentemente enmendada por Alfonso Guerra con su enigmático viaje a Hungría para, como Blas de Otero en China, orientarse un poco. Se dice que Guerra ha abierto un frente promadridista que permitirá al gobierno practicar el doble juego así en el fútbol como en el cielo. Conociendo a Mendoza y a Núñez, el personal se teme o desea una tragedia nuclear. En cambio, Felipe González siempre tiene a mano el recurso de los de Contadora.

FACTOR GIL

Cuentan que Cristo, en un momento blando, le dijo a su lugarteniente: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Me preguntan cómo hay que jugarle hoy al Madrid, y por lo visto en los últimos partidos sólo se me ocurre de buenas a primeras mirar desesperadamente hacia Iván de la Peña y pensar que sobre esa Peña descansa lo que queda de las esperanzas suscitadas al comienzo de esta Liga. Hasta Cruyff ha entregado la batuta a Lo Pelat sin esperar a que actúe el crecepelo. Al comienzo de la Liga se hablaba de dos *dream teams*, el que había conseguido reunir otra vez Johan Cruyff y el que estaba reclutando Vidal-Quadras a base de fichar para el PP a casi todos los Trias de la guía telefónica de Barcelona.

Veremos cómo le va al *dream team* del PP el 3 de marzo, pero la prueba real del Barcelona pasa por el partido de esta tarde, como si se cumpliera la maldición de que la felicidad de los barcelonistas depende del resultado de los encuentros contra el Real Madrid. Otra vez el día siguiente de nuestras vidas está pendiente de un partido de fútbol rodeado de valores añadidos: ¿contra quién se enfrentan los jugadores barcelonistas? ¿Contra el Real Madrid? ¿Contra la junta directiva? ¿Contra Cruyff? Me temo que desde hace semanas se enfrentan contra sí mismos, y el único consejo, o deseo, que hay que aportarles es que vuelvan a ser tan audaces como en los primeros partidos de temporada, cuando jugaban desde una gran seguridad y ambición individual por conseguir el puesto, no asimilado todavía un esquema colectivo de juego. Si el Barça aún está allí arriba es porque los jugadores apostaron generosamente por sí mismos en el primer tercio de la Liga, y ahora están gastándose los ahorros, empate a empate.

Otro factor importante sería volver a entusiasmar a Cruyff, aun teniendo en cuenta lo fríamente que se entusiasma nuestro hombre. Que le pida permiso a su cardiólogo y, en lugar de tomarse un chupachups, que se beba tres o cuatro dedos de whisky, bebida vasodilatadora para el corazón, para el cerebro y para otros centinelas del espíritu. También se me ocurre otro factor: el civilizatorio. Está en peligro la civilización democrática: si el Barça pierde ante el Real Madrid, se escapa definitivamente el Atlético de Madrid, ganará la Liga, y ¿alguien se imagina sobrevivir en este país con un Gil y Gil más allá incluso de su propio tamaño?

NADA HAY MÁS TRISTE

Jaime Gil de Biedma pedía disculpas por pertenecer a la edad de la pérgola y el tenis; yo la pido por militar en la del bolero y el serial radiofónico.

Ya está justificado el título de este comentario asombrado ante la evidencia de que sigan celebrándose partidos de fútbol entre el Barcelona y el Real Madrid, anacronismo que juzgo a todas luces desestabilizador en la fase aguda de la modernización de España. O sea, que hay que volver a sacar del desván el agravio comparativo, la emocionalidad más visceral, las banderas más inocentes, la memoria infantil, al conde-duque de Olivares, a don Santiago Bernabéu, el caso Di Stéfano, el transfuguismo de Bernd Schuster, el masoquismo de los seguidores del Barcelona, la chulería hereditaria de los

presidentes del Real Madrid, el llanto de Josep Lluís Núñez, las depresiones de Michel...

El telón de acero fundiéndose, y nosotros pendientes de quién es más rubio, si el holandés Koeman o el alemán Schuster, y de quién la tiene más larga, me refiero a la zancada, Llorente o Beguiristain, y de quién es más zorro, Emilio Butragueño o Julio Salinas.

Lo que más me revienta de este serial es que finalmente acaba por interesarme, y el sábado por la noche, desde Palermo, telefonearé a casa para saber quién ha ganado.

Si gana el Madrid, pensaré que ni la vida ni la historia son como las esperábamos, otra paráfrasis de unos versos de Jaime Gil. Si gana el Barcelona, tendré que volver a telefonear para que me lo repitan, porque no podré creérmelo.

Y sigo molesto, muy molesto conmigo mismo al descubrir que si gana el Barcelona me propongo tomarme yo solo una botella de Brunello de Montalcino, el mejor tinto italiano.

Bestia de la grada

Realmente me irrita este ruido, este partido que vuelve a colarse en mi vida cuando mi único proyecto era pagar los impuestos y envejecer con dignidad. Es decir, un proyecto de intelectual olímpico, goethiano. Y a medida que voy escribiendo renace en mí la bestia de grada, el militante azulgrana, el seguidor de aquella entidad que era más que un club antes de convertirse en una inmobiliaria. Me indigna esta mi pasión malsana y me impongo a mí mismo una dura penitencia: si gana el Real Madrid, volveré a encerrarme otra vez en mi confortable exilio interior, y si gana el Fútbol Club Barcelona, en lugar de un Brunello de Montalcino me tomaré una botella de Barolo, vino del Piamonte que no está nada mal, pero lejos, muy lejos, de un Brunello de Montalcino en su justo año.

UN RESPETO

He leído las declaraciones de Stoichkov. Piensa golear al Real Madrid como al CSKA de Sofía durante el Gamper. He tocado madera. Inmediatamente. No

conviene excitar la cólera de los dioses menores del fútbol y otros espectáculos minimizando al Real Madrid, que fue algo más que un club y algo más que un equipo de fútbol. En alguna conversación privada, Franco, que se sabía de memoria las alineaciones del Madrid, comentó en cierta ocasión que el Madrid de Bernabéu, el de las cinco Copas de Europa, cumplía un papel equivalente al de los tercios de Flandes. Símbolos aparte, es innegable que el Madrid ha mantenido durante casi treinta años un sistema de juego y una seguridad en sí mismo ampliamente complementada por el *síndrome blanco* de los equipos que se le oponían.

La llamada «quinta del Buitre» empezó a ser otra cosa. Representaba la posmodernidad y una cierta ahistoricidad que liberaba al equipo de pasados compromisos simbólicos y le daba el tono de una pandilla de jóvenes jugadores excelentes que jugaban a su aire y de memoria.

Y fueron bien las cosas hasta que los chicos de la quinta se hicieron algo mayores, no estuvieron internacionalmente a la altura de sus éxitos nacionales y se convirtieron en un poder fáctico, en una *beautiful people* dentro del equipo, respaldada por Mendoza.

¿Cuándo se había visto en el Real Madrid que un jugador abandonara el campo porque una parte del público del Bernabéu le silbara? Lo hizo Michel. ¿Cuándo se ha visto que un jugador del Real Madrid le tocara los cojones (con perdón) a un jugador antagonista? Lo hizo Michel. Y Martín Vázquez le dio un portazo a Mendoza, y el trío Michel-Butragueño-Sanchís se ha cargado a más entrenadores que don Jesús Gil y Gil. Consecuencia de todo ello es que los públicos, los jugadores y los árbitros le han perdido al Madrid el antiguo respeto cimentado, hay que aceptarlo, en que siempre fue un equipo ambicioso y riguroso en el aspecto deportivo.

Pero el Real Madrid llega al Camp Nou con un Michel radiante porque Clemente lo ha ratificado y un Butragueño con ganas de demostrar que sigue siendo el Jaimito del área y un Rocha que entra con las tres piernas por delante, mientras en la banda la mirada grave de *penene* de filosofía pura Benito Floro descompone el campo en espacios teóricos y pantanosos para el enemigo. ¿Teoría? ¿Sueño? ¿Realidad? Por si acaso, que Stoichkov no tiente a los dioses menores del fútbol, no vayan a contarle a Benito Floro que en cuanto le bombean una pelota sobre el área este Barça es equipo batible, y como empiece la Liga perdiendo con el Real Madrid se va a acentuar el color blanco que ya tiene metido en el uniforme.

En vez de un siete a uno, ¿por qué no lo dejamos, Stoichkov, en un tres a uno?

EL TRIPARTIDISMO

Un ministro de cuyo nombre no quiero acordarme me dijo a finales de 1994: «Como gane el PP las elecciones, se os acabó la Liga a los del Barça». Sin duda ironizaba o quizá trataba de atraer mi voto hacia el PSOE, pero meses más tarde, cuando ganó la Liga el Real Madrid y el PP las elecciones municipales y autonómicas, al pie de un árbol florido me puse a considerarlo. ¿Y si, como sostiene el Papa, hay un orden natural de los sucesos, las personas y las cosas que conduce a que en España gobiernen las derechas y gane la Liga el Real Madrid? ¿Acaso no hay una convergencia histórica entre el neonacionalismo aznarita, que no aznarista, y la canción «¡Que viva España!» tan continuamente desentonada por una buena parte de la hinchada del estadio Bernabéu?

La Liga Española de Fútbol ha vivido en régimen de bipartidismo desde que en los años cincuenta el régimen franquista estuvo en condiciones de ofrecer Brigada Político-Social, Radiodifusión y Fútbol como vía de escape para las profundas insatisfacciones de las masas. La pugna entre el Barça y el Real Madrid era la representación simbólica del contraste de pareceres, y aunque de vez en cuando ganara la Liga algún intruso, se llamara Atlético de Madrid, Valencia, Real Sociedad o Athletic de Bilbao, en el fondo del fondo del corazón de las Españas el enfrentamiento asumido era el del Madrid y el Barcelona definitivamente caracterizado: «Los del Barça segundos, y quejándose». ¿Acaso el «gurucetazo» no tuvo una resonancia histórica concordante con el «carrerazo»?

Todas estas dudas metafísicas se convirtieron en concretas cuando tras «el pacto del capó», el nacimiento de la Loapa, el GAL, la victoria del PSOE, la modernización de España, el redescubrimiento de la Guardia Civil, etcétera, etcétera, el Madrid ganó cinco ligas. Pero hete aquí que España entra en el Mercado Común, y como siempre se había dicho que en Barcelona iba mejor el tráfico y que Barcelona era Europa, el Barça va y gana cuatro ligas seguidas. Las quiebras del espíritu nacional fueron evidentes, aumentadas a continuación por el pacto Pujol-González, principio del fin de la inversión de la corriente histórica iniciada por el matrimonio de Isabel y Fernando. ¿Quién era Fernando y quién Isabel? ¿Acaso no parecía Pujol más Isabel de Castilla, dispuesta a no cambiarse de camisa hasta el final de la Reconquista? Pero se dispararon todas las alarmas, temió la España eterna la desvirtuación de su

proyecto histórico, el delirio irreparable del sentido ultimista de su unidad de destino en lo Universal, y ahí está, ahí está la Puerta de Alcalá, la Liga para el Madrid y tarará tarará, el PP entra en Madrid.

De nuevo se insinuaba el sano bipartidismo de los años cincuenta, sesenta, setenta, el Madrid ganando y el Barça quejándose, pero se corre el riesgo de que un intruso como el Depor complique el pacto implícito que tanto hizo para la supervivencia de aquel régimen tan radiofónico y tan futbolístico. Me temo que se deba recomponer el pacto y, a la vista de la inteligencia desplegada ante las cámaras de TVE por las «inteligencias» que rigen nuestro fútbol, podemos esperar lo peor. Pronto se levantará el telón de la Liga, y vamos a necesitar toda la facilidad verbal de Valdano y la complejidad filosófica de Cruyff para saber de dónde venimos, quiénes somos y adónde vamos.

ADIÓS, BARÇA, ADIÓS

Cuando llega un Barcelona-Real Madrid o viceversa, casi siempre nos sacan a Javier Marías y a mí de nuestros cuarteles de otoño para que enseñemos el corazón tan blanco o tan blaugrana. La verdad es que cada vez me cuesta más recuperar la camiseta del baúl de los disfraces, y sólo si me dejo llevar por ese gilipollesco niño que, según algunas mujeres ternascas, más que tiernas, llevamos dentro, regreso a los códigos de una conducta militante. Barça! Barça! Barça! Ya estoy más animado. Casi encendido. Aunque cada vez sé menos lo que digo cuando pronuncio la palabra «Barça», porque poco tiene que ver la entidad actual con la colección de cromos o con la comunión de los santos que nos hizo barcelonistas.

No, no se trata sólo del número de comunitarios o de extracomunitarios en la plantilla, porque globalizados estamos como Pulgarcito, en la barriga del buey, donde ni nieva ni llueve. Se trata de que el público cada vez tiene menos soberanía sobre los clubes, y a la larga bastará que factorías de vestuario deportivo, cadenas de televisión y publicitarios se pongan de acuerdo para que los seguidores de los equipos carezcamos de valor de uso y de valor de cambio. Incluso se nos podrá sustituir virtualmente en mejores condiciones para el poder religioso-mediático, porque el público virtual no silbará jamás a las juntas directivas, ni dará batallas del pañuelo. Los estadios de fútbol serán maquetas construidas en los estudios de televisión o simples

diseños de ordenador que permitirán incluso que Manolo el del Bombo pueda tocar eso en el año 3000 o que el señor Casaus ofrezca las victorias del Barça a la Virgen de la Mercè en el 4044 de la era Adidas.

Presenciamos, pues, este Barcelona-Real Madrid como si fuera un Barcelona-Real Madrid de los de antes, con la misma capacidad de autoengaño con que compramos truchas de piscifactoría o pollo esclavo, y ojalá el árbitro, que éste sí es de la vieja raza de árbitros, correoso como un león marino en la luna, se equivoque, porque eso excitaría los posos más profundos de nuestro patriotismo y volveríamos a tirarnos al monte o a construir trincheras para aquella lucha final que se perdió el día que llegaron al fútbol los ingresos colaterales sin que la OTAN fuera capaz de pronunciarse sobre el asunto, distraído Solana con el vuelo de las enaguas de Madeleine Albright.

¿PARA ESTO HICIMOS LA GUERRA?

Durante años luchamos desde las trincheras por la causa antropológica de la razón blaugrana frente a la razón merengue, asumiendo la concepción de antropología filosófica de Landsberg según la cual construíamos una antropología de la esencia y no una antropología de las características humanas. Vano empeño, vana palabrería, a la vista de a donde han ido a parar aquellas pugnas identificadoras entre los que considerábamos que el Barça era algo más que un club y los que sabían que el Real Madrid era la reencarnación de los tercios de Flandes. Tantos agravios cruzados, tantos forzamientos de afinidades ideológicas, para llegar a este partido en el que la Legión Extranjera del Real Madrid recibirá a la Legión Extranjera del Barça, como si se tratara de un choque en la cumbre de dos concepciones del Harlem Globe Trotters, la una bajo la hegemonía de los eslavos del sur y la otra bajo el dominio de la coalición reconciliada de la samba con el fado, de Antonio das Mortes y el rey Sebastião. Imaginad, camaradas de pasadas luchas, a uno y otro lado de la trinchera, que en el partido no jugaran ni Guardiola en el Barça ni Raúl en el Madrid para encontrarnos ante el grado cero de la identificación, es decir, al borde del abismo de la desidentificación, de la más absoluta miseria de la antropología filosófica.

Ignoro si Guardiola y Raúl o Raúl y Guardiola son conscientes de que han sido conservados por el Ángel Exterminador del Gran Mercado como

mástiles para las antiguas banderas, de la misma manera que el Partido Popular conserva a Fraga Iribarne o el PSOE a Ramón Rubial. Pero sólo desde el recurso piadoso del autoengaño podremos metabolizar este encuentro como un sucedáneo de pasadas lides, olvidando que ya sólo está en juego el acierto de las inversiones en bienes tan mobiliarios que ni siquiera echan raíces más allá de un semestre y a poco que venga un intermediario con más pasta olvidan nuestros colores y se van con otros como en los tangos dejándonos como

*hoja enloquecida en el turbión,
por tu amor, mi fe desorientada
se hundió destrozado mi corazón...*

Decantada la victoria, sólo restará deducir cuánto habrá subido la cotización del tándem Mijatovic-Suker o la del compuesto por Ronaldo-Giovanni, y quedaremos lejos, mucho más lejos que nunca, de saber quién tiene la Razón Antropológica, si Barcelona o Madrid.

SI NO EXISTIERAN LOS BARCELONA-REAL MADRID

Inimaginable un mundo, por muy global que sea, donde no existiera el enfrentamiento Real Madrid-Barcelona, duelo único en su género que resume casi todas las arqueologías del Espíritu del Estado Español, desde el desastre de 1898 hasta el almuerzo de Aznar con Duran i Lleida en el verano de 1995, paso previo al pacto de legislatura entre el PP y CiU. Cuando hay que explicarle a un extranjero qué quiere decir ese enfrentamiento, no se me ocurren mejores imágenes que los choques entre nordistas y sudistas en la recolección de cabelleras de indios en los tiempos inmediatamente posteriores a la guerra de Secesión de Estados Unidos. De no haber existido aquella competición, las tensiones, los agravios históricos acumulados hubieran provocado peores violencias. El enfrentamiento entre el Real Madrid y el Barcelona ha sido la válvula de escape de la irreconciliable antipatía consensuada entre Madrid y Barcelona, auténtico banco de malas leches históricas que nos ha distraído de abismales radicalidades.

Cuando Goikoetxea, el fornido y magnífico defensa del Athletic de Bilbao, se topó con las privilegiadas piernas de Maradona y Schuster, jugadores del Barça, y las dejó para el arrastre, apareció un nuevo antagonismo historico-futbolístico contranatura entre Cataluña y Euskadi.

Costó varios años cerrar aquel segundo frente, y todavía hoy Clemente no es excesivamente bien visto por la afición barcelonista porque entonces se permitió comentar que los jugadores vascos eran más fuertes que las estrellas extranjeras y de ahí las lesiones.

Superado el enfrentamiento entre aficiones naturalmente unidas por su condición de periféricas, rebrotó el duelo Real Madrid-Barcelona a pesar del lamentable intento de Tarradellas de reconciliar a los presidentes de ambos clubes. Aquella insensatez pactista del Honorable estuvo a punto de provocar un daño irreparable, y menos mal que la habilidad y el frenesí dialéctico entre Mendoza y Núñez consiguieron reconducir la situación. Temíamos que la mudez de Núñez forzada por el protagonismo de Cruyff y las mejores maneras del señor Sanz hubieran enterrado para siempre aquel formidable conflicto de pasiones.

Pero liberadas las cuerdas vocales de Núñez y forzado Sanz a reconstruir un enemigo exterior, todo vuelve a ser como antes, y dos ejércitos simbólicos, el de la catalanidad y el de la españolidad, saltan al escenario dispuestos a comerse los hígados. La verdad es que los jugadores de uno y otro equipo se quieren y se consultan las cláusulas de rescisión todas las mañanas. También percibo que los seguidores del Barcelona y el Madrid cada vez somos más conscientes de que interpretamos un papel convencional, como quien juega a moros y cristianos. Sólo un instinto de higiene mental y social adquirido por lo borde que ha sido la historia de España nos empuja a seguir fingiendo que nos jugamos la razón de ser. Y es que, si no, igual nos montábamos otra guerra civil.

LA ESQUIZOFRENIA NO ES LO QUE ERA

Una significación reduccionista de la esquizofrenia es el doble comportamiento, connotado literariamente en el mito del Doctor Jekyll y Mister Hyde, y se me ocurrió que el inmediato partido entre el Real Madrid y el Barcelona se plantea entre dos equipos esquizofrénicos o al borde de la esquizofrenia. Al Barça actual se le reprocha que pierde en las segundas partes lo que gana en las primeras, y al Real Madrid que ande a gatas en la Liga española y en cambio vuele como el águila, real naturalmente, en la Liga europea. El Barça presume de tridente atacante, Rivaldo, Saviola y Kluivert, pero hasta ahora ha funcionado mejor el tridente de contención y reserva

espiritual, Puyol, Xavi y Luis Enrique, con el apoyo de Bonano, un portero que contempla los campos de fútbol como si fueran la pampa y husmeara el asado.

Cuando sólo era editora, Rosa Regás nos reprochaba a sus amigos escritores el ser demasiado exagerados al imaginar situaciones, conflictos o personajes, y una vez le contesté: «Sin exageración no hay literatura». Aplíquese esta inteligentísima exageración a la información deportiva, buena conocedora de la mercancía y del cliente, inclinada a considerar cada partido como un Juicio Final; desde que empezó la Liga está escrito que el Madrid pierde cada domingo su última oportunidad cuando de hecho sólo va a seis puntos del Barcelona y queda tanta competición por delante como guerra santa entre el islam y don José María Aznar. Cuando trata al Barcelona, la prensa deportiva barcelonesa pasa del éxtasis al harakiri, y tras el último gol de Rivaldo, que parecía un gol póstumo, los comentaristas se han apuntado al exorcismo y proclaman terrores aéreos y terrestres del Real Madrid, con media defensa en la UVI o en el exilio interior, incluso Iván Campo en el exilio psicológico.

Sobre el terreno de juego, los esquizofrénicos jugadores convocados pondrán a prueba su patriotismo de club, más apreciable que el patrimonio constitucional, que para el señor Aznar es como un fármaco genérico contra cualquier ántrax, lo transmita el correo o el bacalao al pil pil en lata. Los jugadores a priori más determinantes son jóvenes multimillonarios que ya no cobran en pesetas ni en euros ni en dólares, sino en moneda metafísica y absoluta, es decir, lo tienen todo pagado, sea cual sea su esperanza de vida, así en la Tierra como en el Cielo. Si juegan bien es porque sus padres, sus esposas, sus hijos, sus amigos, sus traficantes o sus amantes les están viendo por la tele, y si juegan mal es porque les ha salido el lado malo de la esquizofrenia. Lo que les gusta realmente es quitarse la camiseta para convertirse en alegres chicos-letrero que dedican su éxito a un pariente o allegado o al mismísimo Dios de los futbolistas, que suele ser croata o brasileño.

EULOGIO MARTÍNEZ, EVARISTO, DI STÉFANO,
KUBALA Y LUIS SUÁREZ

Comparto con Serrat y tantos otros arrapiezos catalanes el mito ya cantable de Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. Ahí están esos cinco cromos junto a las fotos de mis seres queridos y a los vacíos de los animales que se me han muerto. Y de aquella adolescencia sensible extraigo una foto que empezó siendo deportiva y acabó siendo política: Di Stéfano bebiendo agua de la fuente de Canaletas, en plena Rambla, señal simbólica de que nunca abandonaría Barcelona, a pesar de que las aguas ya sabían algo a cloro y no eran las mismas que Fiveller había hecho traer siglos atrás desde las colinas más propicias.

Venía Di Stéfano, «saeta rubia» para los entendidos, del brazo de Samitier, el gran fichador del Barcelona de aquellos tiempos, y fue presentado como el mejor jugador latinoamericano, según algunos y con permiso de Rossi. Y de pronto, como si se hubiera tratado de una aparición, la saeta rubia se esfumó y reapareció en Madrid, donde el cabo voluntario del ejército franquista, señor Bernabéu, liberador de la Cataluña dominada por los rojos, tiraba de uno de los extremos de aquella saeta reclamándola para el Real Madrid. Tan política se puso la cosa que por ahí estaban el delegado nacional de Deportes (creo que por entonces lo era el general Moscardó o en su defecto el falangista Elola Olaso) y también el presidente de la Federación Española de Fútbol, Sancho Dávila, primo hermano de el Ausente, es decir, de José Antonio Primo de Rivera. Tal vez estos nombres dejen indiferentes a las nuevas generaciones partidarias, como yo, de Jim Morrison o de Cameron Diaz o del subcomandante Marcos, pero Sancho Dávila era feligrés de la dialéctica de los puños y las pistolas y la foto de José Antonio compartía pared con la de Franco en casi todos los colegios y también fachadas, casi todas las fachadas de las mejores y las peores calles de las ciudades de toda España.

Franco era un fanático del Real Madrid y discutía las alineaciones con sus escasos amigos. Cuando cuajó la irrepetible delantera de Kopa, Molowny, Di Stéfano, Rial y Gento, se permitía discrepar sobre la utilización del talento de algunos jugadores y opinaba que solucionar un partido a penaltis era, digamos, una *mariconada*, con perdón, y que lo más viril era resolverlos a córners. No sé si me explico. Todas las autoridades deportivas visibles o invisibles propusieron que Barça y Real Madrid compartieran a Di Stéfano, un año en el Barça, otro en el Madrid, y mientras tanto el presidente del Barcelona empezó a recibir presiones, insinuaciones, amenazas, intervenciones en sus negocios, y el club tiró a Di Stéfano por la ventana, con la garganta llena de congojos y en la calle la indignación de la todavía no

llamada sociedad civil, que sumó el robo de Di Stéfano a los excesos del franquismo. Pero aquella temible reunión de Kubala y Di Stéfano se produjo en una selección catalana de desagravio, que hoy no hubieran tolerado ni Aznar ni sus capataces judiciales. Fue un partido memorable y la encarnación del sueño de un equipo capaz de alinear al genial Eulogio Martínez junto a los verdaderamente galaxiales Kubala y Di Stéfano, el precozmente mágico Luisito Suárez y Evaristo y Villaverde y los húngaros que escaparon del frío, Kocsis y Czibor.

Y luego resultó que, efectivamente, Di Stéfano era genial. Que ganó no sé cuántas Copas de Europa y se atrevió a anunciar medias de señora por el procedimiento de seguir siendo Di Stéfano de cintura para arriba, pero dotado de unas espléndidas piernas femeninas adecuadas para las medias Berkshire. No lo sabíamos, pero con Di Stéfano había llegado la primera posmodernidad.

DESDE LA MELANCOLÍA

¿Qué he hecho yo para merecer esto? Cuando se acerca un encuentro entre el Barcelona y el Real Madrid intuyo que seré convocado para opinar asumiendo la representación de los barcelonistas, que es mucho asumir, y progresivamente me siento más desganado para cumplir el empeño; tal vez porque pertenezco, como algunos príncipes, al país de mi infancia: Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón... ah, y Gonzalvo III, casi nada, y además era rubio en un país en el que todos los hombres eran morenos o en su defecto se ponían boina. Todavía en los tiempos de Núñez y Mendoza hacía un esfuerzo para estudiar las condiciones objetivas y subjetivas del partido, porque Núñez era un cazaesquinas, un constructor de obras espabilado y sentimental, y Mendoza el tahúr guaperas (en el mejor sentido de la palabra, es decir, de Clark Gable para arriba) del Manzanares. Pero ahora he perdido el sentido de la orientación, más con respecto al Real Madrid que al Barcelona, porque el club de la capital de España ha dado un salto cualitativo al disponer de una junta llena de oligarcas posmodernos y alguno incluso habitual de la prensa del corazón. Gentes que no se levantan sin tener la certeza de que van a ganar mil millones al día y conscientes de que pueden comprar a Figo, el Retiro y San Antonio de la Florida con el dinero que llevan en el bolsillo. El Madrid es poder.

En cambio, veo al Barcelona saliendo de una década prodigiosa, pero marcado por el acto fallido de no haber sido lo suficientemente triunfal en el año del centenario y desconcertado porque el nuevo presidente ha hecho todo lo que pedía la oposición y nada de lo que hubiera hecho Núñez y ha creado una junta directiva tan numerosa que no habría paella suficiente para darle de comer en una fiesta arrocería al aire libre. Los jugadores o son Guardiola o demasiado jóvenes o son holandeses, y Rivaldo no ha digerido el hecho de que no se le haya ofrecido el lugar en el paraíso que ocuparon sucesivamente los dioses del fútbol moderno: Di Stéfano, Pelé, Cruyff, Maradona y Ronaldo. Está triste Rivaldo o melancólico, que es una enfermedad culta que pusieron de moda los intelectuales humanistas del siglo xv. Hasta hace pocos meses, por ejemplo, se podía ser nuñista o antinuñista, y eso llenaba la vida de esperanza laica, de logros importantes. Ahora no es así, y los barcelonistas se dividen entre los que quieren volver a los tiempos precruyffistas del *quejío* o los que quieren fichar a Soros como director deportivo y al general Powell como entrenador de banquillo. No es coherente. Se ha perdido una cierta coherencia, y me temo que el sábado, cuando ganemos al Madrid por un resultado a todas luces contundente, seguiremos sintiendo ese profundo *malheur* con el que nos interrogamos, como siempre, sobre quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos.

Y si perdemos volveremos a sacar los viejos pañuelos blancos y pediremos la dimisión cuando menos de setenta y cinco directivos.

BARCELONA: FÚTBOL, POLÍTICA Y CAOS

Como si retransmitiera consignas ante la próxima llegada de los bárbaros, sin atender la prevención de Cavafis de que tal vez los bárbaros nunca llegarán o mi sospecha de que los bárbaros siempre son de los nuestros, la radio pública y privada había alertado a la ciudadanía barcelonesa de que no circulara en coche privado durante la celebración de la cima europea y que no se arriesgara en el transporte público, problemático. Consecuencias: los transportistas no podían entrar en Barcelona y Frank de Boer se planteaba cómo llegar a tiempo para jugar contra el Liverpool o contra el Real Madrid en el estadio del Barcelona F.C., mientras los hospitales de la zona restringían las visitas y se extendía la sospecha colectiva de que la ubicación

de la reunión era una ocurrencia marxista, de Groucho Marx, siempre dispuesto a no hacerse socio de un club que le aceptara como socio.

Los jefes de Estado y de gobierno de Europa se reunían en el Palacio de Congresos de Barcelona, elegido desde la más absoluta miseria estratégica o desde la más cínica predisposición. Miseria estratégica si no se ha caído en la evidencia de que el lugar escogido y bloqueado por la policía cierra a toda una ciudad, y cínica predisposición si se ha escogido la ubicación para crear la sensación de estado de sitio y que así la ciudadanía compruebe la maldad de los antiglobalizadores que condicionan tan crueles como inevitables medidas de seguridad. Especialmente sensible la ciudadanía ante las dificultades planteadas a dos partidos de fútbol indispensables para su higiene mental: el Barcelona F. C. debía vencer al Liverpool si quería seguir teniendo esperanzas laicas en ganar la Liga de Campeones, y tenía que ganar al Real Madrid si quería tener esperanzas teologales en ganar la Liga española. Todo parecía indicar que para conseguir celebrar estos encuentros había que pasar por encima de los cadáveres de Blair, Chirac, Berlusconi, Aznar o de los cadáveres de los miles de bárbaros convocados para cuestionar la parte de globalización que le corresponde a la Unión Europea.

Y es que estaba en juego algo más importante que el futuro del capitalismo globalizador. En este año de gracia de 2002 el Real Madrid, club fundado por catalanes, celebra su centenario, y todo apuntaba a que fuera un año glorioso dada su condición de *mejor club de fútbol del siglo xx*. Se esperaba que ganara la Copa del Rey, la Liga española y la europea, expectativa frustrada porque el equipo madrileño perdió la final de la Copa frente al Depor, exhibiendo un juego decepcionante, pese a que el jefe del gobierno, señor Aznar, se hubiera declarado tan madridista como vertebrador de España y de que el partido gobernante lo sea por mayoría absoluta. Por su parte, el Barcelona, referente de la capital de una Cataluña en congénita crisis política, en una misma semana se jugaba su futuro europeo y la permanencia o no en el sentimiento trágico de la vida y de la historia que sólo supera cuando vence al Real Madrid, el equipo representativo del imperialismo español, según antigua sospecha catalana ratificada por el actual jefe del gobierno, más partidario del Real Madrid incluso que de Kipling, su poeta preferido.

Situada entre el partido contra el Liverpool y el que enfrentará al Barcelona con el Madrid, la cumbre de Barcelona pasará a la historia de las ciudades sitiadas por quienes trataron de evitarles estados de sitio. A la vista de las manifestaciones antiglobalizatorias que han jalonado la celebración de

altas y globales cumbres sobre política y economía, los organizadores de la cumbre europea de Barcelona quisieron demostrar a la vez el optimismo de su voluntad y el pesimismo de su razón. Sólo el pesimismo quedaba claro a la vista de las medidas de seguridad que envolvieron el ámbito sagrado del encuentro, algo así como una ciudad dentro de otra ciudad, con las fronteras llenas de policías de acero inoxidable y el tráfico más desviado que el sentido de la historia. La mayor parte de las fuerzas antiglobalizatorias se comprometieron a no penetrar en el territorio donde los políticos pasaban sus modelos *prêt-à-porter* y a movilizar sus manifestaciones por otros recorridos, para terminarlas el sábado 16 en el puerto, con alguna arenga y recitación, paso previo al festival musical de Manu Chao. Pero el despliegue de los teólogos de la seguridad debía mantenerse como brazo disuasorio de la teología neoliberal, porque ningún poder puede tolerar sobrevivir sitiado por sus propias sombras.

Nadie tuvo en cuenta la filosofía de la vida y de la historia de los seguidores del Barcelona, desesperados ante el espectáculo de la ciudad dividida entre un campo de concentración para globalizadores, otro para antiglobalizadores y el limbo, el estadio del club, el único prado del Edén donde realmente se jugaba algo serio. Al fin y al cabo, la globalización es casi gaseosa, Europa es todavía una hipótesis, Berlusconi o Aznar sólo querían salir en la fotografía y, en cambio, en el estadio del Barça estaba en juego el ser o el no ser, la derrota o la victoria del ejército simbólico y desarmado de Cataluña.

LIGAS OPUESTAS POR EL VÉRTICE

Como los años bisiestos y los monzones, los encuentros de fútbol entre el Barcelona y el Madrid son inevitables, llegan cuando les toca y hay que tomar partido. En esta ocasión, la perversa clasificación del Barça en la Liga española contrasta con la excelente alcanzada en la Liga de Campeones, a costa, eso sí, de figurar en el grupo potencialmente más flojo. Después de la dura constatación de que Joan Gaspart sigue siendo presidente del Barcelona y Van Gaal entrenador, los seguidores del Barça se dividen en dos: los responsables de que Joan Gaspart sea presidente y Van Gaal entrenador, y los que no son del Opus Dei y perdieron la Guerra Civil en 1939 y todas las

guerras civiles sucesivas, que, como suele suceder con este tipo de guerras, siempre las ganan los mismos.

Si el Barcelona pierde con el Madrid el sábado 23 de noviembre de 2002 quedarán en entredicho las estadísticas y el equipo estará más cerca del descenso a segunda división que de figurar dentro los cuatro potenciales concurrentes a la próxima Liga de Campeones. Dada la imposibilidad, comprobada, de que Van Gaal se coma su libreta en un raptó de desesperación o de sinceridad, de momento el entrenador ha reclamado el concurso de la sociedad civil para que se convierta en el jugador número 12 o número 13, según sea la actuación del árbitro, el más predispuesto a ocupar el número 12. Se pide que los socios y el entorno barcelonista de Cataluña se conviertan en un factor de presión que paralice a Figo e inocule un ataque de gastroenteritis a Ronaldo.

Las esperanzas suscitadas por la gordura de Ronaldo se han esfumado un tanto después de los dos goles que el jugador marcó con la selección brasileña, y en los tres o cuatro días que han seguido a este partido Ronaldo puede haber bajado dos o tres kilos más si ha utilizado suficiente perejil en sus dietas. El perejil, está comprobado, es diurético.

Sería lamentable que, después de cuanto se ha escrito y dicho, el Madrid ganara al Barcelona por dos a cero, goles de Ronaldo y Figo. Lamentable o imposible. El Barça no puede perder este partido contra el Madrid, precisamente éste, porque está en juego, una vez más, la supervivencia del ecosistema azulgrana. Imaginemos que el equipo no gana la Liga española y tampoco la europea. No se clasifica ni para el torneo de la UEFA y, además, pierde con el Madrid en el Camp Nou. Desde la victoria de los Borbones en 1714, Cataluña no habría vivido catástrofe emocional semejante, y por eso el público está obligado a pasar por encima del cadáver de las no verdades de Gaspart y de la maldita libreta de Van Gaal para convertirse en el jugador más decisivo, en atmósfera asfixiante que deje al Madrid en la UVI, sometido a la más estricta respiración asistida.

BARÇA-REAL MADRID: POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Las leyendas siguen a los mitos como si fueran su sombra y al Barça le persigue la de ser «algo más que un club»; nada menos que el ejército simbólico desarmado de la catalanidad. En cuanto al Real Madrid, también es

algo más que un club, sobre todo porque el barcelonismo así lo reclama, con el iracundo entusiasmo con que un antiguo y viejo vecino de asiento del Camp Nou gritaba en cuanto el Madrid aparecía en el terreno: «¡Vosotros no sois un equipo de fútbol! ¡Sois el tercio!». La modernidad suaviza este grito apocalíptico, y cuando don Florentino Pérez se plantea si el Madrid es o no más que un club, deshoja la margarita entre aznarismo y boom inmobiliario. Aznar ha tratado de apropiarse del madridismo para construirse el imaginario de caudillo civil que a donde no llegue con Piqué o con Norma Duval llegará, sin duda, con el Real Madrid. Mal asunto para los objetivos ateologales que se han fijado Pérez, Valdano y Butragueño, que tratan de darle al Real Madrid un *skyline* definitivamente civil de religión de diseño y laica.

En esta situación de peligroso rearme simbólico del Real Madrid y de serias pérdidas de fe sobre el simbolismo del Barcelona, llega una semifinal de la Copa de Europa que puede ser tan referencial como la de 1960. Adolescente sensible y obligatorio estudiante en Madrid de tercer curso de periodismo, presencié el partido de ida y acogí la victoria barcelonista en el de vuelta como un signo más de que la caída del régimen (me refiero al franquista), se acercaba. Victoria engañosa que en realidad abrió al barcelonismo una larga travesía del desierto de Kalahari hasta la llegada de Cruyff como jugador. El Barça no ganó aquella Copa de Europa, y Helenio Herrera se fue y se llevó a Suárez, dejando al Barça deshabitado, segundo, casi siempre, y quejándose.

El partido del 23 de abril del 2002 se cierne sobre la España de las autonomías con amenazantes derivaciones. De perder la eliminatoria el Madrid, fracasa su centenario y Aznar deberá hacerse urgentemente del Barça o del Atlético de Madrid, aunque sea en la intimidad. Es posible entonces que haya llegado la hora de Rodríguez Zapatero. Si la pierde el Barcelona, la batalla del pañuelo obligará al señor Gaspart a autodesterrarse al excusado más recóndito, a Rexach a cambiar el fútbol por el fútbolín o, quién sabe, incluso el mus, y a Esquerra Republicana a renovar su empeño de cambiar el Estatut. La derrota del Madrid será equivalente a lo que fue el desastre de la Invencible, sobre todo en un año en que fue calificado, precipitadamente, como equipo de otra galaxia. La del Barcelona puede sumir en el más absoluto pesimismo a un país hijo de viuda desde que Cataluña perdió la soberanía efectiva en tiempos de los Reyes Católicos o de don Santiago Bernabéu, tanto monta, monta tanto.

Menos mal que la División Acorazada Brunete ya no es lo que fue, y siempre nos quedará *Operación triunfo* o *Crónicas marcianas*. Gracias a estas

periódicas, virtuales orgías socializables, el primer partido del siglo sólo será un partido más por los siglos de los siglos. El perdedor, que reconsidere la evidencia de que el corazón es un fruto amargo. El ganador, que lo sea como sin querer. Está en juego el futuro de la unidad de España, es decir... la mayoría absoluta del PP.

FIGO: TRAIADOR, INCONFESO Y MÁRTIR

Uno de los dramas clásicos de la literatura española se titula: *Traidor, inconfeso y mártir* y sirve de enunciado para el imaginario construido en Cataluña a partir del jugador portugués Luis Figo. Todo empezó hace años, cuando a través de la televisión presenciamos la irrupción de un joven futbolista portugués, consagrado en la selección juvenil de su país y, pese a su juventud, armador del Sporting de Lisboa. Se jugaba una eliminatoria de la Liga de Campeones entre el Real Madrid y el Sporting, y el juego de Figo fue determinante para la eliminación del club español, tan determinante que Cruyff, entrenador del Barcelona por entonces, pensó en ficharle; el fichaje se consumaría años después, cuando el holandés dejaba el Barcelona y los seguidores del club caían en la más diagnosticable esquizofrenia.

Primero en el Barcelona entrenado por Robson y luego a las órdenes de Van Gaal, Figo dejó de ser una brillante promesa para convertirse en uno de los mejores jugadores de Europa, uno de esos pocos futbolistas capaces de combinar el talento con el talante. Jugador veloz, rompedor en el uno contra uno, excelente chutador a puerta y dotado de esa inteligencia geopolítica con que los grandes maestros dominan las dimensiones de un campo de fútbol, Figo se metió al público catalán en el bolsillo y fue adoptado. No es fácil. Los catalanes constituyen una conciencia más o menos colectiva, muy delicada debido a la triste historia de sus relaciones con el estado central, España, y en el fondo sólo adoptan aquello o a aquellos que les ayuda a cumplir su propósito de incesante hostilidad a lo español estatista. En fútbol eso se llama Real Madrid, y Figo fue repetidamente verdugo del equipo madrileño con sus jugadas magistrales e incluso proclamó ante las masas su aversión a los *blancos* —así se llama a los jugadores madridistas— desde el balcón del palacio de la Generalitat de Cataluña, enfervorizado y aplaudido nada menos que por el presidente Pujol, líder nacionalista de la comunidad autónoma catalana.

Los barcelonistas lo querían como pocas veces han querido a un jugador extranjero, y más todavía porque creaba raíces en la ciudad, abría negocios, tenía un hijo y figuraba en la vida social en compañía de una excepcional belleza, la modelo nórdica Helen Swedin, también adoptada por la multitud como una de las mejores rubias que circulan por Europa. No había duda: Figo era considerado como un jugador catalán más, como *uno de los nuestros*, y por eso los seguidores del Barcelona, una buena parte de los seis millones de catalanes, no podían admitir la más mínima posibilidad de que se fuera a otro club y menos aún que ese club fuera el Madrid. Primero fue un rumor que se convirtió en amenaza. En pleno período electoral, uno de los candidatos a la presidencia del Real Madrid, Florentino Pérez, destacado miembro de la nueva oligarquía económica española, prometía que, si ganaba, Figo sería jugador madridista. Todos los rostros de Cataluña se volvieron hacia Figo para que devolviera la pelota, pero no lo hizo con contundencia y poco a poco fue evidente que había un compromiso previo entre el candidato y el jugador y que si el jugador lo rompía debía pagar quinientos millones de pesetas.

Los barcelonistas tardaron en aceptar la evidencia, y Figo tal vez se dio cuenta demasiado tarde del trauma social que había creado. Trató entonces de negociar con la junta del Barcelona que le dieran los quinientos millones necesarios para liberarse del compromiso con el Madrid, pero no se los dieron y además los dirigentes del club tal vez apreciaron que el traspaso de Figo al Real Madrid les iba a reportar diez mil millones de pesetas, lo que costaba su cláusula de retención. Figo apareció con la camiseta del Real Madrid, y para los catalanes fue algo así como si el Che Guevara se hubiera puesto a gritar: «¡Viva el imperialismo económico!». Cuando Figo jugó por primera vez en un Barcelona-Real Madrid, como jugador blanco, en el campo barcelonista, el público le sometió a un marcaje paralizador. Bastaba que rozara la pelota para que sobre él cayeran todos los insultos de este mundo, más los que sin duda alguna se utilizan en otras galaxias habitadas, y era tanto el estrépito que paralizaron los músculos del gran jugador convertido en momia.

Un año después del comienzo de esta tragedia se puede hacer un balance agri dulce. Figo fue proclamado mejor jugador de Europa gracias a los méritos contraídos en el Barcelona, no fue campeón de Europa con el Real Madrid, la campaña del club fue más bien decepcionante aunque ganara la Liga y evidentemente brillaran sus tres jugadores excepcionales: Roberto Carlos, Figo y Raúl. El Barcelona, en cambio, realizó una campaña bastante desastrosa y son muchos los catalanes que lamentan que no se hiciera algo para retener a Figo. Él marcaba la diferencia más que Rivaldo, y era un

jugador que hacía del talante talento y del talento talante. En el fondo, el paso de Figo al Real Madrid sigue siendo una evidencia indigerible, y si algún día se produjera un milagro y Figo volviera al Barça, tal retorno anularía cualquier otro posible retorno mítico, ya fuera el del rey Arturo o el de Zapata o el del general MacArthur. Traidor, inconfeso y mártir. Figo no ha aportado al Real Madrid lo que aportó al Barcelona y jamás será adoptado en Madrid como lo fue en Cataluña. Pero gana mucho más dinero del que ganaba en el Barcelona y la vida es breve o, como dicen los más pesimistas en España, la vida es como la escalera de un gallinero: corta, pero llena de mierda.

ELOGIO DESMESURADO DE FIGO

A juzgar por los contenidos de la prensa deportiva de Barcelona y Madrid, la escisión entre España y Cataluña está a punto de producirse, acentuada la impresión por el hecho de que en una pizarra de un programa de TVE pudimos leer: «pa tomata», versión libre de «pa amb tomàquet». La toma de partido de la prensa y otros medios deportivos catalanes por el Barça contra el Real Madrid podría atribuirse al vicio histórico del victimismo, pero la acentuación del madridismo *versus* barcelonismo en los medios madrileños, incluidos los estatales, debe de tener otras causas. Posiblemente en tiempos de dependencias globalizadoras no sólo los nacionalismos aplazados o emplazados necesiten reclamar su derecho a la diferencia, sino que incluso los nacionalismos largamente establecidos y estatificados también necesitan clarificar qué y quién les representa.

Cuando Schuster fichó por el Real Madrid, era muy aleccionador seguir las retransmisiones futbolísticas de Televisión Española porque de pronto descubrieron la grandeza del jugador alemán, no tan evidentes cuando jugaba en el Barcelona, y se le dio un tratamiento de genio del fútbol que había necesitado llegar al Real Madrid para ser consciente de todas sus posibilidades. Algo parecido ocurrió cuando Laudrup atravesó el río Ebro y se pasó a los persas, para desdicha e irritación catalana y, en cambio, para gozo de los informadores madrileños, que convirtieron al jugador danés en el Einstein del fútbol universal.

Los desajustes centro-periferia se han acentuado desde entonces, y lo demuestra el caso Figo y el tratamiento mediático que se le está dando desde Barcelona y Madrid. Desde Barcelona se tiende a construir la estatura de un

traidor solapado, de un Alcibíades del fútbol catalán, y desde Madrid se ha generado una campaña no ya de valoración extrema de la nueva estrella del Real Madrid, sino también de hiperprotección, como si el mundo emocional, o incluso la vida del excepcional jugador portugués, corrieran peligro, hoy sábado, en el estadio azulgrana, acosado por todos los sectarios y dogmáticos de la catalanidad que no le perdonan su larga marcha desde la capitania azulgrana a la condición de estrella rutilante del Real Madrid. Cuando Laudrup se apareció a los culés vestido con los colores madridistas, se le insultó gravemente e incluso se le deseó la muerte, con lo que el público catalán demostraba su bien conocida afición al tango. Preferían ver muerto a Laudrup que verlo en los brazos de otra, y esta reacción de frustrada amargura se acentuaba precisamente por el mucho cariño que el aficionado había depositado en Laudrup, desde el supuesto de que era correspondido por el jugador.

Más emocionalidad se depositó en Figo, el *indiscutible* en los tiempos lamentables del vangaalismo, considerado el portugués como el jugador del que se esperaba siempre una reacción de calidad y coraje, evidencia misma de que el gladiador sentía los colores y sentir los colores era participar en la comunión de los santos con los espectadores, esos militantes simbólicos de la catalanidad. La capacidad de autoengaño del barcelonismo no tiene ni límites ni arreglo. Eugenio D'Ors, Zamora, Samitier, Tejada, Evaristo, Laudrup y ahora Figo, entre otros, se han pasado al Real Madrid, cada cual con su motivo a cuestas, algunos, los más profesionales, con la fácilmente asumida indiferencia al cambio de sentimentalidad en relación con unos u otros colores y capaces de razonarla desde una ética de la infidelidad más fácil de sostener que una estética de la infidelidad.

Figo ha tratado de contribuir a fomentar la evidencia de que esto del fútbol es un espectáculo convertido en negocio espectacular y que con el tiempo conseguirá seguir siendo un negocio espectacular sin necesidad de que los espectadores vayan al campo ni sean socios de nada. Dentro de unos años este espectáculo perderá todo contacto con el tango y estará en mano de las televisiones y de los fabricantes de tangas.

ELOGIO DESMESURADO DE FIGO (II)

Compruebo estupefacto cómo la noticia que más atención ha merecido por parte de los seguidores catalanes de los campeonatos del mundo de fútbol ha sido la derrota de la selección portuguesa ante Estados Unidos y el papel asumido en esa derrota por Figo. Sí, Figo. Nuestro ex Figo o Figo el ex nuestro. Ha habido como una complacencia pública por ese fracaso, como si los desastres de un Alcibíades del fútbol representara la capacidad de sanción del tiempo o de la Historia, como si el tiempo o la Historia tuvieran moral. Observo que tampoco la prensa madrileña es demasiado figuista aunque aparentemente le amparen ante los ataques barcelonistas, y si abordamos los medios de comunicación portugueses, Figo es lo más importante que le ha pasado a Portugal desde la Revolución de los Claveles, pero tampoco se le acepta del todo, como si entre el ídolo y sus consumidores hubiera una película de humedad de distanciamiento.

En el caso barcelonés, Figo ha ocupado con creces la laguna del imaginario del traidor desocupada por Laudrup, y por uno u otro motivo el jugador portugués ha conseguido no volver a aparecer en el Camp Nou vestido de blanco, como si la noche de su retorno aquella afinada orquesta de condenaciones públicas y sobre todo el marcaje de Puyol le hubieran dejado traumatizado y viviera sin vivir en él. Algo le pasa en su desvinculación con Barcelona y el Barcelona, pero es que tampoco en Madrid se le ha aceptado plenamente como propio, tal vez con la misma disposición con que los enemigos de Atenas acogieron el cambio de camisa de Alcibíades. Además, en el Madrid Raúl ha ratificado su hegemonía. Gol a gol, Raúl se llevó el equipo a la novena Copa de Europa, y en los partidos más comprometidos, de pronto, una de las dos piernas de Raúl está ahí, justamente ahí, en el lugar oportuno, con aquella precisión que en el pasado tuvo la inteligencia marxista cuando aplicaba el análisis concreto de la situación concreta. No es que Zidane le haya hecho sombra a Figo, es que ha pasado a ser el héroe extranjero (bereber por más señas) que ha protagonizado las canciones mitológicas de nuestras canciones populares, ya sea «Tatuaje», de Rafael de León, o las que los catalanes y sobre todo las catalanas han dedicado a glosar la figura de príncipes encantadores que venían a rescatarlas de la mediocridad del sur, príncipes ingleses u holandeses muy relacionados con los paraísos textiles.

Alto, rico, famoso, casado con una de las mujeres más bellas que recuerde la memoria popular, a Figo sólo le falta ser rubio para ser excesivo, y es lógico que suscite envidias alborotadas, ratificadas por la tendencia a la *saudade* de un hombre que todavía no ha llegado al lugar del que no quiera

regresar. No sé cuánto tiempo le queda en el Madrid, pero ya sea en su equipo actual o en un presumible equipo italiano, a Figo le queda todavía un contrato importante en su vida de jugador de fútbol y sospecho que si algún día se fuera del Madrid parte de la hostilidad catalana se esfumaría, pero sólo parte, porque la marcha de Figo ha sido uno de los acontecimientos más perversos que nos han ocurrido a los catalanes desde las insuficiencias del príncipe de Viana o la Paz de los Pirineos o el tambor del Bruc o el descubrimiento de que la Moreneta originalmente no era «moreneta».

Dentro de diez o quince años es posible que Figo pueda jugar un amistoso integrado en las filas de los veteranos del Barça que han acogido a otros tráfugas hacia el Madrid o el Espanyol con nombres tan emblemáticos como Samitier o Kubala. Pero lo indudable es que sus tiempos de esplendor en la hierba fueron sus años como jugador barcelonista: allí fue donde estalló aquel joven prodigio y fue él quien cargó el Barça sobre sus espaldas en aquellos momentos —tantos— en que Rivaldo era un exiliado interior o exterior y Van Gaal una pesadilla mediática.

¿TÚ TAMBIÉN, FIGO?

Los partidos entre el Barcelona y el Real Madrid llegan como las estaciones y los meridianos, las aduanas y los peajes, el anticiclón de las Azores y las depresiones psicológicas. Otro. Otro más, esta vez marcado por diferencias fundamentales: el Madrid es presidido por un pez gordo de la nueva oligarquía económico-financiera globalizadora y el Barcelona es dirigido por ochenta y cinco directivos en flor bajo la batuta de Joan Gaspart, que ha dejado de ser niño prodigio de Núñez para convertirse en la madre Teresa de Calcuta de la ONG barcelonista. Hubiéramos podido asistir, pues, a un partido diferente, a un posible ensayo de nueva disposición militante coincidente con un nuevo siglo, más pausado, en el que no habrá revoluciones de Octubre ni ocupaciones del pasillo de Danzig, ni siquiera fusilamientos de Mata Hari ni trasplantes de corazón a cargo del marqués de Villaverde.

Pero no ha sido posible. El sino que marca la conflictiva relación entre el Real Madrid y el Barcelona no se crea ni se destruye, simplemente se transforma y se adapta a las nuevas situaciones. Recuerden el caso Di Stéfano, que para los barcelonistas fue un robo perpetrado por la Federación Española de Fútbol y de las JONS, un robo verticalista, franquista, de

continuidad de guerra civil, cautivo y desarmado el ejército azulgrana. Casi cincuenta años después, donde estuvo Di Stéfano está Figo, pero han cambiado las características del secuestro, y donde hubo conjura parafascista sólo ha habido la implacable ley del mercado suavizada por la música de fondo de un bolero que podía ser un fado y ha seducido a Figo: se vive solamente una vez y hay que aprender a querer y a vivir.

Sin necesidad de utilizar ninguna instancia oficial o paraoficial, Florentino Pérez se sacó el talonario de los domingos y otras fiestas de guardar y el talón se convirtió en un puente aéreo de alfombra mágica que se llevó a Figo y, ante el estupor barcelonista, nos lo cambió de color.

El camino recorrido por Figo lo habían cumplido en el pasado Zamora, Samitier, Tejada, Evaristo, Schuster y Laudrup, pero Figo era tan brillante, tan cumplidor, tan trabajador, tan decisivo a la hora de levantar el orgullo azulgrana que tenía carnet de catalán y había sido adoptado por un público en el pasado capaz de convertir a Pereda en Perera y ahora a Figo en Figa. El resultado de este Barcelona-Real Madrid no determina el futuro de la Liga, pero cualquier barcelonista considera que tiene el valor añadido de vencer al Madrid de Figo, traidor a un enamoramiento colectivo. En cuanto al causante original de esta trágica secuencia, Florentino Pérez, es tan listo que ha tirado el talón y escondido la mano, al más puro estilo del manager posmoderno, de esos que empiezan comprando mitos a los aborígenes periféricos y acaban de presidentes de la República, de qué República es lo de menos.

ELOGIO DESMESURADO DE LUIS ENRIQUE

Me predisponía ya a atravesar el desierto de lo que queda de temporada futbolística pidiendo agua, champán y antiglobalización cuando Luis Enrique demostró que estaba allí, que era cierta su condición de jugador absoluto, infiltrado siempre en las líneas enemigas y con capacidad de llegada. El gol de Luis Enrique consiguió poner los ojos de Rexach en su sitio, porque durante casi todo el partido habían experimentado el peligroso efecto de la asimetría, como si cada ojo contemplara realidades diferentes y además comprobaran dos catástrofes complementarias: la interior y la exterior. Pero allí estaba Luis Enrique, un ex madridista metabolizador de Cataluña y además metabolizado por Cataluña, y de lo más profundo de nuestros corazones salió el grito: «¡Viva Asturias!».

Gracias a ese gol viviremos una Semana Santa llena de esperanza laica o teológica, o las dos al mismo tiempo. Porque ese gol fue lo más parecido que hay a un milagro, y me parecería más justa la canonización de Luis Enrique que la de Gaudí, porque los milagros que se le atribuyen al arquitecto demuestran las muchas, las excesivas ganas que quedan de detectar milagros, y en cambio el milagro de Luis Enrique estaba allí, como allí está la Puerta de Alcalá en la canción de Ana Belén y Víctor Manuel. No perder con el Madrid en el Nou Camp y superar una nueva tanda de la Copa de Europa puede salvar no sólo una temporada, sino incluso la ejecutoria presidencial de Joan Gaspart. Agudo problema. Ésta es la cuestión. Claro que la premonición de drama volverá a plantearse ante los cuartos de final o ante la posibilidad de que la clasificación del Barcelona en la Liga española no permita la asistencia a la Liga europea en la próxima temporada. Pero está escrito, supongo que en el libro donde todo está escrito, que es condición del Barça y los barcelonistas vivir sin vivir en nosotros mismos, a manera de perpetua extranjería, unas veces situada en el terreno de la memoria y otras en el de los deseos.

Si no marcan goles ni Rivaldo ni Kluivert, justo es que los marque Luis Enrique, injerto de furia asturiana que nos ha evitado incluso la importación de la convencional furia española, similar efecto al que en el inmediato pasado nos reportó la furia vasca de Bakero. Si un no menos milagroso gol de Bakero permitió a la larga a Koeman conquistar la Copa de Europa, ¿por qué negarnos la ilusión de que asistimos a una premonición de éxito semejante, precisamente en el año del centenario del Real Madrid y de la mayoría absoluta de Aznar? En cuanto a la furia, bueno es que se autonomice, que se corresponda al estado de las autonomías y abandone las simas metafísicas nacional-católicas donde se incubó en el pasado.

¿Y si no pasamos los cuartos de final? Estamos preparados para ello. Ignoro si es condición humana el haber venido a este mundo a sufrir, pero sin duda es condición barcelonista, y uno de los placeres fundamentales de los buenos seguidores del Barcelona es contemplar el Camp Nou como si fuera el huerto de Getsemaní en la perpetua secuencia en que los culés le preguntan a Jehová: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Quince días más de esperanza se los debemos a un jugador cuyo fichaje propuso Cruyff, Cruyff, Cruyff en aquellos tiempos en los que Núñez no fichaba casi nada y prefería tener el dinero en el banco que en el campo, mientras consideraba que con dinero incluso el portero de su casa estaba en condiciones de fichar, evidencia que nunca ha conseguido el lugar que se merece en la dimensión donde habitan las evidencias, incluso las evidencias futbolísticas.

Ese gol de Luis Enrique, para algunos significa la resurrección del «Desperta, ferro!». Para otros es la repetición de la discutible tamborada del tamborilero del Bruc.

3

Fenómenos y fenomenologías

I

Fenómenos

PORTA Y GARCÍA

Nuestra memoria culta está llena de parejas inseparables: Dafnis y Cloe, Marco Antonio y Cleopatra, Spencer Tracy y Katharine Hepburn, Felipe González y Alfonso Guerra, Pablo Porta y José María García. Curiosa pareja la compuesta por el presidente de la Federación Española de Fútbol y el periodista deportivo más popular de toda la historia española de la popularidad. No les une el amor sino el antagonismo: pasivo Porta, activo García, duro encajador el primero, agresivo picanarices el segundo. Se necesitan para ser lo que son: el hombre público más verbalmente agredido del universo y el periodista más agresivo de nuestro sistema planetario.

El día que García dejara de hostigarle, Pablo Porta se moriría de obsolescencia, y si Pablo Porta dimitiera, José María García tendría que inventarse un nuevo *punching* para dar emoción a los safaris nocturnos de Antena 3. Los radioyentes, espectadores imaginativos del enfrentamiento, desean que el duelo continúe, como desean que Carolina de Mónaco siga siendo una princesa algo ligera de cascos y el Papa de Roma un Superman en tecnicolor y estereofonía. Los radioyentes viven por delegación un apasionante duelo sin fin en el que Pablo Porta, más que pared de frontón, es una esponja que se queda las pelotas y apenas las devuelve.

José María García ha revalorizado el papel del diminutivo «-ete» como relativizador de identidades. Don Pablo Porta es una cosa, y Pablete Porta, evidentemente, otra. Un diminutivo, según el Diccionario de la Real Academia, es un vocablo que «disminuye o mengua la significación de los positivos de que procede». El diminutivo «-ito» achica; el diminutivo «-ete» engolfa, pero con golfería menor. Porta se ha dejado llamar Pablete en la confianza de que la repetición de la agresión la convertiría en retórica nocturna habitual. Los directivos del deporte español al principio se pusieron

nerviosos porque se temían, como algunos árbitros de fútbol, que García les echara el público encima. El público, tranquilo. Escucha lo que quiere escuchar y luego se duerme, en la confianza de que al día siguiente continuará el serial.

BERLUSCÓNEZ

Las encuestas trabajan el gusto de los electores, según técnicas extrapoladas de *Los 40 principales*. Tantas veces nos dicen los nombres de los 40 principales que finalmente les otorgamos el don de la principalidad. Las encuestas ya colocan a los aznaritas por encima de los felipitas (y, por favor, que nadie me añada la s porque aznarita o felipita no es lo mismo que aznarista o felipista). Si el felipita se desengancha del *mono*, el aznarita se acoge a él con escaso entusiasmo. Al PP le va a ocurrir lo que a esos equipos de fútbol que ganan las ligas porque las pierden los demás. Pero es posible que entre tanta quiebra de encantamientos a alguien se le ocurra que necesitamos un Berlusconi español, un Berluscónez que vaya más allá de esos candidatos de requiebro y de chotis que fueron Ruiz Mateos o Jesús Gil y Gil.

Berlusconi es un monstruo de Frankenstein, engendrado por el Milan y la televisión, bajo el padrinazgo de Craxi. ¿Qué ciudadano español podría ser el providencial dalai lama de la nueva derecha tan políticamente despolitizada? Empecemos por el fútbol. ¿Qué presidente de club carismático tiene palmito para lanzarse a la política al grito de «¡Fuerza España!»? Tal vez Mendoza cuando era menos provinciano, Lendoiro si fuera menos llorica, Núñez si no fuera tan bajito y además emblemático representante del *peligro catalán*... Si encontráramos un presidente de club de fútbol candidato, no tendría los vínculos telegénicos de Berlusconi y finalmente sería muy difícil atribuirle un equivalente de padrino a lo Craxi, aunque abunden aquí los bonsáis de Craxi. Fallido Mario Conde, el más prefabricable, ahora en plena travesía del desierto con la cantimplora llena de champán Roederer Cristal, ni un Berlusconi para entretener la historia... Reconocedlo: la raza degenera.

REBECA

Cada época crea sus mitos, aunque los más constantes vienen de la primera memoria humana, aquella primera memoria que los griegos convirtieron en el origen de nuestras lecturas graduadas. Paulatinamente, cada modernidad ha tratado de seleccionar nuevos mitos e incorporarlos al acervo mitológico. Nuestra época ha abusado un tanto en la producción de posibles mitos, valiéndose de la plataforma de los medios de comunicación de masas, de la posibilidad de masificar el saber y la conciencia. Por eso hay mitos que sólo duran una generación, otros un lustro y algunos tres meses. Pero uno de los mitos que nos son más o menos contemporáneos, que nació literario y luego fue cinematográfico y que aún sirve como punto de referencia, es el de Rebeca. La sombra de una muerta que se alarga ocupando un espacio en el mundo de los vivos, impidiendo que su papel lo desempeñen otros y valiéndose para ello de un agente en la tierra, la pérfida ama de llaves, enamorada platónica, o vayan ustedes a saber, de su inimitable e insustituible dueña. Mentir el mito es como coger una cinta grabada y meterla en el ordenador o en el cacharro que sea. En el mito hay todo un discurso, toda una compleja explicación que no necesita ser explicada. Por eso cuando los comentaristas deportivos tratan de explicarse qué ha pasado en el Atlético de Madrid, donde han destituido un entrenador de prestigio en un momento en que el equipo no estaba mal clasificado, obrarían inteligentemente recurriendo al mito de Rebeca. Tras las cortinas de la mansión rojiblanca, el ama de llaves miraba de mortal reojo a la usurpadora que trataba de arrebatar a Rebeca la propiedad eterna de los seres y las cosas. Así como en la novela y en la película el amor de los seres vivos destruye la conspiración de los muertos, en el Atlético no ha sido éste el caso, y el ama de llaves se ha llevado por delante a Vicente Miera y ahora vaga como una loca por las almenas gritando: «¡Rebeca! ¡Rebeca!». Y, lo que son las cosas, dicen que Rebeca ha contestado: «¡Ya voy!».

LA ALMUDENA

Schuster se va o quiere irse, que es lo mismo. He aquí un alemán errante que confirma el diagnóstico del poeta, «llegar a un país / del que no se quiera regresar», que es quizá la utopía más imposible de todas las utopías imposibles. Junio pronto hará olvidar los desaires del alemán y el informe Ruiz Gallardón, porque no hay cachondeo que cien días dure en un país que

necesita repostar la alegría y la chanza a ritmo de cuplé de entreguerras. Definitivamente laica la política, terminada la Liga, Gil y Gil silencioso y Schuster con las maletas hechas, un vacío espiritual se cernía sobre nosotros, con el riesgo de buscar objetos sagrados del deseo para todo el verano. Pero ahí está el mundial, que tiene efectos religiosos ecuménicos equivalentes a una visita del Papa a Fátima.

Ya puedo morir tranquilo. Mi tesis sobre la necesidad de nutrirse de religiosidades menores para evitar religiosidades terribles ha calado en las nuevas generaciones. El otro día, una sacerdotisa del erotismo literario, Almudena Grandes, me confesó que ella sólo cree en el *Atleti* de Madrid, y no por convicción racional, sino porque heredó esta fe de sus mayores, que es la mejor manera de heredar una fe. La triunfante autora del *best seller* erótico de entreguerras (de entre qué guerras no importa) ni siquiera defiende el erotismo como religión-analgésico. También ésa sería una religión demasiado peligrosa. El *Atleti*. Gil y Gil. Dioses menores con efectos secundarios.

Vaya ala izquierda la del *Atleti*: Almudena Grandes y Juan García Hortelano. Gil y Gil no sabe lo que tiene. Por ahí podría comenzar su «cuarto proyecto», enunciado evidentemente religioso que incluye la posibilidad de otro *best seller* de Almudena: *El cuarto proyecto de Lulú*. Nos merecemos estas creencias pequeñas, sus mínimos catecismos, para evitar las tentaciones fundamentalistas que nos preparan los Jomeinis de este mundo, incluido el pertinaz Suquía.

JESÚS GIL Y GIL Y GIL Y GIL Y GIL Y GIL...

Decíamos ayer que don Jesús Gil y Gil y Gil y Gil y Gil y Gil y Gil etcétera, etcétera, etcétera, era algo más que un presidente de club de fútbol o que un alcalde de Marbella; decíamos (y perdonenme el plural mayestático), no volverá a ocurrir, que Gil y Gil era una metástasis. Y ahí está, ahí está la Puerta de Alcalá.

Desde la cárcel, Gil y Gil se cierne sobre los juzgados, sobre los estadios de fútbol, sobre los hospitales y sobre las elecciones municipales como un factor de desconcierto social que suscita la adhesión inquebrantable de Gunilla von Bismarck y de la extrema derecha del Atlético de Madrid, que le considera su Führer. Emblema de la clase ociosa y de la clase peligrosa, es hora de que nos planteemos de qué laboratorio ha salido esta criatura, y no

hay otra respuesta: ha salido del laboratorio mediático. A Gil y Gil lo han creado los medios de comunicación al tratarlo como una mercancía fácil y agradecida que siempre tenía algo incorrecto que decir. En una cultura adicta a lo políticamente correcto, a lo culturalmente correcto, a lo dietéticamente correcto o a lo sexualmente correcto, Gil y Gil era todo lo contrario, y cuanto más gorda la dijera, mejor. Incluso se pasó por alto que expulsara del templo, es decir, del estadio del Atlético de Madrid, a los periodistas deportivos, con insultos que no hubieran tolerado los directores de esos medios, pero que los currantes tuvieron que tragarse.

Y una de las muchas cosas que hacen de Gil y Gil algo más de lo que parece ser la comparte con un puñado de presidentes de fútbol de peculiar idiosincrasia. Los hay que expulsan a un entrenador porque no tiene buena sintonía con la Virgen de la Macarena o con la de Triana, tanto monta. Los hay que enseñan un lápiz para demostrar que han estado trabajando hasta últimas horas de la resaca. Los hay que se lían a puñetazos ante las cámaras de televisión. Los hay que regalan Mercedes a Sofía Mazagatos. Los hay que financian grupos fascistas para que animen a sus colores y luego se desentienden de los resultados, especialmente cuando se trata de resultados sangrientos, como el apuñalamiento de un partidario del equipo *enemigo*. Y toda esta gente anda suelta, declara, comenta, sanciona, tienen más presencia pública que casi todos los políticos de su ciudad, se alimentan de sus negocios privados y alimentan sus negocios privados de los prestigios públicos que contraen como directivos de clubes de fútbol.

Con todos esos personajes, Gil y Gil comparte el ser un líder de opinión que tiene bajo su control no ya a los ciudadanos de Marbella, sino a una parte importante de los seguidores del Atlético de Madrid. Ya pudo armarse cuando dos equipos de primera división estuvieron a punto de bajar a segunda. El llamado mundo del fútbol se tragó las llamadas leyes deportivas para evitar trastornos sociales y nos obsequió con alguna retransmisión en directo de sus aquelarres, verdadero esperpento que quedaría en eso de no considerar que cada club de fútbol se convierte en el agente movilizador de una hinchada y su zona de influencia emocional. Tanta es la prevención existente con respecto a los trastornos sociales derivables del fútbol que se está aplazando la reducción del número de equipos de primera división para no lesionar los intereses sociales de las aficiones implicadas.

Hoy hablamos de Gil y Gil como un peligro social que aparece como la víctima de un juez, del PP y del PSOE. Sabemos que ante todo es la víctima de sí mismo, pero a continuación es la víctima del Doctor Frankenstein. Es

decir, de los medios de comunicación. Y si hoy hablamos de Gil y Gil, no hay la menor garantía de que mañana el protagonista no pueda ser otro presidente desorbitado que se lée la bandera y la hinchada a la cabeza y convierta sus fraudes privados en reivindicaciones públicas. Reivindicado por más de un setenta por ciento de la opinión pública de Ceuta como el posible salvador de la ciudad y en vías de ser presentado también como el salvador de Melilla, Gil y Gil se mueve en una de las fronteras más delicadas de la política exterior española.

Y todavía medios de comunicación hay que asumen una pretendida *objetividad* ante el fenómeno y dejan, indirectamente, en entredicho al juez que ha emprendido la clarificación de los negocios de don Jesús Gil y Gil y Gil y Gil y Gil... una hidra obsesiva de la que se había omitido aquella fotografía juvenil en la que salía esposado tras ser detenido por la incalificable negligencia de Los Ángeles de San Rafael. Comprendo que los miembros de la clase ociosa que están en la nómina de adoradores marbellíes de Gil se ganen el pan manifestándose por él, pero ¿qué intereses se esconden tras el respaldo mediático que la criatura ha tenido?

EL FÚTBOL CAMBIA DE GALAXIA

Estamos tan acostumbrados a los excesos que provoca y envuelven a don Jesús Gil y Gil que ya encajamos los nuevos escándalos con cierta indiferencia. La acción judicial contra Jesús Gil y Gil y Gil y Gil y Gil como consecuencia de las relaciones económicas entre el ayuntamiento de Marbella y el Atlético de Madrid tuvo aspectos de operación de alto riesgo, sin que se tenga noticia de que jueces y guardias civiles entraran en el estadio Vicente Calderón disfrazados de jugadores del Atlético de Madrid o en el ayuntamiento de Marbella vestidos de bañistas y con el bronceador en la cartuchera. Desde entonces, Jesús Gil no ha parado de pregonar que es víctima de una persecución política. Perseguido por el PP y perseguido por el PSOE, el PP desde Madrid y el PSOE desde Sevilla, capital de la Junta de Andalucía, el alcalde de Marbella habría conseguido lo que nadie: un pacto PP-PSOE para acabar con un adversario político más peligroso que Arzalluz y Pujol juntos.

No es una broma. El gilismo no sólo se extiende por diferentes ayuntamientos de Andalucía, sino que también amenaza con apoderarse de las

antiguas plazas de soberanía de Marruecos, donde el peligro ha dejado de ser la reivindicación marroquí. El peligro consiste en que los seguidores de Gil se hagan con los municipios de Ceuta y Melilla y planteen un problema a España y Marruecos. Si plantean problemas a España y Marruecos, intervendrán los norteamericanos, y si intervienen los norteamericanos, recurrirán a Solana para que envíe un ultimátum a Gil y Gil y Gil y Gil y Gil y Gil, y tanto insisto porque don Jesús no es una persona, sino una metástasis. Solana dirá: o se retira Gil de Ceuta y Melilla o la OTAN bombardeará. Ya comprenden ustedes que el lío aumenta y que Gil en ese momento pedirá una declaración de la ONU autorizando a Solana a decir lo que dice y a la OTAN a tirarle lo que sea.

Es un cuento más de la lechera, pero podría ocurrir. Porque cuando todos los Gil se apoderen de todos los ayuntamientos posibles, habrá nacido el riesgo de una nueva escisión de España, de una nueva rebaja de España. ¿Se imaginan el efecto que puede provocar un estatuto de autonomía de los gilistas? En el futuro aparecerán nuevas religiones de diseño y nuevas naciones de diseño. Ahora le toca a Pujol aclarar las cosas. ¿Jesús Gil y Gil y Gil y Gil y Gil... es una nación? La metástasis Gil sirve de metáfora de las dimensiones ilimitadas que está tomando la organización del fútbol. Nos pensábamos que el principal problema en España era la escasa fiabilidad de los directivos, esquizoides que pueden ser personas normales y solventes en la vida cotidiana, pero que se transforman en peligros públicos cuando acceden al cargo que les pone los tacones postizos de la fama. El problema se complica cuando esos directivos empiezan a ser solicitados por multinacionales que quieren elevar el fútbol a la condición definitiva de gran negocio mediático sin fronteras, y por encima de la autoridad de las federaciones nacionales y, si es necesario, de la UEFA o de la FIFA.

Con la lógica de la economía liberal en la mano, nadie puede oponerse a que una entidad deportiva soberana adopte la estrategia económica que considere más adecuada para ser un negocio. Pero un club de fútbol no fabrica chorizos o corchetes, sino ilusiones individuales y sociales, expectativas de derrota y victoria que se identifican con la propia vida. La extranjerización de los jugadores es consecuencia de la libertad de mercado, y si no hay nada que oponer a la libre circulación de la mano de obra, ¿por qué tendríamos que oponernos a la libre circulación de la pierna de obra? Otra cosa es que el fútbol sea un ritual basado en la identificación del público con unos colores, pero no sólo con unos colores, sino también con las personas que los llevan puestos. Si el Barcelona es poco menos que la selección

holandesa y el Madrid la Legión Extranjera con el añadido de Hierro y Raúl, o bien el club suministra victorias y satisfacciones épicas o el público acabará distanciándose, como ya se está distanciando emocionalmente del Barcelona.

Por encima de este problema me preocupan un centenar, pero el día en que el fútbol se vaya a otra galaxia económica y mediática se quedarán en la tierra las masas que lo han convertido en la principal religión posmoderna europea. Y ya veremos entonces quién convence a las masas de que el mundo está bien hecho.

GOL

Ante una situación en la que las evidencias no son lo que eran, percibo que hay algo más que consecuencias de un cinismo político: estamos ante una mutación genética. La pelota estaba allí, hecha red, en el fondo de la portería del Gijón, pero ni el árbitro ni el juez de línea quisieron verla. Bastaba asomarse al espacio marcado por los tres palos para comprobarlo: en efecto, ahí dentro hay una pelota, la única pelota presente en muchos metros cuadrados a la redonda, y es poco lógico que un delantero del Santander se la haya sacado de la bragueta. Incluso si asomarse no era suficiente, acaso era necesaria una comprobación táctil, por ver si se trataba de un ovni o de un balón de reglamento.

Pero hete aquí que en ese momento en los cerebros del árbitro y del juez de línea supuestamente implicados penetraron los virus cibernéticos de la duda ante la evidencia. Si a toda España se le inculca la duda sobre las constataciones que empaquetan sus corrupciones, ¿por qué un humilde árbitro y su colega de banda han de ser más sensibles ante las evidencias? Recuerdo que en una retransmisión televisiva, bajo el antiguo régimen, la cámara se detuvo ante la pelota en el centro del campo y el comentarista Miguel Ors fue sensible ante la evidencia. Dijo: «La pelota». Hoy día, de seguir en activo, el mismo comentarista diría: «Aparece una supuesta pelota».

Los árbitros que nos motivan ni siquiera recurrieron a la fórmula «supuesto gol» o «supuesta pelota», porque la FIFA les pide la indeterminación: o es o no es gol, o es o no es pelota. Desdichados de nosotros si a partir de ahora el virus de la ceguera se contagia a toda actividad, sin el recurso poético de la copla:

*Que no me quiero enterar,
no me lo cuentes, vecina,
prefiero vivir soñando
que conocer la verdad...*

Por desgracia, no estamos ante ceguera de ensueño, sino de pesadilla.

RETRATO DEL ÁRBITRO ADOLESCENTE

A pesar de que Noriega, tras unos ejercicios espirituales en la nunciatura del Vaticano, haya decidido meterse en un penal norteamericano a la espera de que algún incontrolado lo degüelle, en España no se habla de otra cosa que de un árbitro canario considerado por algunos como un kamikaze del centralismo más madridista que madrileño y por otros como una víctima deprimida y llorosa del eterno victimismo barcelonista y catalán. Si yo no hubiera presenciado el partido por la televisión, desde el comienzo hasta el fin, estaría dudando entre una y otra interpretación. Pero lo vi y me creo con ánimos de intentar esbozar el retrato del árbitro adolescente.

No es un sacamuelas del arbitraje. El señor Brito es licenciado en Ciencias Económicas, ha viajado, ha leído y ha pensado. Pocos días antes del partido Barcelona-Sevilla dijo: «El triunfador del encuentro seré yo». Se le ha atribuido una afirmación más peligrosa: «Yo seré el protagonista del encuentro». Pero no.

Él quería ser el triunfador por el procedimiento de demostrar que estaba por encima de la pirámide gigantesca del estadio, lleno de bocas malsonantes, y también de la presión psicológica de jugadores gloriosos y millonarios... algunos de su edad. Quería demostrar también que no es un árbitro casero ni influido por el poder institucional de los clubes más poderosos.

El partido Barcelona-Sevilla era su real primera oportunidad de demostrar que la estatura del árbitro está hecha a una escala diferente de todo lo que le rodea cuando salta sobre un césped vestido de luto y acompañado de dos monaguillos de banda, igualmente enlutados. Y no lo hizo mal el joven árbitro hasta que pitó aquel penalti fantasma a favor del Barcelona. Luego hizo caso del juez de línea, se desdijo y algo parecido a la inseguridad y al pánico escénico penetró en su espíritu, hasta tal punto que tuvo que demostrar todo lo contrario. Que su error era un acierto y que no le impresionaban la indignación del público ni el ánimo levantisco de los jugadores, que le decían groserías vejatorias para su estatura: «¡Estás jugando con el pan de unos

profesionales!». Otro árbitro hubiera compensado el penalti y habría aplacado a público y jugadores. Pero el adolescente sensible que nos ocupa, a partir de ese momento dejó de ser un árbitro de fútbol para convertirse en el héroe de una tragedia griega representada en una discoteca. Pitó contra el público y contra los jugadores gloriosos, millonarios, levantiscos, de su edad, que le estaban discutiendo el papel de triunfador de la discoteca. Especialmente enfebrecido cuando pitó el falso penalti y al verse rodeado de jugadores verbalmente agresivos, sacó la tarjeta amarilla y la enseñó como enseñan las vírgenes asediadas la cruz a los aspirantes a Drácula, y comprobó que el exorcismo funcionaba, que aquellos gloriosos, millonarios, jóvenes jugadores retrocedían y él quedaba victorioso sobre la peana, iluminado por un rayo láser que sólo él veía.

GESTO TORERO

Tan convencido estaba de su faena bien hecha que cuando acabó el partido y se retiraba a los vestuarios tuvo un gesto torero al rechazar la protección de los capotazos de la policía contra las cornadas previsibles del público. «¡Dejadme solo...!», dijo el Cordobés, y lo mantuvo hasta que le cayó cerca el primer objeto y entonces corrió, como corren todos los árbitros, y aceptó meterse bajo las faldas protectoras de los escudos policiales, como haría cualquier mortal, un servidor incluido, si el Dios de todos, incluso de Noriega, le hubiera convocado para el ejercicio del arbitraje. Más tarde, el adolescente sensible se dio cuenta de la que había armado y esperó comprensión de sus compañeros de secta y de la alta curia de su Iglesia negra de calzón corto. Y al comprobar que estaba más solo que la una y sólo acompañado, interesadamente acompañado, por algunos directivos y jugadores del Real Madrid, se echó a llorar en brazos (es un decir) de José María García. Es la historia de una chulería de discoteca, no de un contubernio centralista. Ahora, que cada cual arrime el ascua a su sardina y que este chico salga del trance más curtido, pero no definitivamente envejecido. Y, sobre todo, que no se entregue al ejército de ocupación norteamericano. Aunque se lo aconseje el Papa de Roma.

LA LOCURA DEL DELANTERO CENTRO

El delantero centro de un club de veteranos fue condenado a seis meses de arresto mayor por un delito de lesiones menos graves. Las menos graves lesiones que provocó el veterano delantero centro al cónsul de Suecia en Benidorm dejaron sin sentido al diplomático, y «poco después», dice la prensa, «falleció a causa de un infarto». Siempre he dicho que hay tres locuras inevitables en los héroes del fútbol: la del portero, la del defensa central y la del delantero centro.

El portero es un imposible hombre araña estéril que se mueve y remueve por si le salen los hilos de la telaraña, pero o nunca salen o son hilos invisibles que los delanteros contrarios no ven ni respetan. El defensa central, si es escoba, va por el terreno de juego con un transparente cornetín del Séptimo de Caballería, y cuando se le escapa una pelota fatídica, su primera intención es ahorcarse colgándose del travesaño. Por suerte, el portero siempre consigue evitarlo, porque es amigo suyo, sus esposas se conocen y los niños van a la misma guardería. Si no es escoba, si es un defensa central que marca por zonas o al hombre, e incluso avanza para rematar córners, entonces se trata de un loco leal y generoso que no tiene un no para nadie, pero ¡ay del adversario que se atreva a agredir a un compañero! Entonces el defensa central se inviste de un impulso justiciero y va a por él hasta que le derriba y le patea la tibia, como marcándole con el anagrama de la tribu.

Y el delantero centro es un loco aparte. Locura de animal que olisquea huecos y se fija en las distancias entre los defensas que le marcan y la nada, entre el portero y las escuadras o las bases de los postes. Es un cazador de agujeros. De agujeros por donde meterse o por donde meter la pelota. Conoce la desesperanza de tardes y tardes en las que todos los agujeros están tapiados y el público le grita: «¡Tarugo!». Ignorante el público de que los agujeros son nada misteriosas que de pronto se aparecen a los delanteros centro más locos, como los ángeles antiguos se aparecían a las vírgenes más campechanas.

SCHUMACHER

Difícil papeleta la de este muchacho con estampa de jefe de húsares y voluntad de guardameta. En su pasado, la mancha de haber tratado de decapitar manualmente a un jugador francés, y en la actualidad, blanco de las

agresiones verbales de los públicos de toda Europa, irritados porque sólo consiguió una decapitación parcial y lo que pudo ser espléndido efecto audiovisual de cabeza descorchada bailando sobre el surtidor de su propia sangre se redujo a cruel pero vulgar fractura de mandíbula.

Schumacher llegó a París con el latente deseo de redimirse como verdugo en la patria de su víctima, y respondió humildemente a insultos y lanzamientos con gestos de ostensible humildad. Vigilaba las bandas del terreno de juego por si aparecía en ellas algún ciego o alguna viejecita con nieto, para ayudarles a cruzar entre el aplauso de los espectadores, conmovidos por su arrepentimiento y rehumanización. Si hubiese sido arropado por el buen fútbol de la selección alemana, Schumacher habría podido ofrecer la generosidad del fuerte, el espectáculo del triunfador encantador que pide perdón por un estado de canibalismo pasajero. Pero el juego en sórdida sordina de la selección alemana convirtió la humilde gesticulación de Schumacher en esa petición de gracia a la que el público siempre responde con el pulgar hacia abajo, y el guardameta ha abandonado Francia dejando atrás el rastro coagulado de un verdugo venido a menos.

Tras el gol español que eliminaba a Alemania, Schumacher se quedó colgado en las redes de su portería como un gorila rubio y lanzó una mirada de perplejidad y rabioso desencanto a las masas del gol norte o sur. No era una mirada tranquilizadora. Este hombre se ha marchado de Francia herido en su amor propio, muerto en su amor ajeno, y mucho me temo que se haya instalado para siempre en su interior el alma del estrangulador de Boston, alma irritada porque los públicos se han burlado de sus deseos de arrepentimiento. «Llamé al cielo y no me oyó», se queja Don Juan, y amenaza con que de cuanto pueda ocurrir a partir de ahora responderá el cielo, no él. Cuidado con Schumacher. Ha salido de Francia más quemado que James Cagney en *Al rojo vivo*.

CHILAVERT

Me enfrento al partido Paraguay-España con el interés añadido de contemplar el comportamiento de Chilavert, un guardameta que prepara los partidos de fútbol como Cassius Clay (o Muhammad Alí, para los amigos) preparaba sus encuentros de boxeo. Alí le comía la moral al adversario prometiéndole convertirle en puré transformable en pienso compuesto para gallinas infelices,

y había que ser o muy tiarrón o muy tonto como para subir al cuadrilátero con los congojos en su sitio y medida. Chilavert preparó el partido contra España cebándose en Casillas, al que prometió meterle dos goles sin salir de su propia portería, según la misma magia empleada por Helenio Herrera cuando prometía ganar los partidos sin que su equipo bajara del autocar.

Pero nada más planteado el encuentro, Chilavert abrazó a Casillas y estuvo tan cariñoso con él que yo diría que le estaba cantando un bolero, y Casillas, que es demasiado joven para que un colega le cante boleros al oído, trataba de salir del meloso acoso con la entereza presumible en un portero español y además del Real Madrid. Pero Chilavert siguió con los boleros y le regaló un gol a España y un penalti, y trataba de cantarle otro bolero a Raúl, más avezado en cantables que Casillas y que lo escuchó con la sonrisa plena, desde la seguridad de que Hierro no fallaría y se iba a producir el tres a uno a favor de la selección española. No sólo estuvo Chilavert cariñosísimo con los jugadores españoles, sino que en sus salidas como portero escoba, es un decir, sólo confirmó su propia peligrosidad, una peligrosidad objetiva, tanto por los kilos excesivos como por las estadísticas, donde se demuestra que Chilavert, cuando sale de su territorio étnico, el área, es más un espectáculo que una amenaza.

Consiguió tirar un saque libre contra la portería de Casillas, no mal lanzado pero sí algo lánguido, abolerado diría yo, y el portero español lo paró con discreta suficiencia; tampoco era cuestión de humillar al adversario. Pocos se explicaban por qué el feroz Chilavert se había convertido en el más importante amigo de la selección española, y hubo quien intuyó una operación de imagen de cara al mercado futbolístico español, especialmente el barcelonés, donde Van Gaal es potencial fichador de todos los porteros globalizados, incluso de los que están en fase de liquidación de fin de temporada, dentro de una enigmática operación de coleccionismo de porteros que forma parte de la más inesperada y por ello inteligente estrategia del equipo Gaspart.

No consigo complicidades con este campeonato del mundo matinal y secuestrado por la televisión privada. Menos mal que miles de coreanos, del Actor's Studio local, todos los días consiguen excelentes mímisis de todos los Manolos del Bombo nacionales.

HAMBURGUESÍA

En un país individualista es lógico que la influencia foránea llegue a través de individualidades. El endecasílabo nos llegó gracias a una carta de Navaggiero a Juan Boscán; el socialismo, merced a un viaje de Lafargue, y el baloncesto, de la mano de un cura escolapio que se llamaba Millán y era tío de unos compañeros míos de colegio.

Igual puede decirse de lo futbolístico: Ladislao Kubala nos enseñó a proteger la pelota con el cuerpo, Alfredo Di Stéfano a rematar de tacón, y Johan Cruyff a saltar a tiempo para que no le pulverizaran el tobillo. Ido y bien ido Diego Armando Maradona, ¿qué nos ha dejado?

Hermes bifronte, con una cara Maradona nos pedía que no nos drogásemos y con la otra que entregáramos la causa de nuestro paladar a la hamburguesa. Hay hamburguesas y hamburguesas. Desde la fórmula excelsa de la hamburguesa trufada, reforzada con una cucharada de bechamel, rebozada y frita en sus aceites precisos, a esa pelculilla proteínica con ketchup que engulle irresponsablemente buena parte de nuestra juventud, media la distancia que hay entre la alfabetización y su contrario.

Está demostrado que esa hamburguesa industrial crea tanta adicción como la heroína y, aunque no es dañina para la salud del *soma*, deja la *psique* afectada. Muchos niños hijos de madre hamburguesadicta nacen con el síndrome del ketchup, y hay que inyectarles tan espesa sangre desde que abren los ojitos a este mundo, que, como decía Aute, no sabe adónde va.

Flaco consuelo el de que Maradona se ha ido con la hamburguesa a otra parte. En la destrucción del sustrato ideológico del Mediterráneo, tan nociva es la penetración cultural a través del paladar como la que va directamente al cerebro, por la visión o el oído. La pequeña burguesía se está convirtiendo en *una pequeña hamburguesía con ketchup*, y Maradona es uno de los intelectuales orgánicos más responsables de este genocidio cultural. Preferible el exquisito neonato que te pega una paliza sobre el milagro de los panes y los peces del Rioja del setenta a la víctima de Maradona que chupa esa raquílica teta de picadillo llamada «hamburguesa».

II

Fenomenologías

ENTRÓ, ENTRÓ

La pelota entró, sin duda. Pero fue todo tan rápido que incluso los jugadores españoles más próximos a la línea de gol tardaron en reaccionar y dividieron el gesto entre los que miraban hacia el este o el oeste de los jueces de línea y los que se fueron directamente a por el norte, donde estaba el árbitro. El sur, como siempre, era el horizonte del gol.

Tardaron los jugadores españoles en autoconvencerse de que había sido gol, y entonces rodearon al árbitro tratando de comunicarle su evidencia. Primer problema de lenguaje instrumental: el árbitro era de Oceanía, y en Oceanía se habla fundamentalmente inglés. Desconozco qué jugadores españoles hablan inglés, pero alguno habrá, al menos, lo suficientemente dotado para decir «Árbitro, ser gol...» o una reductiva, pero exacta, combinación de la universal palabra «gol» y la punta del dedo señalando la portería brasileira.

Los telespectadores españoles se dieron cuenta de que el árbitro no hacía demasiado caso a las propuestas hispanas de reapertura del expediente. En la duda, el árbitro de Oceanía se inclinaba por la selección con más prestigio, de la misma manera que los árbitros españoles, cuando dudan, siempre se decantan por el equipo con más fundamentos. Entre una selección tricampeona mundial y otra que sólo tiene en su haber goles con nombre de taberna (el gol de Zarra o el de Marcelino), hay que reconocer que la elección era sencilla.

Pero tal vez, tal vez fuera un grave problema de ignorancia y el árbitro menospreciara a nuestra selección por la nacionalidad, no muy puesto al día de los cambios que ha experimentado España en los últimos años. Igual el árbitro ese no sabe que ya estamos en el Mercado Común y en la OTAN. Igual no sabe que las lechugas españolas son las únicas que han resistido la

ola radiactiva de Chernobil. Por si acaso, sería menester que en adelante, ante conflictos similares, cuando los jugadores españoles busquen el diálogo reparador, esgriman argumentos más contundentes. Por ejemplo: «Árbitro, cuando lo sepa Reagan, te vas a enterar...». Hay que probarlo, antes de entregarnos al pesimismo histórico que tanto daño nos ha hecho.

LA REPARACIÓN

Si no hubiese existido el precedente del nefasto arbitraje padecido por la selección soviética en los campeonatos mundiales de España de 1982, hubiera dicho que el atentado futbolístico perpetrado por el árbitro español señor Sánchez Arminio contra el equipo soviético en los actuales campeonatos mundiales era una consecuencia de ese espíritu de cruzada antisoviética que puede propagarse entre nosotros como consecuencia de la desintegración de España en la OTAN.

Pero ya en 1982, bajo el reinado civil de Calvo Sotelo, otro árbitro español se sintió posdata o postrimería de la División Azul y expulsó a los soviéticos del mundial de España, sin duda para que las virtudes de su fútbol no fueran transmisoras de gérmenes ideológicos. Los soviéticos asumieron aquel robo deportivo sin pestañear, y lo mismo han hecho ahora, cuando Sánchez Arminio, víctima de una insolación de occidentalismo o de un lapsus parkinsoniano de antebrazo, marcó dos goles en la puerta bolchevique con la colaboración desconcertada y casi involuntaria de dos jugadores belgas. Puro pretexto. Yo creo que si los belgas no hubieran hecho el ademán de chutar, los goles hubieran existido igual. Hubieran sido goles de pensamiento, palabra u omisión.

Urge una reparación. Por mucha prudencia histórica que tengan los soviéticos, dos eliminaciones en campeonatos del mundo a manos de árbitros españoles son demasiadas eliminaciones. Lamo Castillo con el pito y Sánchez Arminio con la bandera han contrarrestado negativamente la excelente impresión que Felipe González y su séquito causaron en Moscú. Esfuérzate reforzando Alianzas Atlánticas que justifiquen pactos de Varsovia o intercambiando tabarras tecnológicas con Gorbachov para que luego te vengan dos criaturas de Plaza y te hundan cuatro años de refinada política internacional. ¿Quién va a gestionar esa eliminación redundante? ¿Se aplacarán los bolcheviques si les mandamos a los dos árbitros para que los

conserven bien frescos en Siberia durante una temporada? Es una sugerencia que dejo sobre la mesa por si al merecer la consideración de V. E. alcanzara rango de norma de obligado cumplimiento.

LA PATRIA NO ES LO QUE ERA

No sólo me temo que ya quedan muy pocos españoles dispuestos a jugarse la vida por la recuperación del peñón de Gibraltar, sino que también escasean los interesados en la selección nacional de fútbol. Y es que empezamos a estar de fútbol hasta mucho más arriba de las ingles, incluso del galillo y, por otra parte, en un país tan nacionalista en el pasado como éste y con tantos nacionalismos pendientes, el sentimiento patriótico se está descolgando de los emblemas y tal vez algún día se instale en el territorio de las personas solidarizadas, la única patria que vale la pena. No es factor menor del desinterés el que la bandera española ya ondea en los estadios de la España autoidentificada cada vez que el equipo local se enfrenta al Barcelona o al Athletic de Bilbao, equipos de fútbol sospechosos de no representar las esencias del español. Es decir, el sentimiento residual patriótico-futbolístico-españolista ya se desborda en el Bernabéu o en el estadio del Pisuerga o en el estadio Calderón, y quedaron lejos aquellos tiempos en que los sevillanos armaban la juerga nacional-futbolística para salir en televisión como la afición más patriótica del mundo.

Saturación de partidos, patriotismos desorientados o reorientados, ante la impresión generalizada de que al equipo nacional van a parar las sobras del *star-system* del mercado futbolístico español, ¿quién puede sorprenderse de que el partido España-Yugoslavia despierte un entusiasmo perfectamente descriptible? En vano Clemente ha recalcado que es más importante este partido que el Barça-Real Madrid, porque es evidente que para los anunciantes y todo el inmenso negocio en que se ha convertido el fútbol el España-Yugoslavia es dinero de bolsillo y el Real Madrid-Barcelona fue casi un presupuesto general de algunos estados. Además, un Yugoslavia-España equivale a un partido entre la selección hispano-yugoslava (Mijatovic, Pantic, etcétera) contra la del Estado de las autonomías hispánicas y no las de Merimée. Por otra parte, el señor Clemente se ha vuelto patriota desde que es seleccionador nacional, porque cuando era entrenador del Espanyol regateaba con Soler y Valverde cada vez que se los pedía el seleccionador de turno.

En fin, que es necesario un ejercicio de sincerización y llegar a la conclusión de que las selecciones nacionales sólo interesan a naciones-mercados de exportación de jugadores de fútbol, porque el equipo patrio se convierte en un catálogo de novedades. En cambio, en un país como España, que sólo exporta futbolistas a México, la selección nacional no sirve ni como muestrario de jugadores exportables. Si España se clasifica, algo cambiará el tono colectivo, no mucho porque es sabido que la selección española ha sido creada por Dios para llegar a los cuartos de final de las competiciones donde se presente. No está mal. Pero eso ya no es épica ni es nada. Eso es la expresión del justo término medio entre los países creados para ganar la copa del mundo y los creados para aplaudirles.

¡VIVA EL FÚTBOL SALA!

Un comentario radiofónico propone que olvidemos la derrota futbolística ante Inglaterra y retengamos, en cambio, la victoria de fútbol sala contra Ucrania: la España de fútbol de salón, que ya era campeona mundial, ahora además lo es de Europa. Las críticas contra Camacho reúnen dos características: recuerdan los tiempos buenos sin llegar a pedir la dimisión, pero dejan la duda de si esta selección en sus manos va a hacer algo importante. Guardiola y Camacho ya han avisado, desde siempre, que la selección española apenas si ha ganado algo notable: una Copa de Europa jugada en Madrid y consagrada por Matías Prats padre a los veinticinco años de paz, es decir, veinticinco años de posguerra; finalista en otro campeonato de Europa; campeona de los Juegos Olímpicos de Barcelona y finalista de los de Sidney. Habida cuenta de los éxitos internacionales de los clubes resulta difícil explicar el no éxito de la selección nativa, a no ser que consideremos el dato de que los clubes cuentan o han contado con Figo, Rivaldo, Piojo López, Djalminha, José Carlos entre un centenar de notabilísimos jugadores extranjeros que no pueden alinearse en la selección nacional.

Pero perder por tres a uno contra una selección de nueva planta, bisoña en cierto sentido, representante de un país que no sólo se ha quedado con Gibraltar, sino que además nos lo pone perdido de submarinos nucleares, ha molestado sobremanera al personal, y se apunta a una crisis de conciencia nacional que no creo que sea contrarrestada por lo bien que jugamos al fútbol sala. Los deportes que cuentan son otros, y tanto deportistas como público

tienen que hacer frente a una evidencia que no tiene por qué ser deprimente. Se hace lo que se puede, y se ha de admitir que los cambios de seleccionador nacional no cambian cualitativamente la situación.

Inútil que se atribuya a la ley Bosman la responsabilidad de la desnacionalización del fútbol español, porque años atrás, en tiempos proteccionistas, no se dejaba fichar a extranjeros y la selección seguía sin tocar el cielo, con la añadida falsa conciencia de fichar *oriundos* latinoamericanos que estaban más cerca de Tupac Amaru que de cualquier abuelito o bisabuela hispanos y algunos de esos oriundos sospechosos llegaron incluso a jugar representando a España y... casi nada. Nunca hubo un tiempo pasado mejor, sino excepciones que confirmaron la regla de la escasa potencialidad de la selección nacional, que no es lo mismo que negar la calidad de los jugadores seleccionados. Pensemos que en un mismo momento han formado parte de la selección Kubala, Di Stéfano, Suárez y Gento, y no nos hemos comido un rosco. Recordemos que ayer estaban en el campo Guardiola, Iván Helguera, Raúl, Luis Enrique, Abelardo y otros que desearían en estos momentos buena parte de los clubes europeos, pero reunidos en la selección nacional juegan como si no se merecieran la Historia que les ha tocado o como si la Historia no les mereciera a ellos. No sé si atribuir la sensación de impotencia ante los ingleses a la melancolía porque el submarino nuclear averiado sigue en Gibraltar y, a pesar de lo que se quieren Blair y Aznar, no hay manera de sacárselo de encima. Tal vez de la intuición de que hay pueblos que nacen para hacer historia y submarinos nucleares y otros para padecer a la una y a los otros se deriva ese *malheur* que nubla los horizontes mentales de nuestros jugadores.

Presencié el partido, y hasta el primer gol inglés yo tenía una fundada confianza en ganar, aunque más por las insuficiencias británicas que por nuestras virtudes, porque tampoco en esta primera parte los delanteros españoles dispusieron de suficientes balones como para justificar que habían saltado al campo de juego para marcar goles. Los defensas ingleses, algo inseguros, sin embargo crearon una barrera antimisiles a lo George Bush Jr., y no había manera de decir esta bota es mía. Pero tras el primer gol, una segunda parte horrenda contagiaba de pesimismo histórico a uno de los comentaristas, Michel, y a mí. El tono de voz de Michel, que en la primera parte había sido como el de un profeta épico y victorioso, fue adoptando un tono de sentido pésame y al final el pobre, que es un excelente analista del juego, se iba arrastrando por los suelos de la galaxia pensando,

probablemente, que él no habría enviado aquellas naves para luchar contra aquellos elementos.

La mejor jugada de ataque española la hizo Etxeberria al final: pasó una pelota de gol a Víctor, a puerta vacía. Pero Víctor la envió a Escocia. Es un decir. Lo siento mucho, porque, además, a mí el fútbol sala me importa una higa.

ORIAMENDI

Que no quiero verla, que no quiero ver la sangre de España sobre la arena el próximo miércoles y me voy al cabo Nort para orientarme un poco. Si pierde o empata contra Bulgaria, la selección española de fútbol alcanzará una de sus peores clasificaciones en los campeonatos del mundo en que ha participado, precisamente cuando España va tan bien, y el gafe Aznar, imprudentemente, visitó a los jugadores españoles y les impuso sobre las espaldas el *Excalibur* de la mayoría natural. Si se produjese nuestra eliminación precisamente en 1998, me temo que una melancolía noventayochista descendería sobre nuestras cabezas y los Van Gaal, Sacchi y compañía aprovecharían para liquidar a jugadores españoles a precio de saldo. Ante Bulgaria nos jugamos el tono del próximo siglo, y no olvidemos que la crisis de 1898 coincidió con el renacimiento de los nacionalismos ante la insolvencia del Estado postimperial, y que ahora coincidiría el 98 de nuestra selección estatal con la insurgencia de las selecciones de Euskadi y Cataluña.

Animo a los jugadores españoles para que ante Bulgaria piensen que son algo más que un equipo de fútbol: son la representación simbólica de la escasa cuota épica que nos queda dentro de la globalización. Diluidas nuestras hazañas bélicas en encomiables tareas asistenciales de la aldea global o en prestar infraestructura para que los norteamericanos bombardeen Irak o Libia, sólo nos quedan fútbol y tenis para ser cabezas de serie de algo épico. Y si marcara Stoichkov y exhibiera la bandera independentista catalana, ¿daríamos la razón a Nietzsche cuándo dijo que hay pueblos que nacen para exportar jugadores y otros que nacen para importarlos? ¿Sabes qué me planteo? Cueste lo que cueste, se ha de conseguir. Que vuelvan el rey de España y las Cortes a Madrid.

DOMINGO 16

Hay serias dudas sobre si el jugador más guapo de estos campeonatos es un jovencísimo jugador coreano o el famoso extremo inglés casado con una Spice Girl, y los cronistas españoles se esfuerzan por colocar a Raúl en la tríada Capitolina de la belleza futbolística globalizada. Observo un cierto renacimiento del tono épico imperial en las retransmisiones de los partidos de España, como si retornara parte del espíritu de aquellos tiempos en que Matías Prats padre marcaba goles a Inglaterra con la relativa ayuda de Zarra y la victoria en la Copa de Europa de 1964 se consagraba en el altar de los veinticinco años de paz franquista. No tengo un sonido claro de esta operación retorno, pero sí ciertos ruidos, como si el espíritu patriótico hubiera vuelto entre nosotros como reflejo de mayorías naturales, o absolutas, que es casi lo mismo.

Por lo demás, hay un cierto desacuerdo entre los corresponsales radiofónicos, televisivos y escribientes sobre si la selección española juega bien o no tan bien. Pasamos a veces del entusiasmo premonitorio de grandes victorias a la desencantada descripción de una selección que levita durante una buena parte del partido y regresa al campo de fútbol a tiempo de ganar a Paraguay, Eslovenia o Sudáfrica, dentro del lote más benévolo de todas las primeras eliminatorias. Claro que hubiera sido mucho más fácil liquidar al Tasmania F. C. o a los Veteranos de los Maristas Descalzos, pero el verdadero partido eliminatorio será el domingo 16 de junio frente a una Irlanda al parecer definitivamente superadora de La Taberna del Irlandés y poseedora de un fútbol creativo. Lo que la selección española ha demostrado hasta ahora es que tiene jugadores inspirados y una apreciable capacidad de marcar algún gol más que sus adversarios, pero está por ver si se supera la maldición internacional que pesa sobre todo lo nuestro desde el desastre de 1898.

Se ha ridiculizado el recurso a la magia negra utilizado por algunas selecciones africanas y afroamericanas, y no entiendo por qué España no recurre a magias blancas, como los famosos ajos gallegos que se dice que emplea el Deportivo de La Coruña. Corea y Japón están tan lejos y las retransmisiones de partidos importantes tan secuestradas que estos campeonatos son y no son y admiten cualquier estrategia gaseosa o subterránea. En la expedición oficial española no hay otros brujos que los médicos y los cocineros, y falta ese gran chamán capaz de reducir a la escuadra irlandesa al tamaño de la selección nacional de Lilliput. El lunes lo

tendremos todo más claro. Acertó Gil de Biedma al suponer que quizá, quizá tengan razón los días laborables.

ELOGIO DESMESURADO DE LAS SELECCIONES DE FÚTBOL

Comprendo la adrenalina patriótica que está liberando la demanda de una selección catalana de fútbol. Pero prevengo sobre los resultados perniciosos de esta demanda, habida cuenta de que sólo contamos con Guardiola y Óscar como incondicionales de este imaginario. El futuro futbolístico de Guardiola es una incógnita y Óscar es un centrocampista con llegada, formidable chutador a cuarenta metros, desaprovechado por todos los entrenadores que llegan al Barça sin saber adónde llegan y sin conocer las características de los jugadores con que cuentan. En cualquier caso, la posible selección catalana de fútbol no me gusta como proyecto, y trataré de explicarme para no ser expulsado a las tinieblas exteriores.

El futuro del fútbol no está para épicas nacionalistas. Ni siquiera el enfrentamiento entre el Real Madrid y el Barcelona resiste un análisis épico. Épicamente hablando, ese choque se ha convertido en una bazofia. Cuando ahora se juega el partido Real Madrid-Barcelona F. C., no se celebra entre los contenidos habituales de los estuches Madrid-Barcelona, sino entre la selección holandesa reforzada con Rivaldo y Figo y el Harlem Globe Trotters españolizado por Hierro y Raúl. Confieso mi dificultad para recuperar siquiera el sentido de la ironía con que escribía en el pasado sobre la guerra civil entre el Real Madrid y el Barcelona. Mi inapetencia épica es irreversible. He descubierto que esto del fútbol es mentira.

A comienzos de año estaba yo en el extranjero viendo el partido Barcelona-Valencia en casa de un empresario español y excelente anfitrión. Uno de los invitados presencié neutralmente la primera fase del partido: 45 minutos y el Barcelona ganaba 3 a 0. Llegó la segunda parte y el Valencia fue remontando poco a poco, y cuando consiguió dar la vuelta al partido en un 3-4; ante el pasmo de todos los presentes y la incomodidad del anfitrión, el hasta entonces pasivo contertulio se levantó rígido, con la mirada perdida, la respiración entrecortada y gritó «¡Viva España!», como sólo podría hacerlo un sargento legionario de la España interior, pero muy interior. Es decir: que un Valencia repleto de argentinos, italianos y brasileños venciera a un Barcelona copado por holandeses, brasileños, portugueses y Sergi y Luis

Enrique motivaba una afirmación de españolidad. Bastaba vencer al Barcelona para ratificar lo español.

Si nos ponemos en este plan, pueden ustedes seguir intercambiándose satisfacciones e insatisfacciones épicas, pero no cuenten conmigo. Este Barcelona es un equipo de marketing formado a partir de la relación calidad-precio del jugador holandés, y Van Gaal se ha tenido que hacer independentista catalán para compensar. Este Madrid es un equipo tan español como cualquier equipo japonés dirigido por Azkargorta o Rexach. Si clubes de fútbol como el Barcelona o el Real Madrid, diseñados progresivamente a imagen y semejanza de la sociedad catalana y madrileña, se convierten en pura robótica mercenaria, que nadie se extrañe si la Telefónica o la empresa que produce Aromas de Montserrat, es un decir, forman directamente sus escuadras y crean una superliga prescindiendo de una vez de aquella viscosa sentimentalidad que nos hizo amar a nuestro equipo como si fuera una patria.

En esta situación, abogar por una selección catalana de fútbol es un error patriótico, porque ya Buckingham, aquel entrenador inglés del Barça educado en la London School of Economics, nos dijo que en Cataluña no quedaban solares libres donde aprendieran a jugar los canteranos. Sería más inteligente pedir que desaparecieran todas las selecciones nacionales de fútbol, incluidas la española, la croata y la brasileña, porque a los extremeños, andaluces, castellano-manchegos, brasileños y croatas aún les quedan muchos solares libres y, como dijo Nietzsche, hay pueblos que nacen para producir futbolistas y otros que nacen para comprarlos.

NADA SERÁ IGUAL DESPUÉS DE PARÍS

Presentes los desnudos y los muertos de este número de *Interviú* en el mercado español, se pondrá en marcha un Campeonato del Mundo de Fútbol en el que los españoles tienen depositadas sus mejores esperanzas. Una selección nacional ideada durante la era clementina para llegar a los cuartos de final de cualquier competición universal se apresta a la hora de la verdad, habida cuenta de que por edad los jugadores más determinantes disputan su última competición internacional de relieve. No faltan jóvenes valores, pero en fase de ajuste y a la espera de que la selección siga en manos de Clemente o pase a peores o mejores manos. Ya nadie le discute sus preferencias al

seleccionador, sobre todo porque ha demostrado ser más tozudo que sus críticos y también porque ha contado con el respaldo ciego del presidente de la Federación Española de Fútbol.

Por primera vez desde que representaba al Estado franquista en pleno aislamiento internacional (campeonatos del mundo de 1950, por ejemplo), la selección de fútbol española es algo más que una selección de fútbol. A la vista de la extranjería adquirida por casi la totalidad de nuestros equipos de fútbol, con la excepción del Athletic de Bilbao, la selección nacional adquiere un valor añadido y la responsabilidad de demostrar la competitividad de los jugadores autóctonos, para que no se verifique la premonición de que hay países que nacen para producir jugadores de fútbol y otros que nacen para comprarlos, paráfrasis de la sospecha nietzscheana de que hay países que nacen para hacer la Historia y otros que nacen para sufrirla. Acentúa esta circunstancia el caso Amor y en general todos los casos que ha creado y va a crear el Barcelona despachando a lo que queda de aquella jaleada cantera proveniente del Barcelona B, como si sobre ella pesara la maldición de haber sido gestada en la etapa Cruyff.

Problema también complicado para el Real Madrid, relanzado como bandera de España casi siempre con el águila imperial todavía, y en cambio formado por una legión extranjera tan copiosa como la del Barcelona. Es lógico que los públicos estén a la que salta y que hayan perdido la paciencia patriótica. Sólo quieren victorias que justifiquen la inversión en mercenarios.

Si la selección española fracasa en París, se cerrarán las bocas de los que piden que se apliquen criterios proteccionistas sobre los jugadores autóctonos. Confieso que me empieza a importar un pepino la extranjería que se ha apoderado de nuestros clubes y que me siento progresivamente liberado del compromiso emocional-mitológico que en algún momento de mi infancia adquirí con *mi equipo* de fútbol. Pero desde la perspectiva de mirón social me interesa la conducta de los directivos, los entrenadores y las vanguardias más activas de la feligresía futbolística. Al día siguiente de este mundial van a tener que reaccionar ante el papel desempeñado por España. Si es bueno, vamos a asistir a un rearme patriótico a la altura del ejercido por Agustina de Aragón y el líder de los Ultrasur juntos. Si es malo, pesimistas de índole opuesta reclamarán el abandono patético o el retorno a la caverna del prohibicionismo importador en el mercado del fútbol. Y todo eso bajo la batuta del estamento dirigente más impresentable que haya conocido actividad humana alguna. Nada será igual después de París.

LA COPA

Muchas veces lo pienso: Manolo, cuando te mueras no sabrás cómo ha acabado la Liga, ni si el Barça sigue siendo más que un club, ni si... En fin, no quiero ni pensarlo. Y es que, desde la infancia, parte importante de mi calendario ha sido prefijada por las competiciones futbolísticas nacionales y el papel que en ellas hacía mi equipo favorito. Ya sé que lo peor que le puede ocurrir a un intelectual es que se sepa de qué parte del cerebro cojea, así en el fútbol como en la política. Qué le vamos a hacer. Mi suerte está echada desde ya demasiado tiempo.

Últimamente, mi desorientación vital se acentúa en cuanto acaba la Liga. Me quedo como un pelotari sin manos que ve venir las pelotas y no sabe ni de dónde vienen ni adónde van. La llamada «Copa de la Liga» ha conseguido crear un lío futbolístico nacional de tal ralea que la Copa del Rey se ha convertido en un torneo preveraniego entre equipos superadores de su propio cansancio o hastío. Con Franco era otra cosa. Si se hubiese llamado «Copa del Generalísimo», no se habrían atrevido a convertirla en esta guadianesca competición que es hoy, difícil de memorizar, incapaz de generar el más mínimo espíritu épico ni lírico.

Me temo que estamos asistiendo a una sutil conspiración antimonárquica y, por tanto, antidemocrática. Devaluar la Copa del Rey es como devaluar la monarquía, porque en el momento en que Su Majestad entregue *su copa*, se tratará de un trofeo tardío, poco esperado, algo así como un premio de consolación a la virtud de la constancia más que al arte del balompié. Se decía que la Copa, fuera del *ancient régime* o de éste, era el torneo del KO. Un torneo goleador, de juego abierto, una especie de ruleta rusa deportiva en la que los equipos se lo jugaban todo cada quince días a dos disparos, el uno con bala. Pero ahora es una competición a plazos que los clubes pagan de mala gana, en precaria y apagada forma los jugadores y poco reverente el público. ¿Quién ha urdido esta chapuza? ¿Se tratará de la tan traída y llevada trama civil del golpe? Las masas empiezan perdiendo la fe en la Copa del Rey y acaban perdiéndola en la Constitución.

LA COPA (II)

El señor Romà Cuyàs dialoga con el representante de los futbolistas, el señor Iriarte, y anuncia malos tiempos para el fútbol si los clubes no abonan las primas y sueldos atrasados. En cuanto se acaba la Liga, y tras la devaluación de la Copa del Rey, el país entero cae en un período de lentos biorritmos épicos y se espera la llegada de agosto con sus torneos veraniegos, golondrinas errantes y a veces cargadas de garrapatas que anuncian el renacer de la Liga. No es que la Liga apasione a las masas tanto como en los tiempos anteriores al Seiscientos, pero es un paisaje tragicómico de fondo sobre el que se suavizan los rasgos de las tragedias sociales. No es lo mismo un diario con asesinato de ETA en portada si lleva un Barcelona-Real Madrid en sus entrañas que ese mismo diario sin otra oferta deportiva que la duda sobre si Abascal y González van a coincidir en los próximos campeonatos de España. Con todos mis respetos para las víctimas de ETA y, por extensión, para Abascal y González, no es lo mismo.

El país ha podido sobrevivir a pesar de que la pasión futbolística de las masas ha bajado después de un año azaroso en el que ni siquiera sabías si iba a ser posible puntuar las semanas con el 1, la X o el 2. Pero todo descenso en el interés por la vida normalizada tiene un límite, y mucho me temo que si hay más conflictos futbolísticos el gobierno deberá recurrir a un plan especial imaginativo para que las masas no se desesperen y canalicen sus apetitos y sus adrenalinas por las Babias más cotidianas. No ha estado mal lo del *Azor*, o lo de la señora marquesa y el economista. Pero son temas que aún pueden durar quince, veinte o treinta días, y si luego no llega la Liga, con sus gritos, susurros y patadas, habrá que inventar nuevos señuelos para esa inmensa capacidad de bobaliconería provinciana que se acentúa en el ser humano a medida que se precisan los límites de nuestra aldea galáctica. No sé. Pero si no hay Liga, que nadie se excite si Felipe González es sorprendido batiendo el récord mundial de pesca de atún sin escafandra o si el bailarín Antonio pide la mano de Nancy en el caso, no deseable, de impecable viudedad.

GODOS, SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS

Los personajes del poema de Cavafis están esperando la invasión de los bárbaros y no llega. Desencantados, deducen que ya no hay bárbaros, y el poeta se pregunta aterido por el presentimiento:

*¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran la solución después de todo.*

No ha sido necesario esperar a los bárbaros. Estaban aquí, entre nosotros, y lo hemos podido comprobar en París, cuando el presidente Mitterrand condecoró en secreto al responsable político del atentado que costó la vida a dos miembros de Greenpeace, o en España, donde los responsables han recurrido a toda clase de omisiones para no asumir la responsabilidad por el terrorismo opuesto al terrorismo de ETA. Y se origina en los intereses salvajes de las primeras potencias del Norte la violencia contemplada en Bosnia o en Chechenia o en esas guerras de Ruanda instigadas desde Europa y provocadas por mercenarios europeos, sicarios que desencadenaron el genocidio ruandés destruyendo el ecosistema político. Europa había olvidado su barbarie interior cuarenta y cinco años después de haberla vivido intensamente mediante la experiencia nazi y se creía en condiciones de moralizar como una vieja dama digna cuando aparecían rebrotes de violencia «marginal» en los territorios acotados para la violencia: los campos de fútbol y los guetos sociales, que a veces también lo son raciales, pero fundamentalmente sociales, sociales y sociales.

El norteamericano ubicado en Inglaterra Bill Buford publicó sus experiencias como *hooligan* mezclado con los fanáticos de verdad, y entre los vándalos ilustró no sólo sobre los componentes sociales e ideológicos de los fanáticos del fútbol, sino también sobre la facilidad con que ese fanatismo contamina al que se creó por encima de esas pulsiones. Buford acabó contemplando con una mueca sonriente de fascinación y casi comprensión cómo unos *hooligans* apalizaban niños, ancianos y mujeres más o menos vinculados a una «etnia futbolística» que no era la suya. Entre el terrible informe de Buford y las películas de Loach disponemos de información suficiente sobre las consecuencias aniquiladoras del thatcherismo, es decir, del darwinismo de derechas, sobre las capas populares británicas. Thatcherismo lo hay en todo el Norte fértil, con las lógicas consecuencias de desidentificación social de los perdedores de la lucha de clases.

Pero no sólo es eso. La violencia larvada, esa barbarie reprimida, afecta a extensos sectores sociales que se han quedado a las puertas de la clase más instalada y, por lo tanto, la plenamente identificada. De hecho, los seguidores fanatizados de un equipo de fútbol, de una etnia o de una religión expresan su miedo a perder o a no tener identidad en un universo en el que los referentes identificadores están hechos a la medida de una ciudadanía universal emergente. El resto de la ciudadanía se contempla en los espejos trucados por

los instalados, no se encuentra, y, una de dos, o rompe el espejo referencial absoluto o rompe los más inmediatos. Cabe la militancia pasiva del telespectador que asume el espejo trucado donde le ofrecen las imágenes de un orden económico, político y cultural que no soluciona los problemas de su mismidad, o la militancia activa y agresiva en un club de fútbol o una causa natural sagrada por la que estar dispuesto a morir y, por lo tanto, a matar.

El ritual del implicado futbolístico traduce la tipología del implicado político tal como la codificó Duverger: votante, simpatizante, militante. Incluso en tiempos de hipócrita descrédito de las vanguardias, el implicado futbolístico dispone de una vanguardia más agresiva, que es la que parte la cara al enemigo y a la que le parten la cara, con el apoyo indirecto, y a ser posible secreto, de los godos de la junta directiva. Pero no sólo los godos están detrás de los vándalos de la vanguardia, sino que también los suevos y los alanos, votantes o simpatizantes de la entidad, subliman sus propias frustraciones de bípedos reproductores cada vez más desorientados mediante esa fuerza de choque que han enviado contra la otredad. La implicación bárbara va extendiéndose por el tejido social como una mancha de aceite y, aunque instrumentalice los estadios o los pequeños estados-nación como territorios de la periferia del sistema donde «representar la violencia», no puede escapar a la advertencia de Thomas de Quincey: «Los que contemplan el crimen están implicados en él». Sobre todo si se les escapa, aunque sea muy levemente, una sonrisa.

MOCIÓN

Cincuenta millones de pesetas por cuarenta seres humanos es muy poco dinero, señora Thatcher, aunque sean italianos, es decir, gente del sur, aun en la evidencia de que todo sur es siempre el norte de sures profundos. Pero no, no hay que dar gracias a Dios por no ser británico. Lo que hay que hacer es pedirle explicaciones por obligarnos a pertenecer a una especie gratuita y estúpidamente cruel que cuando no tiene bastante con la estupidez congénita se la aumenta con toda clase de tacones postizos.

Y cumplido el desahogo lírico, paso a la propuesta de que se condene a cadena perpetua a todo el comité rector de la UEFA, esa pandilla de miserables que obligó a jugar un partido de fútbol sobre un césped artificial de vísceras y últimos suspiros humanos. E igualmente propongo que se le

conceda el Nobel de poesía concreta a ese árbitro convertido en Dios castigador de la afición más necia de este mundo mediante el penalti más inexistente de la historia del penalti. Ese penalti fue un acto testimonial anterior al decreto-ley de la muerte del hombre y merece pasar a cualquier museo de la dignidad. Igualmente propongo que se someta a Platini a un proceso de desalienación, a la vista de que es incapaz de distanciar el sentido testimonial de los penaltis, cuando lo tienen, y se los toma como derecho y deber profesional y aún le quedan tontas fuerzas para dar la vuelta al ruedo en petición de una supuesta oreja, cuyo origen no quiero ni considerar.

Menos el árbitro, todo lo demás acongojante. Desde aquella noche tengo miedo, es decir, más miedo, y ya no se trata de un miedo concreto, sino de un miedo abstracto y a la vez viscoso que descansa en la duda radical del sentido de la convivencia y en la sospecha de si el hombre verdaderamente será siempre un guardián de Auschwitz para el hombre. Sí, ya sé que en el polo opuesto están la madre Teresa de Calcuta, Jesucristo Superstar y el padre Damián. Pero para llegar hasta ellos hay que pasar por un frenopático lleno de directivos de la UEFA, de policías belgas, de futbolistas ciegos ante lo que no querían ver y de millones de espectadores neutrales que lamentaron el tradicionalmente escaso espíritu bélico de los italianos.

CUENTA ATRÁS

En todo fin hay un principio. Una vez terminadas las elecciones municipales y parte de las autonómicas, empieza la cuenta atrás de las generales. Hace más o menos un año estábamos sacando punta a las elecciones europeas y andaluzas, y ahora los sacerdotes escrutan sus cerebros de calcular y diseñan la nueva tensión electoral. Las sociedades modernas tienen tantos factores de integración como de desintegración, pero la cultura del espectáculo nos ayuda a sentirnos partícipes del sistema. Todo está calculado: cuando termina la Liga de fútbol empieza el Tour de Francia, y casi a continuación llegan los torneos de verano y ya está otra vez aquí la Liga. Cuando terminan los escándalos, empiezan las elecciones en un fin de fiesta continuo: escándalos, autonómicas, escándalos, municipales, escándalos, generales, escándalos, europeas y ese regalo colectivo catártico que son las elecciones generales anticipadas.

No tenemos tiempo ni de replantear ni de prever nada. Hemos de acuñar moneda táctica cada tres meses y consumir sabiduría convencional y lenguaje adecuado sin poder apoderarnos de nuestros problemas ni a través del saber ni del lenguaje. Hay que opinar a tumba abierta y hoy más que ayer pero menos que mañana, sin atender la sana percepción de Paul Valéry: «La verdad de las cosas reside en sus matices». Sólo las derrotas consiguen trabar la rueda de la rutina, y a veces incluso rompen el espejo que devuelve las imágenes propicias y trucadas. Pero ni siquiera las derrotas liberan de la máscara, porque se autodestruyen rápidamente, y no es rentable instalarse en ellas. En la dinámica de la verdad política legitimada por el mercado, el producto perdedor debe limitarse a esperar el desgaste del producto hoy ganador. La derrota ni crea ni transforma, simplemente se recicla. Como todo desperdicio.

CATÁSTROFES

Apenas cuarenta y ocho horas después del comienzo de la Liga de fútbol, psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas y lacanianos se frotan las manos porque las encuestas les pronostican una abundante clientela. Docenas de directivos de clubes de fútbol van a vivir el peor año de sus vidas, en perpetua tensión entre lo que se han gastado en fichajes y los resultados deportivos. También es factor de profundo trastorno psicometafísico que, siendo las directivas y los estadios refugio habitual del patriotismo, y no sólo del español, la apuesta por la Legión Extranjera futbolística pudiera ser el principio de la formación de una conciencia apátrida.

Imaginémonos que una plantilla como la del Real Madrid no consigue la Liga ni la Copa. Consideremos que el Barcelona sólo obtiene la clasificación para la UEFA por los pelos. ¿Qué puede suceder si el Betis, después de los fichajes realizados, se clasifica por detrás del Sevilla? Hasta ahora, los ex yugoslavos (es un decir) eran la medida de todas las cosas, pero esta temporada se ha fichado de Romario para arriba y las expectativas no pueden ser totalmente compensadas, porque no está escrito que Dios pueda hacer ganar la Liga a la vez al Madrid, al Barcelona, al Valencia, al Betis y al Deportivo de La Coruña, por citar a los más inversionistas.

De las previsibles frustraciones pueden derivarse desórdenes públicos, así como un peligroso pesimismo colectivo si tenemos en cuenta que estamos a un paso del 98 y que las efemérides arrastran la sombra de las depresiones

pasadas. Urge prefabricar entusiasmos compensadores de ilusiones perdidas o ampliar el número de policías públicos o privados, porque no creo que con los psiquiatras baste.

LA LIGA DE LOS TRAFICANTES

Entre los diversos síntomas que evidencian el reflujo de la inteligencia en este final de siglo, véase el turbio asunto de la pasión futbolística. A pesar del magnetismo que sigue ejerciendo la cámara oval de la Casa Blanca, capaz de inundar el mundo de vestidos incorruptos y de bombardeos insepultos, el inicio de las ligas de fútbol consigue recuperar la atención general y los analistas buscan definir su sentido. Se produjo la Liga de las Estrellas como consecuencia de la definitiva Liberación del mercado (estrellas estrelladas porque vimos un fútbol horroroso), después la Liga de la Extranjería empeoró todavía el nivel de juego, y ahora vamos a comenzar una nueva Liga que podríamos denominar «Liga de los Traficantes», porque el círculo de sujetos futbolísticos se ha cerrado con el eslabón de los traficantes, en estrecha colaboración con los directivos, y habría que estudiar muy de cerca las comisiones que van y vienen, el yo te doy una cosa a ti, tú me das una cosa a mí a lo Carrusel Napolitano. Después del traficante y del directivo, aparece el entrenador, que ya no es lo que era, porque asistimos a la conformación de un intelectual orgánico de piñón fijo que se lleva los esquemas de un club a otro y exige la reproducción clónica de los jugadores que en el pasado dieron éxito a su sistema. Inmediatamente después del entrenador hay que situar a los estrategias de las marcas deportivas, que se las ingenian para renovar cada año sus diseños y sus insignias para que los forofos tengan que cambiar de vestuario fetiche cada temporada y además condicionan la exhibición de los jugadores, que ya no fichan sólo por un club y por lo tanto por una afición, sino también por una marca deportiva. El día en que a una de estas poderosas multinacionales se le ocurra poner su distintivo en la bragueta de los calzones, ya verán cómo los jugadores no se protegerán las partes con las manos en el momento de ponerse de barrera ante un tiro directo.

Y finalmente llegamos a los dos sujetos más anecdóticos: los jugadores y el público. Los primeros, en su minoría estelar, comprueban que les favorece el tráfico porque sube su cotización. El público no tiene alternativa, porque los partidos políticos están obsoletos y las religiones no se han puesto al día

en marketing teologal de masas, así que no hay mejor comunión de los santos que ser del Madrid o del Barcelona o del Mérida o del Recreativo de Huelva, aunque sea a costa de un serio retroceso en el largo viaje de la inteligencia humana hasta asumir que todo el mundo es Polonia (Juan Pablo II) o Sicilia (Sciascia) o Marbella (Jesús Gil y Gil).

POPULISTAS

Sin decir nada sobre cómo hacer frente al Madrid de Zidane, Van Gaal, la alegría que vuelve, se extrañó de que el partido holandés del malogrado Fortuny fuera calificado de extrema derecha. «En muchas cosas coincido en sus planteamientos», concluyó, sin extenderse, el repetido entrenador del Barcelona. Igual que a Van Gaal no le parece el populismo holandés una manifestación de extrema derecha, a muchos europeos Le Pen les recuerda a Ocaña, el ciclista, y a Charles Maurras, el pensador de Action Française, y los italianos asumen el trío Bossi, Fini y Berlusconi como ganador del festival de San Remo, con Marco Pannella de percusionista, aglutinante del racismo económico de la Liga, del posfascismo de Fini y el oportunismo de Berlusconi.

Italia era hasta hace unos veinte años el país europeo con más alto nivel de reflexión política, en buena parte condicionada por la larga batalla por la hegemonía sostenida por el PCI y el Vaticano. Disponía todavía entonces de un cumplido frente de las llamadas fuerzas del trabajo y de la cultura, y de un altísimo nivel de diagnóstico y polémica en sus sindicatos. Que precisamente fuera Italia quien primero abriera las puertas al fascismo como fuerza democrática de gobierno traducía el vuelco de una conciencia social cansada de una larga guerra de trincheras paralizante sostenida por la Democracia Cristiana y el PCI, con los comunistas tantas veces a punto de dar el *sorpasso*. Pero el desmoronamiento italiano quedó aparentemente compensado con una Europa gobernada por la euroizquierda propuesta por Berlinguer en los años setenta, encabezada por una socialdemocracia que no ha sabido hacer frente a la ofensiva neoliberal y neocapitalista que se produjo tras el final de la guerra fría.

Doce años después de la caída del Muro de Berlín, la euroizquierda parece desbordada, sin ofrecer alternativa alguna a la globalización. Frente a estas izquierdas desenfocadas, según la metáfora de Woody Allen, se concreta el

pastiche de una derecha populista, aupada sobre el descrédito de lo político y la oferta de autoridad. Pero no es nuestro problema: en España la extrema derecha prosigue sus vacaciones, pagadas.

Epílogo desde el neoliberalismo

La progresiva desidentificación de los equipos de fútbol españoles demandaría la intervención del Estado, controlado, a comienzos del siglo XXI, por un partido neonacional-católico, para poner límite a los excesos del mercado, pasando por encima de la resistencia del fundamentalismo pijoliberal. Uno de estos pijoliberales, el más notorio, opinaba recientemente que la crisis asiática no era la comprobación del fracaso del modelo del capitalismo salvaje, sino que se debía a cuestiones de sustrato, referencia indirecta a Mishima y los samuráis. Estefanía se refería en *El País* al pacto mafioso de Monte Peregrino de 1947, que puso en marcha la cruzada neoliberal de Hayek y Friedman, cumplida en los países subdesarrollados con la ayuda de capataces tan democráticos como Suharto, Pinochet o Videla. No quiero subirme a ninguna montaña sagrada, porque tal vez la demostración de la bazofia neoliberal se halle en lo más estrictamente cotidiano: esas masas errantes y desidentificadas que salen de los estadios de fútbol preguntándose: «¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?».

Por ejemplo, un seguidor del Barcelona tenía en los tiempos del entrenador Van Gaal la sensación de que se había producido una transustanciación entre el Barça y la selección holandesa, y cualquier hincha del Real Madrid, el día que falte, deportivamente hablando, Raúl sentirá como si le hubieran quitado el suelo de la patria. Según la lógica del mercado, las relaciones oferta-demanda y calidad-precio aconsejaron en un momento determinado que el Barça comprara holandeses de tres en tres. Por su parte, el Real Madrid ha permitido que el Madrid B permanezca en segunda B, a manera de aviso sobre el malísimo futuro que tienen los jugadores indígenas. Todo este desastre empezó también en Monte Peregrino, y puede dar lugar a alarma social si las masas extrañan los estadios y abjurán de la última religión que les queda. El Estado tal vez debiera intervenir —ni siquiera es una sugerencia—, si quiere evitar catástrofes patrióticas. Ya no se trataría de amparar a los jugadores españoles, sino de evitar que los hinchas desengañados se echen al monte. Aunque sea al Monte Peregrino.

Índice alfabético

Abascal, José Manuel, atleta
ABC, cadena
Abelardo Fernández
Acarreta, Tomás, profesor de periodismo
Adidas
Ajax de Amsterdam
Alberti, Rafael: «Oda a Platko»
Albright, Madeleine, secretaria de Estado
Aldecoa, Emilio, jugador del Barcelona
Alemania, selección de
Alexanco, José Ramón
Alfonsín, Raúl, presidente de Argentina
Allen, Woody
Almeyda, Matías, jugador del Sevilla
Amancio Amaro
Amaro Varela, Amancio, *véase* Amancio Amaro
Amor, Guillermo
Anderson, Sony
Angoy, Mariano
Aragonés, Luis, entrenador
Aranguren, Jesús
Archibald, Steve
Argentinos Juniors
Ariño, Ferran
Arteta, Mikel
Artigas, Salvador
Arzalluz, Xabier
Asociación de Amigos de Josep Sunyol
Asociación de Fútbol Argentino (AFA)
Athletic de Bilbao

Atlético de Madrid
Atxaga, Bernardo
Aute, Luis Eduardo
Azkargorta, Xabier, entrenador
Aznar, José María, presidente del gobierno

Baggio, Roberto
Baía, Vítor
Bakero, José Mari
Balmanya, Domènec
Baltasar, futbolista brasileño
Barcelona, Fútbol Club
Basile, Alfio, seleccionador argentino
Basera, Estanislau
Bassat, Lluís
Batistuta, Gabriel
Baudrillard, Jean, filósofo
Bayern de Munich
Bebeto, Roberto Gama de Oliveira
Beckham, David
Begiristain, Txiki
Benedetti, Mario, escritor uruguayo
Benegas, Txiki
Benfica
Benítez, Julio César
Berlinguer, Enrico
Berlusconi, Silvio
Bernabéu, Santiago, presidente del Real Madrid
Betis
Bilardo, Carlos Salvador, entrenador
Biosca, Gustau
Bismarck, Gunilla von
Blair, Tony, primer ministro británico
Boca Juniors
Bogarde, Winston
Bogart, Humphrey; *El motín del Caine*
Bonano, Roberto
Boscán, Juan

Bosch, Andreu
Bosman, Jean-Marc, futbolista belga
Bosman, ley
Bossi, Umberto, líder derechista italiano
Brasil, selección de
Brecht, Bertolt
Brito Arceo, Juan Manuel, árbitro
Bryce Echenique, Alfredo
Buckingham, Vic, entrenador
Buford, Bill; *Entre los vándalos*
Bulgaria, selección de
Butragueño, Emilio
Buyo, Francisco

Cabestany, Antoni, directivo del Barcelona
Cabrera Infante, Guillermo, escritor
Cáceres, Fernando, jugador del Valencia
Caixa, La
Calderón, Antonio, gerente del Real Madrid
Calvet, Francesc
Calvo Sotelo, Leopoldo, presidente del gobierno
Camacho, José Antonio, entrenador
Cambó, Francesc
Camorra napolitana
Campeonatos mundiales: de Brasil de 1950; de Inglaterra de 1966; de México de 1970; de Argentina de 1978; de España de 1982; de México de 1986; de Italia de 1990; de Estados Unidos de 1994; de Francia de 1998; de Corea y Japón de 2002
Campo, Iván
Canon
Cañizares, Santiago
Capello, Fabio, entrenador
Cappa, Ángel, entrenador
Carabén, Armand
Carrà, Raffaella
Carreras, Narcís de, presidente del Barcelona
Carrillo, Santiago
Casaus, Nicolau, vicepresidente del Barça

Casillas, Iker
Castro, Fidel
Cataluña, selección de
Cavafis, Konstantin, poeta
Celades, Albert
César Rodríguez
Chilavert, José Luis, portero
Chillida, Eduardo, escultor
Chirac, Jacques, presidente francés
Clarke: *Football Hooliganism and the Skinheads*
Clemente, Javier, entrenador
Clinton, Bill, presidente estadounidense
Coca-Cola
Cocu, Philip
Condal, filial del Barça
Conde, Mario
Copa de Europa de 1964
Coppola, Guillermo Esteban, apoderado de Maradona
Coruña, véase Deportivo de La Coruña
Craxi, Benito
Cristina de Borbón, infanta
Croce, Benedetto
Cruyff, Johan
Cruyff, Jordi
CSKA de Sofía
Cúper, Hector, entrenador
Cuyàs, Romà
Czibor, Zoltan
Czyslerpillar, Jorge, manager de Maradona

D'Ors, Eugenio
Dalí, Salvador
Dante Alighieri: *La divina comedia*
Daucik, Fernando, entrenador
Dávila, Sancho, presidente de la Federación Española de Fútbol
De Boer, Frank
De la Peña, Iván «Lo Pelat»
Del Bosque, Vicente, entrenador

Del Piero, Alessandro
Delibes, Miguel
Denilson de Oliveira, jugador del Betis
Deportivo de La Coruña
Di Maggio, Joe
Di Stéfano, Alfredo
Diana, lady, duquesa de Gales
Diarma, empresa
Djalminha, Djalma Feitosa Dias
Donato Gama da Silva
Dostoievski, Fëdor M.
Dunaway, Faye, actriz
Duran i Lleida, Josep Antoni
Duval, Norma
Duverger, Maurice, sociólogo

Eanes, Jorge, director teatral argentino
Echanove, Juan, actor
Eladio Silvestre
Elena de Borbón, infanta
Elola Olaso, José Antonio, delegado nacional de Deportes
Enzensberger, Hans Magnus
Escobar, jugador colombiano asesinado
Escola, Josep
Escrivá de Balaguer, Josemaría
Esnaider, Juan Eduardo
Espanyol
España, selección de
Espriu, Salvador, poeta
Esquerra Republicana de Catalunya (ERC)
Estados Unidos, selección de
Estefanía, Joaquín, periodista
Estéfano, jugador del Bilbao
ETA, organización terrorista
Etxeberría, Joseba
Eusebio Ferreira da Silva
Euskadi, selección de
Evaristo de Macedo

Extremadura

Fangio, Juan Manuel, automovilista
Federación Española de Fútbol
Felipe de Borbón, príncipe
Ferlaino, Corrado, presidente del Nápoles
Fernández Flórez, Wenceslao, escritor
Fernández, Abelardo, véase Abelardo Fernández
Fernández, Roberto, véase Roberto Fernández
Ferrer, Albert «Chapi»
Feuerbach, Ludwig, filósofo
FIFA
Figo, Luis
Fini, Gianfranco, líder derechista
Floro, Benito, entrenador
Fortuny, Pim, líder populista holandés
Fraga Iribarne, Manuel
Franchi, Juan Marcos, consejero de Maradona
Franco, Francisco, general
Friedman, Milton, economista
Fromm, Erich
Fuentes, Carlos, escritor
Fujifilm
Fundación La Caixa
Fusté, Josep Maria

Galeano, Eduardo, escritor uruguayo; *El fútbol a sol y a sombra*
Gallego, Francisco Fernández
Gamper, Joan, fundador del Barcelona
García Hortelano, Juan
García Márquez, Gabriel
García Obregón, Ana
García, José María, periodista
García, véase Roger García; Óscar García
Garrincha, Manuel Francisco dos Santos
Gaspart, Joan
General Motors
Gensana, Enric

Gento, Francisco
Gerard López
Gescartera, caso
Gich Bech de Careca, Juan, gerente del Barça
Gijón
Gil de Biedma, Jaime
Gil y Gil, Jesús, presidente del Atlético de Madrid
Giovanni, jugador del Barcelona
Giuliano, clan
Goethe, Johan Wolfgang von
Goikoetxea, Andoni
González, Felipe, presidente del gobierno
González, José Luis, atleta
González, Kily, jugador del Zaragoza
Gonzalvo III, Marià
Gonzalvo, hermanos
Gorbachov, Mijaíl
Gramsci, Antonio
Grandes, Almudena
Grosso, Ramón Moreno
Guardiola, Josep
Guerra, Alfonso
Guerrero, Julen
Guevara, Ernesto Che
Gullit, Ruud
Guruceta, José Emilio, árbitro

Habermas, Jürgen, filósofo
Hagi, Gheorghe «Gica»
Havelange, João, presidente de la FIFA
Hayek, Friedrich August von, economista
Helguera, Iván
Hemingway, Ernest
Hernández, Xavi, véase Xavi Hernández
Herrera, Helenio
Heynckes, Jupp, entrenador
Hierro, Fernando
Holanda, selección de

Hölderlin, Johann Christian Friedrich
Honved de Budapest
Huelva, Recreativo de

Igartua, jugador del Bilbao
Independiente
Inglaterra, selección de
Iniesta, Andrés
Inter de Milán
Iriarte, representante de futbolistas
Irlanda, selección de
Italia, selección de
ITT

José Carlos, futbolista
Juanito, Juan Gómez
Junta Militar argentina
Juventus de Turín
JVC

Kant, Immanuel
Kempis, Tomás
Kipling, Rudyard, escritor
Kluivert, Patrick
Kocsis, Sandor
Koeman, Ronald
Kopa, Raymond
Kournikova, Anna, jugadora de tenis
Kubala, Ladislao

Lafargue, Paul, escritor
Lamo Castillo, Augusto, árbitro
Landsberg, Paul Ludwig, filósofo
Langreo, campo del
Laudrup, Michael
Le Pen, Jean-Marie
Legia de Varsovia
Lendoiro, Augusto César, presidente del Deportivo de La Coruña

León, Rafael de: «Tatuaje»
Liverpool
Llaudet, Enric, presidente del Barcelona
Llorente, José Luis, jugador del Madrid
Loach, Kenneth, cineasta
López, Claudio «Piojo»
López, Gustavo, jugador del Zaragoza
Lorenz, Konrad: *Consideraciones sobre las conductas animal y humana*
Luis Enrique Martínez

Madrid, Real
Mallorca
Malraux, André
Manchester United
Manchón, Eduard
Manolo el del Bombo
Manos Limpias, jueces de
Mañas, Achero, actor
Maradona, Diego Armando
Maradona, Diego, padre de Diego Armando Maradona
Maragall, Pasqual
Marañón, Burns
Marcelino
Marcial Pina
Marías, Javier
Marinetti, Filippo Tommaso, poeta
Mariscal, Javier, dibujante
Marsé, Juan: *El amante bilingüe*
Marsella, Olympic de
Marsh, Peter: *Aggro: The Illusion of Violence*
Martí i Pol, Miquel, poeta
Martín Vázquez, Rafael
Martínez, Eulogio
Marx, Carlos
Mas, Artur
Mastercard
Maurras, Charles
Mazagatos, Sofía

McDonald's
McLuhan, Marshall
Mendieta, Gaizka
Mendoza, Eduardo, escritor
Mendoza, Ramón, presidente del Real Madrid
Menem, Carlos Saúl, presidente de Argentina
Menotti, César Luis
Mérida
Mesa de Asta, marqués de la, presidente del Barcelona
Michel, José Miguel González
Michels, Marinus, entrenador
Miera, Vicente
Mijatovic, Pedja
Milan
Milla, Luis
Mitterrand, François, presidente francés
Molowny, Luis
Monroe, Marilyn
Montal, Agustín, presidente del Barcelona
Montherlant, Henry de: «Les émotions du solitaire»
Morães, Vinicius de
Moreno, Tomás Hernández Burillo
Moscardó, general
Millier, Gerd
Muñoz, Víctor, véase Víctor Muñoz

Nadal, Miquel Angel
Nápoles
Navaggiero, Andrea, historiador
Navarro Montoya, Carlos «Mono», portero argentino
Neeskens, Johan
Newell's Old Boys de Rosario
Nietzsche, Friedrich
Nike
Noriega, Manuel Antonio, general panameño
Núñez, Josep Lluís, presidente del Barcelona

Ocaña, Luis, ciclista

Ojeda, Marcelo
Olivares, Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de
Olivella, Ferran
Ormaechea, Alberto, entrenador
Ors, Miguel, periodista
Ortega, «Burrito»
Osasuna
Óscar García
Otero, Blas de, poeta
Owen, Michael

Palermo, Martín
Panella, Marco
Pantic, Milinko
Paraguay, selección de
Parera, Antón, gerente del Barça
Partido Comunista de Italia (PCI)
Partido Popular (PP)
Partido Socialista de Euskadi (PSE)
Partido Socialista Obrero Español (PSOE)
Partit Socialista de Catalunya (PSC)
Pelé
Pereda, Jesús, jugador del Barcelona
Pérez, Florentino, presidente del Real Madrid
Perón, Juan Domingo, presidente argentino
Phillips
Piera, Vicenç, jugador del Barcelona
Pinochet, Augusto, general
Piqué, Josep
Pirri, José Martínez
Pizzi, Juan Antonio
Platini, Michel
Platón, 32; *El banquete*
Plaza, José, presidente de los árbitros
Pocchetino, Mauricio
Porta, Pablo, presidente de la Federación Española de Fútbol
Portugal, selección de
Prats, padre, Matías, periodista

Prévert, Jacques, poeta
Primo de Rivera, José Antonio
Primo de Rivera, Miguel, general
Prosinecki, Robert
PSV Eindhoven
Pugliese, Pietro, miembro del clan napolitano de Maradona
Pujol, Jordi, presidente de la Generalitat
Pujol, Lluís, jugador del Barcelona
Puskas, Ferenc
Puyol, Carles

Quincey, Thomas de
Quini, Enrique Castro

Racing, equipo argentino
Ramallets, Antoni
Ramoní, jugador del Barcelona
Ranieri, Claudio, entrenador
Raúl González
Real Sociedad
Redondo, Fernando
Regás, Rosa, editora
Reina, Miguel
Reiziger, Michael
Rexach, Carles (Charlie)
Rial, José Héctor
Riba, Pau
Ribó, Rafael
Rifé, Joaquim
Rigo, Antonio, árbitro
Rijkaard, Frank
Riquelme, Juan Ramón
Rivaldo, Vitor Barbosa
River Plate
Roa Bastos, Augusto
Roberto Carlos
Roberto Fernández, jugador del Barcelona
Robson, Bobby, entrenador

Rocha, Ricardo
Rodríguez Zapatero, José Luis
Roger García
Romario da Souza Faria
Ronaldinho Gaucho
Ronaldo Nazario
Rossi, Paolo
Rubial, Ramón, presidente del PSOE
Ruiz Mateos, José María

Saba, Umberto, poeta
Sacchi, Arrigo, entrenador
Sadurni, Salvador
Sagi, candidato al Barcelona
Salinas, Julio
Samitier, Josep, jugador del Barcelona
San Lorenzo de Almagro
Sánchez Arminio, Victoriano, árbitro
Sánchez, Hugo
Sanchís (hijo) Hontiyuelo, Manuel
Sanchís Martínez, Manuel
Sancho, Agustí, jugador del Barcelona
Santamaría, José Emilio
Santander
Sanz, Lorenzo, presidente del Real Madrid
Sartre, Jean-Paul
Satué, Enric, diseñador
Saviola, Javier
Schonberg, Núria
Schumacher, Harald, portero
Schurrer, Gabriel
Schuster, Bernd
Sciascia, Leonardo
Scopelli, entrenador
Secretario, jugador portugués
Segarra, Joan
Seguer, Josep
Segurola, Santiago

Senna, Ayrton, piloto automovilístico
Sergi Barjuán
Serrat, Joan Manuel
Sevilla
Sheraton
Signorini, preparador de Maradona
Simeone, Diego Pablo
Snickers
Solana, Javier, secretario general de la OTAN
Soldevila, Ferran: *Historia de Cataluña*
Soler, Miquel
Soriano, Osvaldo
Sotil, Hugo «Cholo»
Sporting de Lisboa
Stendhal, Henri Beyle
Stewart, Rod, cantante
Stoichkov, Hristo
Suárez, Luis
Suharto, presidente indonesio
Suker, Davor.
Sunyol i Garriga, Josep, presidente del Barcelona
Suquía, monseñor Ángel
Swedin, Helen, mujer de Figo

Tarradellas, Josep, presidente de la Generalitat
Tarragona, Eduardo, procurador en Cortes
Tassoti, defensa italiano
Taylor: *Football Mad: A Speculative Sociology of Football Hooliganism*
Tejada, Justo
Thatcher, Margaret, primera ministra británica
Torres, Antoni

UEFA
Unión de Centro Democrático (UCD)
Unión Soviética, selección de la
Urdangarin, Iñaki
Uruguay, selección de
Ussía, Alfonso

Valdano, Jorge
Valencia
Valéry, Paul
Valverde, Ernesto
Van Basten, Marco
Van Gaal, Louis, entrenador
Vargas Llosa, Mario
Vega, Camilo Alonso
Velázquez, Manuel
Venables, Terry, entrenador
Vergés, Martí
Vicente Ferrer, san
Víctor Muñoz
Vidal-Quadras, Alejo
Videla, Jorge Rafael, general
Vieri, Christian
Vilà Reyes, Juan
Vila, jugador del Barcelona
Villafañe, Claudia, esposa de Maradona
Villaverde, Ramón Alberto

Welles, Orson
Wonder, Stevie, cantante
Wordsworth, William, poeta
World Cup USA 94 Inc., entidad organizadora

Xavi Hernández

Yugoslavia, selección de

Zabalza, Pedro Mari
Zaldúa, José Antonio
Zamora, Ricardo
Zaragoza
Zarra, Telmo Zarraonaindia
Zenden, Boudewijn
Zidane, Zinedine

Zugazaga, jugador del Bilbao
Zurich



MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN (Barcelona, España, 1939 - Bangkok, Tailandia, 2003). Escritor y periodista español. Considerado uno de los más importantes testimonios del final del franquismo y de la transición española, así como una de las voces críticas más respetadas del país, es autor de una vasta obra que incluye los géneros de la crónica periodística, la poesía, el ensayo y la novela.

Personalidad casi inabarcable, se definió a sí mismo como «periodista, novelista, poeta, ensayista, antólogo, prologuista, humorista, crítico, gastrónomo, culé y prolífico en general», campos todos en los que destacó.

Todos cuantos reconocen el papel de Vázquez Montalbán dentro de la cultura española coincidieron en que hasta el fin de su vida se obstinó en ser fiel a su Barcelona natal, a la que regaló uno de sus paisajes literarios más densos y reconocibles, con rincones y personajes que hablan el «catalán bastardo» o el castellano mezclado con catalanismos de los barrios bajos; en esto, como en muchas otras cosas, se mantuvo fiel a su origen, porque era hijo ilegítimo de un gallego y exiliado republicano, Evaristo Vázquez, y de Rosa Montalbán, y había nacido el 14 de junio de 1939, poco después del final de la Guerra Civil.

Entre la labor periodística y literaria

A mediados de la década de los ochenta entró en el diario *El País* como columnista. Allí, este trabajador rapidísimo e incansable, de curiosidad desbordante, mostró sus dotes de maestro en todos los géneros del periodismo, que había practicado desde los dieciocho años. Sólo que ahora viajaba con soltura y conocía a los intelectuales, escritores y políticos más influyentes. Además, agregó a las formas tradicionales, que practicaba como nadie —viñeta, sátira, retrato o parodia—, grandes cuadernos de viaje que algunas veces utilizó como material para su obra narrativa (tal es el caso del *Quinteto de Buenos Aires*), mientras que en otras ocasiones mantuvo la estructura y el tono del reportaje clásico, como el del subcomandante Marcos de la guerrilla zapatista que realizó en Chiapas.

A partir de 1979, tras la obtención del Premio Planeta por *Los mares del Sur*, pudo «comprar tiempo para la literatura». Las dos últimas décadas de su vida estuvieron marcadas por una voluntaria y ambiciosa transformación de su carrera literaria. Ya no le bastaban la crónica o la novela negra. Ni tampoco la columna periodística. Sus nuevas novelas fueron más arriesgadas, más ambiciosas y más libres. Esta peculiar vertiente fue inaugurada en 1985 con *El pianista*, una obra en la que puso todo su talento y en la que se pueden leer algunos de los pasajes más conmovedores y verdaderos de la peripecia de la Barcelona de los vencidos.

Y la continuó con *Galíndez* (1991) o la monumental *Autobiografía del general Franco* (1992), donde un viejo escritor recibe el encargo de escribir una pseudoautobiografía del dictador que aprovecha para ofrecer su voz y su versión de la historia del tirano como contrapunto. Poco tiempo más tarde emprendió otra pesquisa de similar alcance en el *Quinteto de Buenos Aires*, obra en la que se preguntó por los resortes secretos del régimen argentino responsable de los desaparecidos entre 1976 y 1983.

Éstos fueron unos años de producción febril. Por ejemplo, en 1994 publicó *Roldán, ni vivo ni muerto*; *El estrangulador*; *Panfleto desde el planeta de los simios*, y *Pasionaria y los siete enanitos*, además de anunciar una nueva novela de la serie policíaca protagonizada por Pepe Carvalho, *El premio*, que aparecería en 1995.

Todo hacía suponer que mantendría los cauces conocidos de sus distintas líneas literarias. Pero en 2002, la novela *Erec y Enide* marcó un cambio radical en su concepción del género. Por primera vez, la fórmula más conocida de sus relatos, que incluía el devenir individual de personajes imaginarios y reales en un cuidadoso cañamazo histórico y social, fue

sustituida por un relato de honda belleza nostálgica, en el que utilizó un motivo perteneciente al ciclo artúrico para componer un mosaico de voces actuales que reflexionan sobre los vínculos amorosos: en *Erec y Enide* se enlazan los temas de la decadencia de la edad, el amor y la responsabilidad de manera mucho más intimista y lírica que la habitual en Vázquez Montalbán.

Proyección internacional

Tras obtener el Premio Planeta, en 1979, recibió numerosos galardones en Cataluña, en España y en el extranjero (entre ellos, el Premio Nacional de Narrativa, el Premio Nacional de las Letras, el Premio de la Crítica de la antigua República Federal de Alemania, el Premio Recalmare de Italia), y se convirtió en un autor de culto para los lectores de novela negra de Francia e Italia, sobre todo. Era habitual ver sus novelas de Pepe Carvalho en las grandes librerías europeas.

Pero Vázquez Montalbán desconocía el reposo. Entre los años 1989 y 2000 fue sometido a varias operaciones del corazón (se le habían implantado cuatro *bypass*), lo que no le impedía seguir dietas severísimas, adelgazar veinte kilos y volver a engordar con inusitada celeridad, algo que llevaba haciendo desde mucho tiempo atrás.

Mientras se consolidaba su fama en el ámbito europeo, siguió participando en numerosas antologías de recetas, canciones, fotografías, la memoria viva de la España franquista y posfranquista, etc. Asimismo, puede decirse que buena parte de los relatos sobre la transición española fueron obra suya. Vázquez Montalbán retrató a todos los actores de ese período, mientras los hechos tuvieron lugar, y volvió a hacerlo en la celebración de los distintos aniversarios: la muerte del general Franco, la Constitución, la Generalitat catalana, el «tejerazo».

Tenía una habilidad única para volver sobre los personajes y descubrir en ellos alguna nota desconocida. Y los pintó a todos, desde el rey Juan Carlos hasta Jordi Pujol, pasando por Josep Tarradellas, Adolfo Suárez o Felipe González. Pero también retrató las anónimas sensibilidades colectivas de la España de la transición, cuyo repertorio más formidable y exhaustivo se le debe sin duda.

No obstante, no le bastaron ni el oficio de cronista ni el de historiador ni el de novelista. Había otro más amado: el de poeta. Lector reverente de Luis

Cernuda, Gabriel Ferrater o Jaime Gil de Biedma, su abundante producción poética, iniciada a mediados de los años sesenta con *Una educación sentimental* (1967) y reunida en diversas entregas a lo largo de su vida, muestra la continuidad de ciertas líneas personalísimas, como una gran delicadeza y atención a la experiencia social y un oído muy fino ante las exigencias de la tradición, cuyas cuerdas más sensibles e innovadoras modificó y acrecentó.

Murió a consecuencia de un infarto masivo en el aeropuerto de Bangkok (Tailandia), en la medianoche del 17 de octubre de 2003. Estaba solo, haciendo una escala tras una gira en la que había impartido en Australia y Nueva Zelanda una serie de conferencias sobre la novela policíaca española, la relación entre historia y literatura o el papel de la literatura y de los escritores en la construcción de la ciudad democrática. Según los testigos, nada se pudo hacer para salvarle la vida.

Días más tarde, en Barcelona, sus restos mortales fueron recibidos por su viuda, Anna Sallès, y su hijo, Daniel, además de su íntimo amigo, el dirigente y diputado comunista Rafael Ribó. Junto con los restos llegaron las galeradas de *Milenio*, la última de sus novelas protagonizadas por Pepe Carvalho, que llevaba consigo y corregía mientras iba de gira.